

PAT BARKER

El ojo en la puerta





© Ellen Warner

Pat Barker nació en Thornaby-on-Tees, en Yorkshire, Inglaterra, el 8 de mayo de 1943. Estudió en la London School of Economics, donde se licenció en Historia Internacional, y en la Universidad de Durham. Enseñó Historia y Política hasta 1982. Barker empezó a escribir con 20 años, y la animó en su carrera la novelista Angela Carter. Sus primeras novelas tratan las vidas duras de las mujeres de la clase trabajadora en el norte de Inglaterra. En 1983 fue nombrada como una de los 20 Mejores Novelistas Jóvenes británicos por el Consejo de Comercialización del Libro y la revista *Granta*. Su trilogía de novelas sobre la Primera Guerra Mundial, que comenzó con *Regeneración* en el año

1991, fue inspirada en parte por las experiencias de su abuelo, que luchó en las trincheras de Francia. *Regeneración* fue llevada al cine 1997, protagonizada por Jonathan Pryce y James Wilby. *El ojo en la puerta* (1993), la segunda novela de la trilogía, ganó el premio Guardian Fiction y *The Ghost Road* (1995), la última novela de la serie, ganó el premio Booker para la ficción. Pat Barker fue galardonada con un CBE en 2000. Sus últimas novelas son *Class Life* (2007) y *Toby's Room* (2012), esta última regresando a la temática de la Primera Guerra Mundial.

Londres 1918. La Primera Guerra Mundial parece no tener fin. Los soldados siguen muriendo por centenares de miles en las trincheras. Y mientras cada vez son más los que se rebelan y optan por el pacifismo, mayor es también la represión y el rechazo social hacia los que apuestan por la paz y en contra de un patriotismo ciego que sólo acepta la destrucción del enemigo.

Billy Prior trabaja para el Servicio de Inteligencia del Ministerio de Municiones. Pero sus encuentros en privado con mujeres y hombres –pacifistas, objetores de conciencia, homosexuales– entran en conflicto con sus obligaciones como soldado. Incapaz de hacer frente a sus contradicciones, Billy sufre un colapso y visita al hombre que le ayudó en otra ocasión, el psiquiatra militar William Rivers. Prior tiene que hacer frente a su incapacidad para ser el soldado que sus superiores esperan de él y a la complejidad de los intereses y sentimientos que siempre entran en juego en una guerra.

Ganadora del Guardian Fiction Prize, *El ojo en la puerta* forma parte de la trilogía *Regeneración* considerada por muchos como un monumento literario al trasfondo humano que queda oculto tras cualquier conflicto armado.

Título de la edición original: *The Eye in the Door*
Traducción del inglés: Isabel Ferrer y Carlos Milla

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: febrero 2015

© Pat Barker, 1993
© de la traducción: Isabel Ferrer y Carlos Milla, 2015
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2015

Conversión a formato digital: Maria Garcia
Depósito legal: B. 26116-2014
ISBN: 978-84-16252-57-2

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, así como el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Para David

Fue en el lado moral, y en mi propia persona, que aprendí a reconocer la absoluta y primitiva dualidad del hombre. Entonces vi que las dos naturalezas que contendían en el campo de mi conciencia, aun si podía decirse con razón que cualquiera de ellas era la mía, es porque lo eran esencialmente las dos...

El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde

R. L. STEVENSON

Primera parte

En los arriates formales situados en la orilla del Serrentine, se erguían en apretadas hileras los primeros tulipanes. Billy Prior se preparó para sorprenderlos en enfilada y acto seguido, soltando el brazo de su acompañante, empuñó una ametralladora imaginaria y les voló la cabeza a todos ellos.

Myra lo miró atónita.

–Menudo chiflado estás tú hecho.

Él movió la cabeza en un gesto pesaroso.

–El año pasado estuve cinco meses internado en un manicomio.

–Anda ya.

Ella no se lo creyó, naturalmente. Prior, sonriente, regresó a su lado y le ofreció el brazo. Llevaban una hora paseando junto al lago, pero la tarde empezaba a declinar. Una luz cobriza, más otoñal que primaveral, iluminaba la hierba en un ángulo oblicuo transformando las ramas espinosas de los rosales en filamentos eléctricos vivos que brillaban en la penumbra con resplandor rojizo.

Prior, siempre pendiente de si alguien lo observaba, percibió las miradas de aprobación que recibían a su paso. Presentaban una imagen romántica, supuso. La chica, joven y guapa, cogida del brazo de un hombre uniformado, un hombre, además, con un abrigo tan grotescamente sucio y maltrecho que parecía a todas luces haber intervenido en no poco servicio activo. Como en efecto así era, y pronto intervendría en más, si es que lograba persuadir a aquella mema para que se tendiera sobre él.

–Tienes frío –dijo con ternura a la vez que se desabrochaba el abrigo–.

Pon la mano aquí dentro. Mira, estaremos mejor bajo los árboles, a resguardo del viento.

Myra se detuvo, dudosa, porque la claridad del día bañaba aún la orilla del lago en tanto que el paseo arbolado que él señalaba emanaba oscuridad.

–De acuerdo –accedió ella por fin.

Mientras atravesaban la hierba, sus sombras se alargaron frente a ellos, figuras negras, atenuadas, que alcanzaban los árboles y ascendían antes de que ellos se acercasen siquiera. Ya en la oscuridad, se apoyaron en un árbol y empezaron a besarse. Al cabo de un rato ella gimió y relajó los muslos, y él la apretó más contra la corteza agrietada del tronco. El abrigo abierto los tapaba a los dos. Myra deslizó las manos en torno a su cuerpo por debajo de la guerrera y, agarrándole las nalgas, tiró de él hacia sí. A continuación forcejeó con la pretina del pantalón y los botones de la bragueta, y él la ayudó a desabrocharlos, dándole libre acceso a su polla y sus huevos. Prior subió las manos centímetro a centímetro por debajo de su falda. Ya había alcanzado el punto donde las ásperas medias daban paso a la piel suave.

–¿Nos tumbamos?

Myra levantó los brazos y formó una barrera con las manos.

–¿Dónde? ¿Encima de esto?

–No tendrás frío.

–Ni hablar. Ya ahora estoy helada. –Para mayor énfasis, se metió las manos bajo las axilas y se balanceó.

–De acuerdo –dijo él con un tono más severo–. Volvamos al piso. –Eso era precisamente lo que quería evitar, porque sabía que estaría allí su casera, vigilante.

Ella no lo miró.

–No, creo que será mejor que me vuelva a casa.

–Te acompaño.

–No, prefiero que nos despedamos aquí, si no te importa. Mi suegra vive en la misma calle, a cinco puertas.

–Bien que estabas dispuesta la otra noche.

Myra desplegó una sonrisa apaciguadora.

–Es que vino una mujer a husmear. De la policía voluntaria, ¿sabes?

Pueden meterse en tu casa y tal, no tienen ni que pedir permiso. Y ésta en particular es una vieja de cuidado. La conocía ya antes de la guerra. Una defensora de los derechos de la mujer. Y digo yo: «¿Qué pasa con mis derechos? ¿Es que yo no soy una mujer?» Pero es inútil discutir con gente así. Pueden cortarte la entrada de dinero. Además, no está bien, ¿no te parece? ¿Con Eddie en el frente?

–El viernes por la noche también estaba en el frente –adujo Prior con voz cortante, autoritaria. Percibió su propio tonillo remilgado, viéndose a sí mismo pugnar torpemente con la bragueta del moralismo de la clase media. Santo cielo, eso por nada del mundo. Prefería hacerse un nudo en la polla antes que convivir con esa imagen–. Venga. Te acompaño a la estación.

Se encaminó hacia Lancaster Gate, indiferente a si Myra lo seguía o no. Ella, sin aliento, trotó junto a él.

–Podemos continuar siendo amigos, ¿no?

Prior sintió la mirada de Myra en su rostro.

–¿No podemos?

Prior se detuvo y se volvió de cara a ella.

–Myra, eres una de esas chicas que acaban en una zanja estranguladas con una media.

Siguió adelante, ahora más despacio. Al cabo de un rato Myra deslizó la mano por debajo del brazo de Prior, y éste, tras una breve vacilación, le permitió dejarla ahí.

–¿Tienes novia? –preguntó ella.

Por un instante se resistió a contestar.

–Sí.

Ella asintió, satisfecha.

–Me lo imaginaba. Eres un mentirosillo, eh. El viernes por la noche dijiste que no tenías.

–El viernes por la noche los dos dijimos muchas cosas.

En la estación del metro Prior le compró el billete, y Myra se irguió y lo besó en la mejilla como si nada hubiera pasado. Bueno, y en realidad nada había pasado, pensó él. Al otro lado de la barrera, ella se volvió y dio la impresión de que lamentaba no seguir con la velada según lo previsto, pero

de inmediato se despidió con la mano, tomó la escalera mecánica y se dejó llevar suavemente.

Ya fuera de la estación, Prior vaciló. Tenía por delante el resto de la tarde y no sabía qué hacer. Se planteó ir a tomar una copa, pero descartó la idea. Con ese estado de ánimo, si empezaba a beber tan pronto acabaría borracho, y eso no podía permitírselo; debía conservar la cabeza clara para su visita a la cárcel del día siguiente. Vagó sin rumbo.

Justo a esa hora empezaba el ajetreo, la gente enfilaba apresuradamente hacia bares y restaurantes, esforzándose en olvidar la escasez, la ropa de poco abrigo, el pan negro. Durante todo el invierno, le parecía a Prior, se había filtrado en la vida londinense un ritmo cada vez más frenético. Fácilmente justificable, claro. Había que procurar que los soldados que regresaban de permiso se lo pasaran bien; no debían recordar aquello a lo que volverían, y eso proporcionaba a todos los demás una excusa magnífica para no pensar en el tema.

Aunque esa semana había sido difícil no pensar. La Orden del Día promulgada por Haig el 13 de abril se publicó íntegramente en todos los periódicos. Prior se la sabía de memoria. Él y todo el mundo.

No nos queda más opción que luchar sin tregua. Debemos defender todas las posiciones hasta el último hombre: no debe haber retirada. Arrinconados contra la pared, y con una profunda fe en la justicia de nuestra causa, todos debemos luchar hasta el final.

Fuera cual fuese el efecto de la Orden en la moral de la tropa, había generado pánico entre la población civil. Algunas mujeres, al parecer, planeaban muy seriamente cómo matarse y quitar la vida a sus hijos cuando llegaran los alemanes. Las atrocidades difundidas en los primeros meses de la guerra habían surtido efecto. Demasiado efecto. Monjas con los pechos rebanados. Sacerdotes colgados cabeza abajo y utilizados como badajos en sus propias campanas. Era cierto que se habían cometido atrocidades, pero en realidad las principales víctimas eran siempre los prisioneros de guerra, y las culpas se repartían más uniformemente de lo que la prensa quería creer.

Había momentos –y esa tarde era uno de ellos– en que Prior se sentía físicamente enfermo al ver y oír y oler a los civiles. Recordó el hedor

emanado por un batallón a su regreso de la línea de combate, el hedor amarillo y espeso, y pensó que lo prefería a esto otro. Sabía que debía alejarse de las calles, del parloteo del gentío y el tufo a perfume que agredía su nariz cada vez que una mujer pasaba por su lado.

Ya de nuevo en el parque, bajo los árboles, empezó a relajarse. Quizá eran sus propias necesidades lo que teñía sus percepciones, pero le daba la impresión de que esa tarde de primavera el parque bullía de deseo. Recortándose contra el sol poniente, un soldado y su chica se paseaban, apoyados el uno en el otro de tal modo que si uno de ellos se hubiese retirado, el otro se habría caído. Eso lo llevó a acordarse de Sarah y él en aquella playa escocesa, y se apresuró a apartar la mirada. No tenía sentido pensar en eso. No podía albergar siquiera la esperanza de volver a verla antes de pasadas al menos seis semanas. Más allá, en dirección a Marble Arch, se veían figuras solitarias. En los senderos del parque las botas militares pisaban con fuerza o se arrastraban y, en las sombras más profundas, despedían destellos.

Se sentó en un banco y encendió un cigarrillo, planteándose aún qué hacer con el resto de la tarde. Necesitaba sexo, y lo necesitaba con desesperación. Meneársela no servía de nada porque... porque no servía de nada. Descartaba a las prostitutas, porque él no pagaba. Recordó haber hablado a Rivers –su médico en el hospital militar de Craiglockhart, el «manicomio» donde había pasado cinco meses el año anterior– de un prostíbulo en Amiens, donde los hombres, soldados rasos, hacían cola en la acera y disponían de dos minutos cada uno. «¿Y cuánto tiempo conceden a los oficiales?», preguntó Rivers. «No lo sé –contestó Prior–. Más tiempo.» Y luego escupió las palabras: «Yo no pago». Sin duda Rivers lo había considerado una estupidez, el ridículo orgullo de un joven por sus proezas sexuales, su habilidad para «conseguirlo» gratis. Pero no tenía nada que ver con eso. Prior no pagaba porque en una ocasión, unos años atrás, le habían pagado a él, y sabía exactamente cómo mira quien paga a la persona a quien paga.

–¿Tiene fuego?

Prior se palpó los bolsillos en un gesto espontáneo. Al principio apenas registró la existencia de su interlocutor, salvo como una interrupción

inoportuna en sus reflexiones, pero luego, al sacar las cerillas, percibió inconscientemente un nerviosismo en la voz del otro hombre que lo indujo a alzar la vista. Tenía la intención de ofrecerle la cajetilla, pero de pronto cambió de idea, sacó una cerilla y la encendió él mismo. La fricción y el fognazo resonaron con estridencia. Ahuecó las manos para proteger la llama y se la acercó al hombre cuando éste se inclinó. Gorra con visera de oficial, ojos oscuros, labios carnosos delimitados por un bigote fino, rostro redondeado aunque no grueso. Prior tuvo la certeza de conocerlo, pero no recordó dónde lo había visto antes. Una vez encendido el cigarrillo, el hombre, en lugar de marcharse, se sentó en el otro extremo del banco, mirando distraídamente alrededor mientras la prominente nuez de Adán subía y bajaba en su garganta. Mantenía la pierna izquierda estirada ante sí de una manera poco natural, lo que, cabía suponer, explicaba el brazalete de herido presente en su manga.

Prior comprendió la situación. Aquélla no era exactamente la zona, pero lindaba con ella, y su propio comportamiento, aunque interesante, no había sido una clara invitación. Sintió la tentación de mofarse. Sin embargo al final optó por acercarse y decir:

—¿Tienes algún sitio adónde ir?

—Sí. —El hombre alzó la vista—. No está lejos.

Rodeaban la plaza casas altas, estrechas y oscuras, dispuestas en torno a un jardín cercado, con árboles raquíticos. Tanto el césped como los macizos circundantes estaban plagados de hierbajos. Más allá, a la derecha, una bomba había derribado tres casas y derruido parcialmente una cuarta, dejando una amplia brecha. Siguieron caminando, sin apenas hablar. Ya cerca de la brecha, la acera se notaba arenosa bajo sus pies, y más clara a causa del copioso polvo blanco que flotaba en el aire desde las casas alcanzadas y parecía no disiparse nunca, por más empeño que se pusiera en precintar las ruinas. Prior percibió un inequívoco tirón lateral en dirección a la brecha. Lo había sentido ya en otras ocasiones al pasar por delante de edificios bombardeados. Ignoraba si ese tirón lateral lo sentía todo el mundo, o si era

algo que le ocurría a él, cierta afinidad con aquellos lugares donde el orden establecido había sufrido una violenta agresión.

Se detuvieron frente al número 27. Las ventanas tenían los postigos cerrados. Un gato, encorvado y a la defensiva, permanecía agazapado en la escalera del sótano, gruñendo por algo que había encontrado.

El acompañante de Prior tenía problemas con la cerradura.

–Parte de los desperfectos –dijo volviendo la cabeza y haciendo una mueca. Primero empujó la puerta con el hombro; luego agarró el pomo y tiró hacia sí–. El truco está en tirar, siempre me olvido.

–No demasiado a menudo, espero –comentó Prior.

Su acompañante lo miró y sonrió, y por un momento surgió una renovada tensión sexual entre ellos. Se quitó la gorra y el abrigo y tendió la mano para que Prior le entregara los suyos.

–Mi familia está en el campo. Yo me alojo en mi club. –Vaciló–. Será mejor que me presente, supongo. Charles Manning.

–Billy Prior.

Se examinaron disimuladamente. Manning tenía la cabeza muy redonda, circunstancia realizada por el cabello oscuro, espeso y lustroso, peinado hacia atrás sin raya. Miraba con expresión alerta. Ofrecía cierto parecido con un animal, pensó Prior, tal vez una nutria. Manning vio a un hombre de unos veintitrés o veinticuatro años, delgado, de cabello claro, nariz chata y pómulos prominentes, y en conjunto el aspecto de alguien que iba por la vida vigilando por dónde pisaba. Manning abrió de un empujón una puerta situada a la izquierda, y la habitación exhaló una vaharada de aire muerto al recibidor.

–Puedes pasar. Yo no tardaré.

Prior entró. Los ventanales con los postigos cerrados, los muebles tapados con sábanas blancas. Un intenso olor a hollín procedente de la chimenea vacía. Estaba todo cubierto por sábanas salvo el espejo de cuerpo entero en el que se reflejaba, a través del vano de la puerta, el espejo del recibidor. Prior se encontró ante un largo pasillo con una sucesión de Priors, algunos de ellos de espaldas a él, ninguno más manifiestamente real que los otros. Se apartó.

–¿Te apetece una copa? –preguntó Manning desde la puerta.

–Sí, por favor.

–¿Un whisky te parece bien?

–Estupendo.

Al quedarse solo, Prior se acercó al piano de cola, levantó el borde de la sábana y ante él apareció una fotografía de una mujer con dos niños; uno de ellos sujetaba un velero aferrado contra el pecho.

Cuando Manning regresó con una botella de whisky, una jarra y dos vasos, Prior contemplaba una grieta encima de la puerta.

–Eso resulta un tanto amenazador –comentó.

–¿Verdad que sí? La verdad es que no sé qué hacer al respecto. Como no hay manera de encontrar albañiles, me limito a entrar y echarle un vistazo de vez en cuando. –Alzó la jarra–. ¿Agua?

–Una pizca.

Se dirigieron hacia las butacas junto a la chimenea. Manning retiró las sábanas, y Prior se acomodó en el rígido brocado. No se hundió en absoluto: el tapizado lo sostuvo tensamente erguido. Enablaron una de esas conversaciones que acaso habrían mantenido si los hubiesen presentado en la cantina de oficiales. Prior observaba a Manning con atención, reparando en la cruz militar, el brazalete de herido, los tics, los síntomas de tensión, el esporádico tartamudeo. Estaba alterado, aunque era difícil saber hasta qué punto ese nerviosismo se debía a la actual situación. Que de hecho comenzaba a alargarse demasiado. Si eso continuaba así, liquidarían la botella entera y a las doce de la noche estarían aún charlando sobre sus regimientos. «Todo muy agradable –pensó Prior–, pero no es eso a lo que he venido.» Advirtió que los ojos de Manning, por más que vagaran de aquí para allá, siempre acababan posándose en las estrellas cosidas a la manga de Prior. «Bueno, tú ya sabías que yo era oficial», dijo éste para sí. Empezaba a sospechar que Manning era uno de esos que no podían –por más que quisieran– desinhibirse sexualmente con un igual en el plano social. Prior dejó escapar un suspiro y se puso en pie.

–¿Te importa si me quito esto? –preguntó–. Tengo calor.

No tenía calor. De hecho, por usar una expresión ya acuñada, «estaba helado». Aun así. Se quitó la corbata, la guerrera y la camisa, y los echó

sobre el respaldo de la silla. Manning permaneció callado, limitándose a observar. Prior se deslizó los dedos por el pelo a cepillo, dejándoselo en punta, encendió un cigarrillo, lo hizo rodar de un modo peculiar por el labio inferior y sonrió. Se había transformado en uno de esos chicos de clase obrera con quien Manning consideraría correcto follar. Una especie de escupidera de semen. Y dio resultado. Los ojos de Manning se oscurecieron por la dilatación de las pupilas. Inclinandose ante él, Prior metió la mano entre sus piernas y pensó que probablemente nunca había sentido un antagonismo de clase más puro que el que experimentaba en ese momento. Adoptó un dejo barriobajero.

—¿Así está bien?

—Sí. Subamos.

Prior lo siguió. En el primer piso había una puerta abierta, que daba a un espacioso dormitorio con cama de matrimonio. Manning cerró la puerta al pasar por delante. Prior esbozó una sonrisa. No estaba dispuesto a tirarse a un fulano en la cama donde había desflorado a su novia. Así pues, el condenado subió y subió y subió. Hasta lo que eran obviamente las habitaciones del servicio. Manning abrió una puerta al final del pasillo, entregó la lámpara a Prior y dijo:

—No tardaré.

Prior entró. Una cama de matrimonio con el armazón de latón ocupaba prácticamente todo aquel diminuto espacio. Se sentó en el borde y botó un poco en ella. Muy posiblemente era la cama más ruidosa con que se había topado en la vida. Por suerte la casa estaba vacía. Aparte de la cama, había un aguamanil con jarra y palangana, una mesa con espejo y un pequeño armario con cortina. Se levantó y retiró la cortina. Colgaban allí dos uniformes de doncella, que casi parecían las propias doncellas, de tan bien dispuestas como estaban las mangas y las cofias. El armario despedía un olor peculiar: a lavanda y sudor, un olor triste. La madre de Prior había iniciado su vida de criada en una casa como ésa. Echó un vistazo a la habitación, aquel cubículo minúsculo y gélido, sin más vista que los tejados, y, en un súbito impulso, sacó uno de los uniformes y hundió el rostro en la sisa, inhalando el olor a sudor. Aunque ese impulso no tenía nada de sexual, surgía de un estrato de su

personalidad igual de profundo. Manning entró de nuevo en la habitación en el preciso momento en que Prior alzaba la cabeza. Al ver a Prior abrazado al uniforme, Manning, todo había que decirlo, pareció amedrentarse. Prior sonrió y volvió a colgar el uniforme en la percha.

Manning puso un pequeño tarro en la mesa junto a la cama. El sonido del cristal contra la madera confirió a la relación entre ellos un carácter más estrecho y más tenso del que había existido hasta ese momento. Prior acabó de desnudarse y se tendió en la cama. Manning tenía la pierna ciertamente mal. Muy mal. Prior se echó al frente para examinar la rodilla, y por un momento podían haber sido otra vez niños en el patio del colegio, examinándose mutuamente las costras.

–Parece que te has quedado fuera de servicio.

–Seguramente. Los tendones se han acortado. Creen que he recuperado ya todo el movimiento posible. Pero ¿quién sabe? Tal como se están poniendo las cosas, ¿al final quedará alguien fuera de servicio?

Prior se irguió, y como tenía a mano el vello púbico de Manning, empezó a frotar la cara contra él. A Manning se le agitó la polla, se le empinó, y Prior se la metió en la boca, pero durante largo rato se limitó a jugar, dando vueltas y vueltas en torno a la reluciente bóveda con la lengua. Manning tensó los muslos. Poco después alzó la mano y acarició el pelo corto de Prior, le masajeó la nuca con el pulgar. Prior levantó la cabeza y advirtió el nerviosismo de Manning, un nerviosismo justificado, ya que en esa situación era precisamente un gesto de ternura lo que podía precipitar una reacción violenta, si es que algo podía precipitarla. Y Manning no estaba en situación de hacer frente a eso. Prior prosiguió con su chupeteo, agarrando las nalgas de Manning con las dos manos y deslizando la boca rápidamente por la verga. Manning lo apartó con delicadeza y se tendió en la cama. Por un momento permanecieron tumbados uno al lado del otro. Prior se acodó en el colchón y empezó a acariciar el pecho, el vientre y los muslos a Manning. Pensaba en la imposibilidad de sintetizar el sexo en función de qué entra y dónde entra. Ese movimiento de su mano estaba cargado de lujuria; de resentimiento, entre otras cosas, por el uso que Manning daba a la habitación; de compasión, por la herida; de envidia, porque Manning había quedado

fuera de servicio *con honores*... Y de una creciente conciencia de que mientras él miraba a Manning, Manning también lo miraba a él. La expresión de Prior se endureció. Pensó: «Bueno, al menos no tengo tantos tics como tú». Detuvo la mano en la cintura de Manning e intentó darle la vuelta, pero él se resistió.

–No –dijo–. Así.

«Conque vas de atleta, capullo.» Prior desenroscó el tapón del tarro, se lubricó la polla con una mezcla de vaselina y saliva, y con el residuo untó el culo de Manning. Le levantó las piernas contra el pecho, poniendo extremo cuidado en evitar toda sacudida en la rodilla. Estaba demasiado ávido, y la postura permitía poco control; tenía ya que contenerse nada más meterla un par de centímetros, y de pronto Manning lanzó un chillido e intentó apartarse. Prior empezó a retirarse, pero de repente comprendió que Manning necesitaba el dolor.

–Quédate quieto –dijo, y siguió folládoselo. Era un juego peligroso. Prior era muy capaz de auténtico sadismo, y él lo sabía, y tenía la rodilla de Manning a sólo dos o tres centímetros de la mano. Se corrió enseguida con profundos y temblorosos gemidos, una sensación de verse arrancado de sí mismo que nacía en la garganta. Con cautela, le bajó las piernas a Manning y se la chupó hasta que se corrió. Éste estaba tan excitado que agarró la cabeza a Prior y comenzó a jadear casi antes de que él empezara.

–Lo necesitaba –dijo después–. Necesitaba un buen polvo.

«Todos lo necesitáis», pensó Prior. Manning se fue al baño. Prior alargó el brazo y giró el espejo hacia él. En ese espejo ellas se habían mirado, cada mañana a las cinco y media, en verano y en invierno, bostezando, legañosas, comprobando que tenían la cofia recta y el pelo bien remetido. Su madre, recordó, le había contado que, en la casa donde ella trabajaba, si una criada se cruzaba en el pasillo con un miembro de la familia, debía detenerse y volver la cara hacia la pared.

Manning regresó con la botella de whisky y los vasos. Cojeaba mucho. Pese a los esfuerzos de Prior, la postura no podía haberle hecho ningún bien a la rodilla.

–¿Eso dónde te pasó? –preguntó Prior, señalando la herida con el mentón.

–En Passchendaele.

–Ah, sí. ¿Participasteis en el asalto a la cresta?

–Exacto. –Manning sirvió el whisky y, sentándose a los pies de la cama, se apoyó en el armazón y estiró la pierna ante él–. Muy divertido.

–Yo acabo de comparecer ante una comisión médica. –No deseaba hablar de su salud, pero era incapaz de eludir el tema. El silencio de Manning, cuando una pregunta habría sido mucho más natural, empezaba a irritarlo.

–¿Qué han dicho? –quiso saber Manning.

–Todavía nada. En teoría van a destinarme al servicio permanente en el país, pero tal como están las cosas...

Manning, tras un titubeo, preguntó:

–Es neurastenia, ¿no?

«No –deseó responder Prior–, es una manía homicida descontrolada, con especial predilección por descuartizar a capullos engreídos con las rodillas hechas polvo.»

–No, es asma –respondió–. Sí estuve neurasténico, pero luego, en el hospital, tuve dos ataques de asma, y eso complicó un poco las cosas.

–¿A qué hospital te mandaron?

–A Craiglockhart. Está en...

–Ah, así que conoces a Rivers.

Prior se quedó mirándolo.

–Era mi médico. Todavía lo es. Ahora está... está en Londres.

–Sí, ya lo sé.

Esta vez le tocó a Prior no formular la pregunta obvia.

–¿Aún estás de baja por enfermedad? –preguntó Manning tras una pausa.

–No, estoy en el Ministerio de Municionamiento. En el... –Miró a Manning–. Y es allí donde te he visto. Sabía que me sonabas de algo.

Manning sonrió, pero obviamente eso no era del todo de su agrado.

–Menos mal que no me he presentado con el nombre de «Smith». No te creas que no lo he pensado.

–Si tienes intención de hacerlo alguna vez, yo que tú quitaría antes las cartas de la consola del receptor. El destinatario no es ningún «Smith». –Prior fijó la mirada en su vaso y dejó de oponer resistencia–. ¿De qué

conoces a Rivers?

Manning sonrió.

–También es mi médico.

–¿Trauma de combate?

–No. No exactamente. Me... esto... me detuvo la policía. Hará un par de meses. No me cogieron in fraganti, pero... El joven desapareció en cuanto nos acercamos a la comisaría. En fin, da igual.

–¿Qué pasó?

–Ah, estuvimos un rato allí sentados. Nadie hizo nada desagradable. Solicité la presencia de mi abogado, y al final él llegó y me soltaron. La herida ayudó, la medalla ayudó. –Miró a Prior a la cara–. Los *contactos* también ayudaron. No me juzgues con severidad, eh. No soy idiota. Y después fui a casa y esperé. Mi abogado pensaba que si el asunto llegaba a los tribunales me caerían dos años, pero seguramente no me condenarían a trabajos forzados por lo de la pierna.

–Muy bondadosos, ellos.

–Sí, ¿verdad? Entonces alguien sugirió que lo más conveniente era ir a un psicólogo y ponerme bajo tratamiento, y y... y eso ayudaría. Así que fui a ver al doctor Head, un médico con mucho prestigio en ese campo... de hecho, llegaron a decirme textualmente que Henry Head podía curar a los sodomitas... y él me contestó que no podía tratarme, que estaba desbordado, y recomendó a Rivers. Así que acudí a él, y aceptó mi caso.

–¿Quieres que te curen?

–No.

–¿Y él qué hace?

–Habla. O mejor dicho, hablo yo. Él escucha.

–¿De sexo?

–No, no muy a menudo. De la guerra, sobre todo. Bueno, ahí es donde surge la confusión, porque, nada más echarme un vistazo, decidió que yo era un neurasténico. O sea, entiendo su punto de vista. Cuando salí del hospital, estaba de lo más alterado. Mucho peor de lo que yo mismo pensaba en ese momento. Una noche, durante una cena, cogí un jarrón y lo estampé contra la pared. Había muchas personas presentes, unas doce, y se produjo un

silencio... una situación muy violenta. Y no fui capaz de explicar por qué lo había hecho. Aparte de decir que el jarrón era horrendo. Pero entonces mi mujer dijo: «También lo es tu tía Dorothea. ¿Adónde vamos a llegar con esas ideas?» –Manning sonrió—. Como no puedo hablar con nadie más, hablo con él.

Prior apoyó la mano en el brazo de Manning.

–¿Saldrás del aprieto? O sea, ¿van a dejarte en paz?

–No lo sé. Creo que si fueran a presentar cargos, a estas alturas ya lo habrían hecho. –Adoptó un tono de voz más grave–: «En ese momento llamaron a la puerta...»

Prior se quedó en actitud pensativa.

–En cualquier caso, resulta bastante oportuno, ¿no? –dijo por fin—. Eso de que seas neurasténico.

–No especialmente.

–En cuanto a Rivers, quiero decir. Así no tiene que hablar de...

–No sé qué opina Rivers. En todo caso es de la guerra de lo que yo necesito hablar. Y hay cosas de las que ni siquiera con él podría... ya me entiendes.

–Ya podrás.

Se tendieron y se miraron.

–Ibas a decir en qué departamento del ministerio... –dijo Manning.

–Sí, eso iba a decir. El Servicio de Inteligencia.

–¿Con el comandante Lode?

–Sí. Con el comandante Lode. ¿Y tú?

–Yo estoy en la quinta planta.

El número de la planta era ya de por sí respuesta suficiente. Manning se volvió y extendió el brazo sobre el pecho de Prior.

–¿Te apetece que cambiemos las tornas? ¿O eso no lo haces?

Prior sonrió.

–Yo hago de todo.

Charles Manning abandonó el Ministerio de Municionamiento dos horas antes que de costumbre y fue a su casa, donde había quedado con un albañil que le había prometido reparar los daños causados por las bombas. Era primera hora de la tarde. Un día asombrosamente pegajoso para la primavera, caluroso y húmedo. Cuando salía el sol, como ocurría a rachas, asomando entre bancos de nubes negras, las hojas nuevas de los árboles resplandecían con un verde vivo, casi virulento.

Abstraído, pasaba por delante de los edificios bombardeados cuando, percibiendo los crujidos de la arenilla y el olor a ladrillo chamuscado, se detuvo y echó una ojeada a través de un hueco en la valla. Las casas demolidas habían dejado el contorno de sí mismas a ambos lados del hueco, como imágenes residuales en la retina. Vio un dormitorio, las volutas y el entramado del papel pintado que en otro tiempo sólo veían la familia y los sirvientes, expuestos ahora al viento y la lluvia y la mirada de cualquier transeúnte. Nada se movía en ese espacio inhóspito, pero en algún lugar invisible se desprendía incesantemente el polvo de la herida irrestañable.

De pronto apareció un gato, un gato esquelético, uno de los animales de compañía abandonados que rondaban por la plaza. Intensamente negro y reluciente, una silueta angulosa y sinuosa a la vez, empezó a abrirse paso entre los escombros. Se detuvo, y Manning vio sus ojos amarillos y siniestros, vueltos hacia él, el hocico rosado y hendido en alto para olfatear el aire. Por fin reanudó su camino, encontrando entre las esquirlas resplandecientes de cristal huecos donde posar las blandas almohadillas de sus patas. Manning lo observó hasta perderlo de vista. A continuación,

consciente de que debía ponerse en movimiento, arrastró su pierna rígida escalinata arriba e insertó la llave en la cerradura de su casa, recordando, con una leve sonrisa, que debía tirar y no empujar.

Había un sobre en el buzón. Lo cogió y se lo llevó al salón, donde esperó a que poco a poco se le acostumbrara la vista a la oscuridad. Un intenso olor a hollín. Debía de haberse desprendido otra vez del interior de la chimenea: tampoco se encontraban deshollinadores. Miró el sobre. Escrito a máquina. Un proveedor, probablemente. Su familia y sus amigos sabían que estaba instalado en su club. Dejó la carta en la sábana que cubría el sofá y se dirigió al otro extremo del salón, donde abrió los postigos para dejar entrar un aluvión de luz amarillenta.

Se acercó a mirar la grieta de encima de la puerta. «¿Es un muro de carga?», había preguntado el albañil. Manning lo golpeó con el puño cerrado. No sonó a hueco ni le produjo una sensación de fragilidad, pero al fin y al cabo esas casas eran de construcción muy sólida. Cruzó el salón hasta la pared delantera, la aporreó también y pensó que tal vez sí notaba una diferencia. Aunque no mucha. Regresó a la grieta y advirtió que todo el contorno de la puerta se había aflojado. De hecho, cuanto más atentamente lo examinaba, peor lo veía. «Eso tiene un aspecto amenazador», había dicho Prior con una ligera sonrisa. Un tipo extraño. Aun sintiendo nacer de nuevo la excitación con el recuerdo de esa noche, Manning notó que su cabeza, ya en funcionamiento, establecía categorías por su cuenta. Al principio, reparando en las vocales achatadas de Prior, había pensado: «Vaya, un caballero provisional». Una expresión insidiosa y esnob, sí, pero la utilizaba todo el mundo, aunque obviamente uno procuraba no emplearla con relación a personas que le inspiraban simpatía. Pero lo asombroso era que la conciencia de las diferencias de clase fuera tan persistente. Al parecer el cerebro era capaz de ejecutar esas minuciosas evaluaciones sociales casi en cualquier circunstancia. Se acordó del Somme, de cómo yacían allí los hombres de los regimientos de Northumberland y Durham, donde los alcanzó el fuego de las ametralladoras, en ordenadas filas, como trigo segado. Más tarde esa noche, recorriendo a tientas una trinchera en la más completa oscuridad, intentando desesperadamente averiguar dónde terminaba la sección del frente bajo su

responsabilidad, tropezó con un oficial del regimiento de Northumberland, visiblemente afectado por la carnicería que había padecido su batallón. ¿Y quién podía echárselo en cara? Sólo Dios sabía cuántos soldados habían perdido. Manning, compadeciéndose, recobrando la calma, muy consciente de que sus propios nervios aún no habían sido puestos a prueba, encontró no obstante el tiempo necesario para fijarse en que el oficial de Northumberland se comía las haches. Ese deajo le resultó chirriante. Aun horrorizado por su propia reacción, le resultó chirriante. Y lo curioso era que sabía que no lo habría encontrado en absoluto chirriante, que habría manejado la situación mucho mejor, si aquel hombre hubiese sido soldado raso.

Conforme avanzó la velada con Prior, la descripción «caballero provisional» se le antojó cada vez menos apropiada. Describía a una de esas personas espantosas –sí, eran ciertamente espantosas– que emulaban a sus superiores, deseosas de hacerlo todo «bien», y entretanto se convertían en individuos indefinidos, moralmente desvirtuados y del todo nauseabundos. Prior se libraba de eso no porque no imitara –cosa que sí hacía–, sino porque no mostraba la menor ansiedad. En una o dos ocasiones casi le había parecido detectar un asomo de mofa. Incluso un amago de parodia. En todo caso, la verdad era que aquel hombre no era ni carne ni pescado. Desde el punto de vista social. También desde el punto de vista sexual, por supuesto, aunque ésa era una reflexión menos cómoda. Tenía una novia en el norte, había dicho, pero eso lo decían todos. Manning había propuesto volver a verse, y Prior había accedido, pero por cortesía, sin gran entusiasmo. Probablemente no acudiría a la cita, y probablemente tanto mejor. Trabajando él en el ministerio todo resultaba demasiado cercano a... en fin, demasiado cercano.

Manning consultó la hora en su reloj. Faltaban diez minutos para que llegara el albañil. Se acercó al piano, levantó la sábana y sacó la fotografía de Jane y los niños. Tomada el verano anterior. Qué regordete estaba Robert por entonces. Y así seguía. Siempre había sido un niño de mofletes redondos y apariencia corriente. Tenía el velero sujeto como si sospechara que alguien planeaba quitárselo. Sin duda James lo pretendía. «Es igual que yo», pensó Manning, mirando a Robert. Sentía un amor casi doloroso por su hijo mayor, y a veces se oía hablarle con excesiva aspereza, pero era sólo porque se veía

demasiado a sí mismo. Conocía los puntos vulnerables, y eso le daba miedo, porque en último extremo uno no puede proteger a sus hijos. Todo el mundo –también Robert, seguramente, y eso era lo triste– daba por supuesto que James era su preferido. No era verdad. Su amor por James era una emoción más radiante, menos complicada. Se divertía más con James, porque lo veía fuerte. Había heredado las cejas oscuras y bien definidas de su madre, sus pómulos, su mandíbula, la misma expresión franca y risueña. La fotografía no hacía justicia a Jane; por alguna razón el sol despojaba su rostro de fortaleza. Tal vez estuviera más guapa gracias a eso, pero así se parecía menos a la verdadera Jane. «Era horrendo.» El jarrón que había estampado contra la pared. «También lo es tu tía Dorothea. ¿Adónde vamos a llegar con esas ideas?» Una reacción muy propia de Jane. Podía interpretarse como un comentario poco compasivo, pero no lo era. En realidad no. Era una mujer capaz de afrontar cualquier peligro físico, por grande que fuese, sin parpadear, pero las sombras en la mente la aterrorizaban.

Manning se acercó a la chimenea. De camino reparó en la carta y volvió a cogerla, preguntándose una vez más quién le habría escrito a esa dirección. No había facturas pendientes. Todo el mundo sabía que estaba en el club. Empezó a abrirla pensando a la vez que debía pedir al albañil que hiciera algo con la marca dejada en la pared por el jarrón. El sobre, en lugar de la previsible hoja, contenía un recorte de periódico. Lo volvió del derecho y leyó:

EL CULTO AL CLÍTORIS

Para asistir a la representación privada de Maud Allen en *Salomé* de Oscar Wilde, hay que dirigirse a una tal señorita Valetta, Duke Street 9, Adelphi, West Central. Si Scotland Yard se apoderara de esa lista de asistentes, sin duda obtendría los nombres de varios miles de los primeros 47.000.

Ya había visto ese párrafo. Se había reproducido –normalmente sin el encabezamiento– en varios periódicos respetables, pese a haberse originado en el *Vigilante*, el deplorable periodicucho de Pemberton Billing. Maud Allan –ni siquiera habían escrito bien su nombre– había demandado a Pemberton

Billing por calumnias. Grave error, en opinión de Manning, porque una vez sentado como testigo en el estrado, Pemberton Billing podría acusar a cualquiera con total impunidad. Tendría inmunidad ante la justicia. No así, en cambio, las personas a quienes nombrase. Desde la perspectiva de Maud Allan, era comprensible, claro. Si no entablaba demanda, sería su ruina. De todos modos, seguramente ya estaba en la ruina.

La cuestión era: ¿por qué se lo habían enviado a él, y quién? El matasellos no le reveló ninguna información útil. No incluía carta adjunta. Manning dejó caer el recorte en el sofá; luego volvió a cogerlo y sostuvo el frágil papel ya amarillento entre el pulgar y el índice. Se enjugó el labio superior con el dorso de la mano. Acto seguido se miró en el espejo como para consultarse y, dado que había dejado la puerta del salón abierta, se vio en un laberinto de figuras repetidas. Su nombre constaba en esa lista. Tenía intención de ir a ver *Salomé*, y no sólo como un asistente más, sino en compañía de Robert Ross, quien, como albacea literario de Oscar Wilde, había autorizado la representación.

Inmediatamente empezó a plantearse si existía una escapatoria honorable, pero luego pensó que daba igual, que eso no serviría de nada. Echarse atrás sólo revelaría el alcance de su miedo a a a... a quienquiera que estuviese observando. Ya que obviamente alguien observaba. Alguien sabía que podía enviar el recorte a esas señas.

Prior trabajaba en la Unidad de Inteligencia bajo el mando del comandante Lode. ¿Tendría eso algo que ver? No lo sabía. No sabía nada, eso era lo malo.

Sonó el timbre. Todavía con el papel en la mano, Manning se dirigió hacia la puerta. En el portal esperaba un hombre delgado, dinámico y algo canoso, de ojos azules acuosos y cara como de saludar con un «Buenos días nos dé Dios».

—¿Capitán Manning? —El hombre se quitó la gorra—. O'Brien, señor. He venido por la obra.

Manning tomó conciencia de que se había quedado mirándolo con la boca abierta. Tragó saliva, se metió el recorte en el bolsillo de la guerrera y dijo:

—Sí, claro. Pase.

Enseñó a O'Brien la grieta en la pared, casi demasiado aturdido para seguir sus palabras. Se obligó a concentrarse. Era un muro de carga.

—¿Cuánto tiempo calcula que le llevará?

O'Brien apretó los labios.

—Tres días. Normalmente. El problema, hágase cargo, es que no se encuentran chicos. Como William. —O'Brien movió la cabeza en un gesto pesaroso—. Un trabajador excelente en su día. Un chaval. Muy voluntarioso. Nada descarado para su edad. O Samuels. —O'Brien se dio una palmada en el pecho—. Se le mete el polvo en los pulmones.

—¿Cuánto tiempo?

—¿Quince días? ¿Tres semanas?

—¿Cuándo puede empezar?

—Cuando quiera. ¿El lunes le vendría bien?

Debía decirse que O'Brien era un hombre que inspiraba desconfianza en el acto. «Espero estar haciendo lo correcto», pensó Manning mientras lo acompañaba a la puerta. Volvió para mirar la grieta otra vez. Al explorar las características del muro de carga, O'Brien había desprendido una gran cantidad de yeso. Manning echó un vistazo al polvo gris. Empezaba a sospechar que el verdadero talento de aquel hombre quizá fuera la demolición. «Bah, qué más da», pensó. Cerró los dedos en torno al recorte y volvió a sacarlo. Acababa de recordar que un par de meses atrás, cuando el artículo sobre el Libro Negro y los 47.000 apareció por primera vez, Robert Ross recibió una copia. Igual que ésa. Anónimamente. Sin carta adjunta. Se acercó a la ventana y contempló el jardín. Aquella luz amarillenta presentaba una curiosa tensión, como si se avecinara tormenta. Y los arbustos —todos demasiado crecidos, sin podarse como era debido desde hacía años— permanecían inmóviles, salvo por las puntas de las ramas, que temblaban amenazadoramente como rabos de gato. Cayeron unas gotas, que resonaron en la terraza polvoriento. Un recuerdo pugnó por aflorar a la superficie. Estaba sentado en un sitio polvoriento y empezaba a llover. Las gotas le salpicaban la cara y las manos y se echaba a llorar, pero de manera vacilante, sin saber bien si ésa era la reacción adecuada. Y entonces una niñera se acercaba corriendo y lo cogía en brazos.

Esa noche preguntaría a Ross si había recibido un recorte, o si sabía de alguien más que lo hubiera recibido. Aunque eso tampoco sería muy tranquilizador. Era peligroso conocer a Ross, y sería aún más peligroso conforme aumentara la histeria en torno al caso de Pemberton Billing. Lo prudente sería abandonar todo trato con Ross. Por alguna razón, dar una forma clara a esa idea por primera vez le fue de gran ayuda. Por supuesto no iba a abandonar todo trato con Ross. Por supuesto iría a ver *Salomé*. En último extremo era una cuestión de valor.

¿Por qué enviarlo a la casa? Todos aquellos que lo conocían lo suficiente como para saber que él se había inscrito en la lista de asistentes a una de las representaciones debían de estar enterados asimismo de que se alojaba en su club. Pero entonces tal vez también sabían que visitaba la casa con regularidad, para comprobar que todo continuaba en orden, y... para otras cosas.

No debía caer en la trampa de sobrevalorar lo que esa gente sabía. Por de pronto, estaba siguiéndoles el juego.

Abrir esa carta de esa manera en su propia casa era en cierto modo una experiencia peor de lo que habría sido abrirla en el club. Su casa dañada evocaba recuerdos de Jane y los niños, y también de sí mismo, tal como era antes de la guerra, recuerdos tan vívidos en comparación con su actual yo vacío que, sin darse cuenta, se paseó entre los muebles tapados como si fuera su propio fantasma.

No sacaba nada con abandonarse así a esas cavilaciones. Se aseguró de que el yeso caído había quedado en la sábana y no había riesgo de que quedara incrustado en la alfombra al pisarlo. Cerró los postigos, volvió a colocar la fotografía bajo la sábana y salió.

Llovía. Cuando dejó atrás la plaza y continuó caminando con paso enérgico por Bayswater Road, los reflejos de los edificios y las sombras de las personas resplandecían confusamente en las aceras, como si otra ciudad yaciera atrapada bajo la pátina de agua y grasa. Mantuvo la cabeza gacha, pensando que iría a ver a Ross esa noche, y recordando asimismo que tenía hora con Rivers la semana siguiente. Pasó ante la boca de metro de Lancaster Gate, con su vaharada de aire caliente, y siguió adelante.

En Oxford Street un caballo se había desplomado entre los ejes de un carronato y forcejeaba débilmente por ponerse en pie. Se había congregado el habitual corrillo de mirones. Manning se dijo que todo se solucionaría. Todo...

De pronto experimentó el pleno impacto de la intrusión en su casa y se encogió, allí en la acera de Oxford Street, como si se estuviera produciendo un bombardeo de setenta horas. Fingió mirar un escaparate, pero no veía nada. La sensación fue extraordinaria, uno de los peores ataques que había sufrido. Como si estuviera desnudo en lo alto de una cornisa, en algún lugar, a plena luz, y debajo de él sólo hubiera voces burlonas y millones de ojos.

Prior, sentado en la sala de espera de las visitas en la cárcel de Aylesbury, con el pie derecho apoyado en la rodilla izquierda y las manos en torno al tobillo, miraba alrededor. La sordidez de esa sala contrastaba con la brutal pero impresionante fachada roja y blanca de la cárcel, aunque la sordidez también estaba concebida para intimidar. Todo –la descascarillada pintura verde, el suelo gastado sin color, las sillas aseguradas con clavos– daba a entender que aquellos que visitaban a delincuentes probablemente eran delincuentes ellos mismos. Un cartel en la pared informaba de las circunstancias bajo las que podían cachearlos.

Prior se miró el abrigo y se sacudió una imaginaria mota de polvo. Ésa no era la prenda maltrecha y sucia en la que Myra, tan estúpidamente, se había negado a yacer, sino una versión muy superior que le había costado el salario de dos meses. En aquella coyuntura, valía hasta el último penique invertido en él.

Se abrió la puerta y entró la celadora. Con una cortesía apenas exagerada, Prior se puso en pie. Era triste pero cierto que nada pone a una mujer en su lugar más eficazmente que un gesto caballeroso realizado de determinada manera.

–Sí, bueno, parece que todo está en orden –dijo ella.

Él asintió.

–Bien.

–Si quiere acompañarme...

Prior se adelantó hasta la puerta y se la abrió. No sentía grandes deseos de malgastar simpatía en ella, esa mujer de mediana edad y piel blancuzca. Al

fin y al cabo, ella tenía su propio poder, más absoluto del que él pudiera poseer. Si se sintiera humillada ahora, seguro que pagaría el pato alguna prostituta vieja y quebrantada.

La siguió por el pasillo y salieron al patio.

–Ése es el bloque de las mujeres –dijo ella, señalándolo.

Un edificio lúgubre, enorme. Seis hileras de ventanas, pequeñas y muy juntas, como ojillos porcinos. Prior contempló el patio.

–Pero así seguramente los hombres ven a las mujeres cuando hacen ejercicio, ¿no?

–No, no –dijo ella–. No pueden ver por las ventanas. Están demasiado altas.

Prior le hizo un par de preguntas acerca de la organización de la cárcel, el sistema de turnos, si se disponía de medio de transporte hasta allí. Se le había ocurrido que tal vez no pagara el pato por su propia victoria una prostituta anónima, sino la mujer que él había ido a ver, y eso deseaba evitarlo.

–El trabajo por turnos debe de ser muy complicado –señaló–. Sobre todo para las mujeres.

En el patio gélido Prior tuvo que escuchar la historia de su madre enferma. A continuación le abrió la puerta del bloque de las mujeres, y esta vez ella se sonrojó en lugar de molestarse, dado que el gesto se le ofrecía con un ánimo distinto. O eso pensó ella.

Otro pasillo.

–Soy consciente de que esto es sumamente anormal –dijo él–. Que un hombre, solo, visite a una presa. Pero usted lo comprende, ¿verdad? Es una cuestión de seguridad...

–Ah, sí, sí. Sólo lo he puesto en duda porque ella está en régimen de aislamiento en su celda. Lo sabemos todo sobre seguridad. Hemos tenido aquí a una cabecilla de la rebelión irlandesa. –Una pugna interna, y al final prorrumpió–: Era nada menos que condesa.

Se le iluminó el rostro con toda la veneración y la deferencia de la que era capaz la clase trabajadora inglesa. Dios santo, Dios santo.

–Roper es harina de otro costal –prosiguió–. Corriente y moliente.

Atravesaron otra puerta y entraron en un amplio espacio. Prior habría

deseado que lo previnieran antes de acceder allí. Se esperaba otro pasillo, otra sala. En lugar de eso, se vio de pronto en el fondo de lo que parecía una galería. Adosadas a las altas paredes había pasarelas de hierro, tres pisos, tachonadas de puertas de hierro, comunicadas entre sí mediante escaleras de hierro. Una celadora sentada en el centro de la galería sólo tenía que alzar la vista para ver todas las puertas. La acompañante de Prior se acercó a su colega y habló con ella.

Prior echó un vistazo alrededor, preguntándose qué clase de mujeres necesitaban ser retenidas en un lugar como ése. Prostitutas, ladronas, chicas que asfixiaban a sus bebés, abortistas que clavaban sus agujas de punto en partes vitales... ¿De verdad era necesario tenerlas allí? Sonó un timbre. A sus espaldas se abrieron las puertas, y diez o doce mujeres entraron penosamente en la sala, dividiéndose en dos filas al llegar a la escalera que ascendía a la pasarela del primer piso. Llevaban unos vestidos grises idénticos que las cubrían desde el cuello hasta los tobillos y se confundían con el hierro gris de las pasarelas, de modo que las mujeres parecían columnas de metal en movimiento. Era evidente que no les permitían hablar, y por un momento no se oyó más sonido que el golpeteo de sus botas en la escalera y un coro de toses.

De pronto una mujer más bien joven volvió la cabeza y reparó en la presencia de Prior. Al instante una repentina excitación se extendió por ambas hileras, como pelo al erizarse en el lomo de un perro. Rompieron filas y se apelotonaron contra las barandillas, expresando a gritos comentarios sobre lo que veían y especulaciones sobre el tamaño de lo que no veían. Alguna sugirió que quizá él podía zanjar el asunto sacándosela y enseñándola. Entonces una mujer baja, de cabeza cuadrada, se abrió paso hacia el frente y se levantó el vestido hasta los hombros, poniendo de manifiesto que la munificencia de Su Majestad no incluía el suministro de bragas. Se señaló repetidamente el montículo de vello ralo con el dedo. De pronto sonó un silbato, acudieron corriendo varias celadoras y obligaron a las mujeres a colocarse otra vez en fila. El ruido de pasos se inició de nuevo, y pronto las pasarelas estaban vacías y en silencio, salvo por los portazos y el tintineo de las llaves en las cerraduras. El incidente no duró ni tres minutos de

principio a fin.

La celadora de Prior regresó.

–Qué alivio –exclamó él–. Empezaba a sentirme como una chuleta de cerdo en una hambruna.

Eso no cayó bien.

–Roper está en el piso superior –dijo.

Sus botas resonaron en la escalera. Al mirar las pasarelas vacías desde arriba, Prior, desconcertado, experimentó una sensación de familiaridad que fue incapaz de identificar. De repente se acordó. Aquello era como las trincheras. La tierra de nadie vista a través de un periscopio, un paisaje en apariencia vacío que en realidad contenía millares de hombres. Ese engañoso vacío siempre se le había antojado inquietante. Incluso ahora, mientras recorría la pasarela del tercer piso, sintió que se le erizaba el vello de la nuca.

La celadora se detuvo frente a la celda número 39. Se inclinó y echó un vistazo por la mirilla antes de abrir la puerta.

–Ahí la tiene –anunció–. Lo siento, pero tendré que dejarlo encerrado dentro. Cuando haya acabado, dé un golpe en la puerta. Yo me quedaré al final de la pasarela. Un buen golpe, eso sí. –Vaciló–. Ha hecho una huelga de hambre. La encontrará muy débil.

Siguió a la celadora al interior de la celda. Estaba muy oscura, a pesar de que la pequeña ventana, en la pared del fondo, a gran altura y con barrotes, dejaba entrar un haz de luz. Los barrotes proyectaban una sombra negra en el suelo, que súbitamente se desvaneció al quedar cubierto el sol por un jirón de nube. Cuando se le acostumbró la vista a la penumbra, vio una silueta gris acurrucada en el camastro, tapado el rostro por un brazo descarnado. Aparte de la cama, el otro único objeto en la celda era un cubo, que emanaba un fuerte olor a orina y heces.

–¿Roper?

La silueta tendida en la cama no se movió ni habló.

–Éste es el teniente Prior. Ha venido a hablar contigo.

Tampoco ahora hubo respuesta. Por un momento Prior pensó que estaba muerta, que había llegado demasiado tarde.

–Vengo del Ministerio de Municionamiento –dijo.

El rostro de ella permaneció oculto.

–Entonces mejor será que se deje de joder y vuelva allí, ¿no le parece?

La celadora chasqueó la lengua.

–La dejo en sus manos –dijo. Echó una ojeada a la celda desnuda–.
¿Quiere una silla?

–No, ya me las arreglo.

–No se quedará tanto tiempo como para necesitar una silla.

La celadora cerró de un portazo. Prior escuchó el sonido de sus pisadas al alejarse. Se acercó a la cama.

–Oye, si cooperas, hay alguna posibilidad de remisión de pena.

Silencio.

–Eso si nos das la información que necesitamos.

Ella mantuvo los ojos cerrados.

–Ya se lo he dicho una vez. Déjese de joder y vuelva a Londres, asqueroso lameculos de mierda.

Por fin Prior oyó las sonoras pisadas de las botas en el otro extremo de la pasarela.

–Por lo que veo, la cárcel no ha mejorado mucho tu vocabulario, ¿eh, Beattie?

Ella abrió los ojos. Él se situó de manera que la luz de la ventana le iluminara el rostro.

–¿Billy?

Prior se acercó. Ella lo miró de arriba abajo, incluso le tocó la mano, al mismo tiempo que una legión entera de emociones en conflicto pugnaba por adueñarse de su cara. Se quedó con la más sencilla: el odio al uniforme.

–Tu padre debe de estar revolviéndose en su tumba.

–Bueno, imagino que así sería si estuviera en ella. No lo está, sigue igual de activo que siempre, sobre todo a la hora de zurrar a mi madre. –A ella nunca le había gustado oírlo hablar del trato que su padre daba a su madre. Ahora, con ese comentario, se retrotrajeron a los tiempos de Tite Street, a la sala de la trastienda, con el estofado de ternera y las bolas de masa cociéndose en el fogón, Hettie mirándose en el espejo colocado encima de la repisa del hogar, dándose forma a los rizos que le caían sobre la frente. Antes

de que se perdiera la sensación de intimidad, Prior se acercó y se sentó en el otro extremo de la cama, y ella se apartó un poco para dejarle sitio—. Nunca adivinarás lo que acabo de ver —dijo en el mismo tono de chismorreos, y se levantó un vestido imaginario por encima de la cabeza.

Una sonrisa iluminó el rostro de Beattie.

—Mary la Loca —dijo—. Válgame, todo el mundo ve lo mismo, el capellán, el alcaide. Yo le digo: «Esconde eso, Mary, se te está quedando calvo». Pero no hay manera de hacerla entrar en razón, esa sí que está como una regadera. Muchas están tan mal como ella, te sorprendería. Hay aquí mujeres a las que jamás tendrían que haber mandado a la cárcel. Necesitan ayuda. Ah, y hemos tenido una condesa, una rebelde irlandesa; la conocí en el patio. Me dice: «Tú eres la mujer que intentó matar a Lloyd George. Déjame que te dé la mano». Y yo le digo: «Bueno, muy amable por tu parte, encanto, pero yo no hice nada por el estilo».

—¿No lo hiciste? —preguntó Prior.

—Claro que no, joder. —Lo miró fijamente—. ¿Intenté matar a Lloyd George lanzándole al culo un dardo emponzoñado con curare? No. No. Hice. Eso. Ahora bien, si me preguntaras: «Imagínate que dispones de un dardo emponzoñado con curare y tienes a tiro el culo de Lloyd George, ¿le lanzarías el dardo?» Pues claro que sí, joder, porque no habrá paz mientras ese cabrón esté en el poder.

Prior cabeceó.

—No se puede echar toda la culpa a una sola persona de ese modo.

—No podrás tú, yo sí.

—No veo cómo se desprende eso de un análisis marxista.

—A la mierda el análisis marxista. Odio a ese cerdo.

Prior esperó.

—¿Tanto como para matarlo?

—¡Sí, tanto como para matarlo! Además, no sentiría remordimientos. No más remordimientos de los que siente él por los millones y millones de vidas jóvenes a las que ha puesto fin. —Se dejó caer en la cama, sin dejar de hablar—. No soy una de esas pacifistas blandengues, esas meapilas.

—Habrías salido mejor parada si no hubieses dicho todo eso en el juicio.

–En el juicio dije la verdad. La verdad, toda la verdad y nada más que la verdad. –Se echó a reír–. Catastrófico, eso fue. Ya ves tú, Billy, cuando era joven, sabía camelarme al más pintado para que hiciera lo que fuese. Ahora me hacen una pregunta sencilla, y voy y suelto la verdad como si tal cosa. – Cabeceó–. Eso me pasa por tratar con los malditos cuáqueros, ése ha sido el resultado. La compañía de buenos cristianos ha sido mi ruina.

–¿No planeaste matarlo, pues?

–El veneno era para los perros.

Se desplazó hacia arriba en el camastro y apoyó la cabeza en la pared. En esa posición se veía lo demacrada que estaba, lo pálida que tenía la piel. Su pelo, castaño la última vez que la vio, era ahora casi totalmente blanco. Finas hebras escapaban del moño en la parte de atrás de la cabeza y se le dispersaban por el cuello. Prior hizo amago de hablar pero ella lo interrumpió.

–¿Por qué has venido, Billy?

–Para ayudarte.

Ella sonrió.

–¿Y a qué venía eso de la información?

–Tenía que decirlo. La celadora estaba escuchando.

–Pero ¿es verdad que estás en el Ministerio de Municionamiento?

–Claro que sí. ¿Cómo te crees que he entrado aquí? Eso no significa que haya venido por la información, ¿no? –Se inclinó hacia ella–. Piénsalo, Beattie. ¿Tú qué información tienes?

Ella torció el gesto.

–Te sorprenderías. Aquí entra y sale gente. –Hizo una mueca–. De hecho, aquí no hay muchas presas políticas. Están todas por asuntos del conejo. Pierdes la paciencia.

–Quiero que me cuentes qué pasó.

–¿O sea que no lo sabes?

–No tengo la transcripción del juicio.

–¿Ah, no? Me sorprendes. ¿Por qué no vas a hablar con Spragge?

–Lo haré. Pero antes quiero tu versión, porque no he oído tu versión. – Esperó–. Oye, Beattie, todo el daño que podía hacerse se hizo ya en el juicio.

No te pido que des ningún nombre que no saliera a la luz entonces.

Ella reflexionó por un momento.

—¿Sabes que Tommy Blenkinsop ha muerto?

—Tommy...

—El desertor que tuve escondido en casa. Hettie ya no vivía conmigo; era maestra en Middleton. Yo disponía, pues, de una habitación libre, y me ofrecí a acoger a Tommy. Ese pobre desdichado, once hijos, y viéndolo, nunca habrías pensado que era capaz ni de medio polvo. Va y me dice: «Óyeme, Beattie, yo sólo me alisté para tener un poco de paz». El pobre hombre. El caso es que aquella noche estábamos sentados junto al fuego, Tommy y yo, y llamaron a la puerta, y yo le digo a Tommy: «Vete arriba, cariño». Fui a abrir, y allí estaba... —Con la mirada perdida, dejó escapar un suspiro—. Spragge. Chorreaba agua, diluviaba. Y dijo que tenía una carta de Mac, así que, lógicamente, le pedí que entrara. Desde entonces he tenido tiempo de sobra para pensar. Era a Mac a quien él buscaba. El pez gordo era él, nosotros sencillamente nos quedamos atrapados en la red. Y la carta era auténtica. Spragge había engañado a Mac tanto como a mí, así que debía de ser convincente, ¿no? La cuestión es que me explicó que iba de camino a Liverpool, y va y me dice: «¿Puedo quedarme aquí a pasar la noche?», y yo le contestó: «Pues no, la verdad». Y entonces pienso, bueno, de acuerdo, y le digo: «A menos que no te importe compartir cama», y le cuento lo de Tommy. «¿Es de tendencias homogénicas?», me pregunta. En fin, yo me quedo mirándolo. Le contesto: «No, diría que no, tiene once hijos, ¿quieres la cama o no?» Así que decidió quedarse y nos sentamos alrededor de la mesa, y al cabo de un rato se fija en la fotografía de nuestro William en la repisa de la chimenea. No sé si él sabía algo de nuestro William, pero creo que sí, porque una y otra vez llevaba la conversación en esa dirección, y comentaba lo buen chico que era y demás. Y mira, yo me moría de preocupación por William, porque sabía qué estaba pasando; para que lo sepas, él había conseguido sacar una carta a escondidas.

—¿Qué estaba pasando?

—Bueno. Verás, William no consiguió la exención. Él... en parte tuvo mala suerte con la comisión, pero ya sabes que de todos modos no les gustan

los objetores de conciencia. Si eres religioso... por disparatado que sea..., puedes decir que tienes al Espíritu Santo en un tarro de mermelada en la repisa de la chimenea... eso les parece bien, no hay problema. En cambio si dices: «Creo que es moralmente incorrecto que se envíe a los jóvenes a matarse entre sí»... entonces que Dios te asista. El presidente de la comisión llegó al punto de decir a nuestro William: «No puede ser usted objetor de conciencia porque no cree en Dios, y la gente que no cree en Dios no tiene conciencia».

»Ésas teníamos. El caso es que si te negaban la exención, te ponían en manos del ejército. Se presentaba la policía militar y te llevaba al cuartel y te daban la primera orden, que por lo general era: «Desnúdese y póngase el uniforme». Y los chicos, como es lógico, se niegan, y entonces pasan al centro de prevención. A nuestro William lo mandaron a Wandsworth, y la verdad es que fue francamente duro. Lo desnudaron y lo metieron en una celda con el suelo de piedra, sin cristal en la ventana... eso en enero, para colmo... y entonces, según cuenta, sencillamente te ponen un uniforme al lado y esperan a ver cuánto tiempo tardas en ceder. Como es normal, yo me moría de preocupación, temía que pillara una pulmonía, pero él, en su carta, decía que no era el frío lo que lo molestaba, era el hecho de ser observado a todas horas. El ojo en la puerta. –Se rió–. Yo no sabía a qué se refería.

Eché un vistazo por encima del hombro de Prior, y él se volvió para seguir su mirada. Había allí un ojo pintado minuciosamente. La mirilla formaba la pupila, pero alrededor alguien se había tomado la molestia y el tiempo de pintar un iris surcado de venas, el blanco del ojo, las pestañas y un párpado. Ese ojo, donde no debería haber habido ningún ojo, turbó profundamente a Prior. Por un momento se vio otra vez en Francia, contemplando el globo ocular de Towers en la palma de su mano. Parpadeó para borrar la imagen.

–Es espantoso –dijo, volviéndose de nuevo hacia Beattie.

–No pasa nada mientras se queda en la puerta. –Se dio unos golpecitos en la sien–. Empiezas a preocuparte cuando se te mete aquí dentro.

–Pero sigue. Spragge hablaba de William.

–Sí, lo sacaba una y otra vez a la conversación, y claro, yo, con lo

preocupada que estaba, lo solté todo. No sólo era William quien me inquietaba, sino todos ellos.

–¿Todos los objetores?

–Sabes que no me refiero a eso.

No, pensó Prior. Ella era una de esas personas que lamentaban todas las muertes. Nunca había aprendido a leer la lista de bajas durante el desayuno y luego marcharse y disfrutar de un día totalmente agradable, como era el caso entre la gran mayoría de los civiles. Si hubiese aprendido a hacer eso, tal vez no estaría allí.

–Sigue –la instó.

–Viendo lo mucho que me alteraba, dice: «¿Por qué no tomamos una copa?» En fin, yo iba justa de dinero, como te imaginarás, teniendo que dar de comer también a Tommy, pero él dice: «No te preocupes, encanto, ésta corre de mi cuenta». Entró en la trascocina, regresó con dos jarras enormes y salió a la calle. Ah, y era cerveza de alta graduación. En fin, Billy, ya me conoces, al segundo vaso de eso, él era ya mi hermano reencontrado después de mucho tiempo, y lo hice, hablé, me fui de la lengua. Maldije a Lloyd George, maldije al rey, no sé si me olvidé de maldecir a alguno de todos esos cabrones, pero me sentía sola, Billy. Desde hacía meses no tenía a nadie con quien hablar aparte de Tommy, y él no era gran compañía, el pobre desdichado, con los nervios destrozados como los tenía. Y naturalmente en el juicio todo se tergiversó. Spragge declaró que yo no dejé de insinuar que Lloyd George moriría. Recuerdo exactamente lo que dije. Dije: «Lloyd George, ese cabronazo, ese condenado hijo de puta, tiene una cabeza como un orinal de cuarenta chelines, pero toma nota de mis palabras, al final lo lamentará». Ahí está. Eso fue. Ésa fue la «amenaza de muerte». –Movié la cabeza en un gesto de desolación—. ¿Cómo iba a ser eso una amenaza? El caso es que íbamos ya por la segunda jarra... o iba yo... y él dice: «¿Puedo confiar en ti?» Y yo digo: «Bueno, si no puedes, estás metido en un buen lío». Y entonces empieza a hablarme de un centro de prevención con un régimen durísimo, peor que Wandsworth. Y sabes qué, todo lo que me contó fueron cosas que le había contado yo a él, lo de dejarlos desnudos en las celdas y tal, pero yo, atontada como estaba, ni me di cuenta. Y entonces me

viene con que él y unos amigos suyos habían encontrado la manera de sacar de allí a los chicos. Tenían un contacto en el interior del centro, supuestamente uno de los guardias. Pero, dice, el problema eran los perros. Había perros patrullando en la valla exterior. Yo digo: «Pues veneno». Y él dice que bueno, sí, pero con eso había un problema. Tenía que parecer algo hecho desde fuera, para proteger al guardia. Compréndelo, no querían que en el centro de prevención sospecharan de él. Así que digo: «Curare».

–¿Con un dardo lanzado a través de la valla?

–Sí.

–¿Lanzado a los perros?

–Sí.

–Te darás cuenta, digo yo, de que no mucha gente sabe qué es el curare – observó Prior.

Ella pareció inquietarse por primera vez.

–Ya, bueno, lo descubrí en un libro sobre Sudamérica, y se lo comenté de pasada a Alf, el marido de nuestra Winnie, y él dice: «Ah, sí, tenemos un poco de eso en el laboratorio». Yo lo conocía sólo por eso.

–¿Y no habías pensado antes en matar a Lloyd George? En el juicio dijeron que ya habías tramado matarlo cuando andabas con las sufragistas.

–Las sufragistas jamás amenazaron una sola vida humana. Era una cuestión de honor: la propiedad, no la vida. Ahí tienes: una prueba más de la ignorancia de Spragge. Ni siquiera se le ocurrió una mentira convincente.

–Según parece, convenció al jurado.

–Tú sabes tan bien como yo lo que pasó allí. Pones a un pacifista, a cualquier pacifista, en el banquillo... podría ser el mismísimo Jesucristo... y al mayor sinvergüenza no ahorcado en el estrado como testigo, ¿y a quién te parece que van a creer?

–¿Qué dijo cuando mencionaste el curare?

–Dice: sí, pero ¿de dónde demonios iba a sacarlo? Yo contesto que sé dónde conseguirlo, pero es muy arriesgado. Y luego él dice que si yo lo ayudo, él me ayudará a mí, llevará a Tommy a Irlanda. Y con eso me convenció, porque Tommy empezaba a ponerse francamente raro. O sea, para serte sincera, pensaba que si no lo sacaba de allí iba a acabar con un chiflado

en casa, como el marido de Lily Braithwaite. Ya sabes en qué estado se encontraba ése cuando volvió.

—¿Accediste, pues, a conseguir el curare?

—Sí, me dio una dirección y me pidió que le escribiera allí cuando lo tuviera. Escribí al Alf de nuestra Winnie, y él mencionó los perros en su respuesta, pero esa carta nunca se enseñó, debió de desaparecer por una grieta en la acera. Y Alf dijo que sí, que lo conseguiría. Trabaja en un gran laboratorio médico, y tenía que firmar para sacar el veneno. Pero eso no le preocupó, eh, porque los perros iban a morir en la otra punta del país, y nadie vería la relación. ¿Tú te crees que él iba a poner su firma así, sin más, si hubiera pensado que era para Lloyd George?

—Y entonces ¿qué paso?

—Esperé. El correo parecía retrasarse, pero claro, sin que nosotros lo supiéramos, abrían nuestras cartas. Abrieron el paquete. Y cuando por fin lo entregaron, la policía se plantó ante la puerta en cuestión de minutos. A mí me acusaron de conspiración para el asesinato de Lloyd George *y de otros*. También salieron con eso. No era sólo Lloyd George quien les preocupaba. Se supone que ya de entrada yo tramaba matar a cientos de personas. Y yo, claro, sólo podía decir que el veneno era para los perros, pero no podía demostrarlo. Era la palabra de Spragge contra la mía, y él trabajaba para el condenado Ministerio de Municionamiento. Ah, y el juicio. ¿Sabes que en el juicio aquel hombre leyó todas las cartas en voz alta?

—¿Smith?

—Sí, Smith. El fiscal general. Bueno, me sentí muy honrada, sacaron la artillería pesada. Y leyó mis cartas en la sala del juzgado, cosas como que a Winnie se le había atrasado la regla. Y encima leyó las palabras tal como yo las había escrito, sólo para que se rieran de mí, porque tengo mala ortografía, siempre la he tenido. Pero ya me gustaría a mí ver cómo sería la suya si hubiese dejado el colegio a los ocho años.

—Eso no debería haberlo hecho.

—Yo era presa fácil. Mi vocabulario también. Lo sacaba de quicio mi vocabulario, el lenguaje de esa mujer horrenda, tosca, procaz, vulgar, vil, que no paraba de usar palabras que su querida mujercita ni siquiera conocía. Ya,

seguro que no.

Prior se apoyó en la pared. Le costaba sobrellevar la presencia de ese ojo en la puerta. Permanecer de cara a él le resultaba insoportable, porque era imposible saber si había un ojo humano en el centro del ojo pintado. Quedarse sentado de espaldas a él era aún peor, ya que no hay nada más alarmante que ser observado desde atrás. Y cuando se sentaba de costado, tenía la irritante impresión de que alguien trataba de captar su atención sin cesar. Lo agotaba, y si lo agotaba a él en menos de una hora, ¿cómo debía de sentirse Beattie, que lo había soportado desde hacía ya más de un año? Advirtió que el cubo empleado como orinal estaba colocado donde podía verse desde la puerta.

–¿Por qué está ahí el cubo? –preguntó.

–Porque una pobre desgraciada se ahogó en sus propios meados.

–Dios mío. –La miró fijamente–. Tú no estás tan mal como para eso, ¿verdad?

–No, aún aguanto. El problema es que aquí te sancionan si haces huelga de hambre, y no puedo tener visitas. No he visto a nuestra Hettie desde... en fin, ni me acuerdo, hará unos dos meses.

–Veré qué puedo hacer.

–Eso mismo dijo Spragge. Cuando le expliqué que no era posible trasladar a Tommy a Irlanda, dijo: «Veré qué puedo hacer».

–La diferencia es que yo no te pido nada a cambio.

Ella le tocó la manga.

–En otro tiempo estábamos muy unidos, Billy. Eras como un hijo para mí.

–Beattie esperó–. No voy a preguntarte de qué bando estás porque quizá no me dijeras la verdad, y si me la dijeras, no te creería. Pero dime al menos esto: ¿tú sabes de qué bando estás?

Prior la miró y sonrió, pero no contestó.

El Ministerio de Municionamiento tenía su sede en el hotel Metropole. La recepción, ahora custodiada por policías armados, estuvo en su día a cargo de jóvenes conserjes de facciones delicadas, adiestrados para no manifestar la menor sorpresa cuando aparecían seis parejas consecutivas presentándose con el apellido Smith, o cuando caballeros de aspecto próspero, en agasajo a sobrinos de aspecto curiosamente nada próspero, solicitaban una habitación doble. Ahora esas inocentes aventurillas ya no se daban, pensó Prior mientras cruzaba el vestíbulo. ¡Cómo había decaído el tono moral!

En la tercera planta llamó a la puerta del comandante Lode. Éste, apartando la vista del expediente que estaba leyendo, se toqueteó las puntas del bigote poblado y sedoso, de un color dorado rojizo, como siempre hacía ante una situación nueva. A despecho de la biología, Prior veía ese bigote como un adorno *femenino*: quizá porque parecía requerir mucha protección ante el mundo exterior.

–¿Cómo ha ido? –preguntó Lode.

–Bastante bien, diría yo. Al principio se ha mostrado... un tanto hostil, pero creo que hacia el final ha empezado a abrirse.

–¿Le ha hablado de MacDowell?

–Sólo de pasada. Me ha parecido que no convenía... centrarme demasiado en él.

–Mmm. Sí, muy acertado. ¿Y cuál es el siguiente paso?

–Me gustaría ver a Hettie Roper, la hija menor. ¿Recordará que salía con MacDowell?

Lode sonrió.

–¿Salía? Sí. Precisamente en eso estaba pensando... qué expresión tan extraña, ¿no? «Salía.» Pero yo creía que la relación había terminado. O eso declaró ella a la policía.

–Lo dudo mucho. Estaban muy unidos.

–Sí, bueno, haga lo que más convenga. Bien.

«Y ahora –pensó Prior mientras cerraba la puerta silenciosamente al salir– puede usted fumigar el puto despacho. “Qué expresión tan extraña”». En voz baja dijo a la puerta cerrada: «Yo a usted le doy mil vueltas». Lode no tenía ni la menor idea. Se había pasado toda su vida adulta –y la infancia también, dicho sea de paso– en instituciones uniformadas, disciplinadas y jerárquicas, y sencillamente no concebía la posibilidad de que otras personas pudieran actuar de manera distinta. Para él, todo era un gran tablero de ajedrez. Esa mezcla de cuáqueros, socialistas, anarquistas, sufragistas, sindicalistas, adventistas del séptimo día y a saber quiénes más era sólo un elaborado disfraz, tras el cual acechaba el auténtico movimiento antibelicista, una organización secreta, disciplinada y en extremo eficiente consagrada al derrocamiento del Estado en igual medida que Lode se consagraba a su conservación. Y al otro lado del tablero, al mando del ejército rival, el mismísimo Rey Negro en persona, escurridizo, tenaz y peligroso: Patrick MacDowell. No era un absoluto disparate, por supuesto. Mac sin duda se oponía a la guerra más eficazmente que otros muchos, aunque sólo fuera porque no le entusiasmaba el sufrimiento. El pobre Mac ya había tenido bastante de eso a los diez años de edad.

Prior recorrió el pasillo hasta su propio despacho, minúsculo en comparación con el de Lode, poco más que un armario. Cabía pensar que antes de la guerra esa habitación se reservaba a aquellos obligados a pecar con un presupuesto limitado. Se sentía sucio, físicamente sucio, después del largo viaje en tren, y cuando se miró en el pequeño espejo colocado encima del lavamanos vio que tenía tiznajos en la cara. Se lavó cuanto pudo sin desnudarse y luego empezó a buscar en el archivador. Había elaborado una lista de expedientes que contenían informes de Lionel Spragge, y tardó sólo un momento en reunirlos y apilarlos en el escritorio. Disponía de una hora para leerlos antes de que Spragge llegara. Éste se había mostrado reacio

incluso a poner los pies en el ministerio, proponiendo que el encuentro tuviera lugar fuera, en alguna taberna, pero Prior prefirió mantener esa primera reunión en su propio terreno.

Ya había leído los informes varias veces, así que ahora la tarea se reducía a refrescarse la memoria. Cuando llegó al expediente de Beattie, a los informes de Spragge sobre el caso Roper y su posterior declaración, leyó más despacio. Al cabo de un rato alzó la vista, desconcertado por la sensación de que había en el despacho algo nuevo. Echó una ojeada alrededor, pero no percibió nada distinto, y repentinamente cayó en la cuenta de que el cambio se hallaba en él mismo. Nunca antes, hasta ese momento, se había encolerizado.

LIONEL ARTHUR MORTIMER SPRAGGE
presentó bajo juramento el siguiente testimonio:

2 de febrero de 1917. Trabajo en el Ministerio de Municionamiento. Entré al servicio del ministerio el 1 de julio de 1916. He intervenido en ciertas pesquisas relativas a diversas organizaciones, entre otras el Partido Laborista Independiente y la Hermandad Contra el Servicio Militar Obligatorio. Informaba al comandante Lode. Era él el oficial que normalmente me daba instrucciones.

Entre octubre y diciembre de 1916 me enviaron a Liverpool para llevar a cabo unas pesquisas relativas a un tal Patrick MacDowell. Había sido el principal organizador de la huelga en las fábricas de munición de Sheffield. Dije a MacDowell que quería ir a la zona de Manchester. MacDowell me entregó una carta para que se la hiciera llegar a la señora Beatrice Roper. La noche del 23 de diciembre, creo, fui a la tienda de la señora Roper, en el número 11 de Tite Street, Salford, y le di la carta. Después de leerla, la señora Roper accedió a alojarme esa noche y nos dimos la mano con franca cordialidad. Ella se sentó a un extremo de la mesa, y yo me senté a su lado. Había en ese momento otro hombre en la casa a quien me presentaron como Tommy Blenkinsop, un desertor. No bajó hasta más tarde. La señora Roper se interesó por mi situación. Le dije que no me habían concedido la exención y que era prófugo desde septiembre como objetor de conciencia. Le conté que me habían encerrado en un centro de prevención y le hablé, creo, del trato allí recibido. Ante eso, dijo: «Igual que a mi William», y se levantó y fue a buscar una fotografía a su aparador. Era una fotografía pequeña de su hijo, William Roper. Mientras me enseñaba la fotografía, me contó que antes de la guerra había participado activamente con las sufragistas y que había quemado una iglesia. Si no recuerdo mal, sus palabras exactas fueron: «¿Sabes lo de San Miguel? Por poco nos pilla la policía, pero lo hicimos, eso tenlo por seguro». Se echó a reír y añadió: «Tenías que haber visto las llamas». Y luego añadió: «Y no acabó allí la cosa». Me contó que había colaborado en un plan para matar al señor Lloyd George: consistía en insertar un clavo con la punta impregnada de curare en la suela de su bota, de modo que cuando apoyara todo su

peso en el pie, el clavo le traspasara la piel, lo cual le provocaría un estado de lasitud inmediata y posteriormente ataques. Planeaban hacerlo en la isla de Wight, donde el señor Lloyd George estaba por esas fechas. Había un camarero en ese hotel que simpatizaba con la causa sufragista. No recuerdo el nombre del hotel ni el del camarero. Le pregunté por qué se había frustrado dicho atentado. Me contestó: «El muy cerdo, ese condenado cabrón de mierda, se dio el piro a Francia, ¿o no?» El vocabulario de la señora Roper era bastante correcto casi siempre, pero al hablar del señor Lloyd empleaba palabras soeces. A raíz de eso realicé diligentes indagaciones en cuanto a la actitud de la señora Roper para con el señor Lloyd George. Varias veces expresó la opinión de que era necesario matarlo. Le pregunté entonces si había alguien más a quien fuera necesario matar, y respondió: «Sí, al otro George, ese viejo imbécil, ese marica que vive en el Palacio, a ése nadie lo echaría de menos».

Después le pregunté si todo eso era simple palabrería o si existía algún plan concreto. Respondió: «¿Puedo confiar en ti?» Creo que le contesté algo así como que si no podía, estaba metida en un lío. Dijo entonces que sabía dónde conseguir curare y que el campo de golf de Walton Heath sería un buen sitio para disparar al señor Lloyd George con una escopeta de aire comprimido. Dijo que conocía a tres buenos chicos en Londres que se encargarían del trabajo. Luego me preguntó si quería participar, y yo consideré mi deber contestar afirmativamente a fin de obtener más información. Pasé la noche en casa de la señora Roper, y a la mañana siguiente informé en clave al departamento del comandante Lode.

Spragge era un hombre corpulento, orondo y apuesto a su manera rubicunda, de cejas pobladas y sorprendentes ojos de color verde azulado un tanto oblicuos en las comisuras. Tenía la papada y los carrillos muy voluminosos, de modo que el cuello parecía elevarse desde los anchos hombros en una columna. Le salían pelos de las orejas, de las fosas nasales, de los puños de la camisa. Poseía la potencia inequívoca y tosca de una cabra. Beattie habría sucumbido a él, pensó Prior cuando se puso en pie para estrechar la mano a Spragge. Se preguntó qué lo inducía a sacar esa conclusión, y por qué le importaba tanto.

–Le he pedido que viniera –explicó Prior una vez que Spragge se hubo sentado en su silla– porque estamos pensando en volver a darle trabajo. – Observó un destello de esperanza. Spragge no iba tan bien arreglado como parecía a primera vista. El traje presentaba el brillo del desgaste, la camisa tenía los puños raídos–. Ya sabrá por los periódicos que en estos momentos hay mucho malestar en la industria de la munición. Sobre todo en el norte, donde usted pasó mucho tiempo, ¿no es así? En el año 16.

–Sí, yo...

–Con MacDowell, que acababa de salir de un centro de prevención, ¿me equivoco?

–No, es un desertor. Objeto de conciencia. Dios mío, tendría que ver lo grande que es ese hombre, y cuadrado como un cagadero de ladrillo. Y ya ve en cambio a esos alfeñiques que mandan a Francia. –Spragge estaba claramente nervioso–. Dudo mucho que pudiera aproximarme a él otra vez. Es decir, me conoce.

–Lo conoce por el caso Roper, ¿no?

–Ya de antes.

–Pero podría usted asesorarnos. Obviamente tendríamos que mantenerlo alejado de las zonas donde trabajó antes.

Spragge mostró un visible alivio.

–¿Conoció a MacDowell en el verano del 16? ¿En Sheffield?

–Sí, yo investigaba el movimiento de los representantes sindicales.

Prior hizo ver que consultaba sus notas.

–¿Se alojó en casa de Edward Carpenter?

–Sí. –Spragge se inclinó al frente, su rostro rubicundo reluciente de sudor, y con un siniestro susurro dijo–: Carpenter es de tendencias homogénicas.

–Eso tengo entendido. –Otra vez las mismas palabras. Habían quedado grabadas en la memoria de Beattie, y no era de extrañar. Era diáfano que la expresión natural de Spragge habría sido algo como «puto maricón de mierda». «De tendencias homogénicas» era algo más propio del comandante Lode, quien una vez, nada menos que en el Café Royal, había dicho a Prior: «Este país se está doblegando. Y no ante Alemania –y en ese punto dio tal puñetazo en la mesa que los platos y los cubiertos saltaron por el aire–, *no ante Alemania*, sino ante una alianza infame de socialistas, sodomitas y sindicalistas». Prior, que nunca había sido sindicalista, no supo qué decir–. ¿Cree que eso era pertinente?

–Era pertinente para mí. La puerta no tenía cerradura.

–Ha cumplido ya los ochenta años, ¿no? –dijo Prior.

Spragge se revolvió dentro de la chaqueta.

–Ochenta años muy vigorosos.

–Al día siguiente fue a un acto, ¿no? En el que habló Carpenter.

–Sí, fui con Carpenter.

–Y en su discurso citó una serie de... –dijo Prior–. Bueno, ¿cómo llamarlos? ¿Canciones? ¿Poemas? En elogio del amor homogénico.

–Eso hizo. En público.

–Bueno, era un acto público, ¿no? Y después del acto pasó a una sala más pequeña, y allí le presentaron a varias personas, incluido el autor de esas canciones, ¿no?

–Sí.

–Walt Whitman.

–Sí.

–Walt Whitman es un poeta americano. –Prior aguardó hasta ver la cara de estupefacción de Spragge–. Un poeta americano *muerto*.

–No tenía buen aspecto.

–Vivió entre 1819 y 1892.

Spragge dio un respingo y contestó:

–Sí, verás, fue por el dinero, ¿entiende?

–¿Ah, sí?

–Sí, créame. Dos libras con diez a la semana, me prometieron. Pero la información, me dijeron, tenía que ser buena y fluida. –Spragge se recostó en el respaldo de la silla y resopló–. A mí me daba igual si era buena o no, el caso es que yo nunca había tenido en la mano dos libras con diez, no con regularidad, así sin más. Bonificaciones, sí. Pero ¿de qué me servía un poco por aquí y un poco por allá? Soy padre de familia.

–¿Recibía bonificaciones, pues?

–A veces.

–¿Cuando ofrecía algo especial?

Spragge vaciló.

–Sí.

–¿Cuál fue la bonificación por Beattie Roper?

Spragge volvió a titubear, y finalmente, al parecer, decidió que no tenía nada que perder.

–Nada del otro mundo.

–Pero ¿sí recibió bonificación?

–Sí.

–¿En una sola cantidad?

–La mitad al detenerla, la otra mitad al condenarla.

–¿Recibió una bonificación porque la condenaron?

–Oiga, ya sé qué anda buscando. Insinúa que mentí bajo juramento. Pues no fue así. ¿Cree que voy a arriesgar... cuánto, cinco años... por unas miserables cincuenta guineas? Por supuesto que no. Tendría que estar loco, ¿no le parece?

–O endeudado.

Spragge parpadeó.

–Que mintiera sobre Walt Whitman no quiere decir que mintiera siempre. Ése fue el primer informe que escribí, estaba desesperado por aportar información suficiente.

–¿Nunca habló de perros con la señora Roper?

Spragge hizo un gesto de impaciencia.

–¿Qué perros? No había ningún puto perro. No se usan en los centros de prevención. Puede que usted no lo sepa, pero ella sí. Ella ha hablado con hombres que han pasado por centros de prevención de toda Inglaterra. Sabe de sobra que no hay perros en ninguno de ellos. –Fijó la mirada en Prior–. ¿Ha hablado con ella?

–La he interrogado, sí.

Spragge soltó un bufido.

–Bueno, pues lo único que puedo decir es que esa zorra lo ha embaucado de verdad.

–Yo no he dicho que la haya creído.

–Fue condenada. Da igual lo que usted crea.

–Desde el punto de vista de sus perspectivas de trabajo, no da igual en absoluto. –Prior le dejó un momento para asimilarlo–. La carta que acompañaba al veneno. Del yerno de la señora Roper. –Empujó el expediente hacia Spragge–. «Si te acercas lo suficiente a esas pobres bestias, las compadezco. Muertas en veinte segundos.»

–Eso sólo demuestra que el yerno creía que era para los perros. En fin,

algo tenía que decirle ella, ¿no le parece?

–¿Sostiene aún que Beattie Roper tramaba matar a Lloyd George?

–Sí.

–¿Y que la idea partió de ella, no de usted?

–Sí, maldita sea. Esa mujer no necesitaba incitación de nadie.

–¿Incluso los detalles? ¿Incluso proponer que el campo de golf de Walton Heath era un buen lugar para hacerlo?

–Exacto.

–¿Y eso cómo iba ella a saberlo? Se ha pasado la vida entera en las callejuelas de Salford. ¿Cómo iba a saber dónde juega al golf Lloyd George?

Spragge se encogió de hombros.

–¿Lo leyó en el periódico, quizá? Imagino que no es un secreto de Estado. –Se inclinó al frente–. Oiga, le conviene andarse con cuidado. Si insinúa que actué como *agent provocateur*... y eso es lo que insinúa, ¿no?... insinúa también que el comandante Lode dio trabajo a un *agent provocateur*. Ya sea conscientemente, en cuyo caso es un sinvergüenza, o inconscientemente, en cuyo caso es un necio. Comoquiera que sea, no va a ser muy beneficioso para su carrera, ¿no cree? Ándese con pies de plomo. Puede que sea su cabeza la que rueda.

Prior abrió las manos.

–¿Quién ha dicho que tengan que rodar cabezas? Estoy entrevistando a un agente nuevo, nuevo para mí. Y he dejado claro... o al menos espero haberlo dejado claro... que a la mínima fantasía... por ejemplo, Walt Whitman volviendo de entre los muertos... yo me enteraré. Si no hay fantasías, perfecto... no hay necesidad de preocuparse. –Con la actitud de un hombre que por fin abordaba el verdadero motivo de la reunión, Prior le acercó otro expediente–. Ahora cuénteme qué sabe de MacDowell.

Después de sonsacar a Spragge la información, que él ya conocía, y mandarlo a casa a esperar su llamada, Prior permaneció un rato allí inmóvil, con el mentón apoyado en las manos.

«El veneno era para los perros.»

«No había ningún puto perro. Puede que usted no lo sepa, pero ella sí.»

¿Era posible que Beattie hubiera intentado, desde su tienda en una

esquina de Tite Street, matar al Primer Ministro? La Beattie que él había conocido antes de la guerra no lo habría hecho, pero por entonces Beattie estaba arraigada en la vida de la comunidad. Sí, ya se la consideraba rara: cualquier mujer de Tite Street que trabajase con las sufragistas era rara. Pero no vivía aislada. Eso llegó con la guerra.

Poco después del inicio de la guerra, se extravió el perrito de la señorita Burton, una solterona que frecuentaba la parroquia, arreglaba las flores, ponía orden, cultivaba un amor imposible por el párroco (probablemente sólo Prior sabía lo imposible que era). Por esas fechas él aún estaba en casa, esperando la orden de incorporarse a su regimiento, y colaboró en la búsqueda del perro. Lo encontraron atado a la valla del ferrocarril con un alambre, en medio de una ruidosa nube de moscas, destripado. Era un dachshund. Un elemento enemigo.

En ese ambiente, Beattie había tenido el valor de ser pacifista. La gente dejó de acudir a su tienda. A no ser por el huerto que le cedió el ayuntamiento, la familia habría muerto de hambre. Fueron tantos los ladrillos que traspasaron el escaparate que renunciaron a repararlo y optaron por vivir detrás de unos tablones. Excrementos –caninos y humanos– caían regularmente a la alfombra desde la ranura del buzón. En ese aislamiento, en esa semioscuridad, Beattie dio refugio a desertores y, después de aprobarse la ley del servicio militar obligatorio, a objetores de conciencia a quienes se había negado la exención. Hasta que un día llamó a su puerta Spragge, con una carta de Mac, y destapó un complot para asesinar al Primer Ministro. O eso dijo él.

¿Cabía la posibilidad de que ella tramara matar a Lloyd George? Prior creía entender el proceso por el cual empezaban a sentirse omnipotentes quienes carecían de todo poder. La escoba y la cazuela, símbolos del trabajo pesado y monótono sin esperanza alguna, se convertían en la escoba voladora y el caldero, y no sólo en la mente de los acechadores. Al principio sólo habría palabras descabelladas y aspavientos, vaticinios de que Lloyd George encontraría un final espantoso, y luego aparecería, espoleada por Spragge –ya que, fuera cual fuese la parte de Beattie en aquello, Spragge no había sido inocente–, la repentina determinación de hacer realidad la fantasía: destruir al

hombre a quien ella consideraba culpable de prolongar la guerra y causar millones de muertes.

Lode habría dado crédito a Spragge sin mayor problema. El plan del veneno encajaba muy bien con sus preconcepciones acerca del movimiento pacifista. En todo eso, pensó Prior, la comprensión de la realidad escaseaba por ambas partes. Él estaba habituado a pensar en la política desde el punto de vista de los intereses en conflicto, pero allí lo sucedido no parecía tanto un conflicto de intereses como una desastrosa confluencia de fantasías.

Empezó a guardar los expedientes. Era una situación en la que uno debía aferrarse a las escasas certidumbres, y estaba convencido de que Spragge había mentido bajo juramento, y Spragge era el único testigo, lo cual implicaba en sí mismo que la condena no se fundaba en pruebas fehacientes.

Después de cerrar con llave el archivador y la puerta de su despacho, fue hasta el final del pasillo. El ascensor estaba detenido en la quinta planta. Decidió no esperar y corrió escalera abajo. Cuando llegó al descansillo del entresuelo, paró y contempló el vestíbulo desde allí arriba, como hacía a menudo, complaciéndose en imaginar el hotel tal como debió de ser antes de la guerra, antes de imponerse la insipidez del negro y el caqui.

La forma de una cabeza le llamó la atención. *Charles Manning*, esperando el ascensor, y con él... Dios bendito, Winston Churchill y Edward Marsh. Prior los observó. Manning, aunque a todas luces subalterno, parecía totalmente a sus anchas en compañía de ellos. Desde luego no era un simple figurante: había muchas risas compartidas, y cuando entraron en el ascensor, Marsh apoyó la mano brevemente en su hombro. «Vaya, vaya, vaya –pensó Prior mientras seguía bajando por la escalera–. ¡Pues sí tiene contactos, desde luego!»

Prior vivía en un sórdido piso de un sótano en Bayswater. Podría haberse permitido algo mejor, pero prefería gastar el dinero en uniformes a medida, y el sastre no le salía barato. Su dormitorio tenía una puerta balconera que daba a un pequeño patio de tapias altas, tan oscuro que nunca había sentido la tentación de sentarse allí fuera, pese a los esfuerzos de su casera: las paredes

pintadas de color crema hasta una altura de unos tres metros y unas cuantas plantas mustias y descuidadas que agonizaban en muy diversos recipientes.

El dormitorio era pequeño, en forma de L. La cama ocupaba el trazo vertical de la L, dispuesta de cara a la ventana, y al pie había un escritorio y una silla dura. El trazo horizontal de la L albergaba un armario con un espejo ovalado en la puerta. No quedaba espacio para nada más.

El cuarto de baño estaba al lado. Se dio un baño de agua tibia y luego, envuelto en su bata, se tendió en la cama y encendió un cigarrillo. Pese a que el cansancio no le permitía concebir pensamientos constructivos, le zumbaba la cabeza. Ése era el estado de ánimo previo a una mala noche, y lo irritaba, casi hasta el llanto, el hecho de no poder hacer nada al respecto.

Pensó en Beattie en su celda. Habían transcurrido dieciocho meses desde que Lionel Spragge llamó a su puerta. Dieciocho meses atrás él combatía en Francia. Dieciocho meses atrás William Roper estaba en el centro de prevención de Wandsworth. Una imagen de William comenzó a cobrar forma en la mente de Prior, diminuta pero poderosa, como la letra inicial de un evangelio. William, desnudo en su celda, observado incesantemente a través del ojo en la puerta, y a su lado, en el suelo de piedra, el uniforme que se había negado a ponerse. Una ventana a cierta altura, pequeña, con barrotes, iluminada por el resplandor azulado de la nieve caída en el exterior.

Descubrió que le molestaba la fuerza de esa imagen. El modo en que le exigía compasión. Deliberadamente, entró en la celda y salió flotando por la ventana, entre los barrotes, y fue a caer en la nieve. Ahora estaba en Francia, tendido en campo abierto con su sección. Las trincheras habían quedado arrasadas por las bombas, era imposible protegerse del viento helado, y no había esperanza de recuperar a los heridos. Ni agua, porque el agua de las cantimploras se había congelado. En cierto momento los sobrevoló un halcón, proyectando su sombra negra sobre la nieve. El único movimiento, la única vida en un paisaje tan muerto como la luna. Hora tras hora de silencio, y seguía nevando. Entonces, súbitamente, el rostro convulsionado y los gritos de Sanderson mientras le cortaban las polainas para desprendérselas de las piernas congeladas.

Eso no lo llevaba a ninguna parte. Prior se sentó y empezó a leer *The*

Times, pero veía borrosas las letras, y el rostro de Beattie las sustituyó, el pelo blanco desparramándosele por el cuello. Cerró los ojos. La campanilla de la tienda de Tite Street sonó cuando él abrió la puerta. ¿Qué edad tendría? ¿Cuatro años? ¿Cinco? Un olor a meados de gato y a cordel embreado procedente de los haces de leña del rincón. El gato de Beattie nunca había podido resistirse a dejar su marca en esos haces. La señora Thorpe colocó a Alfie en el mostrador mientras pagaba. Alfie, calzado con unas robustas botas, agitó sus piernas cortas y, pese a que tenía sólo tres años, aspiró el humo de una colilla. Entre caladas, chupaba el pecho de su madre. Aspirando y chupando alternativamente, miraba por encima de la curva blanca del busto a Prior, que era un Niño Mayor y por tanto objeto de interés y recelo. Era última hora de la tarde. La señora Thorpe ya debía de estar fuera del mundo. Su bebida preferida eran las jarras de cerveza amarga, acompañada de sorbos de algún brebaje medicinal que llevaba en una petaca sujeta al muslo por medio de una liga elástica de fabricación casera. Whisky para el corazón, coñac para los pulmones, ginebra para la vejiga. A Alfie, engullendo la leche materna, se lo veía a gusto, y no era de extrañar, ya que aquel líquido debía de tener 35 grados como mínimo.

El pasado es un palimpsesto, pensó Prior. Los primeros recuerdos siempre quedaban eclipsados por la posterior acumulación de conocimiento. Se obligó a acercarse otra vez al mostrador –en esta ocasión sin recordar nada salvo el momento–, plantar su moneda sudorosa en el mármol frío y preguntar: «¿Qué puedo comprar por medio penique?»

Beattie llevaba un delantal blanco con dos bolsillos ceñidos a la cintura, manchados de negro por las monedas que contenían. Esas monedas despedían un olor muy fuerte cuando ella las vaciaba en la mesa para contarlas, un olor oscuro, húmedo, intenso.

«¿Qué puedo comprar por medio penique?»

La voz de Beattie, tan paciente como si no hubiese dicho todo eso un millón de veces antes, enumeró la lista: bolitas de anís, granulado efervescente, regaliz, un paquete de gelatina en polvo y, por último –su preferido porque duraba mucho–, una bola de caramelo.

El ojo de Towers en la palma de la mano. «¿Qué se supone que tengo que

hacer con este caramelo?» Logan tendió la mano, le cogió la muñeca trémula y metió el ojo en el saco.

«No pienses en eso», se dijo. A hora tan tardía era arriesgado pensar en eso.

No recordaba el rostro de Beattie. Por entonces ella era un objeto, una montaña, la fachada de una casa, inmensa, algo que se daba por sentado, no una persona a quien poder atribuirle adjetivos. Pese a que ahora podía atribuírselos fácilmente: vital, obstinada, inteligente, inculta, malhablada, impulsiva, generosa, bondadosa, de genio vivo. La madre de Prior, su delicada y, todo había que decirlo, remilgada madre, detestaba a Beattie Roper, aunque cuando su madre enfermó, supuestamente de tuberculosis, fue a casa de Beattie adonde lo mandó. Ésa debió de ser decisión de su padre.

Durante casi un año, cuando tenía cinco o seis, vivió con Beattie y jugó con sus dos hijas, Winnie, que ahora estaba en la cárcel de Leeds, y Hettie, a quien se había acusado de complicidad en un asesinato pero había sido absuelta. Él hacía el papel de bebé cuando jugaban a casitas; el de cliente cuando jugaban a tiendas; el de alumno cuando jugaban a colegios; el de paciente cuando jugaban a enfermeras; y todos esos papeles eran en extremo aburridos, excepto, de vez en cuando, el de paciente.

Jugaban debajo de la gran mesa de la cocina, porque el mantel verde con borlas que colgaba alrededor creaba un mundo aparte. La mesa era su refugio sobre todo los días de colada, cuando invadían la casa los olores a sosa, blanqueador y lana mojada, y cuando el viento arrastraba hasta el interior la arenilla del patio. Por entre las borlas verdes observaban las botas de los adultos ir y venir, y experimentaban una grata sensación de poder.

Las botas del señor Carker. El señor Carker era secretario del Partido Laborista Independiente, y a veces Beattie y él se sentaban juntos a la mesa a hablar de política. Estas conversaciones se desarrollaban, en todos los sentidos, por encima de la cabeza de Prior, aunque recordaba un comentario del señor Carker, que venía a decir que las sufragistas se limitaban a aprovecharse de las mujeres de clase obrera como Beattie. «Está muy bien eso de hablar sobre la hermandad, pero cuando se van a casa por la noche y tiran las bragas al suelo, es trabajo de otra recogerlas.»

Probablemente fue la alusión a las bragas tiradas al suelo la razón por la que se le grabó en la memoria ese comentario en particular. Quizá también excitó al señor Carker, porque poco después arrastró la bota por el suelo y rozó el pie de Beattie. Ella lo apartó. La bota lo siguió, acompañada esta vez de una mano en la rodilla de ella, una mano que levantó ligeramente las borlas verdes. Prior miró alrededor y vio la expresión horrorizada de Hettie. Era una casa sin padre, y todos los hijos, pero en especial Hettie, defendían apasionadamente a su madre. Quizá por primera vez en su vida Prior tomó conciencia del dolor de otra persona. Con sigilo, alargó los brazos y ató entre sí los cordones de las botas del señor Carker, quien, cuando por fin se levantó para irse, trastabilló y cayó cuan largo era en el suelo.

La disciplina de los niños debía de ser la única cuestión en la que Beattie no tenía ideas avanzadas. Lo sacó de su escondite, lo tumbó sobre su regazo y le dio una buena zurra en el trasero; y él apretó los dientes, dividido entre la fulgurante alegría que le causaba sufrir por Hettie y el pesar por el hecho de que el sufrimiento no tuviera una forma más digna.

El comandante Lode, al entrevistarlo para su actual puesto, se había inclinado sobre la mesa y había dicho: «Veamos, usted conoce a esa gente, ¿verdad?»

Prior dio una última calada al cigarrillo, se inclinó sobre el borde de la cama y lo apagó en el cenicero. «Sí.»

Corrió las cortinas y se metió entre las sábanas. Temía dormirse, pero había aprendido, tras larga experiencia, que si se mantenía despierto por la noche y se dormía poco antes del amanecer, las pesadillas eran peores. Allí tendido, fijó la mirada en el techo, sin pestañear, hasta que le escocieron los párpados, y entonces se volvió de lado y encogió las rodillas contra el mentón.

Volvía a estar en el paisaje invernal, dominado por un sonido semejante a los aullidos del viento, sólo que no era el sonido del viento sino el del vacío. Un halcón los sobrevolaba, y él observaba su sombra en la nieve. Se batían en retirada. Su bota traspasaba el hielo y pisaba barro helado. El hielo circundaba su pie, y de éste se irradiaban líneas blancas opacas, hallándose él en el centro de una telaraña congelada.

El frío lo medio despertó. Descubrió que tenía una pierna destapada y volvió a meterla bajo la sábana, pero ahora sentía frío en todo el cuerpo. Yacía desnudo en un suelo de piedra. Como tenía el sueño ligero, sabía que estaba soñando, y sabía también que debía despertar antes de que ocurriera algo peor. Se volvió y vio el ojo que lo observaba, un ojo no pintado sino muy vivo. El blanco relucía en el claro de luna. El ruido del vacío oído en Francia lo había seguido hasta la celda. Fijó la mirada en el ojo, y entonces, con suprema fuerza de voluntad, se obligó a incorporarse.

Sudado y pegajoso, tendió la mano hacia el tabaco y recordó que lo había dejado en el escritorio. Se levantó y avanzó a tientas, prefiriendo no encender la luz porque el horror de la pesadilla lo abrumaba, y temía lo que el resplandor pudiera revelar. Se hallaba junto al escritorio, en la penumbra, buscando el paquete de tabaco entre los papeles, cuando oyó una risita y se giró en redondo. El ojo lo observaba desde la puerta. Apretándose contra la mesa, a sus espaldas, la palpó en busca del cortaplumas. Cerró los dedos en torno al mango y, abalanzándose hacia la puerta, apuñaló el ojo una y otra vez, sintiendo su cuerpo desnudo salpicado de sangre y un fluido viscoso y blancuzco, que no goteaba sino que se adhería al vientre y se enfriaba rápidamente. De pronto, agotado, se dejó caer en el suelo y allí se quedó, sollozando, y el sonido de sus sollozos lo despertó.

Al principio se limitó a mirar la puerta. Sólo después de asegurarse de que no había ningún ojo, empezó a relajarse y tomó conciencia de la rareza de su postura. Con las yemas de la mano derecha tocó el hule frío, como si así pudiera convertirlo en un colchón y sábanas. No, no estaba en la cama, sino tendido en el suelo. Una pesadilla, pensó, y respiró hondo. Empezó a levantarse y sintió una humedad en la entrepierna y, en ese momento, sus dedos extendidos tocaron el cortaplumas. O sea que eso había sido real. Con un espasmo de repulsión, lo lanzó por el suelo hacia el otro extremo de la habitación.

El aeródromo se componía de dos pistas y unos cuantos edificios bajos dispersos en un ángulo de un campo.

Rivers y Dundas se apearon del coche y miraron al cielo: despejado, salvo por unos nubarrones lejanos en el horizonte.

–En todo caso, buen tiempo para el vuelo –comentó Dundas.

Rivers sabía que estaba asustado, pero sólo porque llevaba varias semanas observándolo atentamente. Dundas padecía de reacciones anormales en el aire. Allí donde los pilotos sanos no experimentaban sensación alguna, Dundas afirmaba sentir que la cabeza se le aplastaba contra el cuerpo, o una pérdida de movilidad en las piernas. Tenía náuseas. Peor aún, más de una vez había percibido las fases preliminares de un desvanecimiento. Tras comprobarse que todas las pruebas fisiológicas posibles daban resultados negativos, se lo habían derivado a Rivers para su observación psicológica. Por desgracia Rivers no conseguía avances. Dundas era al parecer uno de esos jóvenes alegres, simpáticos, un poco irresponsables a los que se había acostumbrado a tratar en el Real Cuerpo Aéreo. Aparte de volar, sus principales intereses eran el teatro de aficionados, la música y las chicas, no necesariamente en ese orden. De hecho, en apariencia era una persona del todo normal. Hasta que se subía a un avión. Y estaban allí precisamente para eso.

–Parece que hemos llegado un poco temprano –comentó Dundas–. ¿Le apetece un té?

La cantina estaba vacía salvo por un grupo de jóvenes aviadores reunidos en torno a una mesa en un rincón, en su mayor parte de unos veinte años,

excepto uno de ellos, un chico pelirrojo, visiblemente más joven. Dundas fue a por el té, y Rivers se sentó a una mesa con la superficie enteramente cubierta por los ruidos entrelazados que habían dejado las tazas de té. Los jóvenes leían periódicos, charlaban desganadamente sobre los sucesos del día: el devastador avance alemán, la demanda por calumnias a Pemberton Billing, a causa del artículo «El culto al clítoris». Un joven moreno sostuvo en alto una fotografía de Maud Allan.

–Si alguna vez a esa mujer le apetece algo más grande, puede llamar a mi puerta.

–No notaría la diferencia –comentó alguien.

Un rifirrafe festivo. Luego, otra voz:

–¿Os habéis enterado de lo de lord Albermarle? Llegó al hipódromo y dijo –adoptó una reseca y quejumbrosa voz aristocrática–: «Me encuentro una y otra vez en los diarios a ese fulano griego, a ese tal Clítoris. ¿Alguien sabe quién es?» –Todos se echaron a reír, el más joven de ellos con incómodas carcajadas; saltó a la vista de inmediato que su desconcierto era como mínimo comparable al de lord Albermarle.

Dundas regresó con el té y dos donuts muy grasientos.

–Para mí no, gracias –dijo Rivers dándose una palmada en el estómago–. Tengo que andarme con cuidado.

Dundas asintió sin comprender. A todas luces las úlceras de duodeno y la conveniencia de andarse con cuidado estaban a años luz de su experiencia. Se comió los dos donuts con manifiesta fruición. Rivers tomó un sorbo de té y procuró no pensar que si era verdad lo que decía el historial médico de Dundas (¡y Dios santo, más valía que lo fuera!), podía contar con volver a ver salir esos donuts en breve.

No hablaron mucho. Dundas estaba demasiado tenso para charlas, y Rivers respetó su necesidad de silencio. Cuando acabaron, fueron juntos a los hangares. Dundas desapareció en el interior del primero por un momento y volvió con cascos, cazadoras y guantes de aviador. Rivers se puso una cazadora y siguió a Dundas hacia el avión.

–Aquí lo tenemos –dijo Dundas, dando una palmada al fuselaje–. Menuda tartana. No entiendo por qué nos han dejado éste.

«Porque es el único que pueden permitirse perder», pensó Rivers. En principio esa reflexión no había sido más que una pequeña broma privada, y sin embargo lo obligó a afrontar su propio miedo.

–Bueno –instó Dundas–. Ya puede subirse, si quiere.

Rivers se encaramó al aparato, ocupó el asiento del observador y se ciñó el arnés. Dundas se inclinó hacia él para comprobar que las hebillas estaban bien abrochadas. Reconoció con una parca sonrisa la inversión de papeles: ahora era él el cuidador.

–¿Bien? –preguntó.

–Estupendo.

–Imagino que ha volado mucho, ¿no?

–Mucho, lo que se dice mucho, no. Alguna que otra vez.

–Pero ¿ha hecho bucles, barrenas y tal?

–Sí.

Dundas sonrió.

–Entonces no hay problema.

Algo en la sonrisa de Dundas captó la atención de Rivers. De pronto tuvo la certeza de que Dundas se reservaba algo, quizá incluso lo ocultaba. No fingía su enfermedad. En realidad, debía de hacer más bien lo contrario. Sospechó que quizá Dundas estaba minimizando los síntomas. No era buen momento para esa percepción en particular.

Dundas se caló el casco, ocupó su asiento, intercambió una sucesión de voces y gestos con los mecánicos. El motor petardeó, empezó a rugir y al cabo de un momento rodaban ya alejándose del hangar.

Rivers miró alrededor, los tupidos setos en flor, un tumulto de alondras en el cielo; luego se puso las gafas y todo aquel esplendor quedó restringido a un charco lodoso.

Ahora sí tenía miedo, eso sin duda. La situación casi podía considerarse un pequeño experimento, siendo él mismo el sujeto. La reacción saludable al miedo en un ser humano normal es emprender alguna actividad de manipulación destinada a eludir o neutralizar el peligro. Siempre y cuando dicha actividad sea posible, el individuo debería no ser consciente de la sensación de miedo. Pero dicha actividad no era posible. Al igual que

cualquier otro hombre sentado en el puesto del observador, dependía por completo del piloto. ¡Y menudo piloto! Desde hacía tiempo creía que el factor esencial en la aparición de la neurosis de guerra entre los dos grupos más vulnerables, los observadores y los soldados de las trincheras, era el carácter peculiarmente pasivo, dependiente e inmóvil de su experiencia. No se da a menudo que una hipótesis concebida en la corteza cerebral del científico sea confirmada por sus vísceras, pero las vísceras de Rivers al parecer hacían todo lo posible para demostrar ésa en concreto. Se mordió los labios para controlar el dolor y se concentró plenamente en la nuca de Dundas, en los rizos de pelo rubio rojizo que asomaban por debajo del casco, el cuello rosado, el borde del pañuelo blanco, el cuero marrón de la cazadora, gastado y rayado por el uso.

–¿Todo bien? –preguntó Dundas a voz en grito.

Habían alcanzado la posición de despegue. El motor se revolucionó. Rivers se sintió impulsado violentamente contra el respaldo vibrante del asiento. El avión se elevó, cayó, volvió a elevarse, y acto seguido ascendió en una empinada trayectoria alejándose del grupo de edificios.

Miró a un lado, protegiéndose la boca del viento. Abajo se desplegó el paisaje: las estrías grises de carreteras y caminos, los destellos de un estanque, grandes franjas doradas de laburnos, una hilera de setos de flores blancas, el humo azul de una hoguera flotando sobre un trigal verde.

Un gesto de Dundas devolvió a Rivers a la labor que lo atañía. Dundas realizaba un movimiento descendente con la mano. El reconfortante rugido del motor se apagó y acto seguido el avión entró en barrena con un zumbido furioso de mosquito. Dundas mantenía la mirada fija en los instrumentos. Rivers vio girar el sol en una gran espiral alrededor del avión en caída. De repente el sol desapareció y los campos verdes se acercaron rápidamente a ellos. Dundas tiró de la palanca, pero algo iba mal. El horizonte se veía ladeado. Rivers se echó al frente e, inclinando la mano a la izquierda, se lo indicó a Dundas. Lentamente el horizonte se enderezó.

Dundas había perdido el sentido de la horizontalidad. Ya.

–¿Cómo ha ido? –preguntó Rivers, levantando la voz.

Dundas realizó un gesto incomprensible; luego se llevó la mano a lo alto

de la cabeza y se la apretó reiteradamente, dando a entender que había sentido la cabeza aplastada contra el cuerpo. Repitió el gesto descendente. Rivers negó con la cabeza y trazó una espiral con la mano. Tras una breve vacilación, Dundas alzó el pulgar.

El avión se escoró notablemente cuando Dundas viró y enfiló hacia la ciudad. En principio eso no debía hacerlo, y Rivers supuso que pretendía alargar el vuelo lo máximo posible. Al cabo de un rato, vio bajo él la bruma sulfúrea de Londres. Ésa era la vista que se encontraban los pilotos alemanes en sus incursiones para bombardear a la luz de la luna, siguiendo la cinta plateada del Támesis, contando los puentes, atentos a la elevación de la isla de los Perros.

Rivers tocó a Dundas en el hombro. Éste se volvió y asintió. Como la mayor parte de su cara quedaba oculta bajo las gafas, era imposible interpretar su expresión. Rivers se recostó en el asiento y se concentró nuevamente en sus propias sensaciones. Tras el quinto bucle, empezó a sentirse suelto en el asiento, reacción que recordaba de otros vuelos y sabía que era frecuente, aunque no generalizada, entre los aviadores sanos. Volvieron a salir de la maniobra con un ala apuntando hacia abajo. Dundas se inclinó a un lado y basqueó, pero no llegó a vomitar. Rivers señaló hacia tierra con el pulgar, pero Dundas no hizo caso.

Sin saber ni remotamente qué maniobra esperar, Rivers se recostó y procuró relajarse mientras el avión ascendía. La inmensa bruma azul de Londres se alejó por debajo de la punta del ala izquierda. Más alto y más frío. Jirones de nubes ocultaban el sol; columnas de sombra se deslizaban velozmente por encima de la ciudad. Rivers experimentó una súbita sensación de calma. Había muertes peores, y él las había visto casi todas.

El motor se apagó otra vez y dio paso al zumbido de mosquito cuando el avión empezó a caer. Dundas salió de la barrena, pálido, mareado, confuso y con visibles dificultades para concentrarse en los instrumentos. Rivers veía sus esfuerzos por fijar la atención en ellos.

—¡Abajo! —exclamó, y señaló con el dedo hacia la tierra.

Dundas asomó la cabeza a un lado del avión y arrojó.

Tuvieron un aterrizaje brusco, aunque no peor que muchos otros que

Rivers había experimentado. Cuando el avión se detuvo después de rodar por un momento, Dundas se quedó en el asiento durante unos segundos antes de saltar al suelo. Se tambaleó un poco y se sujetó al ala. Rivers bajó y se acercó a él de inmediato.

–Estoy bien –dijo Dundas, soltándose del ala.

Dos mecánicos se encaminaban hacia el avión. Dundas se volvió hacia ellos y les hizo algún comentario acerca del vuelo. Los tres formaron un corrillo, y Rivers se apartó a un lado. Dundas sonreía y hablaba animadamente, pero, claro, era un excelente actor.

Cuando se reunió con Rivers, dijo:

–Lo siento.

–¿Podemos ir a sentarnos?

Dundas miró hacia la cantina, pero movió la cabeza en un gesto de negación.

–Creo que preferiría volver, si no le importa.

A Rivers le temblaban las piernas cuando regresaron al coche. Estaba enfadado consigo mismo por ponerse en semejante estado: enfadado, avergonzado y deseoso de simular que había sentido menos miedo del que sabía que había sentido. Observó esta reacción, pensando que se hallaba en el estado de fatiga y enfermedad que propicia el desarrollo de la neurosis por ansiedad, y se comportaba de la manera que más podía generarla. Hacía exactamente lo que desaconsejaba a sus pacientes: reprimir la conciencia del miedo.

En el coche de regreso al hospital, Dundas examinó sus reacciones detenidamente. Durante la primera barrena, además de la sensación de cabeza aplastada, se había mareado.

–No ha sido exactamente un mareo, sino más bien un nudo en la garganta. Y luego, durante el bucle, sí me he sentido realmente mareado. Y al borde del desmayo. El cielo se ha oscurecido.

–¿Y en la última barrena?

–Eso ha sido un horror. Estaba muy confuso.

Después de separarse de Dundas en el vestíbulo del hospital, Rivers entró en su despacho y lanzó la gorra y el bastón a la silla. Henry Head entró al

cabo de un momento.

–¿Qué tal le ha ido a Dundas?

–Mal.

–¿Se ha mareado?

–Y casi se ha desmayado.

–¿Y tú estás bien?

–No, parece que sufro de un afán de imperturbabilidad terminal. ¿Sabes esa insistencia mía en que no debe reprimirse el miedo? Pues ¿qué he hecho?

–Abrió las manos.

–Ése es el Factor Colegio Privado, Will. Estamos todos demasiado bien adiestrados.

–Es el Factor Viejo Tonto. Hay demasiados hombres jóvenes alrededor.

Head sonrió.

–Ya, bueno, sé a qué te refieres. Uno prefiere no mostrarse totalmente decrepito.

–He tenido el repentino pálpito de que Dundas me escondía algo. Y eso no...

–Y te esconde algo.

Rivers pareció sorprenderse.

–Guarda en su taquilla un frasco de Bumstead, el remedio para purgaciones.

–¿Ah, sí?

–Lo ha descubierto la hermana Mitchell. Pero la sífilis no provoca desmayos.

–Pero sí podría provocarlos quedarse en vela preocupado por ello. – Rivers permaneció callado por un momento–. En fin. Eso cambia un poco el rumbo de la investigación, ¿no?

–La simplifica enormemente –Head adoptó la voz de barítono de un brigada–. «Enséñanos el nabo, chaval.» ¿Vienes a cenar?

–Sí, y luego tengo que marcharme a toda prisa. He quedado con alguien a las ocho.

Rivers ocupaba la planta superior de una amplia casa cerca de Hampstead Heath. Se hallaba a cien metros del Gran Cañón, y había momentos en que su proximidad se veía reflejada en todas las arrugas de su rostro.

Prior llegó puntualmente, y se disponía a tocar el timbre cuando vio a Rivers acercarse a buen paso cuesta arriba.

–¿Ya ha llamado a la puerta? –preguntó Rivers a la vez que sacaba la llave.

–No, lo he visto venir.

Rivers abrió y se hizo a un lado para dejar paso a Prior. La señora Irving, la casera de Rivers, rondaba por el recibidor, deseosa de quejarse de los refugiados belgas de la segunda planta, cuya incapacidad para hacerse cargo del alcance de la escasez de alimentos le amargaba la vida. Cuando ese tema se agotó, aún le faltaba hablar de las incursiones aéreas. ¿No era un escándalo que los hubieran tenido despiertos toda la noche y no apareciera ni una sola palabra en *The Times*? Luego pasó al asunto de la hija, a quien había hecho volver de Francia, teóricamente porque ella estaba enferma pero en realidad porque era incapaz de resolver sus problemas con el servicio. Las chicas la abandonaban con la endeble excusa de que podían ganar cinco veces más en las fábricas de munición. No había quien entendiera a las chicas modernas, dijo. Y Frances era muy temperamental.

Finalmente alguien llamó a la señora Irving, seguramente Frances, o en todo caso una joven con trenzas que dirigió a Rivers una sonrisa serena, jocosa y comprensiva antes de cerrar la puerta del salón.

–Espero que no le cobre el alquiler –comentó Prior.

Subieron juntos por la escalera. Rivers se detuvo en la segunda planta para echar un vistazo al jardín. El laburno, dijo, estaba especialmente hermoso. Prior no se creyó ese repentino interés por la jardinería. La finalidad de ese alto era concederle a él un momento para recobrar el aliento. Sentía mayor opresión en el pecho que en su anterior visita, y Rivers debió de percibirlo. Maldito Rivers, pensó Prior, consciente de que su reacción era del todo injusta. Siempre que necesitaba a Rivers se encolerizaba con él, a menudo hasta el punto de ser incapaz de hablar de lo que le preocupaba. No debía permitir que eso le ocurriera esa noche.

Normalmente Prior tardaba un buen rato en ponerse en marcha, pero aquella vez empezó a contar su visita a la señora Roper tan pronto como se acomodó en la silla. El detalle más vívido de su relato fue el ojo en la puerta. Volvió sobre eso una y otra vez, comentando lo minuciosamente pintado que estaba, incluidas las venas del iris, que el cubo empleado como orinal estaba situado de modo que pudiera verse por el ojo, que nunca era posible saber si un ojo humano miraba a través del ojo pintado o no. Por la expresión de Prior, por toda su actitud, era evidente que veía el ojo mientras hablaba. Rivers era siempre sensible a los indicios de intensa visualización en otras personas, ya que ésa era una aptitud para la que él presentaba notables carencias, circunstancia que en otro tiempo se le antojaba sencilla y ahora se le antojaba de hecho muy complicada. Volvió a depositar toda su atención en Prior e hizo unas cuantas preguntas sobre su anterior relación con la señora Roper; luego escuchó con los cinco sentidos el relato de la pesadilla.

—¿De quién era ese ojo? —preguntó cuando Prior hubo acabado.

Prior se encogió de hombros.

—No lo sé. ¿Cómo iba a saberlo?

—Es su sueño.

Prior respiró hondo, reacio a sumergirse en un recuerdo que aún le revolvía el estómago.

—Towers es la asociación evidente, supongo.

—¿Había estado pensando en eso?

—Me acordé cuando estaba en la celda con Beattie. De hecho... lo vi por un momento. Después recordé que de niño iba a la tienda de Beattie a comprar bolas de caramelo. —Hizo una pausa—. No sé si se acordará, pero cuando cogí el ojo de Towers, dije «¿Qué hago con este caramelo?»

—Me acuerdo.

Un largo silencio.

—Cuando un ojo le trajo el otro a la memoria —dijo Rivers lentamente—, ¿fue sólo la asociación obvia? Es decir, porque los dos eran ojos.

Prior se encogió de hombros en uno de sus recargados gestos.

—Imagino que sí.

Silencio.

–No lo sé. Lo fue en la cárcel, pero después... Ya no lo sé. Sabía que pasaría una mala noche. Uno, uno, uno simplemente acaba reconociendo esa sensación. Sentí lástima por Beattie, y luego empecé a pensar en William, su hijo, y... ya me entiende, desnudo en la celda, en el suelo de piedra, fuera nevando... –Cabeceó–. Fue... muy potente, y creo... creo que eso me molestó. Me molestó sentir manipulada mi compasión. Porque eso que le pasa a él no es nada, ¿eh? –Una repentina ira–. *Yo perdí a tres hombres por congelación*. Y empecé a pensar en eso, en esos hombres y... era una manera de decir: «Vale, William, pasas tanto frío que no te sientes el culo. Mala suerte». Aunque eso no viene al caso, claro está. –Esbozó una sonrisa irónica–. No es una competición de sufrimiento.

–¿Y luego pensó en Towers?

–Sí. Pero no igual que... que en los otros hombres. O sea, no me centré en el horror de la situación. Era... no sé. –Tendió la mano hacia Rivers con la palma hacia arriba–. Una especie de talismán. ¿Sabe a qué me refiero? Si te pasa una cosa así... –La mano extendida empezó a temblar–. No queda margen para dudar de qué lado se decantan tus lealtades.

Prior se miró la mano y pareció percibir el temblor por primera vez. Tragó saliva.

–Perdone, ¿me disculpa un momento?

Salió apresuradamente de la habitación. Abrió y cerró puertas en su intento de localizar el cuarto de baño. Rivers se levantó para ayudarlo y en ese momento oyó unas arcadas, seguidas de un chorro de agua, seguido de más arcadas. A Prior no le gustaría que lo vieran en ese estado. Volvió a sentarse.

Por lo visto ese era el día de las vomiteras.

Apoyó el mentón en las manos cruzadas y esperó. En Craiglockhart había necesitado dos meses de trabajo intenso para llevar a Prior al punto de recordar el momento en que cogió el ojo de Towers, y aun entonces tuvo que recurrir a la hipnosis, algo a lo que siempre había sido reacio. Prior había llegado al hospital mudo, rebelde; posiblemente Rivers no había conocido a un paciente más remiso a cooperar, ni con tan marcada tendencia a sondear, a insistir en una relación bidireccional. Había acusado a Rivers de ser «una tira

de papel pintado con empatía» y le había preguntado si consideraba muy útil esa actitud. Después ese comentario se había convertido en una broma entre ellos dos, pero el sondeo prosiguió, unido a una especie de flirteo burlón sorprendentemente difícil de manejar.

Las pesadillas de Prior eran espantosas. Siempre había insistido en que no las recordaba, pese a que eso era a todas luces falso. Al final había contado a Rivers con un tono de gélida repugnancia hacia sí mismo que sus sueños de mutilación y matanzas iban acompañados de poluciones.

Prior regresó al despacho.

–Lo siento –dijo con naturalidad, y volvió a acomodarse en la silla.

No había llegado al cuarto de baño a tiempo. Tenía la pechera de la guerrera húmeda allí donde se la había limpiado con una esponja. Advirtió que Rivers se fijaba en la mancha, y su rostro se tensó. «Va a hacerme pagar por haberlo visto», pensó Rivers. No tenía sentido plantearse la lógica de eso. Así era Prior.

–¿Desea tomarse un descanso? –preguntó Rivers, procurando mitigar la tensión.

Prior asintió.

–Sentémonos junto a la chimenea.

Abandonaron el escritorio y se acomodaron en sillones. Rivers se quitó las gafas y se pasó la mano ante los ojos en un movimiento descendente.

–¿Cansado?

–Un poco. Como ha dicho la señora Irving, anoche tuvimos nuestra propia incursión aérea. Supongo que a alguien le entra el pánico y empieza a disparar.

Una pausa mientras contemplaban el fuego.

–La otra noche me topé con un paciente suyo, Charles Manning –dijo Prior.

Rivers había empezado a limpiarse las gafas.

–Yo... mmm...

–No puede hablar de otro paciente. No, claro que no puede. Pero él sí habló. Verá, cuando mencionó su nombre, pensé «neurosis de guerra»... bueno, sí tiene algún que otro tic, la verdad. Pero no, por lo visto no era eso.

Conoció a un apuesto soldado. La desagradable mano de un policía en el hombro. ¿Y qué pasa? De pronto necesita tratamiento. ¿Cómo se...? Ah, sí, Henry Head, eso era. «Henry Head puede curar a los sodomitas.» Así que se presenta ante Head, y éste le dice: «Lo siento, me gustaría ayudarlo. Pero estoy desbordado». Por los sodomitas, cabe suponer. Uno no sale de su asombro, ¿no? «¿Por qué no prueba con Rivers?» –Prior esperó. Al ver que no había respuesta, prosiguió–: Manning estuvo sorprendentemente franco acerca de sus particulares gustos. Cameronianos de pies sudorosos, por lo visto. Resulta conmovedora, ¿no?, esa devoción de algunos por los regimientos de las Tierras Altas. Me pregunto, Rivers... –Prior apretaba los labios repetidamente, un gran señor preocupado por algún problema especialmente recóndito–. ¿Cómo se las arregla uno para «curar» a alguien de sus fantasías con cameronianos de pies sudorosos?

–Yo aplicaría jabón carbólico a los pies –repuso Rivers con frialdad.

–¿Ah, sí? Un gran paso por delante del doctor Freud, diría yo.

Rivers se inclinó.

–Basta ya. El doctor Head está «desbordado» por jóvenes a quienes les han volado una parte considerable del cerebro. En una sociedad racional, un hombre que pasara los días así no tendría que dedicar además las noches... su tiempo libre, recuérdelo... a hombres a quienes podría dejarse seguir con sus vidas, a su manera, sin mayor problema. El hecho de que Head esté dispuesto a atenderlos es algo que lo honra.

–¿Es amigo suyo?

–Sí.

–¿Supongo que podría negarse a aceptarlos? –preguntó Prior.

–No, no puede. Dos años de trabajos forzados, ¿recuerda?

Un corto silencio.

–Disculpe.

Rivers abrió las manos.

Pero Prior no se rindió.

–En todo caso debe de haber momentos en los que un paciente necesita realmente hablar de otro. Es decir, debe de ser obvio que la conversación sobre los cameronianos sólo pudo tener lugar en la cama, ¿no?

–Sí, es una posibilidad que no se me ha pasado por alto.

–Bueno, ¿y si suponemos que necesito hablar al respecto? ¿Y si suponemos que me corroe la culpabilidad?

–¿Es así?

–La cuestión es... –De pronto Prior desistió—. No, me parece que no siento culpabilidad sexual, la verdad. Ni sexual ni de ningún tipo, en realidad. Por nada.

«No es cierto», pensó Rivers. Prior había experimentado una enorme culpabilidad por las poluciones nocturnas que acompañaban a sus pesadillas. Culpabilidad por una acción involuntaria.

–Antes sí la sentía –admitió Prior.

–Antes, ¿cuándo?

–A los doce años. Donde yo vivía había un joven al que llevaban de aquí para allá en un carrito. No sé qué le pasaba, tuberculosis de la columna o algo así, algo espantoso. Y el carrito chirriaba, así que cuando se acercaba siempre se lo oía. Y nos lo señalaban como ejemplo de lo que ocurría a quienes se entregaban a la masturbación.

–¿Y eso quién lo decía?

–El jefe de scouts. El señor Hailes. Llegó a afirmar que lo que expulsábamos era líquido medular. Y naturalmente uno sólo tiene una cantidad limitada de eso, y a mí el mío se me iba bastante deprisa. Me quedaba en vela y procuraba no hacerlo, y cada vez me entraba más miedo. Por desgracia para mí había sólo una manera de apartar ese temor de la mente. Así que volvía a hacerlo. Y ese carrito chirriante se acercaba cada vez más. Y nos habían contado que los primeros síntomas del colapso eran la palidez y las ojeras. Y yo me levantaba de la cama por la mañana y me miraba en el espejo, ¿y sabe qué veía? Palidez. Ojeras. –Se echó a reír—. Ahora me lo tomo a broma, pero llegué a pensar en el suicidio.

–¿Qué lo llevó a superar eso?

Prior sonrió.

–Qué no, quién. Paddy MacDowell.

–¿El hombre que organizó la huelga de Sheffield?

La sonrisa de Prior se ensanchó.

–Sí, en una etapa posterior. Por aquel entonces tenía otras ocupaciones. «Tocar la campana.» Así lo llamábamos. Mac se tocaba la campana más a menudo que nadie. Poco más o menos se la sacaba y lo hacía en público. Y era el más alto y el más fuerte de todos nosotros. Así que eso sembró en mí la primera semilla de la duda. Y luego Hailes dijo que el camino hacia la pureza consistía en tener un vaso de agua fría junto a la cama, y así, cuando lo asaltara a uno la tentación, podía sumergir en el agua «el Órgano Inflamado». Siempre lo llamaba así. En fin, informé a Mac al respecto, porque él, un chico corriente, no iba a los scouts, y dijo: «Pero si la tienes tiesa, ¿cómo vas a meterla en el vaso sin derramar el agua?» Y de pronto me representé a Hailes, el pobre desdichado, allí de pie con su «órgano» flácido en un vaso de agua, y vi claro que no decía más que estupideces, así de simple. Debía de haberse olvidado de cómo era una erección, el pobre cabronzuelo. Pero el caso es que después de aquello no volví a sentir culpabilidad. Creo que con seis meses de culpabilidad tuve ya más que suficiente para toda la vida.

–¿Era un amistad estrecha, la suya con MacDowell?

–¿Quiere decir que si nosotros...?

–No, quiero...

–Sí, era estrecha. Era lo propio de la edad, supongo.

Prior ahora parecía mucho más relajado.

–¿Quiere que sigamos con la sesión? –preguntó Rivers.

Una leve vacilación.

–No, pero creo que será lo mejor. –Durante un rato no habló, y finalmente, con las manos unidas, juntando y separando las yemas de los dedos al compás de las palabras, dijo–: Los sueños son un intento de resolver un conflicto, ¿no? Pues en éste no veo ningún conflicto.

–Apuñaló a alguien en el ojo.

–Oiga, Rivers, era una puerta.

–El ojo estaba vivo.

–Sí.

–¿Y entonces por qué dice que no había conflicto?

–Por lo mucho que me identificaba con William o Beattie o... no sé. Con William, probablemente, porque estaba desnudo. Y atacaba lo que a mí me

parecía el elemento más horrendo de su situación, que es el ojo. La vigilancia continua. Así que no veo que haya ningún conflicto. Es decir, podría causarme muchos problemas en la vida real, pero en el sueño no cabía duda del bando en que estaba. En el de ellos dos.

Rivers esperó. Cuando quedó claro que Prior no podía ofrecer nada más, dijo:

–¿Afirmas que el peor elemento de la situación de ellos es el ojo?

–Sí.

–¿El hecho de ser espiado continuamente?

–Sí.

–En ese encuentro con la señora Roper –preguntó Rivers con delicadeza–, ¿quién era el espía?

–Era... –Prior contrajo la boca–. Era yo.

Otra pausa. Rivers lo animó a seguir:

–¿Y?

–Y... –repitió Prior visiblemente molesto, hincando el dedo índice en el aire–. ¡Ojo! Era yo quien me apuñalaba el ojo. Y perdón por el juego de palabras. No quiera Dios que se me recuerde por chistes tan malos como éste.

Una pausa.

–¿Y qué piensa de eso? ¿Cree que...?

–Es posible, supongo. Detesto lo que estoy haciendo. Y supongo que debía de sentirme en una posición falsa. Bueno, es obvio que era eso lo que sentía; tendría que estar loco para que no fuera así.

–Quiero que haga una cosa –dijo Rivers–. Quiero que escriba todos los sueños que sean tan... tan malos como éste. Basta con que los anote. No intente interpretarlos. Y mándemelos. Volveremos a vernos el...

–No, lo siento, no puedo. Tendrá que ser la semana siguiente. ¿Si no hay problema? Voy a ver a Hettie Roper.

–¿Vuelve a Salford? ¿Dónde se alojará?

–En casa. –Hizo una mueca–. Sí, ya lo sé. ¿Cómo voy a alojarme en otro sitio?

Rivers asintió. Recordaba una visita de los padres de Prior a Craiglockhart. En una sola tarde habían echado a perder todos los mínimos

indicios de progreso y precipitado un ataque de asma.

–¿Sabe su padre a qué se dedica? Es decir, ¿sabe qué implica ese trabajo?

–Dios santo, espero que no. –Prior, inquieto, cambió de posición en el sillón—. Ésta es una guerra sucia, Rivers. Puedo decir con toda sinceridad que preferiría estar en Francia.

–Sí, eso no lo dudo.

Prior posó en él una mirada penetrante.

–Está preocupado, ¿verdad? ¿Por qué? ¿Porque voy a casa?

–No, no especialmente.

–Ah, ya entiendo. Sí. Era un sueño suicida. –Su expresión cambió—. No tiene por qué preocuparse. Si alguien sale malparado por esto, no seré yo.

De repente se lo veía muy distinto: despierto, alerta, frío, observador, distanciado, manipulador, implacable. Rivers comprendió que estaba viendo, probablemente por primera vez, la cara pública de Prior. En Craiglockhart se había comportado de manera agresiva y manipuladora, pero siempre desde una posición de relativo desvalimiento. A veces a Rivers le recordaba a un niño pequeño aferrado a la manga de su padre para poder asestarle una patada más fuerte en la espinilla. Ahora, brevemente, vislumbró al Prior que veían los demás: los Lode, los Roper, los Spragge, y lo sobresaltó. Prior era formidable.

Ante un telón de fondo amarillo, una mujer envuelta en velos de vivo color verde se contorsionaba y retorció. Parecía un lagarto exótico o una serpiente venenosa. Ése, por lo visto, había sido el propósito de Wilde. Robert Ross les había hablado de ello antes de la representación, recordando un día en París en que Wilde recorría como una exhalación los bulevares y, parándose ante los escaparates, preguntaba: «¿Y eso qué tal?» o «¿Quizá debería salir desnuda sin nada más que las joyas?» El amarillo y el verde era la combinación de colores elegida por Wilde, si bien no podía haber previsto lo que, para Charles Manning, era su elemento más perturbador: que el amarillo era exactamente del mismo tono que el de la piel de las trabajadoras de las fábricas de munición. Los demás no habrían reparado en ello, claro está. Sólo le llamó la atención a él porque una de sus responsabilidades en el ministerio era actuar como representante militar de una comisión creada para inspeccionar los niveles de sanidad y seguridad en las fábricas de munición. Uno veía una hilera tras otra de chicas de piel amarilla, con mechones de cabello rojizo escapando de debajo de las gorras verdes, sus rostros semiocultos por caretas respiratorias.

Las anécdotas contadas por Ross sobre los planes de Wilde previos a *Salomé* habían sido muy interesantes, de hecho, hasta el momento, más que la propia representación. El dato más sorprendente era que el propio Wilde había interpretado el papel de Salomé en una ocasión, circunstancia que exigía un verdadero esfuerzo de imaginación, ya que en las fotografías el dramaturgo no parecía precisamente una sílfide, ni siquiera para lo que era normal entre los hombres prósperos de mediana edad. Manning volvió a

volcar la atención en el escenario. Ya que se había tomado la molestia de asistir –y ciertamente era una molestia, porque no se sentía en absoluto a gusto–, al menos debía conceder una oportunidad a la obra, sobre todo por la gran significación que Wilde le había atribuido. Acababan de traer la cabeza de Iokanaán en una bandeja, y Salomé, arrodillada, tendía las manos hacia ella. Manning sintió un inesperado espasmo de repugnancia, no porque la cabeza fuera horrorosa, sino porque no lo era. Otra cosa que no pudo prever Wilde: la presencia entre el público de personas para quienes las cabezas cercenadas no eran necesariamente de cartón piedra.

Salomé empezó a acariciar la cabeza. «¡Ah, no podías tolerar que besara tu boca, Iokanaán! ¡Bien! Ahora la besaré. La morderé con mis dientes como se muerde un fruto maduro. Besaré tu boca, Iokanaán. Lo dije. ¿Acaso no lo dije? ¡Ah! Besaré tu boca ahora.»

Manning se aburría. Si debía ser sincero, todo eso no significaba nada para él. Veía lo que Wilde se proponía. Pretendía transmitir la sensación de una gran pasión contenida, emponzoñada, privada de su legítima válvula de escape, pero, aun así, obligada a aflorar, expresada en forma de destrucción y crueldad porque no podía expresarse como amor. No era que considerara el tema trivial o desprovisto de valor o desfasado –eso no, desde luego–, pero ese lenguaje era inaccesible para él. Francia lo había vuelto inaccesible.

Sólo tenía que pensar por un segundo en el hediondo lodazal amarillo del saliente, esas gachas donde los grumos eran cuerpos humanos, o miembros humanos, para que una barrera infranqueable se alzara entre su cerebro y esas palabras.

Una fila de hombres con máscaras antigás recorre la pasarela. Por delante de la columna en marcha asoma algo que parece un bulto de barro al borde de las tablas. Ya más cerca, resulta ser una mano. Ruido de pasos. Su propia respiración ronca dentro de la careta respiratoria, y luego, zigzagueando como un gusano a través del barro, una voz, ladina, insinuante, en confianza: «¿Dónde está Scudder? ¿Dónde está Scudder? ¿Dónde está...?»

En el escenario se formula otra pregunta: «Pero ¿por qué no me miras, Iokanaán? Tus ojos, antes tan terribles, tan llenos de furia y desprecio, ahora están cerrados. ¿Por qué no me miras?»

«Porque está muerto, por el amor de Dios», pensó Manning. Sintió un espasmo en la rodilla y lo traspasó un penetrante dolor. Miró de soslayo a Ross, que, con la mirada fija en el escenario, registraba hasta el último matiz de la representación. Se lo veía enfermo. Incluso bajo el reflejo de esa luz dorada, se lo veía enfermo. «Virgen santa –pensó Manning–, ojalá esto acabe ya.»

Por fin Herodes exclamó: «¡Matad a esa mujer!», y los soldados se abalanzaron sobre Salomé, la hija de Herodías, y la aplastaron bajo sus escudos.

Un momento de silencio, y después el público prorrumpió en aplausos, y Maud Allan, impersonal bajo la gruesa capa de maquillaje, hacía reverencias, lanzaba besos, sonreía y mostraba la cabeza cercenada suspendida de su pequeña mano blanca.

En cuanto se encendieron las luces, Ross quedó rodeado. Manning se abrió paso a empujones y le estrechó la mano, sumó su murmullo al zumbido general de felicitaciones y a continuación se señaló primero la rodilla y luego al fondo de la sala. Ross asintió.

–Pero ¿vendrás a los camerinos?

Mientras Manning atravesaba la multitud para acceder a la salida superior, tomó conciencia de lo mucho que le dolía la pierna. Abrió la puerta con el rótulo de SALIDA DE EMERGENCIA y la cruzó. Un pasillo de piedra, exiguamente iluminado, se extendía ante él, sin los dorados ni las tapicerías afelpadas del resto del teatro. El lavabo de hombres estaba al final del pasillo, tras bajar un corto tramo de escalera. Orinó y luego alargó el proceso de lavarse las manos, deseando aplazar el momento de ir a los camerinos e intercambiar el habitual parloteo. De buena gana se habría marchado a casa. Volvía a dormir en su propia vivienda, con el pretexto de que tenía que vigilar a los albañiles, aunque en realidad le complacía la oportunidad de

alejarse del club. Aquel absurdo incidente, el hecho de recibir el recorte de prensa en su casa, lo había inquietado, sencillamente porque podía haberlo mandado *cualquiera*. Ya no tenía la sensación de que podía confiar en la gente, en los miembros de su club, en los compañeros de trabajo. Incluso esa noche su renuencia a asistir a la representación se había debido primordialmente al elemental rechazo a alternar, y no tanto al miedo a ser visto en compañía de Ross, si bien éste era en efecto uno de los factores. Quizá empezaba a recluirse más de la cuenta. Desde luego, eso pensaba Rivers.

Se miró en el espejo. La luz del techo proyectó sombras oscuras en su rostro.

Ruido de pasos. Su propia respiración ronca dentro de la careta respiratoria, y luego, zigzagueando como un gusano a través del barro, una voz, ladina, insinuante, en confianza:

—¿Qué le ha parecido?

Un hombre había salido de uno de los cubículos y lo miraba a través del espejo. Su aparición repentina y sigilosa sobresaltó a Manning.

—No es lo mío, me temo —contestó Manning, comenzando a secarse las manos—. ¿Y a usted qué le ha parecido?

El hombre, que no se había movido, respondió bruscamente:

—Me ha parecido que eran los murmullos de una niña con un clítoris grotescamente agrandado y enfermo.

—¿Ah, sí? A mí sólo me ha parecido que la obra ha quedado anticuada.

—No —replicó el hombre, como si sólo su opinión tuviera peso—. No está anticuada. De hecho, desde el punto de vista de lo que se proponen, es una elección en extremo sagaz.

Manning miró a través del espejo, decidido a no dejarse intimidar por ese personaje ridículo y sin embargo curiosamente amenazador.

—¿Opina, pues, que los clítoris agrandados son un problema moderno?

–Todo ese descontento de la mujer moderna puede curarse con la clitoridectomía.

–Sin duda es un poco más complicado que eso.

Fue como si no hubiera hablado. El hombre se acercó hasta que su rostro quedó junto al de Manning en el espejo.

–En esta ciudad hay mujeres con el clítoris tan grotescamente agrandado, tan horrendamente inflamado, que sólo pueden satisfacerlas los elefantes macho.

Silencio. Manning no supo qué decir.

–¿No lo he visto en el palco con Robert Ross?

Manning se volvió de cara a él. Mirándolo a los ojos y colmando de significado cada palabra, dijo:

–Trabajo en el Ministerio de Municionamiento.

Se tocó un lado de la nariz, alzó un dedo a modo de advertencia y se marchó.

Mientras recorría el pasillo, advirtió, para su sorpresa, que temblaba. Ese hombre era un loco de remate. No hacía falta ser Rivers para diagnosticarlo, y sin embargo, a su horrenda manera, le había causado impresión.

En medio de la aglomeración del camerino de Maud Allan, aceptó una copa de vino y se encaminó hacia Ross.

–Acabo de encontrarme con un hombre de lo más extraordinario en el lavabo de abajo.

–Mmm.

–No, no «Mmm». Loco. Le ha dado por hablar de clítoris enfermos.

–Debe de ser el capitán Spencer. Dice Grein que lo ha visto.

–¿Y ése quién es? –preguntó Manning.

–El origen de todos los problemas, querido amigo. Es el hombre que vio el Libro Negro. El que *conoce los nombres*.

–Pero está loco.

–No por eso dejarán de creerlo. La cuestión es... –Ross echó un cauto vistazo alrededor–. Es que ella no debería haber entablado demanda. Sé que soy el menos indicado para decirlo, pero...

–¿Qué otra cosa podía hacer?

Ross cabeceó.

–Una vez en el juzgado, como testigos, pueden señalar a cualquiera.

–¿Están acosándote?

–Sí. Tengo a un agente de policía apostado de manera más o menos permanente en el salón. Le ofrecería una cama, al pobre, si no pensara que lo malinterpretaría.

Cuando se marcharon, al cabo de veinte minutos, Manning vio al capitán Spencer bajo una farola al otro lado de la calle, observando. Manning alargó un brazo para tocar la manga de Ross, pero se lo pensó mejor y bajó la mano.

En el tren a Manchester, Prior leyó la correspondencia de la familia Roper.

Querida Winnie:

No te preocupes por mi cariño estoy bien Hettie vino a casa para navidad y nos lo pasamos muy bien incluso el bueno de Tommy se animo un poco y lla sabes como es este año no se a ablado de las mismas tonterias que laño pasado creo que laño pasado dejo echa polvo a mucha jente escepto a ese charlatan gales ese cabron de mierda que no cambia de cantinela pobres chicos

Hettie me obligo a ir de rebajas con ella porque savia que yo queria una blusa abia una negra bonita *sin adornos* pero Hettie dice va mamá, así pareces una bieja el caso es que lla conoces a Hettie sali con una de color acul marino y adornada con una rosita amariya creo que me queda bien no puedo devolverla si no me queda bien porque estaba rebajada nos encontramos con la señora Warner ya saves la de las sufragistas y por supuesto pregunto por ti pero estaba muy distante se notaba que queria marcharse dize que se da demasiada importancia a la navidad y que el pabo tiene una carne muy seca yo digo bueno nunca lo e provado asi que no lo se ya saves que Ronnie Carker decia estan aprovechandose de ti Beattie cuando buelven a casa por la noche ni sikiera tienen que recojer del suelo sus propias bragas aunque claro si Ronnie estuviera alli tampoco tendrían necesidad de recojerlas

En cuanto a tu retraso con el mes tienes que recordar que as tenido muchas preocupaciones con la enfermedad de la madre de Alf y las rarezas de su Ivy pero agas lo que agas que no pase de las dos semanas VEN A CASA o acabaras en manos de alguna tipeja asquerosa que te dejará el cuello tan ensanchado que podrían plantarte patatas en el no saves el daño que pueden acer esas mujeres e visto a un montón de jobencitas ir a rastras años y años

Recibio Alf la carta la mande el jueves pero el correo ba muy lento berdad supongo que son los retrasos de la navidad si la a recibido dile que me mande eso lo antes posible si no la a recibido dile que no se preocupe le bolveré a escribir lo kiero para un ombre que pasó por aquí justo antes de la navidad lo nezesita para algo un poco ariegado pero *solo para el* no save nada de ti y Alf asi que no hay peligro de que os veais metidos Bueno te dejo ya y espero que cuando esta carta te yege estes tan bien como yo cuando te la envio.

Amor a puñados,

Querida mamá:

Vuelta a la escuela, no sé quién está más hasta la coronilla, si los niños o yo. En el techo del vestíbulo apareció una gotera durante las vacaciones. Es imposible repararla, claro, y hoy hemos tenido un vendaval. La lluvia caía a chorros por las ventanas y no había luz, y Weddell dale que dale con el Imperio y que debemos apretarnos el cinturón y prepararnos para lo peor. Pero una no ve que él se prepare mucho para lo peor, y con esa barriga que tiene difícilmente podría apretarse el cinturón. Yo rezaba para que una de las gotas del techo le cayera en la calva, pero no ha habido suerte. Y los niños no paraban de toser. Empieza uno y luego lo siguen todos los demás. Así que oíamos «Nuestro glorioso Imperio...» *tos tos*. «Debemos luchar hasta el último hombre» *tos tos*. «Nuestros valerosos muchachos...» *tos tos*. Ah, y ha calculado cuántos de nuestros antiguos alumnos están en las trincheras. Son un montón, y me sorprende, porque habría pensado que todos tenían raquitismo. En mi clase hay raquitismo. ¿Sabes esa frente abovedada que se les pone? En cuanto sabes que has de fijarte en eso, te das cuenta de lo extendido que está. Y luego tenemos que tragarnos toda esa vomitera sobre aquello para lo que luchamos. Así y todo, ha estado mejor que antes de Navidad. Entonces pensé que realmente iba a vomitar. Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad, y que todos demostramos buena voluntad haciendo volar a los boches y salvando a la pequeña y noble Bélgica. Intenté explicar a los de sexto la que montó en el Congo la pequeña y noble Bélgica, pero Weddell enseguida me mandó callar. Le dije que yo sólo comparaba un mal régimen colonial con el espléndido historial de nuestro glorioso Imperio, pero dudo que me creyera. Se fía de mí menos que del demonio. Este trimestre me ha asignado la clase de los pequeños, y no creo que eso sea casualidad.

8 ha estado en contacto. Ya sabes que me ha tenido muy preocupada desde que lo pillaron, pero dice que no está tan mal. Uno de los chicos tenía barba, y lo afeitaron con una navaja traperera. Acabó con muchos cortes, pero es sorprendente de qué cosas son capaces de reírse. Dice que no ha visto a nuestro William, pero es normal estando él en aislamiento. Pero es posible que ésta sea la última noticia que tenemos, mamá, porque dice que van a trasladar al guardia que saca las cartas de extranjis.

He averiguado –a través de 10, tú no lo conoces– cómo están las cosas en Étaples. Es el gran campamento adonde los mandan a todos a hacer la instrucción, y dice que nunca ha visto nada igual. Dice que tratan a los reclutas a patadas. Hombres atados a postes a la más mínima, con los brazos por encima de la cabeza. No parece gran cosa, ¿verdad?, pero dice que es un tormento. Dice que casi con toda seguridad habrá allí una sublevación. Eso espero, sinceramente lo espero. Unos cuantos oficiales muertos a tiros por sus propios hombres, bastaría con eso. Esa sola chispa, y todo se propagaría como un incendio descontrolado. Lo sé.

No sé nada de Mac. Intento mantenerme ocupada, la mitad del tiempo corro de aquí para allá como un gato escaldado porque no me atrevo a pararme a pensar. Aunque los pequeños son un encanto. Nadie los ha estropeado todavía. El otro día se me ocurrió una nueva rima.

Georgie Georgie, tarta y pastel,
a ver si una chica le arranca la piel

Crucemos los dedos, ¿eh?

Debes almacenar comida, mamá. Sé que es difícil, teniendo que dar de comer a Tommy, pero a la menor ocasión, aparta unas cuantas latas. Si esto acaba en cupones de racionamiento, los familiares de los objetores de conciencia estarán al final de la cola, si es que les llega algo.

No te preocupes por mí, yo estoy bien. Piensa en ti para variar.

Con mucho cariño,

HETTIE

P.D.: Si ese maldito Mac no escribe pronto, le romperé la crisma.

Querida mamá:

Adjunto aquí lo que me pediste. Dile a tu amigo que siga las indicaciones con toda exactitud. Pensarás que soy un blandengue, imagino, pero esos perros me dan pena. Si te acercas lo suficiente a esas pobres bestias, las compadezco. Muertas en veinte segundos. En cualquier caso, suerte. ¿Piensas que habrá llegado la paz para las próximas Navidades? Ésa es nuestra esperanza.

ALF

P.D.: Me encarga Winnie que te diga que ha llegado bien.

Mi querida Hettie:

Te preguntarás por qué no has tenido noticias mías antes. Bueno, esto ha sido un caos. ¿Te acuerdas de aquel muchacho con joroba? Insistió en someterse al tribunal en lugar de librarse por razones de salud, cosa que sin duda habría conseguido. Busqué la manera de facilitarle un pasaje para Irlanda y al final lo logré, pero lo cogieron cuando subía a bordo del barco. Lo delató la joroba. Lo habíamos intentado todo para camuflársela. Charlie propuso vestirlo de mujer y procurar que pareciera una embarazada caminando hacia atrás, pero eso no sé cómo se hace. El caso es que ahora está otra vez en Wandsworth, donde sin duda hacen todo lo posible por aplanársela. Pero es un contratiempo porque implica que tenemos que pasar inadvertidos, y eso implica a su vez que todos los demás han tenido que aplazar su viaje a la isla Esmeralda. Atasca todo el sistema, y pierdo la paciencia, me temo. Sé que los individuos cuentan, pero pasar a seis o siete hombres a Irlanda no va a detener la guerra. Eso sólo hay una manera de hacerlo, y los dos la conocemos.

Estoy en casa de la madre de Charlie Greaves. NO ME ESCRIBAS. Ya sé que conoces la dirección, pero el problema es que no eres la única que la conoce. *Están abriendo todo el correo.* No quiero que te metas en esto más de lo que ya estás. Y no estoy tratándote como a una

«mujercita». Tiene que haber personas de quienes ellos no sepan nada, de lo contrario no quedarán casas francas ni, por tanto, red para el traslado de personas. Y hablando de eso, mandé un muchacho a tu madre poco antes de Navidad. ¿Te has encontrado con él, por casualidad? Después me pregunté si había obrado bien. No es que tenga la menor duda sobre él, es buen chico, totalmente entregado a la causa, pero a veces se deja llevar. Supongo que no tiene importancia, pero si escribes a tu madre, tal vez podrías mencionárselo, aunque supongo que a estas alturas él ya se habrá marchado. A propósito, ¿cómo está tu madre? Ojalá pudiéramos sacar a Tommy de allí. Esa situación no le hace ningún bien.

Te escribo esto en la cama, que es grande y de latón, con muchísimo espacio, y mullida. Fuera llueve a cántaros y sopla el viento, y daría cualquier cosa por que estuvieras aquí conmigo.

Con todo mi amor,

MAC

A Prior le resultó extraño leer las cartas privadas de sus amigos, a pesar de que todas ellas –salvo la carta de Alf, con su inoportuna mención de los perros– habían sido leídas en voz alta en el tribunal penal central. Incluso la pequeña rima de Hettie había resonado en la sala número uno, cuando el fiscal general adujo que era prueba de su participación en la conspiración. No, no quedaba intimidad en esas cartas; no estaba entrometiéndose en nada importante. Y sin embargo, cuando el tren entró ruidosamente en un túnel y el vagón se llenó del olor acre del humo, Prior se volvió para enfrentarse a su reflejo doble en la ventana y pensó que no se apreciaba mucho a sí mismo. Fue la última carta la que lo incomodó: la ternura del amor de Mac por Hettie allí expuesta, primero en el juicio a puerta abierta y ahora otra vez, ante él.

Habían encontrado esa carta en el bolsillo de la falda de Hettie cuando fueron al colegio a detenerla.

Harry Prior se preparaba para salir. Una camisa limpia se oreaba en el tendedero delante de la chimenea, que oscurecía y enfriaba la habitación. Billy Prior y su madre estaban sentados a la mesa, ella con su delantal, él en mangas de camisa y tirantes, incapaces de proseguir con su conversación interrumpida o hablar con Harry. Éste, inclinado sobre el fregadero, se enjabonó la cara, farfullando y mascullando, se metió los dedos en las orejas y los sacudió. Luego, después de enjuagarse el jabón, se tapó por turno cada uno de los orificios nasales y expulsó grandes mocos verdes en el fregadero.

Prior, que tenía el codo en contacto con el costado de su madre, notó su remilgado estremecimiento de repulsión. Entrelazó los dedos en torno a la taza de té caliente, se la llevó a los labios y, al beber, se mojó la punta de la corta nariz. Cuántas veces había presenciado de niño esa escena tensa e innecesaria, compartiendo la repugnancia de su madre tal como habría compartido su miedo a los rayos. Ahora, siendo ya un hombre, de nuevo en ese espacio tan conocido –las baldosas gastadas por sus propias pisadas, la mesa brillantada por sus propios codos–, pensó que veía el conflicto de manera más ecuánime que antes. Se requería una gran dosis de agresividad para mantener durante veintiocho años esos remilgados estremecimientos.

Ahora creía reconocer la aportación de su madre a esa tragedia compartida. Veía que con esa reacción, esa trémula susceptibilidad, en realidad alimentaba el brutal comportamiento de él. Recordó el insistente lamento de su voz delicada, melindrosa, quejumbrosa, rebotante de reproche, que seguía oyéndose mucho después de despertarse Prior con un sobresalto al oír los inestables pasos de su padre; recordó cómo se sentaba él en lo alto de

la escalera y escuchaba con los cinco sentidos hasta que le dolían los músculos a causa de la tensión, en espera de que ella dijera lo único que él no estaba dispuesto a aguantarle. Y luego las presurosas pisadas, el grito ahogado, y Prior, ya a media escalera, permanecía atento para ver si era sólo un revés, si su padre simplemente mandaba a su madre contra la pared de un golpe con el dorso de la mano, o si era, por el contrario, una de esas veces en que las cosas se torcían más de la cuenta. Ella nunca tenía la sensatez de callarse.

Por otra parte, pensó con el rostro oculto por el borde de la taza, podría aducirse igualmente que ella nunca había sido tan cobarde como para abstenerse de expresar su opinión por miedo a las consecuencias. Sería muy fácil, con el pretexto de la «ecuanimidad», pasarse al otro extremo y achacar la violencia doméstica no a la brutalidad de él, sino a la incapacidad de ella para gestionarla.

Prior recordó que, de niño, se golpeaba la palma de una mano con el puño de la otra, una y otra vez, diciendo CERDO CERDO CERDO CERDO a cada chasquido de la carne contra la carne. Obviamente su actual intento de comprender el matrimonio de sus padres era más maduro que ese CERDO CERDO CERDO CERDO, y más adulto, más penetrante, más sensible, más perspicaz, más casi cualquier cosa que a uno se le ocurriera. Pero no lo satisfacía, porque era también una mentira: una manera de creerse «por encima de la batalla». Y él no estaba por encima: era fruto de esa batalla. Él y ella –fuerzas elementales, casi despojadas de características personales– pugnaban en cada una de las células del cuerpo de Prior, y así sería hasta su muerte. «Luchan y luchan en las Marcas de mi pecho y nunca descansan – pensó–, y estoy hartos.»

Su padre ya se había puesto la chaqueta y la gorra. Listo para salir, los miró con una sonrisa severa, seca, forzada a los dos, allí juntos, como siempre, esperando a que se fuera.

–Hasta luego, pues –dijo.

No se planteó, a diferencia de lo que habría ocurrido en la mayoría de las familias, que padre e hijo salieran a tomar una copa juntos.

–¿Cuándo volverás? –preguntó su madre, como siempre hacía.

–A eso de las once. No me esperes levantada.

Ella siempre lo esperaba levantada. Sí, pretextaba que tenía que esperar a que se apagara el fuego, preparar la comida del día siguiente, poner la mesa, llenar el hervidor, pero todas esas tareas podían haberse hecho antes. Prior, posando la vista en la taza una vez más, procuró no preguntarse cuántas escenas violentas podrían haberse evitado si su madre sencillamente hubiera tomado la palabra a su padre y se hubiera acostado. ¿Centenares? ¿O ninguna? El hombre que ahora hablaba con tal delicadeza y consideración habría sido muy capaz de sacarla a rastras de la cama para que lo atendiera cuando llegaba tambaleante de la taberna con diez u once pintas entre pecho y espalda.

«Déjalo –se dijo–, déjalo.»

Cuando su padre se fue, Prior y su madre siguieron sentados a la mesa mientras se acababan el té. Ella nunca mencionaba Francia ni Craiglockhart. Parecía no querer saber nada de todo lo que le había ocurrido desde que se marchó de casa. Eso era para él una fuente de irritación y alivio a la vez. Preguntó por sus antiguos compañeros de escuela. Tal había muerto, tal otro había resultado herido, Eddie Wilson era desertor. ¿Se acordaba de Eddie?, le preguntó su madre. En el periódico nombraban cada semana nuevos desertores, añadió. El policía que encontró a Eddie Wilson escondido en la carbonera de la casa de su madre recibió en premio cinco chelines.

–La semana pasada salió una carta en el periódico –contó–. Del padre Mackenzie. Te acuerdas de él, ¿verdad?

Buscó el periódico de la semana anterior y se lo entregó. Él leyó la carta, primero en silencio y después en voz alta, en una imitación maliciosamente precisa de las fluctuaciones litúrgicas del padre Mackenzie.

–«Puede que entre vosotros haya algunos que, como consecuencia de un antojadizo y culpable incumplimiento de las Leyes del Desarrollo Físico, no seáis aptos para servir a vuestro país, pero... » ¡Por el amor de Dios! –Tiró el periódico a la mesa–. *Entre ellos* hay algunos que llevan ese antojadizo y culpable incumplimiento hasta el punto de contraer raquitismo. Si él está

físicamente bien desarrollado es porque su madre pudo permitirse atiborrarlo de buena comida cuatro veces al día. –«Y vaya si estaba bien desarrollado», pensó Prior, acordándose del padre Mackenzie tal como Dios lo trajo al mundo.

–Sólo piensa que mucha gente está escaqueándose, Billy. Tienes que admitir que no le falta razón.

–¿Sabes cuál es la estatura mínima obligatoria para los regimientos de Bantam? Uno cincuenta. ¿Y sabes cuántos hombres de por aquí no llegan a eso?

–Billy, a veces hablas igual que tu padre.

Prior cogió el periódico y fingió leer.

–Se habla mucho de una huelga en la fábrica de munición. Tu padre está totalmente a favor. Bueno, ¿y cómo no iba a estarlo?

–¿Por qué es?

–No lo sé. –Buscó una palabra que le resultaba poco familiar–. ¿Dilución?

–Podría ser.

–Bueno, ya te puedes imaginar a tu padre. «Ahora resulta que esas nenas ganan más que yo», dice. «Tú acuérdate de lo que digo: después de la guerra traerán mano de obra no cualificada. La señora se irá a trabajar y el hombre se quedará en casa ocupándose de los críos. Es el fin de los oficios. Esta guerra es el caballo de Troya, lo que pasa es que los muy zoquetes se niegan a verlo.»

«Muy propio de él», pensó Prior. Por firme que fuera el empeño de su padre en elevar la posición de la clase obrera en su conjunto, más firme aún era el de mantener las distinciones dentro de ella.

–Ah, y no le gustan las dentaduras postizas. Ésa es otra –prosiguió su madre–. La señora Thorpe lleva una, ¿sabes? «Una vieja dándoselas de jovencita», dice. Por su manera de hablar de la dentadura de esa mujer cualquiera diría que lo ha mordido. Y por otro lado está el cubo de la basura de la señora Riley. Latas de langosta, ¿te lo puedes creer? «Antes de la guerra esa gente ya podía estar contenta si tenía pan con un poco mantequilla.»

–Tiene una idea extraña del socialismo.

Ella se encogió de hombros.

–No lo sé. En cosas como los derechos de la mujer nunca ha estado a favor.

–No.

–Recuerdo cómo se metía con Beattie Roper por eso.

Una pausa.

–He ido a ver a Beattie.

Ella se quedó atónita.

–¿A la cárcel?

–Sí.

–Tú no tienes por qué meterte en un asunto como ése.

Ante tan repentino arranque de ira, Prior dijo:

–Tengo que hacerlo. Es mi trabajo.

–Ah. –Su madre asintió, creyéndoselo sólo a medias.

–¿Cómo está Hettie?

Su madre se quedó inmóvil.

–¿Cómo voy a saberlo? No la veo nunca.

En una época, a sus diecisiete años, Prior «salió» con Hettie Roper, y en ese caso, por una vez, esa «expresión tan extraña» fue penosamente exacta. «Salir» con ella era ni más ni menos lo que hacía. Y también hablar, claro: conversaciones apasionadas y acaloradas, sobre el socialismo y los derechos de la mujer, el espiritualismo, las ideas de Edward Carpenter sobre la camaradería entre los hombres, si podía existir algo como el amor libre. Se acordó de un día en la playa de Formby, sentados en las dunas mientras el cielo se oscurecía y el sol pendía a baja altura por encima del mar. Había deseado tocarla, sin atreverse, durante todo el día. El sol permaneció un rato en el horizonte, tenso e hinchado, hasta que se desparramó por el agua.

–Vamos –dijo él, cogiendo su cazadora–. Mejor será que volvamos.

Esa noche, como tantas otras, su madre lo esperó despierta. Tenía un libro abierto en el regazo, pero no se había molestado en encender la lámpara de gas. Y entonces empezaron las preguntas. En ese momento él se dio cuenta de que su madre odiaba a Hettie Roper. No sabía por qué.

–¿Todavía se ocupa de la tienda? –preguntó él.

–Sería absurdo. Nadie le compraría nada si la abriera.

–¿Trabaja?

–No que yo sepa.

–¿Y de qué vive?

Un gesto de indiferencia.

–Todavía tiene el huerto cedido por el ayuntamiento.

–Había pensado en pasar a verla.

Silencio.

Recordándose que ya no tenía diecisiete años, Prior se puso en pie y dejó la taza en el escurridor.

–No tardaré.

Antes de la guerra, en las noches cálidas, las mujeres se sentaban en los portales de sus casas después de atardecer, aplazando el momento de enfrentarse a las furiosas chinchas y deleitándose en el único contacto social del que podían disfrutar sin temor a las críticas. Una mujer vista de charla con sus vecinas durante el día enseguida era blanco de la desaprobación pública. «Eh, mira a la señora Thorpe. Once hijos. Cualquiera diría que no tiene nada que hacer.» Ahora, mirando a uno y otro lado de la calle, Prior vio portales desiertos. Había mujeres por todas partes, pero caminaban con determinación, como si tuvieran un sitio adonde ir.

Supuso que acudió a su cabeza el nombre de la señora Thorpe en concreto porque ella había sido una de las peores infractoras, con sus pechos blancos como la manteca, del tamaño de pelotas de fútbol, y George o Alfie o Bobby buscándolos ansiosamente, desprendiéndose de vez en cuando para dar una calada a una colilla. O porque quizá, inconscientemente, ya la había identificado, ya que allí estaba, aproximándose a él sin los zuecos y el chal con los que siempre la había visto, vestida ahora no sólo con abrigo y sombrero, sino también con medias de color carne y *zapatos*. Parecía mentira que la mujer atractiva que la acompañaba fuera la señora Riley, pero ¿quién podía ser, si no?

Lo saludaron con exclamaciones de alegría, lo abrazaron, lo besaron,

retrocedieron, desplegaron sus increíbles sonrisas. Allí corría un dicho: por cada niño nacido, un diente perdido, y ciertamente, antes de la guerra, la señora Thorpe y la señora Riley pregonaban su fecundidad cada vez que abrían la boca. Ahora, en lugar de mellas y raíces ennegrecidas, exhibían una blancura uniforme y rutilante.

–Qué dientes tan blancos tienes, abuelita –dijo él.

–Son para comerte mejor –contestó la señora Riley–. ¿Y tú a quién llamas abuelita?

–¿Cuánto tiempo te han dado, cariño? –preguntó la señora Thorpe. Y luego, sin darle tiempo a contestar, añadió–: Eh, ¿verdad que somos un horror, preguntando siempre lo mismo?

–Dos días.

–Pues sácales provecho. Pero no hagas nada que nosotras no haríamos.

Prior sonrió.

–¿Qué posibilidades me deja eso?

–Pocas, hoy día –dijo la señora Riley.

De pronto se acordó de que había mamado de los pechos de esas dos mujeres. Su madre había estado muy enferma durante dos meses después de su nacimiento, y a él lo habían alimentado a base de latas de leche condensada de la tienda de la esquina, la misma leche que los adultos echaban al té. Era habitual que en esas calles se alimentara así a los bebés, y los bebés alimentados así por lo general morían. Pero de pronto aparecieron la señora Thorpe y la señora Riley, que por esas fechas, suponía Prior, eran dos chicas jóvenes y alegres, ambas con su primer hijo aferrado al pecho. Se habían turnado para amamantarlo y de ese modo, probablemente, le habían salvado la vida. Prior lo sabía desde hacía mucho tiempo, pero por alguna razón no lo había registrado cuando la señora Thorpe y la señora Riley eran fardos informes envueltos en chales. Ahora, pese a que no se abochornaba fácilmente, se ruborizó.

–Fíjate –dijo la señora Riley–. Está cortejando. Yo siempre me doy cuenta.

–¿Estás cortejando? –preguntó la señora Thorpe.

–Sí. Se llama Sarah. Sarah Lumb.

–Un nombre bonito y fuerte –dijo la señora Riley.

–Es una chica bonita y fuerte.

–Tal vez le convenga serlo –comentó la señora Riley, mirándolo de arriba abajo con expresión especulativa–. ¿Te apetece una copa?

–Ya me gustaría, pero tengo que ver a una persona.

–Bueno, si cambias de idea, estaremos en el Rose and Crown.

Y se fueron, riéndose encantadas, dos mujeres casadas que se iban a beber juntas. Inaudito. Para colmo, en la taberna de su padre. Con razón el viejo cabrón pensaba que había llegado el fin del mundo.

Prior reanudó su camino, advirtiendo en todas partes indicios de una nueva prosperidad. Acaso la carne escaseara, acaso el pan fuera negro, pero, así y todo, la zona medraba. Se sintió complacido, incluso contento. «¿Nenas que ganan más que yo?» Bien. ¿Latas de langosta en el cubo de la basura de la señora Riley? Bien. Habría dado cualquier cosa por sentirse sencilla, inequívoca y decididamente complacido, pero pasó ante demasiadas casas con tarjetas orladas de negro en las ventanas, y a cada nombre escrito en esas tarjetas podía ponerle cara. Tuvo la impresión de que un sinfín de fantasmas pululaban por las calles, fantasmas grises, famélicos, incapaces, apretujados en las aceras, esperando frente a casas que habían prosperado en su ausencia. Imaginó un fuego ardiendo con llama viva, el temblor en el marco de una ventana, una puerta que se abría y alguien que decía: «Se ha levantado viento. ¿No notáis la corriente?» Y se apresuraba a cerrar la puerta.

El regocijo que lo había invadido al hablar con la señora Thorpe y la señora Riley se disipó. Dobló por el callejón entre Marsh Street y Gladstone Terrace, camino de Tite Street y la tienda de Beattie Roper, un recorrido que debía de haber realizado miles de veces en su infancia, su adolescencia, su juventud, pero esta vez avanzó en silencio por los adoquines, sintiéndose casi invisible. Ya no formaba parte de la vida que lo rodeaba más que uno de aquellos fantasmas retornados.

Fue a dar a lo alto de Hope Street, la «calle de la Esperanza», y empezó a bajar por ella. Hope Street discurría paralela al canal y se la llamaba, previsiblemente, «calle de la Desesperanza», por la presteza con la que sus vecinos pasaban de un estado al otro. Al menos así era antes de la guerra.

Ahora los suicidios eran poco frecuentes. La guerra había levantado el ánimo a todo el mundo.

A media calle, en la esquina de Hope Street y Tite Street, se hallaba la tienda de Beattie, con el escaparate tapiado. Llamó vigorosamente a la puerta.

–Ahí nadie va a contestarte, encanto –dijo una transeúnte.

Prior esperó a que la mujer doblara la esquina, y entonces se arrodilló y miró por la ranura del buzón. Los mostradores estaban vacíos, el suelo bien barrido.

–Hettie –llamó–. Soy yo, Billy. –Vio abierta la puerta que daba a la sala de estar. Intuyó que ella escuchaba–. Hettie, soy yo.

Por fin ella se acercó y se arrodilló al otro lado de la puerta para asegurarse de que estaba solo. Se oyó el sonoro ruido de cerrojos y cadenas, y allí estaba ella, una mujer intensa, delgada, morena, mayor de lo que él recordaba. Ya no era guapa.

–Billy.

–He ido a ver a tu madre.

–Sí. Me ha escrito.

Una larga vacilación, que a él le indicó de inmediato lo que quería saber. Se quitó la gorra y dio un paso al frente. Casi simultáneamente ella se apartó y dijo:

–Pasa.

La sala estaba vacía. Las dos puertas, una a la trascocina, la otra a la escalera, se hallaban cerradas. Prior echó un vistazo alrededor, con calma. Un fuego ardía en la chimenea. A un lado reposaba el hervidor sobre un trébede. La mesa, con su mantel verde, seguía ocupando casi todo el espacio, y había seis sillas vacías dispuestas en torno ordenadamente. Hettie le siguió la mirada, y Prior se dio cuenta de que de pronto los cambios a los que estaba ya acostumbrada –las sillas vacías– volvían a antojársele extraños e insufribles al verlos a través de los ojos de él.

–Ay, Billy –dijo, y al instante se echó a llorar en sus brazos.

Estrechándola, Prior la levantó en volandas y la meció. Sólo cuando los sollozos remitieron aflojó los brazos y la dejó caer suavemente. Hettie acarició con los dedos extendidos el cinturón, las hebillas, los botones, las

insignias, las estrellas del uniforme: toda aquella aborrecida parafernalia. Prior se apresuró a decir:

–Veo que aún tienes a *Tibbs*.

En la alfombra yacía enroscado un orondo gato atigrado, quedando a la vista la palidez de la papada. De la tienda llegaban olores espectrales a orina de gato y creosota.

–Sí –dijo ella. Se rió y olfateó el aire–. Ahora se mea por todas partes.

Su risa fue un reconocimiento al caudal de recuerdos compartidos. «Menos mal», pensó Prior, y apartó una silla de la mesa y se sentó.

Ella fue a buscar la tetera y empezó a preparar el té.

–¿Cómo encontraste a mi madre? Ella dice que está bien.

–Flaca. Pero ahora ya ha empezado a comer otra vez. Ha abandonado la huelga.

–Mmm. ¿Hasta cuándo? Le digo que no debe hacerlo, pero ella contesta: «¿Cómo voy a convencerlos, si no?»

–¿Tú has ido a verla?

–Iré la semana que viene. ¿Deduzco que eso tenemos que agradecértelo a ti?

–Intercedí.

Hettie sirvió el té.

–¿Cómo es que estás en situación de interceder?

–Me dieron un puesto en el ministerio, es sólo por eso. No me envían de vuelta al frente por el asma.

–Pero ¿qué haces allí?

Él se echó a reír.

–Lo mismo que hacía antes de la guerra. Mover papeles en una mesa. Pero conseguí echar mano al expediente de tu madre... por mediación de una chica del archivo... y entonces pensé en ir a verla.

–¿Y conseguiste entrar a golpe de farol?

–Bueno, no exactamente. Tenía papel con el membrete del Ministerio de Municionamiento. Eso te abre todas las puertas.

–¡Ja! Pues ya nos gustaría a nosotros tener un poco de ese papel.

Por lo visto, Hettie lo creía. Igual que en su día su madre había creído a

Spragge. Estaba sentada a la cabecera de la mesa, en la silla de su madre, sin duda porque así la ausencia de ésta saltaba menos a la vista, y él se hallaba, casi con toda seguridad, en la silla que había ocupado Spragge. Miró el aparador, y allí, cómo no, seguía la fotografía de William.

Hettie lo vio mirarla y alargó el brazo hacia atrás.

–Creo que ésta no la has visto, ¿verdad? –dijo, y se la entregó.

William aparecía reclinado contra una pared de piedra, con los brazos cruzados relajadamente, y sonreía, aunque la sonrisa al final le había salido forzada después de tanto esperar a que el fotógrafo acabara de manipular la cámara. Llevaba pinzas de ciclista en las perneras. Al dorso constaba la fecha a lápiz: «mayo de 1913». Prior creyó reconocer el lugar, habían ido allí juntos, los tres. Detrás de la pared, no visible en la fotografía, descendía un terraplén, cubierto de zarzas y helechos, poblado de conejos cuyos brillantes excrementos redondos se veían por todas partes.

–¿Por qué da la sensación de que ha pasado tanto tiempo? –preguntó Prior sosteniendo la foto ante sí. Sin una falsedad consciente (aunque en el fondo dándose cuenta de ello), buscaba a tientas el tono de su amistad anterior a la guerra.

Hettie soltó una risotada, un graznido ronco que no parecía su voz.

–Ya, pero esa sensación da, ¿no crees? –insistió él–. La sensación de que ha pasado más tiempo del que en realidad ha pasado. Precisamente de camino hacia aquí venía pensando en eso, ¿sabes? En... –Respiró hondo–. Verás, si escribieras sobre algo como... en fin, no sé, el final de la agricultura a campo abierto, o la aparición del ferrocarril, la gente no andaría diciendo –se llevó una mano a la frente en un gesto teatral–: válgame Dios, vivimos un periodo de vertiginoso cambio social, ¿verdad que no? Porque nadie se creería que la gente fuera tan... consciente. Y sin embargo nosotros estamos viviendo uno de esos periodos, y todo el mundo es más que consciente. No he oído otra cosa desde que volví a Inglaterra. No las palabras en sí, claro, sino la propia conciencia. Y sencillamente me preguntaba si no hay periodos en que la gente sí toma conciencia de lo que ocurre y, al volver la vista atrás para examinarse a sí misma cuando no era consciente de nada, tiene la impresión de que han pasado décadas, de que eso fue en otra vida.

–Sí, creo que tienes razón. –Hettie se quedó pensando por un momento—. Hará un par de meses fui a Londres a ver a una de las pocas amigas sufragistas que aún no me ha dado la espalda. Mientras estábamos en su casa hubo una incursión aérea, y llegamos a oír la metralla caer en los árboles. Sonaba exactamente igual que la lluvia, ¿sabes? Y ella estaba... de lo más ufana. Pelo corto, pantalón, conductora de ambulancia... cosas que no se le habría permitido hacer ni en un millón de años. Y de pronto me cogió y dijo: «Hettie, para las mujeres éste es el primer día en la historia del mundo».

–Y el último para muchos hombres.

El rostro de Hettie se ensombreció.

–No me restriegues eso por la cara, Billy. Yo soy la pacifista, recuérdalo.

–Al menos tienes derecho al voto.

–No, no lo tengo. Aún no he cumplido los treinta. Mi madre no lo tiene: está en la cárcel. Winnie no lo tiene, por la misma razón. William no lo tiene: le han retirado el derecho al voto por ser objetor de conciencia. Así que, en lo que al voto se refiere, esta familia está un paso por detrás de los cambios traídos por la guerra.

–¿Dónde está William? –preguntó Prior, posando la vista en la fotografía otra vez.

–En Dartmoor. Aceptó la propuesta del Ministerio del Interior. Hace «trabajo útil no relacionado con la guerra». –Soltó un bufido—. Pica piedra.

–Me sorprende que lo haya aceptado.

–No te sorprendería si lo vieras. Está en los huesos, no lo reconocerías.

–Mike Riordan estaba en mi sección. ¿Te acuerdas de Mike? A él tampoco lo reconocí, sólo que en su caso le faltaba la cara.

–No es una competición, Billy.

–No. Tienes razón.

Ella le tocó la manga.

–Ojalá estuviéramos en el mismo bando.

–Bueno, en lo que se refiere a tu madre, lo estamos. ¿No irás a pensar que estoy del lado de Spragge?

Hettie se demudó.

–Bah, ese hombre. Lo vi una vez, sólo unos minutos, y supe que le pasaba

algo.

–¿No sabías nada del veneno?

–No, mi madre me lo escondió todo. Ojalá me lo hubiera contado, porque le habría dicho que era una estupidez confiar en él. Y aquel cabrón sonriente del tribunal penal... Fue horrible, Billy. En cuanto subes al estrado, aunque sepas que no has hecho nada, te sientes culpable. En los meses posteriores tenía la sensación de que la gente no quería ni mirarme. –Se interrumpió–. Venga, tómate el té. Se enfría.

–¿Cómo te las arreglas?

–Sobrevivo. Tu padre me trae un poco de carne de vez en cuando. No pongas esa cara de sorpresa, Billy. –Una pausa–. Te diré quién sí se ha portado bien. La señora Riley. Cada vez que hace pan me trae algo. Bueno, igual sólo media docena de panecillos, pero todo contribuye. A los demás no tengo nada que agradecerles, salvo unos cuantos ladrillos lanzados al escaparate. Mira, lo que me llega al alma es que le negaban el saludo a mi madre por la calle, sencillamente hacían como si no la vieran, pero a la que estaban en un aprieto, o sus hijas estaban en un aprieto, ahí las tenían, aporreando la puerta de atrás. Yo le decía: «Eres tonta, mamá. ¿Por qué has de arriesgarte a ir a la cárcel por esa gente?» Pero ella me contestaba: «Ya, bueno, en el último parto necesitó instrumentos» o «Pobre chica, sólo tiene diecisiete años». Y lo hacía. Y todo eso salió en el juicio. Ya ves tú, matar a un niño cuando la madre está de dos meses es un crimen atroz. Pero espera veinte años y vuélale la cabeza a ese mismo niño, y no pasa nada.

Prior hizo una mueca, pensando en lo raro que era que esas palabras salieran tan fácilmente de su boca, que ella tuviera tan poca noción de los recuerdos que evocaban en él.

–¿Y Mac? ¿Lo ves alguna vez?

Hettie adoptó una expresión alerta.

–No.

–¿Nunca?

–Lo sabes perfectamente, Billy, jamás se atrevería a venir aquí.

Prior se recostó en la silla.

–Sé que no podía mantenerse alejado. –Esperó–. Ahora mismo me ha

parecido oír a alguien.

Hettie dirigió la mirada a la puerta de la trascocina.

–Los pasos de alguien.

–En esta casa no hay paz. Recuerda que mi madre organizaba aquí sesiones de espiritismo. En esta sala.

–Tú no crees en eso.

–Sé que mi madre no era una farsante. Algo ocurría. No sé si era por la fuerza de la necesidad de la gente o qué, pero algunas noches esta mesa temblaba. Cambiaba de sitio. Hay noches en que estoy aquí sola y oigo pasos y más pasos alrededor de la mesa.

Prior se formó una idea espantosamente nítida de lo que debía de ser su vida, sola en esa casa, con las sillas vacías y las ventanas tapiadas. No le extrañó que oyera pasos alrededor de la mesa.

–Y hablando de Mac –dijo, y notó que ella se tensaba–, he pensado en acercarme a ver a su madre. No creo que él siga visitándola, ¿verdad?

–Buena idea, Billy. Te acompañaría encantada, pero dudo que ella me lo agradeciera. De hecho, no creo ni que me invitara a entrar.

–No, es una gran patriota, esa Lizzie. –Prior sonreía para sí–. La última vez que vine me topé con ella. –Se rió–. Bueno, más bien caí sobre ella. ¿Sabes ese callejón que hay detrás del Rose and Crown? «Sólo estaba descansando», me dice. La ayudé a ponerse en pie, y echando un vistazo a mi uniforme, dijo: «Demos gracias a Dios por un hombre honrado». Y lo soltó todo. Por lo visto, el día que se declaró la guerra se lo hizo con siete hombres gratis porque acababan de volver de la oficina de reclutamiento, o eso le aseguraron ellos. «¿Y sabes qué?», dijo ella. «Al cabo de un año cinco todavía rondaban por aquí de paisano.» Me contó que tuvo una agarrada con Wally Smith por eso. Y él le salió con que no lo habían aceptado por los dientes. Y Lizzie va y le dice: «¿Qué coño quieren que hagas? ¿Que ataques a mordiscos a esos cabrones?»

Hettie parecía muy incómoda. Como no era precisamente pudorosa, Prior llegó a la conclusión lógica de que esa anécdota, el arranque de generosidad de Lizzie el cuatro de agosto, posiblemente resultaba dolorosa para la persona oculta al otro lado de la puerta de la trascocina. Pensó en decir: «Vamos,

Mac, deja de hacer el ganso», pero prefirió no correr el riesgo. Era mejor plantear antes su petición y luego dejarlos a los dos a solas para que lo comentaran entre ellos.

–Me gustaría ver a Mac, Hettie.

–A mí también –replicó ella–. Pero lo veo difícil.

–No, quiero decir que de verdad necesito verlo. Para poder hacer algo por tu madre, antes tengo que hablar con él. Él...

–Él no sabía nada de eso.

–No, pero conocía a Spragge. Spragge estuvo con él la noche antes de venir aquí. Él le dio la dirección a Spragge.

–¿Crees que eso no lo sabe? Spragge engañó a mucha gente, Billy. Tenía cartas.

–Lo sé. No... No responsabilizo a Mac. Sólo quiero hablar con él. Quizá pueda recordar algún dato útil. Entiéndelo, si pudiéramos demostrar que Spragge actuó como *agent provocateur* con alguna otra persona, o incluso que lo intentó, serviría para desacreditar sus pruebas en el caso de tu madre.

Hettie lanzó una mirada a la puerta de la trascocina.

–Sé de alguien que ve a Mac de vez en cuando. A lo mejor puede hacerle llegar el mensaje.

–Es lo único que pido. –Prior se puso en pie–. Y ahora tengo que irme.

Hettie no intentó retenerlo. En la puerta Prior se detuvo y dijo en voz alta:

–He pensado en ir a dar un paseo por los corrales. He pensado en ir allí ahora.

Ella lo miró.

–Buenas noches, Billy.

Aún no había oscurecido cuando Prior llegó a los corrales, vacíos ese día de la semana y por lo tanto sin vigilancia. Mac, si iba, esperaría a que anocheciera, así que Prior tenía un rato por delante. Encendió un cigarrillo y deambuló de aquí para allá, recordando el sabor de su primer pitillo –que le dio Mac– y sus denodados esfuerzos para no vomitar.

Se quedó inmóvil por un momento, sujeto al frío metal de uno de los corrales. Evocó un día que, estando enfermo –una de tantas veces–, salió a pasear, sin haberse recuperado todavía lo suficiente para volver al colegio pero aburrido de quedarse en casa. Hacía calor, y Prior iba muy abrigado, con una bufanda que le picaba en el cuello y una cataplasma en el pecho. El calor reverberaba en las aceras y le azotaba la cara mientras avanzaba a rastras, flaco como un palo de escoba, pálido, pesándole las piernas por el largo periodo en cama, llenándole los orificios nasales el olor al aceite esencial Wintergreen. El nombre lo llevó a pensar en pinos, en montes nevados y en esa sensación que uno experimentaba entre las sábanas al desplazar las piernas a una parte más fresca de la cama, lejos de la humedad pegajosa.

Oyó las pezuñas antes de verlas y, como todos los demás, se detuvo a mirar cuando el ganado conducido al matadero invadió la calle mayor. Un olor a bosta caliente. El polvo en el aire, metiéndosele en los pulmones. Tosió y expulsó una flema verde y viscosa. Se alejó del ruido y el revuelo, corrió por una callejuela entre altas tapias oscuras, y de pronto cayó en la cuenta de que, como en una pesadilla, lo seguía una vaca con andar torpe y mirada fija. Unos hombres la perseguían, y otros se acercaban corriendo desde el extremo opuesto de la callejuela. Aproximándose por ambos lados, la acorralaron, y la

vaca, aterrorizada, resbaló en su propia bosta verdosa y cayó. Los hombres arrojaron pesadas redes negras sobre ella y la llevaron a rastras de vuelta al rebaño mientras, por toda la callejuela, las amas de casa salían de sus patios traseros, gritando y agitando los brazos, al ver que la ropa tendida había sido arrollada.

En el momento en que las redes cayeron sobre la vaca, Prior miró por entre las espaldas en movimiento y vio a un niño, más o menos de su edad, de pie contra la tapia, el rostro pálido e inmóvil medio escondido por una mata de pelo negro enmarañado. Era Mac.

La imagen de la vaca bajo las redes se le quedó grabada. Muchas noches soñaba con ella y despertaba con la mirada fija en la oscuridad arremolinada. A veces cuando despertaba ya clareaba, y entonces, temiendo dormirse otra vez, bajaba sigilosamente por la escalera, abría la puerta en silencio y se escabullía a las calles vacías con olor a alba. La otra única persona en pie a esas horas era la despertadora, una anciana de espalda encorvada y mechones de pelo blanco medio visibles bajo el pañuelo de lana negro ceñido a la cabeza, que, yendo de casa en casa, golpeteaba las ventanas de los pisos superiores con una larga vara, aguardaba la respuesta malhumorada o soñolienta y continuaba adelante. Siguiéndole los pasos a esa mujer, Prior había encontrado el camino a los corrales y a la amistad más profunda de su infancia.

Ahora abandonó los corrales y entró en el alto cobertizo, que era espacioso como una catedral y resonaba. Se paseó de un lado a otro, sintiéndose minúsculo en comparación con aquella altura, imaginando aquel lugar tal como era antes y, cabía suponer, como era aún si uno iba en el momento oportuno de la semana. Recordó el martilleo de la lluvia en la techumbre de hierro acanalado, la imaginó cayendo torrencialmente como la primera noche que se quedó allí con Mac. Miró alrededor y los compartimentos vacíos se llenaron de vacas aterrorizadas, enormes sombras de cuernos en movimiento bailaban en el techo mientras los vigilantes iban de aquí para allá con farolillos, comprobando que los animales hacinados no morían de asfixia. Si se asfixiaban antes de sacrificarlos, la carne no era apta para el consumo humano, aunque llegaba al mercado como «carne enferma»,

en tiendas donde sólo compraban los muy pobres. La carne enferma no generaba beneficio, así que si los vigilantes detectaban una res angustiada y aparentemente al borde de la muerte, despertaban al matarife para que fuera a eliminarla. En principio los vigilantes montaban guardia toda la noche, pero como habían pasado largos periodos de tiempo fuera, en los caminos de arreo, lógicamente querían dormir con sus mujeres o novias, y era ahí donde intervenía Mac. Lo subcontrataban para el trabajo por un penique la noche, y a él se le daba bien. Sabía tranquilizar a una vaca, incluso a una vaca que ya había olido sangre, hasta el punto de que podía ordeñarla y guardar la leche en una botella de limonada. A Prior casi le parecía tenerlo ahora ante los ojos, allí contra una pared de carne sudorosa: lo vio resbalar en la bosta verde que siempre emanaba olor a pánico, persuadir, susurrar, acariciar, hundir la cabeza en el costado de la vaca, y luego asomar triunfalmente con la leche tibia. Se la bebían a tragos de la botella, sentados uno al lado del otro en las balas de paja colocadas en un rincón del cobertizo, y luego, lenta y regaladamente, como hombres de negocios saboreando excelentes habanos, se fumaban las colillas recogidas por Mac en las calles.

Prior se acercó a las balas de paja y se sentó, su cigarrillo un pequeño planeta brillando en la oscuridad, ya que anochecía por momentos. Apenas veía el clavo de la pared que siempre había sido su blanco en las competiciones de meadas, y del clavo pasó, en la imaginación, al patio del colegio. Conservaba muchos recuerdos de Mac en el patio, y también en el aula, aunque pocos de ellos felices. Mac iba sucio y tenía piojos en el pelo. Calzaba zapatos de adulto y vestía una chaqueta cuyas mangas le llegaban a las puntas de los dedos, y siempre andaba recibiendo zurras de los maestros. Como era propio de un niño, Prior al principio dio por supuesto que a Mac le pegaban más que a nadie porque era más travieso que nadie. Ahora tendía a creer que la *única* enseñanza valiosa en aquel atroz colegio había sido descubrir que eso no era verdad. El oficio de Lizzie era de todos conocido. En su única visita al colegio, habló levantando la voz en el pasillo y arrastrando las palabras; todos se asomaron a mirar por las ventanas de las aulas y tuvieron ocasión de ver los diversos tonos de su indignación expresados en el vaivén de la pluma del sombrero. Seguramente había ido a

protestar por la violencia de alguna paliza recibida por Mac. Si fue por eso, la visita no sirvió de nada: volvieron a pegarle en cuanto ella se fue. Prior recordaba esas tundas. Recordaba la dolorosa presión de sus propias emociones: miedo, lástima, ira, excitación, placer. Ahora se preguntaba si de verdad era posible que el placer hubiese sido tan sexual como lo recordaba. Seguramente no.

Después de una de esas situaciones, Prior, sentado de espaldas a la barandilla que separaba el patio de los chicos del de las chicas, masticando un sándwich, observó a Mac. Éste corría de una punta a otra del patio con Joe Smailes cargado a la espalda, tambaleándose bajo su peso, sujetando sus muslos rosados y rechonchos, exhibiendo los nudillos cubiertos de costras de las manos mugrientas. Mac era un «caballo de pan»: llevaba a otros chicos a caballo a cambio de la corteza del pan o el corazón de las manzanas. Lizzie no era pobre, tal como los vecinos entendían la pobreza, pero era demasiado desorganizada a causa de la bebida para suministrar comidas con regularidad. Lo que perturbó a Prior esa vez, lo que lo indujo a no apartar la mirada del rostro de Mac mientras éste, tambaleante, corría de un lado a otro, fue saber que él mismo se merecía una paliza tanto como Mac, pero como él iba limpio, aseado, bien compuesto, y tenía posibilidades de obtener una beca y aportar al colegio un muy necesario prestigio, se la habían perdonado. Dio un bocado a su segundo sándwich, pensó, masticó, se atragantó. De pronto cruzó corriendo el patio, plantó el resto del sándwich en las manos de Mac, rompió a llorar y se alejó a toda prisa.

¿Quién necesitaba a Marx teniendo el colegio público de Tite Street?, pensó Prior, y apagó el cigarrillo cuidadosamente entre las hebras de paja dorada. Todavía absorto en sus evocaciones del pasado, se puso en pie y empezó a deambular. Había salido la luna, que iluminaba lo suficiente para proyectar su sombra sobre el suelo. Advirtió la presencia de Mac por una sombra que apareció junto a la suya, luego por el contacto de una mano en el hombro, y una voz despreocupada y risueña preguntó:

—¿Debo suponer que te lo has hecho con mi madre?

Prior se volvió.

—¿Por qué lo dices?

–Eso de «Demos gracias a Dios por un hombre honrado»... en fin, no sé qué otra cosa podría significar.

–A ver, ¿haría yo algo así?

–No lo sé. Antes de la guerra te habrías follado una vaca en un campo si hubieras encontrado alguna que se quedara quieta.

«Y a un toro», pensó Prior.

–Mac, te juro...

–Bah, déjalo. Si fuera muy escrupuloso con eso, ya la habría diñado hace años.

Mac sonreía. Eso era un comentario casi jocoso, pero no del todo.

–¿Nos sentamos? –propuso Prior.

Se sentaron en unas balas a un par de metros de distancia el uno del otro, unidos y separados por el impetuoso caudal de los recuerdos. Gracias a la luz de la luna y el intermitente resplandor de las ascuas de los cigarrillos, veían con claridad suficiente para juzgar sus mutuas expresiones.

–Eras tú quien estaba en la cocina, pues –dijo Prior–. Lo suponía.

–Claro, ¿quién iba a ser si no?

Prior vaciló.

–Temía que pudiera ser un desertor, uno de esos pobres desdichados muertos de miedo, temía que...

–¿Y qué habrías hecho en ese caso?

–Entregarlo.

Mac lo miró con curiosidad.

–¿Pese a ser un «pobre desdichado muerto de miedo»?

–Sí. ¿Qué me dices de los pobres desdichados muertos de miedo que no desertan?

–Bueno, al menos ahora conocemos nuestras respectivas posturas.

–No quería empezar con una sarta de mentiras.

Mac se echó a reír.

–A Hettie le has soltado unas cuantas. Esa chica del archivo, la que te consiguió los expedientes... Dios mío, Billy, seguro que a esa la tienes bien servida en la cama.

–Vamos, Mac, dilo de una vez.

–De acuerdo, lo diré. Tengo la impresión de que bien podrías ser una excelente incorporación... *para ellos*. Tú con tu cargo y tu acento pijo, y tus... –Con cierta delicadeza burlona, Mac se tocó el pecho–. Tus amigos de clase baja. La cantina de oficiales una noche, los callejones de Salford al día siguiente. Igualmente a gusto o... –Sonrió, regodeándose en su capacidad para herir–. O igualmente a disgusto en los dos ambientes.

–¿Mientras que tú, claro, estás sólidamente integrado en el seno de un proletariado afectuoso? Bueno, permíteme decirte, Mac, que la parte del proletariado junto a la que he estado combatiendo... la gran mayoría... te colgaría de la puta farola más cercana sin pensárselo dos veces. Y en cuanto a tus obreros de las fábricas de munición en huelga... –Prior barrió el cobertizo con una ráfaga de ametralladora.

Por un momento se produjo un silencio de desconcierto, como si ese gesto infantil hubiera causado realmente una carnicería.

–Y no pienses que no lo harían; sí lo harían. Los conozco.

–Me sorprende que te proporcione tanta satisfacción la idea de que los obreros se maten a tiros entre sí –dijo Mac.

–Satisfacción ninguna, Mac. Sólo afronto la realidad. –Prior sacó una petaca del bolsillo de la guerrera y se la tendió–. Toma, echa un trago.

Mac destapó la petaca, bebió, parpadeó al humedecerse los ojos, la devolvió sin limpiarla. Tras una breve vacilación, Prior bebió, pensando al hacerlo que ese gesto sacramental era vacío. La leche en botellas de limonada sin limpiar había quedado en un pasado remoto.

–Aún no has dado ninguna explicación –dijo Mac.

–¿Sobre los expedientes? Trabajo en la Unidad de Inteligencia.

Mac realizó un gesto mínimo, involuntario.

–A estas alturas ya habrían venido –dijo Prior.

Mac sonrió.

–En realidad, debe de estar bien, un pie a cada lado de la cerca. Siempre y cuando no te preocupe el efecto que eso tenga en tus huevos.

–Los conservo en perfecto estado, Mac. Preocúpate de los tuyos.

–Ah, ya veo. Me preguntaba cuánto tardaría en tener que oír una alusión de éstas. Los hombres de verdad combaten, ¿no?

–No. Entiendo que hace falta valor para ser pacifista. O al menos eso supongo. Verás, mi problema es que no sé qué significa el valor. La única vez que hice algo mínimamente valiente, no fui capaz de recordar nada al respecto. Es un poco como lo que les pasa a esos hombres que le parten la cabeza a su mujer con un atizador. «De pronto todo se volvió negro, Su Señoría.»

Mac asintió.

–Bueno, en respuesta a tu sinceridad, admito que se dicen muchas bobadas acerca del valor que se necesita para ser pacifista. Cuando me deportaron del Clyde, vinieron a por mí en plena noche. Estaba soñando con una rubia de tetas grandes y preciosas, y de repente tenía ante los ojos a seis policías con unas porras enormes y preciosas. El caso es que me llevaron a la comisaría y empezaron a zarandearme, lanzándome de uno al otro, ya sabes, a bofetón limpio, y todos sonreían, unas sonrisas más bien nerviosas, y yo sabía qué vendría a continuación, que se estaban animando. Es asombroso lo mucho que necesita animarse un hombre medio antes de hacer algo realmente violento. Bueno, ¿qué te voy a contar a ti?

–Ya –dijo Prior inexpresivamente.

–Estaba cagado. Y entonces pensé: Bueno, no van a dejarte ciego. No van a incrustarte trozos enormes de metal caliente y sucio en la columna, no van a volarte la tapa de los sesos, no van a amputarte los brazos y las piernas sin anestesia, así que ¿qué coño te preocupa tanto? Si estuvieras en Francia, te las verías con todo eso. Y naturalmente queda siempre la pregunta sin respuesta: ¿Serías capaz de afrontarlo? ¿Serías capaz de superar la prueba? Pero donde creo que nos diferenciamos tú y yo, Billy, es en que tú consideras que es una Pregunta Muy Importante, en tanto que para mí es una puta trivialidad.

Prior lo miró de soslayo.

–No, eso no es lo que tú piensas.

–De acuerdo, no lo pienso –reconoció Mac.

–Siempre podrías decir que estás demostrando valor moral.

–No es eso. Es un poco como el juicio por combate medieval, ¿sabes? Al final las verdades morales y políticas deben demostrarse en el propio cuerpo, porque esta masa de nervios y músculos y sangre es lo que somos.

–Ésa es una idea muy peligrosa. Viene a ser como decir que la voluntad de sufrir demuestra la certeza de la creencia. Pero no es así. A lo sumo demuestra la sinceridad del creyente. Y eso ni siquiera siempre. A algunas personas sencillamente les gusta sufrir.

Mac miraba alrededor.

–No creo que sea mi caso –dijo, pero parecía haberse cansado de la discusión, o quizá el whisky había empezado a distenderlo–. Me acuerdo a menudo de aquellos tiempos.

Prior esperó.

–Puedes confiar en mí, ya lo sabes.

–Confié en Spragge.

–Con Spragge no competiste a ver quién meaba más lejos.

–Ah, a eso se reduce, pues, ¿eh? ¿Hermanos unidos en el mear?

Prior se echó a reír.

–Algo así.

Un largo silencio.

–¿Qué quieres?

–Quiero que me hables de Spragge.

Mac dejó escapar una risa ahogada.

–Es tu puto empleado.

–Ya no. Con el juicio, se vino abajo su tapadera.

–Me alegro.

–La noche de antes estuvo contigo, ¿no?

–Yo lo envié.

Para Mac, eso debía de ser un tormento casi insoportable, pensó Prior. Su deuda con los Roper era astronómica. Sin Beattie, habría sido un niño abandonado, piojoso y roñoso, prácticamente analfabeto, apto sólo para arrear ganado y trabajar en el matadero. Beattie lo había acogido. A los trece años Mac vivía más con ella que con su madre. En cuanto los niños mayores de la panda callejera dejaron de especular sobre el sexo y empezaron a subir por la escalera de casa de Lizzie en busca de información más concreta, Mac no resistía estar en su propia casa. Desapareció casi por completo durante un tiempo; arreó ganado durante todo un verano y volvió mayor, más curtido,

con los primeros indicios de cinismo y desaliento en las comisuras de los labios y los ojos. Entonces Beattie se hizo cargo de él. «¿A ti qué coño te pasa? –le preguntó ella–. Sabes leer, ¿no? Que los maestros piensen que eres tonto no significa que lo seas. Algunos de ellos no son muy listos. Ten, lee esto. No, vamos, léelo. Quiero saber qué piensas.»

–Spragge iba a por ti, ¿verdad? –preguntó Prior.

–Sí.

–¿Crees que Beattie se proponía matar a Lloyd George?

–¡Qué va! Ya la conoces. Si encuentra una araña en el fregadero, coge un trozo de papel de periódico y la saca al patio.

–Mmm. Sólo me pregunto qué haría si encontrara a Lloyd George en el fregadero.

–Abrir el puto grifo.

Cruzaron una mirada y prorrumpieron en risas.

–Oye, si hubo algo, la idea salió de Spragge. Y creo que ese plan de fuga del centro de prevención encaja perfectamente. Spragge ya lo había empleado antes.

–¿Con quién?

–Con Charlie Greaves, Joe Haswell. Les ofreció explosivos para volar una fábrica de munición. Dijo que sabía cómo conseguirlos. En fin, no es que uno encuentre explosivos así como así, por el amor de Dios. En cuanto ellos se negaron, él empezó a retractarse. Hizo ver que no lo había dicho en serio.

–¿Y aun así se lo mandaste a Beattie?

–Oye, esto lo veo en retrospectiva. Me viene a la cabeza ahora por lo que ocurrió. En su momento sólo pensé: «Dios mío, otro chiflado».

–¿Podrías conseguir que lo escribieran? Con fechas, si es posible.

–Ni siquiera sé dónde están.

–Es por Beattie, Mac.

Mac dejó escapar un penetrante suspiro.

–¿Para qué lo quieres?

–Para desacreditar a Spragge, por supuesto.

–No reabrirán el caso.

–No públicamente. Pero tal vez la soltaran. Discretamente. Morirá allí,

Mac. No aguantará diez años ni mucho menos.

Un prolongado silencio.

–No estoy pidiendo que se incriminen. Sólo tienen que decir: «Nos ofreció explosivos y los rechazamos».

–¿Y te parece que los creerán?

–Me parece que existen más probabilidades de las que piensas. Está muy en tela de juicio el uso que se ha dado a los espías en las fábricas de munición. A algunos se les da mejor provocar huelgas que a ti, Mac.

–De acuerdo. –Mac se puso en pie–. Me llevará unas semanas.

–¿Tanto tiempo?

–Ya te lo he dicho. No sé dónde están.

–¿Dónde puedo ponerme en contacto contigo?

Mac se echó a reír.

–No puedes, joder. Anda, dame tu dirección.

Prior cogió el cuaderno y el lápiz y anotó sus señas rápidamente.

–¿Vale?

–No escribas a Hettie. Le abren el correo. Y una cosa más. –Mac se acercó mucho y apoyó las manos pesadamente en los hombros de Prior–. Si esto es una trampa, Billy, eres hombre muerto. Yo no soy un puto cuáquero, recuérdalo.

Por un momento Mac aumentó la presión en sus hombros; después se dio media vuelta y se alejó.

Para volver a casa, Prior decidió atajar por la cantera de arcilla. Esa extensión de tierra baldía siempre le recordaba a Francia. Los sumideros reflejaban un resplandor apagado hacia el cielo, la hierba alta se inclinaba por efecto del viento, la chatarra se oxidaba, la basura apestaba, un armazón de cama de hierro herrumbroso en posición semivertical se perfilaba contra el horizonte, una forma negra e irregular que, delineada contra el horizonte, podría haber sido un punto de referencia para las patrullas.

Una de las razones por las que se sentía distinto de los otros oficiales, una de las muchas, era que la Inglaterra de ellos era un lugar bucólico: campos,

arroyos, valles boscosos, iglesias medievales rodeadas de olmos antiguos. No entendían que para él y la mayoría de los hombres el frente, con su mecanización, su tendencia a reducir al individuo a una pieza más de la maquinaria, su paisaje bombardeado, no contrastaba con la vida que habían conocido en Gran Bretaña, en Birmingham o en Manchester o en Glasgow o en los pueblos mineros de Gales, sino que era una culminación de pesadilla. «Igualmente a disgusto en los dos ambientes», había dicho Mac. Tenía razón.

Prior se entretuvo allí un rato, escuchando los sonidos nocturnos, recordando las noches de su infancia cuando se sentaba en la escalera, incapaz de dormir, hasta que su padre llegaba a casa y se acostaba, y él sabía entonces que su madre estaba a salvo. Los motores resonaban, petardeaban, silbaban, siseaban. Pasaban camiones, los parachoques traqueteaban. A unas manzanas un borracho empezó a cantar: «Hay un viejo molino junto al arroyo, Nelly Dean».

Debía volver a casa. Ya había pasado fuera más tiempo del que tenía previsto. Empezó a cruzar a toda prisa la cantera de arcilla. Caminaba con paso confiado y de repente notó que caía, o más bien resbalaba, por una empinada pendiente hacia la total negrura. Quedó tendido de espaldas en el fondo lodoso de un hoyo y vio agitarse contra el cielo los altos hierbajos. No se había hecho daño, pero se le había cortado la respiración. Poco a poco el corazón se le acompasó. Allí abajo las estrellas parecían brillar con mayor intensidad, igual que en una trinchera. Alargó un brazo para agarrarse a algo y, buscando a tientas con los dedos, encontró una especie de saliente. Lo palpó y de pronto se quedó inmóvil. Era el peldaño de un puesto de tiro. No podía ser, pero lo era. Desorientado y temeroso, se desplazó a tientas y encontró una abertura, y otra al lado, y otra más. Entradas a guaridas, vaciadas en la arcilla. *Estaba en una trinchera.* A la vez que sentía tambalearse su mente, intentaba hallar una explicación. Allí jugaban niños. Pandillas callejeras. Debían de haber estado cavando durante meses para ahondar tanto. Pero probablemente la trinchera tenía ya años, tantos como las auténticas trincheras, quizá. Se encaramó a lo que, sospechaba, era tierra de nadie, y allí, en efecto, se hallaban las líneas enemigas.

Sonriendo para sí, reacio a admitir hasta qué punto lo había

conmocionado ese extraño incidente, siguió andando, ahora con mayor cautela, y llegó a la baranda del lado opuesto. Temblaba. Tuvo que sujetarse al pasamanos para no perder el equilibrio.

Con la conmoción, lo asaltó un amago de rebeldía. Finalmente decidió no ir derecho a casa. A sus padres no los beneficiaba en nada tenerlo como testigo de las desagradables peleas entre ellos, y a él le causaban un gran daño. Había llegado el momento de decir basta. Iría a la taberna. ¿A cuál? De camino a casa tenía que pasar por delante del Rose and Crown, cuya puerta de latón destellaba al abrirse y cerrarse, dejando escapar grandes eructos de aire tibio con olor a cerveza. Iría allí. Haría lo que hacían otros hombres al volver a casa de permiso. Emborracharse y olvidar.

Lo envolvió una turbia vaharada de calor humano, tan intenso que sintió un cosquilleo en la piel de la nariz al abrirse los poros. Se detuvo y miró alrededor los rostros enrojecidos y bulliciosos, y en el rincón opuesto localizó a la señora Thorpe y a la señora Riley en compañía de un gran corro de mujeres. Decidió que debía invitarlas a una copa. Al fin y al cabo, ellas bien le habían dado de beber en su día. Lo recibieron con exclamaciones de reconocimiento cuando se acercó, y la achispada muchedumbre de mujeres se abrió y lo acogió.

Al cabo de dos horas Harry Prior volvía tambaleante a su casa, admirando con ojos soñolientos la luna llena, que, alta y magnífica, surcaba el cielo despejado. Se detuvo en el puente que cruzaba el canal para orinar rápidamente y disfrutar de la vista. La luna se reflejaba en el agua. La miró mientras un chorro de orina caliente alcanzaba el parapeto y corría satisfactoriamente entre los adoquines. De pronto se preguntó por qué se mecía la luna. Alzó la vista para comprobar si la luna real se comportaba como era debido y luego observó más detenidamente su reflejo.

El reflejo no era la condenada luna ni mucho menos; era un culo. Dios santo, ese chico estaba en plena faena. Harry se sintió tentado de jalearlo, pero se lo pensó mejor. Era fácil que lo confundieran con un mirón. Se inclinó un poco más, apretándose contra el granito áspero, deseando ver mejor. De la mujer sólo veía las rodillas. ¿Quién diantres iba a querer ver un culo masculino meciéndose arriba y abajo? Unas condenadas bolas de golf.

Así y todo, alguna que otra idea sí le dio. A la mierda los que lo hacían en casa, con las rodillas pegadas. Se restregó contra el parapeto en busca de alivio y luego se alejó desconsoladamente.

–Hay alguien en el puente.

Prior se volvió, pero no vio nada. Oyó las pisadas cada vez más débiles.

–Ya se va.

La mujer, tensa, se apretaba contra él. Prior tendría que empezar otra vez desde el principio. La besó en la boca, la nariz, el pelo, y a continuación, bajando la cabeza en un gesto de puro deleite, sintiendo desmoronarse alrededor todos los tabúes del puto país, chupó los pechos a la señora Riley.

Segunda parte

A su regreso a Londres, Prior encontró la ciudad sumida en un calor agobiante, húmedo y tormentoso. El comandante Lode estaba más difícil que nunca, y no sólo a causa del tiempo. Se proponían centralizar los servicios de inteligencia bajo el control del Ministerio de la Guerra, y Lode luchaba por la supervivencia de la unidad. El cambio venía impulsado por las altas instancias y era poco lo que se filtraba hasta Prior, pero observó en Lode una creciente irritación, mayor vulnerabilidad en la expresión de sus ojos azules y una tendencia a prodigar a su bigote más caricias y toquecitos protectores, mientras su imperio se desmoronaba en torno a él. Según Lode, los expedientes, «las neuronas de la unidad» (que Dios la ampare, pensaba Prior), debían trasladarse al Ministerio de la Guerra. La tarea de «ponerlos en orden» antes de su traslado se asignó a Prior. Al principio éste se lo tomó como simple trabajo administrativo de rutina, destinado quizá a evitar que se metiera en problemas, pero enseguida quedó claro que Lode quería que el «material delicado» se le traspasara a él. En otras palabras, debían eliminarse las pruebas de las peores pifias de la unidad. El trabajo, aunque ingente –los expedientes ascendían a más de ochocientos–, convenía a Prior, ya que resolvía lo que antes había sido su problema principal: cómo acceder a expedientes antiguos para reunir un dossier sobre Spragge.

Estaba ocupado y, dentro de lo razonable, contento, aunque no se sentía especialmente bien. Hasta que, cuatro días después de su regreso, sucedió algo inquietante.

Al ir a comer a una taberna cercana, pidió una cerveza y abrió *The Times*, como siempre hacía, por la lista de bajas. El nombre llamó su atención en el

acto.

«Hore, capitán James Frederick. Muerto en acto de servicio el 5 de abril. Muy querido hijo menor...»

Jimmy Hore. Se habían conocido en un curso de equitación, mientras trotaban por una pista con los estribos cruzados por delante y las manos en la cabeza. Así aprendían a sentarse bien. A sentarse como caballeros. Prior, que ya había experimentado las realidades de la guerra de trincheras, lo encontraba irritante y cómico, si bien se reservaba para sí ambas reacciones, ya que tenía la convicción de que allí nadie más apreciaría la idiotez de semejante situación como él. Desde luego no aquel tarado de semblante inexpresivo que trotaba hacia él, pero de pronto, cuando se cruzaron, Prior captó la mirada de Jimmy y cayó en la cuenta de que su rostro no era inexpresivo en absoluto, sino que, por el contrario, se adivinaba en él la tensión de la risa contenida. Jimmy, desbordado por esa mirada de complicidad, rompió a reír y se cayó del caballo.

En la taberna, Prior echó un vistazo alrededor. Hombres de aspecto próspero en trajes de milrayas pugnaban por el espacio ante la barra, golpeteaban la madera con las monedas, dirigían sonrisas ebrias a la bonita camarera de pelo castaño. Y Jimmy estaba muerto. El mayor anhelo en la vida del pobre desdichado era casarse con aquella tal... como se llamara. Y trabajar en un banco. En ese momento Prior habría deseado que un tanque echara abajo la puerta y aplastara a todo el mundo, tal como a veces aplastaba a los heridos que no podían apartarse de la trayectoria a tiempo. La violencia de las imágenes que lo asaltaron –vio miembros cercenados, oyó gritos– lo aterrorizó.

No pudo comer. Se limitaría a beber y se marcharía. Pero cuando levantó el vaso, captó su atención el parpadeo ambarino de la luz en la cerveza. Los rayos del sol, a través del vaso, proyectaban un anillo de oro trémulo en la superficie de la mesa que danzaba cuando él movía la mano. Empezó a jugar con ese círculo desplazando la mano a uno lado y otro lado.

Volvía a estar sentado ante su escritorio. Sin transición alguna. En un momento dado estaba en la taberna, y al cabo de un instante se hallaba ante su escritorio. Miró la puerta cerrada. Pestañeó. Pensó: «Debo de haberme

dormido». Se sintió relajado, pero sin la sensación de embotamiento posterior a una siesta. Había leído *The Times*... «Jimmy Hore estaba muerto.» No recordaba haberse marchado de la taberna. Debía de haber recorrido todo el camino a pie sumido en un sueño. Consultó el reloj, y fue un verdadero esfuerzo para su cerebro interpretar la posición de las manecillas. Las cuatro y diez.

Habían transcurrido tres horas desde que se marchó a almorzar, y de todo ese tiempo tenía noción de lo sucedido sólo durante unos veinte o veinticinco minutos. El resto era un espacio en blanco.

Se obligó a trabajar hasta las seis. Al fin y al cabo, en Francia se ocupaba del papeleo en una mesa que saltaba varios palmos en el aire cada dos por tres. Sin duda podía permitirse pasar por alto una pequeña alteración como ésa. Aun así, mientras desfilaban por su mesa un expediente tras otro, comprendió, en algún lugar en la periferia de su conciencia, que no se trataba de una «pequeña alteración». Había ocurrido algo catastrófico.

Poco después de las seis creyó reconocer voces. Salió del despacho y recorrió un corto tramo del pasillo. El comandante Lode y Lionel Spragge estaban enfrascados en una conversación junto a los ascensores. Era imposible oír sus palabras, pero advirtió que Lode estrechaba la mano afectuosamente a Spragge cuando llegó el ascensor. Prior volvió a su despacho con sigilo, pero dejó la puerta abierta.

Estaba a punto de inventar una pequeña consulta que atrajera a Lode a su despacho, pero al final no fue necesario. Lode, sonriente, apareció en la puerta.

–Acabo de ver a Spragge –dijo con voz seca y cortante–. ¿Qué le ha hecho?

–¿Yo? Nada.

–Dice que le ofreció trabajo.

–Yo no le ofrecí nada. Fantasías tuyas, me temo.

–Pues desde luego él piensa que sí se lo ofreció. He tenido que decirle que no hay nada en marcha. Nada de nada. –Lode lo miró por un momento;

luego, con un tonillo amenazador, como de niñera autoritaria, añadió—: A usted se la tiene jurada.

«Cabrón —pensó Prior cuando Lode cerró la puerta al marcharse—. Yo no tengo la culpa de que te cierren la puta unidad.»

Hacia las seis empezó a tronar, un desgano retumbo en el horizonte, pese a que aún lucía el sol. Prior trabajó todavía media hora más y lo dejó. Tenía fuertes jaquecas desde su regreso a Londres y las achacaba al tiempo, aunque sabía que en realidad habían comenzado después de su caída en la trinchera de los niños. Iría a comer a algún sitio aceptable. Se mimaría.

Empezó a caer un súbito aguacero cuando llegó a la escalinata principal del edificio. Alzó la vista para calcular cuánto duraría. Un sol blanco brillaba a través de una fina capa de nubes, pero se acumulaban nubarrones más oscuros por encima de la Columna de Nelson. Volvió a subir a por su abrigo. Cuando pasó ante el despacho de Lode, oyó decir a una voz desconocida:

—¿Le parece que se lo ha creído?

—Diría que sí, no veo por qué no iba a creérselo —respondió Lode.

Prior siguió hasta su despacho, se puso el grueso abrigo y regresó al ascensor. Por una vez éste llegó enseguida en medio de un estruendo de cables y puertas. Se dijo que no había razón alguna para establecer una relación entre él y la conversación que acababa de oír casualmente, pero le costaba no establecerla. El ambiente en la unidad tendía a eso. Conspiraciones y contraconspiraciones, muchas de ellas aparentemente sin sentido. De momento había conseguido quedarse al margen.

El metro iba hasta los topes. Corrientes de aire caliente y muerto le azotaron la cara mientras esperaba al borde del andén. No podía quitarse el abrigo para llevarlo colgado del brazo —estaba prohibido—, y el sudor le corría por los costados. No pudo por menos que preguntarse si esa reacción no sería excesiva, si en realidad no estaría enfermo. Una reverberación subterránea, y el tren irrumpió en la estación. Encontró un asiento cerca de la puerta y miró de reojo a la chica sentada a su lado. Tenía el pelo lacio, un cuello muy blanco, hinchado y con pliegues, y sin embargo resultaba atractiva con su falda arrugada y su blusa blanca. Prior le echó un vistazo al escote, la sombra entre los pechos, y se obligó a desviar la mirada. Aquella apariencia arrugada

en las mujeres ejercía una asombrosa atracción en él.

Comió en una pequeña cafetería no muy lejos de Marble Arch. No era un establecimiento tan agradable como parecía desde fuera: el color de las paredes, desvaído, presentaba un beige amarillento, la condensación corría por los cristales de las ventanas, la cocina expulsaba vaharadas de aire vaporoso cuando las camareras entraban y salían impetuosamente por sus puertas de vaivén. Después de cenar encendió un cigarrillo, bebió dos tazas de té caliente y dulce de color anaranjado y se convenció de que se encontraba mejor.

Una escalera curva descendía a su piso en el sótano. Los cubos de basura de todos los apartamentos del edificio estaban en el pequeño patio delantero, frente a la ventana de su sala de estar. Flotaba en el aire un olor a col podrida. Por la noche se oían correteos, y él se decía que eran gatos. Metió la llave en la cerradura y entró. El recibidor estaba a oscuras, pero no fresco. Dejó el maletín y el abrigo en una silla; luego, quitándose la corbata, recorrió el pasillo hasta el cuarto de baño, llenó la bañera de agua fría y se armó de valor para sumergirse en ella. Bajo el agua, su piel pareció tumefacta, e hileras de burbujas plateadas quedaron prendidas en su pubis. Se deslizó los dedos por el vello para liberarlas. A continuación, agarrándose a los bordes de la bañera, hundió la cabeza.

Salió, se envolvió en una toalla, abrió la puerta balconera que daba al pequeño patio interior y se tendió en la cama. Pese a la ventana abierta, el ambiente seguía siendo sofocante. Para hacer circular el aire allí dentro era necesario abrir la ventana y la puerta delantera. Pero entonces también entraba el olor a col.

Le dolía la cabeza. Se volvió y miró la fotografía de Sarah que tenía junto a la cama. Sentada en el último peldaño de una especie de monumento, se la veía más joven, rellena pero no gorda, con el pelo peinado hacia delante de modo que le cubría casi toda la frente. Era guapa, pero a él le daba la impresión de que ahí parecía más corriente que ahora que se le marcaban los pómulos y se echaba el pelo hacia atrás, dejando a la vista la frente amplia y redondeada. También su sonrisa era distinta. En la fotografía se la veía cordial, confiada, casi inocente. Ahora, aunque todavía cálida, siempre

escondía algo. Iría a verlo en algún momento de las próximas semanas. O al menos Prior podía darlo casi por seguro. Temía hacerse demasiadas ilusiones. Temía representársela en el piso, porque sabía que si lo hacía, le sería insufrible el posterior vacío cuando fuera incapaz de imaginar su presencia.

Lo que necesitaba era salir a la calle. Últimamente intentaba sortear las pesadillas dando un largo paseo a última hora de la tarde y tomándose luego tres generosos whiskys antes de acostarse. A su pesar, había llegado a la conclusión de que Rivers tenía razón: los somníferos dejaban de surtir efecto después de unas semanas, y entonces las pesadillas volvían con fuerza redoblada. Al menos con el paseo y el whisky podía contar con varias buenas horas de sueño antes de que llegara ese momento.

Mientras paseaba por las calles de la ciudad en los atardeceres calurosos, le parecía percibir que las aceras y las casas adosadas, inexpresivas y blancas, le exhalaban en el rostro el calor acumulado a lo largo del día. Sus paseos preferidos eran por el Hyde Park. Le gustaba esa penumbra polvorienta bajo los árboles, el brillo del Serpentine a lo lejos. Al acercarse, ya en la orilla, incluso se oía el susurro de la brisa. Esa tarde se detuvo allí y observó chapotear a tres niñas pequeñas con el vestido remetido en las bragas; luego desvió la atención hacia dos chicas, mucho mayores, que se acercaban cogidas del brazo, pero captaron con toda claridad la avidez en su mirada y, entre risitas, pasaron de largo apresuradamente.

Sentía desazón y, por una vez, esa desazón no tenía nada que ver con el sexo. Experimentaba una sensación definida y muy extraña de querer estar en otra parte, en un lugar concreto, y de no saber dónde era. Se encaminó hacia el monumento a Aquiles. Ése era un objetivo frecuente en sus paseos vespertinos, sin ninguna razón en particular salvo el hecho de que su heroica grandeza lo atraía y repelía a la vez. Parecía encarnar la misma admiración irreflexiva al valor que veía en *La carga de la brigada ligera*, un poema que había significado mucho para él de niño, y todavía significaba mucho, aunque ahora en un sentido considerablemente más complejo. Contempló la magnífica figura a punto de acometer, con la espada y el escudo en alto, y pensó, no por primera vez, que tenía ante sus ojos la representación de un ideal que había perdido validez.

Con una repentina insatisfacción, como si esperara que el paseo le proporcionara algo más que ese encuentro rutinario con Aquiles, se dio media vuelta para marcharse y reparó en que un hombre lo miraba desde entre las sombras de los árboles. «En fin –se dijo–, es previsible que los hombres jóvenes que se quedan en el parque al anochecer sean observados.» Apretó el paso intencionadamente, pero empezó a sentir un hormigueo en la nuca, y al cabo de un segundo oyó que lo llamaban por su nombre.

Lionel Spragge se acercó cansinamente, sin aliento y quejumbroso.

–¿Adónde va? –quiso saber.

–A casa.

En ese momento unos jóvenes, cinco o seis cogidos del brazo, aparecieron repentinamente por el sendero, se separaron como un río en torno a una roca al llegar a Spragge y siguieron de largo. Otros dos chicos, corriendo para alcanzarlos, lo apartaron de un codazo. Aprovechando este tumulto, Prior se alejó.

–Eh, espere. –Spragge, resoplando, lo siguió–. No puede marcharse así sin más.

–¿Por qué no?

Spragge se tocó el reloj.

–Aquiles. A las nueve.

–¿Y?

Spragge pareció sinceramente perplejo.

–¿Para qué ha quedado conmigo si no quiere hablar?

Prior empezaba a asustarse.

–He salido a dar un paseo.

–Ha venido a verme.

–¿Ah, sí? No lo creo.

–Sabe que sí. –Miró a Prior fijamente–. Pero, bueno, esto es el colmo. Usted me ha dicho: «Ahora no puedo hablar. En la estatua de Aquiles, a las nueve». ¿Qué sentido tiene negarlo? En serio, ¿qué sentido tiene?

Spragge apestaba. Llevaba la camisa sucia y barba de tres días, había estado bebiendo, tenía los ojos inyectados en sangre, pero su perplejidad era sincera.

–Bueno, en cualquier caso, aquí estoy –contestó Prior–. ¿Qué quiere?

–Si no se hubiese presentado, habría ido a buscarlo a su casa.

–No sabe dónde vivo.

–Sí lo sé. Lo he seguido hasta allí.

Prior se echó a reír: un bramido de asombro.

–Estaba detrás de usted en el andén. En el tren me he sentado a tres asientos del suyo. –Spragge se señaló la sien con un dedo–. Cuidado con esto. Es el primer paso hacia el loquero.

–Váyase a la mierda.

Spragge lo cogió por el brazo.

–¿No le interesa saber qué tengo que decir?

–No especialmente.

–Sí le interesa –respondió Spragge en confianza inclinándose hacia él, echándole el aliento a la cara–. Vamos. Sentémonos.

Encontraron un lugar. En el otro extremo del banco una anciana daba de comer nueces a una ardilla. Prior observó las diminutas manos negras del animal mientras daba vueltas a la nuez con delicadeza.

–Que sea rápido, ¿de acuerdo?

–Ya me he acordado de dónde lo vi.

–¿Ah, sí?

–Un mitin en Liverpool. Usted hablaba a favor de la guerra; su padre hablaba en contra.

–Vaya al grano.

–Uy, sé muchas cosas sobre usted. Es increíble lo que uno puede averiguar cuando se lo propone, y mi trabajo consistía en averiguar cosas, ¿no? Cuando tenía trabajo.

–Usted no averiguaba las cosas, se las inventaba –replicó Prior con aspereza.

–Los Roper y usted. Estaban así de unidos. –Spragge acercó los dedos cruzados a la cara de Prior–. Como uña y carne. Y lo mismo con MacDowell.

–Por eso me han dado este puesto.

–Sí, ya, me echan a mí y lo cuelan a usted.

–Yo llegué un año después de marcharse usted.

–Me dijo que tenía un trabajo para mí.

–No es verdad.

–Sí me lo dijo. Volví derecho a casa y se lo conté a mi mujer. Y al no saber nada más de usted, fui a ver a Lode, y él me echó. Se rió en mi cara. – Spragge fijo en Prior sus ojos un tanto oblicuos de color turquesa–. Usted sólo estaba sonsacándome. Se proponía inducirme a admitir que yo había incitado a esa vieja puta.

Prior se puso en pie.

–Lávese la boca.

–Ya imaginaba yo que se picaría por eso. Usted y ella estaban...

Prior cruzó los dedos.

–¿Así?

Spragge lo miró, y en la sien le sobresalió una vena, como un gusano bajo la piel pegajosa.

–La gente no cambia.

–No, en eso estoy de acuerdo. Yo era socialista entonces, y soy socialista ahora. En cuanto a la guerra, no tengo por qué demostrarle a usted mi patriotismo. Yo no le ofrecí trabajo. Lo siento mucho si eso es lo que le contó usted a su mujer, pero es responsabilidad suya, no mía. Ahora lárguese y déjeme en paz.

Prior se alejó. Oyó el griterío de Spragge, pero en su ira no prestó atención a las palabras. Pensó que Spragge quizá lo siguiera, y que si lo hacía, aquello acabaría en pelea. Spragge era más alto, pero más viejo y más fofo. En todo caso a Prior le traía sin cuidado. En realidad quería pelea. La cara de Spragge flotó ante él: su nariz un poco bulbosa, la pátina de sudor, los poros dilatados en torno a la nariz, el vello gris asomando por los orificios nasales. Nunca antes, salvo en el sexo, había experimentado tan intensa conciencia del cuerpo de otra persona. Lo que sentía no era simple antipatía, sino un aborrecimiento íntimo, obsesivo, profundamente *físico*.

Ya de vuelta en el piso, se enjuagó la cara con agua fría y, un poco tembloroso, se tumbó en la cama. Ahuecó las almohadas a su espalda y buscó a tientas un cigarrillo en el bolsillo de la guerrera. Ahí no encontró ninguno. Recordó entonces que antes se había puesto el abrigo. Se levantó, buscó en

los bolsillos y sacó una caja de puros. Él no fumaba puros. Pero debía de haberlos comprado, y bien había fumado, o bien le había ofrecido a alguien, porque faltaban dos. Igual que debía de haber quedado con Spragge. Éste no habría mentido acerca de eso. Habría sido demasiado evidente, demasiado fácil de desmentir. No, seguro que había quedado. Dios sabía cuándo, o por qué.

Se levantó de la cama, notando las palmas de las manos pegajosas. Se acercó a la puerta de entrada y cerró con llave; luego se quedó inmóvil con la espalda apoyada en ella, contemplando la puerta entreabierta de su dormitorio al otro extremo del pasillo oscuro, sintiendo un momentáneo alivio por estar encerrado, aunque enseguida se dio cuenta de que eso era absurdo. Si algo había que temer, estaba de ese lado de la puerta.

Tras una pausa, Rivers preguntó:

–¿Ha habido algún otro episodio desde entonces?

–Sí, pero en ninguno se han visto implicadas otras personas, o eso creo. –

Prior torció el gesto—. ¿Cómo voy a saberlo?

–¿Nadie le ha dicho nada?

–No.

–¿Cuántos?

–Siete.

–¿Tantos?

Prior apartó la mirada.

–¿Cuánto duran?

–El más largo, tres horas. El más corto... no lo sé. ¿Veinte minutos? Los largos dan miedo porque no sé qué he hecho... –Intentó reír—. Sólo sé que he tenido tiempo de sobra para hacerlo.

–No creo que deba suponer que ha hecho algo malo.

–¿Ah, no? Pues si tan bueno ha sido lo que he hecho, ¿por qué necesito olvidarlo?

Rivers esperó un momento.

–¿Qué cree que podría haber hecho?

–Me es imposible saberlo, ¿no cree? A lo mejor me acerqué a Whitechapel y destripé a unas cuantas prostitutas.

Silencio.

–Oiga –dijo Prior adoptando la expresión de quien intenta entablar una conversación racional con el tonto del pueblo–, usted sabe tan bien como yo

que que... –Se echó hacia atrás en la silla–. No voy a seguir con esto, sencillamente me niego.

Rivers esperó.

Todavía sin mirarlo, Prior añadió, o más bien canturreó:

–Tengo ciertos impulsos a los que no sucumbo salvo de la manera más estrictamente moderada y a petición de *la otra persona*. O al menos, en este estado. Sólo señalo que en el el el el otro estado es posible que no me ande con tantos miramientos. Y no me mire así, joder.

–Lo siento.

–Usted piensa que estoy dramatizando y todo esto no son más que tonterías, ¿verdad?

–Creo que ha arrastrado este problema usted solo durante demasiado tiempo –contestó Rivers con cautela.

–No hay nada ridículo en lo que he dicho.

Rivers contempló el rostro pálido, orgulloso y glacial, y contuvo un suspiro.

–Desde luego yo no lo calificaría de ridículo.

–El hecho es que yo no lo sé y usted tampoco, así que no está en situación de pontificar.

Silencio.

–¿Cómo van las pesadillas? –preguntó Rivers.

–Mal. Ah, tuve una que le gustará. Yo andaba por un camino en una especie de desierto y justo enfrente había un globo ocular. No de tamaño natural. –A Prior le temblaban las mejillas como gachas hirviendo–. Enorme. Y vivo. Y estaba justo delante de mí, y yo sabía que esta vez se me echaría encima. –Sonrió–. Me haría lo que sea que hacen los globos oculares. Por suerte corría un río junto al camino, así que salté al río y no me pasó nada. –Miró a Rivers a la cara–. Pero supongo que todos sus pacientes saltan a un puto río tarde o temprano, ¿no es así?

El antagonismo era sorprendente. Era como si se hallaran de nuevo en Craiglockhart, al principio del tratamiento.

–¿Cómo se sintió al estar en el río?

–Bien. Sus aguas me cantaron, una especie de nana. Me decían que

estaría bien, siempre y cuando me quedara en el río, y estuve bien.

–¿No sintió el deseo de salir?

–¿En el sueño? No. Ahora sí.

Rivers abrió las manos.

–Viene usted aquí voluntariamente.

–¿Con semejante grado de dependencia? Eso no tiene nada de voluntario, joder. –Empezó a decir algo pero se contuvo–. Lo siento.

–No lo sienta, no es necesario. –De pronto Rivers se inclinó sobre la mesa–. No estoy aquí para inspirar simpatía.

–Pero es verdad que lo siento –insistió Prior, endureciéndose su voz y su semblante–. ¿No era que tenía que aceptar mis emociones? Pues mi emoción es que lo siento.

–En ese caso acepto su disculpa.

Una pausa.

–¿Sabe qué hago cuando salgo de uno de esos estados? Me miro las manos porque medio espero verlas cubiertas de pelo.

Rivers se abstuvo de hacer comentarios.

–¿Ha leído Jekyll y Hyde?

–Sí. –Rivers esperaba la referencia. Los pacientes que padecían estados de fuga invariablemente describían el estado disociado como «Hyde», medio en broma pero también con cierto miedo–. Verá, en la vida real el estado de fuga... iba a decir «nunca» pero, de hecho, sí hay un caso... casi nunca es el lado más oscuro de la personalidad. En general sólo implica una diferencia en el estado de ánimo.

–Pero eso no lo sabemos con certeza. Oiga, la conversación que estoy procurando no mantener es aquella en la que yo señalo que usted podría averiguarlo en cinco minutos y me contesta: «Sí, lo sé, pero no voy a hacerlo».

Silencio.

–Bueno, ¿y?

–Lo siento, me ha parecido oírle decir que no quería mantener esa conversación.

–Oiga, para ser alguien que no pretende inspirar simpatía se comporta de

una manera extraordinaria. Utilizó la hipnosis en Craiglockhart.

–Sí, pero en ese caso podíamos confirmar el recuerdo. Verá, una de las cosas que afirma la gente que cree en... el uso amplio de la hipnosis... bueno, ni siquiera lo afirma, lo da por sentado... es que los recuerdos recuperados de esa manera son recuerdos genuinos, pero muy a menudo no lo son. Pueden ser fantasías, o pueden ser respuestas a indicaciones del psicoterapeuta. Porque uno hace indicaciones continuamente, y aquellas de las que uno no es consciente son con diferencia las más poderosas. Y eso es peligroso, porque la mayoría de los psicoterapeutas están interesados en los estados disociados, y por tanto.... inconscientemente, claro está... animan al paciente a seguir por ese camino. Y uno no puede evitar hacerlo. Incluso si se excluye todo lo demás, queda la dilatación de las pupilas.

Prior se inclinó al frente y escrutó los ojos de Rivers.

–Usted las tiene dilatadas.

Rivers respiró hondo.

–Puede usted rescatar su recuerdo mediante los mismos métodos que utilizó en Craiglockhart. Se le dio muy bien.

–¿Por eso hace este gesto? –Prior se pasó la mano ante los ojos.

Rivers sonrió.

–No, claro que no. Sólo es una costumbre. Tensión ocular. ¿Y ahora podemos...?

–No, eso no es verdad. Si fuera tensión ocular, lo haría aleatoriamente, y no es así. Lo hace cuando... cuando algo le toca la fibra sensible. O o... es una manera de esconder sus sentimientos. Usted mismo lo ha dicho: los ojos son la única parte que no puede convertirse en papel pintado... y por eso se los tapa.

Rivers se quedó desconcertado. Al intentar proseguir con lo que se disponía a decir, descubrió que había perdido el hilo. Después de tantas horas de sondeos, manipulaciones, especulaciones, provocaciones, burlas, Prior por fin –y casi como quien no quiere la cosa– lo había conseguido. Eso no podía pasarlo por alto; tenía que afrontarlo.

–Creo... que si como usted dice no es aleatorio... y yo no lo sé, porque es algo de lo que no soy consciente... probablemente guarda relación con el

deseo de no ver al paciente. Para mí, las expresiones y los gestos del paciente no son de gran utilidad, porque no tengo memoria visual, así que quizá evito verlo, creo, a fin de concentrarme en lo que me está diciendo. ¿Queda claro? Y ahora quizá podamos...

–¿Nada de memoria visual?

–Nada en absoluto.

–No me explico cómo consigue pensar.

–Bueno, supongo que usted es una persona muy visual. ¿Podríamos...?

–¿Siempre ha sido así?

Rivers pensó: «De acuerdo». Se levantó y, con una indicación, propuso a Prior un intercambio de asientos. Prior pareció sorprendido e incluso inquieto, pero se recobró enseguida y ocupó la silla de Rivers con considerable aplomo. Rivers lo vio echar un vistazo alrededor, asimilando esa perspectiva distinta del despacho.

–¿No va esto contra las normas? –preguntó.

–No se me ocurre ni una sola norma que no estemos incumpliendo.

–¿Ah, no? –dijo Prior, y esbozó su sonrisa delicada—. A mí sí.

–Voy a demostrarle lo aburrido que es este trabajo. Cuando tenía cinco años...

Prior cambió de posición, se inclinó al frente, apoyó el mentón en las manos cruzadas y, con un tono conmovedoramente empático, dijo:

–¿Sí? Continúe.

De hecho Rivers no estaba incumpliendo las normas. Sólo se proponía ofrecer a Prior una muestra de su propia experiencia, método que ya había empleado varias veces en conferencias, pero no contaba con hacerlo frente a una caricatura de sí mismo.

–Una de las formas en que se manifiesta la ausencia de memoria visual es la incapacidad para recordar el interior de cualquier edificio en que he estado. No recuerdo esta casa cuando no estoy en ella. No recuerdo Craiglockhart, pese a que viví allí durante más de un año. No recuerdo el hospital de St. John's, pese a que viví allí veinte años, pero hay un interior que sí recuerdo, y es el de una casa de Brighton donde viví hasta los cinco años. Recuerdo parte de esa casa. La cocina en el sótano, el salón, el comedor, el despacho de mi

padre, pero no recuerdo nada del piso de arriba. Y he llegado a creer... no me explayaré sobre los motivos... que en el piso superior me pasó algo tan horrible que sencillamente tuve que olvidarlo. Y a fin de asegurarme de que lo había olvidado, reprimí no sólo un recuerdo, sino la capacidad misma de recordar las cosas visualmente. –Rivers guardó silencio y esperó la respuesta.

–Lo violaron –dijo Prior–. O le dieron una paliza.

Rivers, sorprendido, tensó el rostro.

–La verdad es que no lo creo.

–No, claro, es normal que no lo crea, ¿no? La clave está en que es demasiado horrible para planteárselo siquiera.

Rivers dijo algo a sabiendas de que se arrepentiría, pero tenía que decirlo.

–Era la casa parroquial de mi padre.

–A mí me violaron una vez en una casa parroquial.

Rivers estuvo a punto de decir que sin duda Prior había sido «violado» en muy distintos sitios, pero logró contenerse.

–Cuando he dicho que me pasó algo horrible, quería decir «horrible» para un niño de esa edad. Recuerde que tenía cinco años. A los niños les ocurren cosas que para ellos representan una conmoción enorme, y que un adulto no consideraría horribles ni ni ni les concedería mayor importancia.

–Y también es cierto que a los niños les ocurren cosas verdaderamente horribles. Y serían reconocidas como horribles por cualquiera a cualquier edad.

–Sí, por supuesto. ¿Usted cuántos años tenía?

–Once. No hablaba de mí.

–¿Y no lo considera «horrible»?

–No. Recibía clases particulares. –Dejó escapar una risa aguda–. Vaya si recibía clases particulares. Del párroco, el padre Mackenzie. Mi madre le ofreció un chelín por semana... más de lo que podía pagar..., pero él dijo: «No se preocupe, buena mujer, pocas veces he visto a un niño tan prometedor». –Irritado, añadió–. No ponga esa cara de sorpresa, Rivers.

–Estoy sorprendido.

–Pues no debería estarlo. Se lo cobró en especie, así de sencillo. –De pronto Prior se echó al frente y cerró la mano en la rodilla de Rivers,

hincando los dedos en torno a la rótula—. Hay que pagar por todo, ¿no? —Le apretó la rodilla con más fuerza—. ¿No?

—No.

Prior lo soltó.

—Ese suceso horrible que le ocurrió, horrible entre unas comillas grandes y negras, ¿qué cree que fue?

—No lo sé. ¿Una bata colgada detrás de una puerta?

—¿Tan grave fue? Dios mío.

Rivers siguió adelante en desafío a la sonrisa de Prior.

—Tuve un paciente que desarrolló claustrofobia después de quedarse encerrado por accidente en un pasillo con un perro feroz. O a él le pareció feroz. En ese...

—Ah, ya veo. Ni siquiera el condenado perro era realmente feroz.

—En ese caso sus padres ni se enteraron de lo sucedido.

—¿Dice que tenía cinco años cuando ese... no suceso no se produjo?

—Sí.

—¿Qué edad tenía cuando empezó a tartamudear?

—Ci-cinco.

Prior se recostó en la silla de Rivers y sonrió.

—Un perro grande.

—No he querido dar a entender que fuese...

—Por el amor de Dios. Fuera lo que fuese, usted se cegó a sí mismo para no tener que seguir viéndolo.

—Yo no lo describiría con tanto dramatismo.

—Usted destruyó su memoria visual. Se arrancó el ojo de la mente. Eso fue lo que pasó, ¿no es así?

Rivers pugnó consigo mismo. Finalmente se limitó a decir:

—Sí.

—¿Alguna vez cree que está a un paso de recordar?

—A veces.

—¿Y qué siente?

—Miedo. —Sonrió—. Porque las emociones del niño siguen vinculadas al recuerdo.

–Volvemos a la bata.

–Sí. Sí. Me temo que sí, porque de verdad creo que puede ser tan sencillo como eso.

–Pues entonces uno sólo puede aplaudir –dijo Prior, y eso hizo: tres sonoras palmadas.

–Verá... –Rivers vaciló y empezó otra vez–. Debe procurar no llenar los vacíos de la memoria con... con monstruos. Creo que todos tendemos a hacerlo. En cuanto tenemos una laguna, proyectamos nuestros peores miedos en ella. Viene a ser como la directriz de los cartógrafos medievales, ¿no? «En lo ignoto, poned monstruos». Pero de verdad creo que debería evitarlo, porque lo que hace en realidad es someterse a un continuo aluvión de autosugestión de de un tipo muy negativo.

–De acuerdo, procuraré no hacerlo. Lo sustituiré por la directriz de Rivers para cartógrafos: «En lo ignoto, poned batas». O tal vez sólo «perros». Tenga, le devuelvo su silla. –Prior, mientras volvía a acomodarse en la silla del paciente, murmuró–: ¿Sabe, Rivers, que es usted tan neurótico como yo? Y eso es mucho decir.

Rivers apoyó el mentón en las manos.

–¿Y usted cómo se siente ante eso?

–Dios mío, vuelta a la normalidad. ¿Me pregunta si experimento una sensación de triunfo mezquina y malévola? Pues no. No es que no sea malévolo, pero no soy tan tonto. –Prior reflexionó por un momento–. La directriz para la cartografía de Rivers tiene una pega. ¿Y si de verdad hay monstruos?

–Creo que si los hay, no tardaremos en encontrarlos.

Prior miró a Rivers a la cara.

–Tengo miedo.

–Lo sé.

Cuando Prior por fin se marchó –había sido una sesión larga y agotadora–, Rivers apagó la lámpara del escritorio, fue a sentarse en su sillón frente al fuego y se solazó en frotarse los ojos concentradamente, sin ser observado.

¿Lo hacía «cuando algo le tocaba la fibra sensible»? Cabía la posibilidad, supuso. Si existía una pauta, sin duda Prior la habría detectado. Aunque Prior también era muy capaz de inventárselo todo.

No lamentaba la decisión de conceder a Prior lo que, según él, siempre había deseado –intercambiar sus puestos–, porque al hacerlo había descubierto un aspecto de Prior que de otro modo acaso no hubiera desvelado nunca. No tanto el asunto de las «clases particulares» –si bien eso era interesante, sobre todo en vista del hábito del coqueteo agresivo tan arraigado en Prior–, como su idea de que la pérdida de la memoria visual en Rivers debía de tener una explicación totalmente traumática. Ese detalle había revelado más cosas acerca de Prior de lo que él sabía.

Aunque Prior había sido un interrogador temible. «Fuera lo que fuese, usted se cegó a sí mismo para no tener que seguir viéndolo... Se arrancó el ojo de la mente.» Por el mero hecho de tratarlo con más dureza de la que habría empleado cualquier colega de profesión, Prior lo había obligado a enfrentarse a su pérdida en toda su magnitud. La gente tendía a presuponer que él no sabía lo que había perdido, pero eso no era cierto. Sí lo sabía, o al menos lo vislumbraba. Una vez, en el estrecho de Torres, había asistido a un juicio celebrado por el representante británico en colaboración con los jefes nativos, y una anciana había prestado testimonio acerca de una disputa en la que ella misma había participado. Mientras hablaba, miraba de un lado a otro, reviviendo a todas luces hasta el último detalle de los sucesos que describía y viendo evidentemente a personas que no estaban presentes en el juicio. Y Rivers había observado con envidia a aquella mujer escuálida, semidesnuda, vieja, analfabeta. Sin duda él había conocido a europeos con memorias visuales igual de potentes, pero su propia deficiencia nunca se le había puesto de manifiesto con tal intensidad.

Era ciertamente una pérdida, y lo sabía desde hacía mucho tiempo, si bien había tardado en establecer la conexión entre eso y la experiencia en la casa de Brighton. Había tardado aún más en reconocer que el impacto de la experiencia había ido más allá de la pérdida de la memoria visual y causado una profunda escisión en su mente entre el elemento racional y analítico por un lado y las emociones por otro. Era fácil exagerar esta circunstancia: al fin

y al cabo, había estado sometido a una educación concebida para inculcar precisamente esa clase de escisión, pero pensaba que en él la división era más profunda que en la mayoría de los hombres. Era casi como si la experiencia – fuera cual fuese– hubiera desencadenado un intento de disociación de la personalidad, aunque, por suerte, un intento fallido. Aun así, había sido un hombre profundamente dividido a lo largo de la mayor parte de su vida, y aunque en otro tiempo habría dicho que esa división ejercía poca influencia en su pensamiento, o ninguna, al final había acabado creyendo que en realidad había determinado el curso de sus investigaciones.

Muchos años después de esa experiencia inicial no recordada, Henry Head y él habían llevado a cabo un experimento juntos. Habían seccionado y suturado el nervio que incidía en el antebrazo izquierdo de Head, y posteriormente, a lo largo de un periodo de cinco años, habían seguido el proceso de regeneración. Ésta se había producido en dos fases. La primera se caracterizaba por un alto umbral sensorial, aunque cuando finalmente la sensación se evocaba era, usando la palabra de Head, «extrema». Además de esta cualidad «todo o nada», resultaba difícil localizar la sensación. Sentado a la mesa con los ojos vendados, Head era incapaz de localizar el estímulo que le causaba un dolor tan intenso. A esta forma primitiva de inervación la llamaron protopática. La segunda fase de regeneración –que llamaron epicrítica– tuvo lugar unos meses más tarde, y se caracterizaba por la capacidad de dar respuestas graduadas y localizar la fuente de un estímulo con toda precisión. Al restablecerse el nivel epicrítico de inervación, el nivel inferior, o protopático, se integraba parcialmente con él y se reprimía parcialmente, de modo que el sistema epicrítico realizaba dos funciones: una, ayudar al organismo a adaptarse a su entorno proporcionándole información exacta; la otra, suprimir lo protopático, mantener bajo control al animal que se hallaba dentro. Inevitablemente, con el paso del tiempo, las dos palabras adquirieron significados más amplios, de modo que «epicrítico» acabó representando todo lo racional, lo ordenado, lo cerebral, lo objetivo, en tanto que «protopático» hacía referencia a lo emocional, lo sensual, lo caótico, lo primitivo. Así, el experimento reflejó las divisiones internas de Rivers y lo dotó de un vocabulario por medio del cual expresarlas. Casi habría podido

decir junto con Henry Jekyll: «Fue en el lado moral, y en mi propia persona, que aprendí a reconocer la absoluta y primitiva dualidad del hombre. Entonces vi que las dos naturalezas que contendían en el campo de mi conciencia, aun si podía decirse con razón que cualquiera de ellas era la mía, es porque lo eran esencialmente las dos...»

Resultaba curioso que el término «Jekyll y Hyde» se hubiera incorporado al lenguaje cotidiano, de modo que incluso personas que nunca habían leído el relato de Stevenson emplearan esos nombres como referencia abreviada a las divisiones internas. Prior había comentado que se miraba las manos para asegurarse de que no se habían transformado en las manos vellosas de Hyde, y el suyo no era un caso único. Todos los pacientes que había tenido Rivers víctimas de estados de fuga tarde o temprano hacían referencia a ese estado como «Hyde», y por lo general ésa era una súplica para que los tranquilizaran. En un entorno hospitalario, donde el estado de fuga podía someterse a observación, era fácil tranquilizar al paciente, pero no era tan fácil tranquilizar a Prior. En parte porque el estado de fuga no podía observarse, pero también porque en Prior la percepción del aspecto más siniestro de su personalidad se presentaba con una fuerza inusual. Prior podía hablar de su incapacidad para la culpabilidad sexual, pero, a juicio de Rivers, se avergonzaba profundamente de sus impulsos sádicos, incluso los temía. Creía que había monstruos en su mapa, ¿y quién podía decir que se equivocaba?

El caso presentaba un aspecto verdaderamente inquietante: el extraño asunto de concertar una cita en estado de fuga y acudir a ella en el estado normal. Eso inducía a pensar que el estado de fuga era capaz de influir en el comportamiento de Prior incluso cuando dicho estado no se hallaba presente; en otras palabras, que actuaba como una co-conciencia. Eso no implicaba que tuviera que desarrollarse por fuerza una personalidad dual a partir de ahí. Rivers procuraría por todos los medios que eso no ocurriera. No recurriría a la hipnosis, a una creación artificial de estados disociados con fines experimentales, ni induciría a Prior a concebir el estado de fuga como una identidad alternativa. Aun así... debía recordarse que Prior no era un simple cúmulo de síntomas, sino una personalidad en extremo compleja con sus

propios puntos de vista acerca de su trastorno. Y su imaginación ya se había puesto en marcha, haciendo todo lo posible por transformar el estado de fuga en un doble malévolo. Creía en los monstruos, y al margen de lo que Rivers decidiera hacer, o se abstuviera de hacer, la fe de Prior en esos monstruos inevitablemente les otorgaría poder.

–Ahora quiero que dibuje un elefante –indicó Head.

Lucas, con la voz distorsionada, como si hiciera burbujas soplando en el agua jabonosa, contestó:

–Ya, los he visto. Arriba. Otro lado.

Cogió la libreta y el lápiz y empezó a dibujar. Rivers estaba sentado junto a Head, pero ninguno de ellos hablaba para no distraer a Lucas. Llevaban media hora haciendo pruebas, y Lucas ya estaba cansado. Sacaba la lengua entre los dientes, lo que le confería el aspecto de un niño aprendiendo a leer, sólo que, en el caso de Lucas, la lengua asomaba permanentemente.

Rivers advirtió que Head observaba la herida de metralla en el cuero cabelludo afeitado de Lucas, y supo que pensaba en los problemas técnicos para reproducir eso en el cráneo del cadáver en el que había estado trabajando esa mañana. Era una técnica interesante, pensó Rivers. Head medía las dimensiones de la herida en el paciente vivo; luego trazaba el contorno en el cráneo de un cadáver, realizaba orificios a intervalos regulares siguiendo el contorno, e introducía un tinte azul en dichos orificios. Así luego, al retirarse todo el casquete craneal, era posible diseccionar e identificar las estructuras cerebrales situadas por debajo del área teñida. De este modo la zona de muerte cerebral podía correlacionarse exactamente con la naturaleza de los defectos del lenguaje aparecidos en el paciente.

Un asunto laborioso, más aún por la necesidad de reproducir las heridas de *dos* pacientes en cada cadáver. Una de las consecuencias más sorprendentes de la guerra era la escasez de cadáveres masculinos aptos.

Rivers se llevó las manos al mentón, percibiendo el olor a grasa humana y

formaldehído de la facultad de medicina, camuflado sólo parcialmente por el jabón carbólico. Se fijó en la expresión de Head mientras miraba la cabeza rapada de Lucas, y cayó en la cuenta de que apenas se diferenciaba de la expresión que tenía esa mañana inclinado sobre el cadáver. En ese momento Lucas no era más que un problema técnico. De pronto Lucas apartó la vista de su tarea, y en el acto una sonrisa transformadora iluminó el semblante de Head. Un murmullo de aliento, y Lucas se centró de nuevo en el dibujo. El rostro de Head, mirando el reborde de la cicatriz morada en la cabeza afeitada, recuperó su anterior expresión abstraída y remota. Su empatía, el profundo sentido de humanidad que compartía con sus pacientes, quedó de nuevo en suspensión. Una suspensión necesaria, sin la cual la práctica de la investigación médica, y de hecho la propia medicina, sería imposible, pero aun así la misma clase de suspensión experimentada por el soldado a la hora de matar. El fin era distinto, pero el mecanismo psicológico utilizado para alcanzarlo era en esencia idéntico. Lo que Head hacía, pensó Rivers, era en ciertos sentidos una forma benévola y epicrítica de la disociación malsana que empezaba a aquejar a Prior. La disociación de Head era saludable porque el investigador y el médico tenían acceso instantáneo a la experiencia del otro, y ambos tenían acceso a la experiencia de Head en todas las demás áreas de su vida. La de Prior era patológica porque determinadas áreas de su experiencia consciente eran ahora inaccesibles a la memoria. Lo interesante era la razón por la que la disociación de Head no llevaba a la clase de escisión que se había producido en Prior. Rivers cambió de posición y suspiró. Al principio uno consideraba desconcertante la enfermedad mental y al final lo desconcertaba más aún la salud.

Lucas había terminado. Head se inclinó sobre el escritorio y cogió el dibujo.

–Mmm –musitó, contemplando la criatura que tenía ante él, muy parecida a una vaca. Un largo silencio–. ¿Qué tiene un elefante en la parte delantera?

De nuevo la voz farfullante, siempre al borde del gimoteo.

–Tiene enorme... –Lucas agitó arriba y abajo su mano ilesa–. Recta más o menos un metro de largo.

–¿Sabe cómo se llama?

–Tanto como usted. Echa. Agua.

–¿Tiene *trompa*?

Lucas se revolvió en su silla de ruedas y se rió.

–La ha perdido.

Tendió la mano hacia su dibujo, dispuesto a corregirlo, pero Head se apresuró a guardarlo en la carpeta.

–Ahora sumas.

Realizaron rápidamente una sucesión de sumas sencillas. Lucas, cuya capacidad para la comprensión numérica permanecía intacta, las hizo bien, como era previsible. Head acostumbraba alternar tareas que para el paciente eran difíciles o imposibles con otras que podía llevar a cabo satisfactoriamente. La siguiente tarea –destinada a averiguar si Lucas conservaba intacta la comprensión de los conceptos «derecha» e «izquierda»– consistía en intentar imitar los movimientos de los brazos de Head, primero en un espejo y después hallándose ambos cara a cara a uno y otro lado del escritorio.

Rivers observó a Head alzar la mano izquierda –«profesional en su tamaño y forma... grande, firme, blanca y agraciada»– y pensó que probablemente conocía esa mano mejor que cualquier parte de su propio cuerpo. Había realizado experimentos en ella durante cinco años, a fin de cuentas, e incluso ahora podría reseguir en la piel el contorno de la zona restante de inervación protopática, ya que el proceso de regeneración no acaba nunca. Un triángulo de piel entre el pulgar y el índice conservaba las respuestas primitivas, «todo o nada» y continuaba siendo anormalmente sensible a los cambios de temperatura. A veces, los días fríos, veía que Head se protegía ese triángulo de piel con la otra mano.

Durante un rato, después de concluirse las pruebas, Head comentó los resultados con Lucas. Tenía el peculiar don de involucrar a sus pacientes en el estudio de su propio trastorno. Mientras Head describía el alcance de las discapacidades de Lucas, el rostro de éste manifestó lo que sólo podría definirse como interés clínico. Cuando por fin apareció un auxiliar y se lo llevó en la silla de ruedas, sonreía.

–Ha... mejorado –comentó Head–. Un poco. –Se apartó el pelo ralo de la

frente y por un momento se le ensombreció el semblante—. ¿Un té?

–Preferiría un vaso de leche.

–¿Leche?

Rivers se dio unas palmadas en el vientre.

–Acalla las úlceras.

–¿Cómo? ¿Es que protestan?

–Dios mío, cómo odio a los psicólogos.

Head se echó a reír.

–Te traeré la leche.

Rivers hojeó *The Times* mientras esperaba. En el juicio de Pemberton Billing habían llegado al peritaje médico, por llamarlo de alguna manera. Cuando Head regresó al despacho, Rivers leyó en voz alta:

–«Al preguntársele qué debía hacerse con esa clase de personas, el doctor Serrel Cooke contestó: “Son monstruos. Habría que encerrarlos”.» La voz de la medicina psicológica.

Head le entregó una taza.

–Déjalo, Rivers.

Rivers plegó el periódico.

–Me digo una y otra vez que tiene gracia.

–Bueno, y la tiene, gran parte de ello. Fue muy cómico cuando esa mujer dijo al juez que su nombre constaba en el Libro Negro. –Esperó una respuesta—. En cualquier caso, ¿cuándo quieres ver a Lucas? ¿Mañana?

–Creo que debemos dar al pobre muchacho un descanso, ¿no te parece? ¿El lunes?

Hablaron de Lucas durante un rato, y luego la conversación derivó hacia la utilización de auxiliares pacifistas. El hospital albergaba a muchísimos pacientes paráliticos en un edificio que no se había diseñado para acomodarlos. Había sólo dos ascensores. Las enfermeras y los auxiliares existentes –hombres incapacitados o por encima de la edad militar– hacían lo que podían, pero inevitablemente las vidas de los pacientes se veían más limitadas de lo necesario. Lo que se requería desesperadamente eran los músculos de hombres jóvenes, y eso lo proporcionaban los auxiliares pacifistas, reclutados conforme a las disposiciones del Ministerio del Interior.

Pero a la vez éstos despertaban la hostilidad del personal obligado a trabajar a su lado. Se había llegado ya a tal punto que estaba en duda si el hospital podía continuar recurriendo a ellos. La irracionalidad de deshacerse de mano de obra muy necesaria exasperaba a Rivers, y se había opuesto a ello en la última reunión de la comisión administrativa del hospital, en un tono quizá demasiado enérgico, o al menos eso parecía opinar Head.

–N-no me r-retractaré en eso –dijo Rivers–. Me he pasado la mayor parte de la v-vida s-suavizando lo que d-deseaba d-decir. No v-voy a hacerlo más.

Head lo miró.

–¿Qué ha sido de aquel Rivers tan tratable que todos conocíamos y apreciábamos?

–Desapareció en combate en Escocia. Nadie ha vuelto a verlo.

–Sí.

–Sí ¿qué?

–Sí, esa impresión tenía yo.

La puerta del ascensor estaba a punto de cerrarse. Rivers se echó a correr, y Wantage, uno de los auxiliares no pacifistas, volvió a abrirla ruidosamente.

–Ahí tiene, señor –dijo, echándose atrás–. Espacio para uno delgado.

Llevaba a un hombre en silla de ruedas de vuelta a su sala. Rivers se apretujó junto a la silla y pulsó el botón del último piso.

Wantage era el más popular de los auxiliares, en parte porque el alza de su bota proporcionaba una explicación inmediata de por qué no estaba en Francia. Era un hombre rollizo y jovial con una capacidad ilimitada para el odio. Detestaba a los vagos, detestaba a los escaqueadores, detestaba a los objetores de conciencia, detestaba a los teutones, detestaba al káiser. Adoraba la guerra. En su trato con los pacientes tenía mejor mano que nadie en el hospital. Habría dado cualquier cosa por ser capaz de ir a combatir. Siempre que Rivers lo veía empujar una silla de ruedas con su paso irregular, se acordaba del niño lisiado del Flautista de Hamelín, que se quedaba rezagado cuando los demás entraban en la montaña.

El ascensor se detuvo en la segunda planta y entró una joven enfermera.

Viggors, el paciente de la silla de ruedas, habló con ella, sonrojándose un poco –obviamente era una de sus preferidas–, y luego permaneció inmóvil, desplomado a un lado, los ojos a la altura de su cintura, mirándole disimuladamente los pechos. Wantage siguió con su parloteo. En la tercera planta el ascensor volvió a detenerse, y Wantage sacó la silla de ruedas.

Rivers salió de allí deseando no haber visto esa mirada. En aquel hospital uno se encontraba a diario con el brutal recordatorio de que las peores tragedias de la guerra no se marcaban con pequeñas cruces blancas.

Por razones de seguridad –los pacientes de Rivers disponían todos de movilidad y estaban capacitados para utilizar la escalera de incendios–, sus dos salas se hallaban en la última planta. El hospital se había construido como hospital infantil; el último piso fue en su día la maternidad, y adornaban las paredes imágenes de los tres cerditos, Caperucita Roja, Blancanieves y los siete enanitos y Pulgarcito. Las ventanas tenían barrotes. Cuando Rivers ocupó el puesto, solicitó que los retiraran, pero el Ministerio de la Guerra se negó a financiar toda reforma salvo las mínimas indispensables: la instalación de bañeras y retretes aptos para adultos. No lavabos. Allí estaba Lawrence en ese momento, afeitándose en un lavabo que apenas le llegaba a las rodillas. Un observador externo, privado de la perspectiva normal, lo habría visto como un gigante. Y por mucho que uno conociera las circunstancias, era difícil corregir esa impresión inicial.

Rivers fue a ver a la hermana para recoger la llave de la sala de cara a la guardia de esa noche y luego recorrió el pasillo hasta su despacho. Éste era muy amplio, con un enorme mirador acristalado que daba a Vincent Square. Entró en el despacho contiguo y pidió a su secretaria que hiciera pasar al capitán Manning.

Manning se hallaba ingresado debido al agravamiento de los ataques de ansiedad que padecía desde su regreso de Francia, en parte a causa de su obsesión con el asunto de Pemberton Billing. Rivers le habría aconsejado de buena gana que se desentendiera del juicio, ya que no era más que una sarta de necedades sensacionalistas, pero eso no estaba al alcance de Manning. Le habían enviado un recorte de periódico sobre Maud Allan y el «culto al clítoris». Más recientemente había recibido una copia del artículo de los

47.000. Manning se había convertido en blanco de alguien, una persona, cabía suponer, enterada de que era homosexual, y difícilmente podía pretenderse que se desentendiera de eso.

–¿Lleva mucho tiempo esperando? –preguntó Rivers.

–Un par de minutos.

Se lo veía cansado. Sin duda había pasado la última noche temiendo el ingreso en el hospital.

–¿Está ya cómodamente instalado?

–Sí. Me han dado una habitación individual. No me lo esperaba.

–¿Ha traído el artículo? –preguntó Rivers.

Manning se lo entregó. Contrariamente a lo que Rivers suponía, no era un recorte de periódico, sino una copia realizada ex profeso, impresa en cartulina. En lo alto –escrito a máquina– se leía el mensaje: «Con la esperanza de que esto le despierte la conciencia».

–¿Usted lo leyó en su día? –preguntó Manning–. ¿Cuándo apareció por primera vez?

–No. –Rivers esbozó una parca sonrisa–. Es un placer postergado.

TAL COMO YO LO VEO: LOS PRIMEROS 47.000

Las rameras en la muralla

Se han expuesto muchas razones acerca de cuáles son las causas que impiden a Inglaterra ejercer toda su fuerza en la guerra. Varias veces he afirmado en las columnas del *Imperialist* que Alemania hace uso de medios sutiles pero eficaces para anular nuestro esfuerzo. La esperanza de un beneficio no puede ser la única razón para traicionarnos. Todas las naciones tienen sus rameras en la muralla, pero se las desenmascara en el primer asalto y entonces se toman las medidas necesarias. Es en la ciudadela donde reside el verdadero peligro. Cuando la corrupción y el chantaje recaen en individuos subalternos, el soborno resulta más barato. Además, el miedo a verse descubierto atrapa y esclaviza a hombres a quienes el dinero nunca podría comprar. Mayor razón, pues, a mi modo de ver, para suponer que los alemanes, con su acostumbrada eficiencia, hacen uso de los métodos más productivos y baratos.

A menudo he insinuado en esta columna que estoy en posesión de datos que tienden a confirmar esta postura. En los últimos días se me han dado a conocer extraordinarios hechos que se corresponden con mi información anterior.

La propagación del libertinaje

Existe en el *cabinet noir* de cierto príncipe alemán un libro confeccionado por los Servicios

Secretos a partir de los informes de los agentes alemanes que han infestado este país durante los últimos veinte años, agentes en extremo viles que propagan un libertinaje con tal nivel de lascivia que sólo las mentes alemanas podrían concebir y sólo los cuerpos alemanes podrían ejecutar.

Sodoma y Lesbia

El funcionario que descubrió este libro mientras realizaba un servicio especial me describió brevemente su asombroso contenido. Al principio el libro contiene un resumen de instrucciones generales referentes a la difusión de lacras que todo hombre decente habría dado por desaparecidas en Sodoma y Lesbia. Los blasfemos compiladores incluso hablan de los Cipos y Altos Lugares mencionados en la Biblia. Para uso del agente alemán en su repugnante labor, aparecen descritos los argumentos más insidiosos. A continuación se incluyen más de mil páginas con los nombres mencionados por los agentes alemanes en sus informes. Constan los nombres de 47.000 ingleses, hombres y mujeres.

Es una miscelánea sumamente universal. Se suceden, sin orden de precedencia, los nombres de consejeros de Su Majestad, jóvenes del coro, esposas de ministros, bailarinas, e incluso los propios ministros, así como diplomáticos, poetas, banqueros, editores, propietarios de periódicos y miembros de la Casa Real.

Como muestra de la minuciosidad con que trabajan los agentes alemanes, constan listas de las tabernas y los bares que habían sucumbido a la campaña de desmoralización. Podía contarse, pues, con que éstos propagaran el vicio con la ayuda de un solo agente fijo. Y para captar a aquellos cuya posición social se vería socavada si frecuentaban lugares públicos o tabernas, se alquilaban cómodos pisos con decoración erótica. Asimismo, se distribuyeron fotografías de imágenes obscenas, al mismo tiempo que se imprimían panfletos equívocos como obra anónima de autores bien conocidos.

La Armada en peligro

En la escala social nadie ha quedado exento de la contaminación llevada a cabo por este sistema perfecto. Se reclutó a agentes sobre todo en la Armada, especialmente en las salas de máquinas. Éstos tenían instrucciones muy concretas. Se establecieron bares incestuosos en Portsmouth y Chatham. En estos lugares de encuentro se minaba el vigor de los marinos británicos. Más peligroso aún, los agentes alemanes, bajo el disfraz de enlaces indecentes, podían obtener información en cuanto a la disposición de la flota.

Ni siquiera aquellos que rondaban por las calles eran inmunes. Agentes meretrices al servicio del káiser estaban apostadas en lugares como Marble Arch y Hyde Park Corner. Este libro negro del pecado proporcionaba detalles del desfloramiento antinatural de niños que acudían a los parques atraídos por los conciertos de las veladas veraniegas.

El mundo de la alta política

Por impuras que fueran todas estas cosas, el mayor peligro se detectó en los informes de aquellos agentes que habían tenido acceso al mundo de la alta política. Estaban involucradas las esposas de hombres en elevada posición. En un éxtasis lesbiano, se revelaron los más sagrados secretos de

Estado. Las peculiaridades sexuales de miembros de la nobleza se utilizaron como palanca con la que abrir campos fructíferos para el espionaje.

En el glosario de este libro se incluye una lista de expresiones que supuestamente utilizan entre sí esas almas enfermas víctimas de la nauseabunda enfermedad propagada tan hábilmente por Potsdam.

Hay vidas en peligro

En sus informes oficiales el agente alemán no se jacta ociosamente. La idea de que el enemigo tenga sometidos a 47.000 hombres y mujeres ingleses a través del miedo llama a todos los espíritus puros a un combate a muerte. En Francia hay tres millones de hombres cuyas vidas están en peligro, y cuya valentía no sirve de nada debido a la falta de valor moral de 47.000 compatriotas suyos, entre los que se encuentran, además, hombres y mujeres en cuyas manos está el destino de este Imperio.

Tal como yo lo veo, una introducción cuidadosamente cultivada de prácticas que apuntan al exterminio de la raza será el medio por el cual los alemanes nos impedirán vengar a esos montículos de limo y barro que fueron en su día británicos.

La caída de Roma

Cuando a su debido tiempo comprendí la perfección de este plan demoniaco, me pareció que todos los horrores de los obuses y el gas y la pestilencia introducidos por los alemanes en su guerra abierta contribuirían al exterminio de los hombres de Gran Bretaña sólo en una pequeña parte en comparación con el efecto obtenido por el plan que ya ha destruido a los primeros 47.000.

Como ya he dicho en estas columnas, es horrible contemplar la posibilidad de que el Imperio británico caiga como cayó el gran Imperio Romano, y que ahora los vencedores sean, como lo fueron entonces, los hunos.

La revelación del contenido de este libro me ha abierto los ojos, y esto no debe quedar así.

Rivers dejó la hoja.

–Si sólo las mentes *alemanas* pueden concebir esta lascivia y sólo los cuerpos *alemanes* pueden ejecutarla, ¿cómo se las arreglan para hacerlo los 47.000? –Se quitó las gafas y se pasó la mano por los ojos–. Perdón, ése es un comentario pedante. –Al mirar a Manning, advirtió arrugas de tensión en torno a sus ojos, el visible temblor cuando se llevó el cigarrillo a la boca. Para una persona como Manning, profundamente comprometido con una doble vida, la revelación de que los dos lados de su vida estaban expuestos a ojos de desconocidos debía de ser como sentir que la puerta a la parte más íntima de su identidad se abría de par en par–. ¿Alguien más ha recibido esto?

–Ross. Y uno o dos más.

–¿Amigos de Ross?

–Sí.

–Tratar con Ross es... un tanto peligroso.

–¿Y qué le voy yo a hacer, Rivers? No es una amistad reciente.

Rivers suspiró.

–No creo que pueda hacer nada.

Manning se quedó pensativo.

–Creo que me ayudaría tener la sensación de que puedo entenderlo. Es decir, veo que la guerra va bastante mal y siempre habrá gente que quiera chivos expiatorios en lugar de razones, pero... ¿esto por qué? Entiendo por qué la gente con apellidos alemanes recibe palizas... o o acaba en campos de internamiento. Y los objetores de conciencia. No lo apruebo, pero lo entiendo. Esto otro no lo entiendo.

–Creo que yo tampoco. Pienso que es el resultado de ciertos impulsos que afloran en tiempos de guerra, y de los que hay que renegar de manera muy formal. La homosexualidad, por ejemplo. En la guerra se da una gran glorificación del amor entre hombres, y al mismo tiempo eso genera angustia. ¿Es una forma de amor correcta? En fin, una manera de asegurarse de que es una forma de amor correcta es expresar con toda claridad el rechazo público a lo otro. Y luego está el placer en el homicidio...

Manning pareció sorprenderse.

–No sé si...

–No, me refiero a los civiles. Por mediación de otros pero, aun así, real. Y entretanto surgen impulsos sádicos que normalmente se reprimirían, y eso también causa angustia. Así que representar una obra de un homosexual reconocido en el que una mujer besa la cabeza cercenada de un hombre...

–Hablé con Jane del juicio. Le dije que, en mi opinión, el verdadero objetivo era Ross, y uno o dos más, y ella me respondió que era lógico que yo opinara eso. Que él... ¿cómo dijo Jane? «Que él viera su propio sexo como algo periférico respecto al conflicto era una proeza que reflejaba una agilidad mental de la que ningún hombre es capaz.»

–Me gustaría conocer algún día a la señora Manning.

–Sostiene que que... el sentimentalismo sobre el papel que desempeñan

las mujeres... aportando su grano de arena y todo eso... camufla en realidad una especie de temor muy arraigado a que estén desmadrándose. Considera que ridiculizar a Maud Allan es de hecho una manera de dar una lección a las mujeres. No sólo a las lesbianas. A todas las mujeres. Del mismo modo que Salomé aparece como una mujer fuerte en la obra de Wilde y al mismo tiempo tiene que morir. Quiero decir que es impresionante cuando al final todos los hombres se abalanzan sobre ella y la matan.

—¿Y usted qué piensa de eso?

—Me parece un poco ingenuo. Creo que pasa por alto la identificación de Wilde con Salomé. Él no dice que las mujeres como ésa deben ser aniquiladas. Dice que la gente como yo debe ser aniquilada. Y cuánta razón tenía. Tiene.

Todo eso a Rivers le parecía muy bien, pero Manning estaba enfermo, y no era una discusión literaria lo que iba a curarlo.

—¿Cree que Spencer está loco? —preguntó Manning de pronto.

—Si me baso en su propio testimonio, sí. Aunque a saber si se lo reconocerá como loco...

—Representa un extraño contraste con Sassoon, ¿no?

Rivers pareció sorprenderse.

—Que agasajen a Spencer de esta manera. Sassoon dice algo muy sensato sobre la guerra y lo mandan a un sanatorio mental.

Claro, pensó Rivers, todos los miembros del círculo de Robert Ross debían de conocer la declaración de Sassoon contra la guerra, y el papel que él mismo había desempeñado para convencer a Sassoon de que volviera al frente.

—¿No debería mencionarlo, quizá? —preguntó Manning.

—¿Por qué no?

—Porque es un paciente.

—Es una persona a la que los dos conocemos.

—Últimamente he estado pensando en él. Me he preguntado si habrán tenido la desfachatez de enviarle esto a él. O a cualquier otro allá en Francia.

—Pienso que la clase de mente capaz de producir esto no concebiría la posibilidad de que ninguno de «los 47.000» esté en Francia.

Hasta el momento Manning había sido incapaz de hablar de la guerra. Él lo habría negado. Habría dicho que hablaban de eso continuamente: estrategia, tácticas, objetivos militares, la respuesta curiosamente inadecuada de los escritores civiles, los poemas de Sassoon y Graves. De repente Rivers creyó ver una manera de introducir el tema con mucha delicadeza.

—¿Conoce usted la rigurosa interpretación freudiana de la neurosis de guerra? —preguntó. Manning, como él sabía, había leído alguna que otra cosa de Freud.

—Ignoraba que la hubiera.

—Pues sí la hay. En esencia, afirma que la experiencia en un entorno exclusivamente masculino, con un alto nivel de intensidad emocional, unida a la experiencia del combate, despierta impulsos homosexuales y sádicos que normalmente se reprimen. En hombres vulnerables, obviamente en aquellos en quienes los deseos reprimidos adquieren especial intensidad, eso conduce a la crisis nerviosa.

—¿Y usted también lo cree?

Rivers movió la cabeza en un gesto de negación.

—Quiero saber qué piensa usted.

—No sé qué lleva a otros a la crisis nerviosa. No creo que el sexo tenga mucho que ver con mi propia crisis. —Una leve sonrisa—. Pero yo, claro está, no soy un homosexual reprimido.

Rivers le devolvió la sonrisa.

—Pero debe tener una... una reacción instintiva acerca de si es posible, o de si es un sinsentido obvio, o...

—Sólo intento pensar. ¿Conoce el poema «El beso» de Sassoon?

—El de la bayoneta. Sí.

—En mi opinión, ése es el poema más contundente que ha escrito. Verá, nunca he servido a su lado, así que eso no lo sé por experiencia personal, pero he hablado mucho con Robert Graves y dice que es increíble hasta qué punto Sassoon consigue ser dos personas totalmente distintas en el frente. Como usted ya sabe, es un comandante de sección muy valorado y sanguinario, y al mismo tiempo, de vuelta en los alojamientos, saca el cuaderno. Otro poema antibelicista. Y en el poema utiliza la experiencia del comandante de sección,

pero nunca utiliza ninguna de sus propias actitudes. Y sin embargo en este otro poema, por una vez, incluye las dos versiones de sí mismo.

Sí, pensó Rivers.

–Sí –dijo–. Entiendo lo que quiere decir.

–Y naturalmente está plagado de ambigüedades sexuales. Pero también creo que es muy fácil verlo como... algo personal, no sé muy bien qué. El hecho es que la actitud del ejército ante la bayoneta es francamente ambigua. Uno lee los manuales de instrucción, y todos hablan de la importancia del combate cuerpo a cuerpo. Y hasta ahí bien, pero uno se queda con la impresión de que hay en esa forma de combate un mérito al margen de si permite alcanzar su objetivo o no. De que ésa es la guerra como es debido. La guerra de los hombres de verdad. Y no todas esas tonterías de las ametralladoras y la metralla. Y luego eso mismo aparece reflejado en la propia instrucción, donde uno oye una larga sarta de insinuaciones sexuales: «Clávasela en los huevos. Así no nacerán más alemanitos». Si Sassoon hubiera empleado un lenguaje como ése, jamás lo habrían publicado. –De pronto Manning se interrumpió–. Creo que he perdido el hilo. Ah, no, sí, intentaba... intentaba ser sincero y pensar si detesto más la instrucción con bayoneta porque... porque el cuerpo que representa el saco es uno que yo... vamos, Rivers, ¿un bonito término psicológico?

–«Amo».

–Ignoro cuál es la respuesta. Pero no lo creo. Todos la detestamos. Me es imposible saber si yo la detesto más, porque no hablamos de eso. Es sólo un trabajo horrible, y vamos y lo hacemos. O sea, uno en cualquier caso se desprende de grandes partes de sí mismo.

–¿Eso es lo que usted hizo?

–Supongo que sí. –Por un momento pareció que continuaría, pero al final movió la cabeza en un gesto de negación.

Cuando Rivers tuvo la certeza de que Manning no iba a seguir, dijo:

–Ya sabe que tendremos que hablar de la guerra, Charles.

–Ya hablo de la guerra.

Silencio.

–Sólo que no veo de qué puede servir revolver las cosas. Ya conozco la

teoría. –Se miró las manos–. Mi hijo Robert, cuando era más pequeño... le encantaba el baño. Y de pronto un día empezó a rechazarlo. Se ponía rígido y gritaba como un loco cada vez que la niñera intentaba meterlo en la bañera. Y resultó que había estado observando el agua al irse por el desagüe, y obviamente pensó que él podía irse también. Todos le dijeron que no fuera tonto. –Manning sonrió–. Debo decir que a mí se me antojó un miedo sumamente razonable.

Rivers sonrió.

–Yo no permitiré que se vaya usted por el desagüe.

En la cena la conversación giró en torno al juicio de Pemberton Billing. Todo el mundo estaba deprimido por el peritaje médico, ya que era la primera vez que se invitaba a psicólogos a pronunciarse ante un tribunal respecto a un tema así.

–¿Y qué nos encontramos? –preguntó alguien–. Las divagaciones de Serrel Cooke sobre monstruos y la degeneración hereditaria. Ese hombre da risa.

«Si la da, yo he perdido el sentido del humor», pensó Rivers.

Después de la cena escapó gustoso del hospital y se fue a dar un paseo por la plaza. Londres se había convertido en un lugar deprimente. Cada cartelón, cada anuncio de los vendedores de periódicos, cada titular, se centraba en el juicio. Ahora atestiguaba en el estrado lord Alfred Douglas, quien por lo visto achacaba a las obras de Oscar Wilde la deplorable actuación de Inglaterra en la guerra. Toda reflexión seria acerca de la terrible situación en Francia quedaba en segundo plano a causa de la orgía de prejuicios irracionales que se desarrollaba en el tribunal central. Manning estaba en lo cierto, desde luego: la gente no quería razones, quería chivos expiatorios. Eso mismo se veía en el hospital, donde la hostilidad para con los auxiliares pacifistas aumentaba a medida que empeoraban las noticias llegadas de Francia, pero en eso había cierta lógica. Se metía a los hombres en vereda a latigazos. En la vereda hacia el frente. A menos que él mismo sufriera del mal diagnosticado por Jane Manning: la incapacidad para ver su

propio sexo como algo periférico a cualquier cosa. Pero no; pensó que Manning tenía razón. Maud Allan estaba en la línea de fuego casi por casualidad. Los verdaderos objetivos eran los hombres que no podían o no querían conformarse.

Rivers dirigió sus pensamientos hacia Sassoon. La experiencia de Manning demostraba claramente que todos los miembros del círculo de Robert Ross corrían peligro, eran susceptibles del mismo tratamiento recibido por el propio Ross. No era de gran ayuda que Ross se opusiera a la guerra, pese a que no había aprobado la declaración de Sassoon, aduciendo –muy acertadamente, en opinión de Rivers– que destruiría a Sassoon sin ejercer el menor impacto en el curso de los acontecimientos. El propio método de oposición elegido por Ross, según Manning, era enseñar fotografías de cadáveres mutilados a cualquier civil que pudiera beneficiarse de la conmoción. Rivers se alegraba de que Sassoon estuviera muy lejos de Ross, y del juicio.

Una vez, en Craiglockhart, había intentado prevenir a Sassoon del peligro. Ya en noviembre del año anterior le había hablado del *cabinet noir*, el Libro Negro, los 47.000 nombres de hombres y mujeres eminentes cuyas dobles vidas los exponían al chantaje alemán.

–Tranquilícese, Rivers, yo no soy eminente.

–No, pero es amigo de Robert Ross, y ha defendido públicamente una paz negociada. ¡Con eso basta! Usted es vulnerable, Siegfried. No tiene sentido que actúe como si no lo fuera.

–¿Y qué debo hacer al respecto? Acatar la disciplina, adaptar mis opiniones... Pero en realidad lo que usted está diciendo es que si no puedo acomodarme a un ámbito de la vida, debo acomodarme a otros. No sólo en lo superficial, sino en todo. Incluso contra lo que me dicta la conciencia. Pues yo no puedo vivir así. Nadie debería vivir así.

Había sido agradable hablar de Siegfried con Manning. Aparte de Robert Graves, a quien Rivers veía de vez en cuando, Manning era el único conocido que tenían en común.

La plaza estaba desierta. En las noches de luna llena la gente volvía apresuradamente a la seguridad de sus sótanos. Las pisadas de Rivers

parecían seguirlo, resonando en la acera vacía. La luna se había zafado del último vaporoso jirón de nube, y la sombra de Rivers se extendía ante él, sus contornos casi tan nítidos como lo habrían sido de día.

Una noche muy tranquila, muy despejada. «La que nos va a caer», pensó. Eso era algo que no tenía que afrontar en Craiglockhart: explosiones de bombas audibles para pacientes que se morían del susto cuando una cucharilla tintineaba en un plato. Se dio media vuelta y se encaminó rápidamente hacia el edificio oscuro y cerrado a cal y canto.

Head es el único que está despierto en el hospital dormido. Con su máscara y su bata, bajo una única luz encendida, se halla de pie junto a una mesa de disección en la que yace un hombre, boca arriba, desnudo, apestando a formol. Tiene los genitales encogidos, la piel de ese color oro deslucido propio del papel viejo. Head termina de dibujar un contorno en la cabeza afeitada, dice «Listos, pues» y tiende la mano enguantada hacia el trépano. Pero algo falla. Aun mientras el trépano zumba, el hombre de piel dorada se agita. Rivers intenta decir: «Para, está vivo», pero Head no lo oye o no quiere oírlo. Un rechinar de hueso, una boca abierta de par en par, y de pronto una mano agarra a Head por la muñeca, y el cadáver, horrendo en su desnudez y semidesollamiento, se levanta de la mesa y lo aparta de un empujón.

Ante la habitación de Rivers, el pasillo, largo, con el suelo abrigado y reluciente, está vacío. De repente las puertas del fondo se abren con un ruido semejante a un aleteo y aparece el cadáver, va de puerta en puerta, olisquea, intenta localizar a Rivers más por el olor que por la vista. Por fin encuentra la puerta que buscaba, se acerca a la cama, se inclina sobre él, acerca su cara, un dibujo anatómico de una cara, a la de Rivers, mientras éste pugna por despertar y recordar dónde se halla.

«Dios santo.» Allí tendido, percibió el sudor en el pecho y en la entrepierna. Estaba en una cama de hospital, demasiado alta, demasiado estrecha, y cubría el colchón un protector de goma que crujía cuando él se movía. Veía esa cara estragada inclinada sobre él. En esos momentos entre el sueño y la vigilia fue capaz de hacer –brevemente– aquello que otras personas dan por sentado: ver cosas que no estaban presentes.

Rápidamente, antes de que el momento pasara, empezó a diseccionar las imágenes de las que se componía el sueño. La sala de disección en el sueño no era la sala del Instituto Anatómico donde había visto a Head trabajar esa mañana, sino la sala de operaciones del Bart's, donde había estudiado.

La impresión emocional general dejada por el sueño era de... Allí tumbado en la oscuridad, con los ojos cerrados, cribó impresiones. Contaminación. Imaginar a Head, el más benévolo de los hombres, taladrando el cráneo de un ser humano consciente era una especie de traición. El vínculo con las pruebas realizadas por Head a Lucas era evidente. Rivers había pensado, mientras veía a Head mirar a Lucas, que esa misma suspensión de la empatía, una parte tan necesaria de la labor de un médico, era también, en otros contextos, la raíz de toda monstruosidad. No sólo el soldado, sino también el torturador, ejerce esa misma suspensión.

El sueño trataba de la disociación. Como la mayoría de los sueños de un tiempo a esa parte, el sueño tenía que ver con el trabajo. Al parecer ya nunca soñaba con el sexo, pese a que antes de la guerra los conflictos sexuales eran un tema frecuente en sus sueños. Acaso un cínico habría dicho que estaba demasiado cansado. Él pensaba que probablemente era algo más complicado, y más interesante que eso, pero tenía poco tiempo para la introspección. Y desde luego en ese momento no lo tenía en absoluto. Se incorporó y se sacudió la chaqueta del pijama para que se evaporara el sudor; luego volvió a tenderse e intentó serenarse para dormir. Las noches que se quedaba en el hospital nunca dormía bien, en parte por la incomodidad de la cama, en parte por lo ligero que tenía el sueño ante la posibilidad de que lo despertaran.

Justo cuando empezaba a dormirse otra vez sonaron los silbatos.

Para cuando el auxiliar llamó a su puerta, estaba ya levantado y se ceñía la bata. Siguió al hombre por el pasillo hasta la sala principal, donde lo recibió la hermana Walters. Natural del noreste de Inglaterra, era una mujer delgada, de nariz larga y piel cetrina, con una tendencia al odio de clase que le recordaba a Prior. Curiosamente parecía dirigirla por completo hacia su propio sexo. Odiaba a las voluntarias, la mayoría de las cuales eran chicas de buena familia «aportando su grano de arena» con –debía admitirse– diversos grados de seriedad. Adoraba a aquellos de sus pacientes que eran oficiales –

mis chicos, los llamaba–, pero a las voluntarias, muchachas al fin y al cabo de extracción similar, las aborrecía. Una noche, en diciembre del año anterior, mientras los cañones atronaban y el suelo temblaba bajo el impacto directo contra el puente de Vauxhall, estaban los dos sentados bebiendo leche con cacao, y las barreras del rango se vinieron abajo, al menos lo suficiente para que ella dijera amargamente:

–Me ponen enferma, con esa manera de comportarse. «¡Uy! ¡Mírame! ¡Estoy quitando el polvo!» «Estoy barriendo el suelo.» Verá, cuando yo estudiaba, ganábamos ocho libras al año. Eso era por una semana de setenta y cuatro horas, y encima nos descontaban del sueldo todo lo que rompíamos.

Habían preparado leche con cacao y la llevaban de aquí para allá en bandejas para repartirla. Rivers fue de cama en cama en la sala principal. La mayoría de los hombres permanecían relativamente tranquilos, si bien las convulsiones y los tics eran peores que de costumbre. En las habitaciones individuales, ocupadas por los pacientes con trastornos más graves, los síntomas de angustia eran patéticos. Ésos eran hombres que se habían tomado con humor bombardeos que sacudían las tazas de té en Kent, y ahora estaban totalmente acobardados. Weston se había orinado encima. Sollozaba en medio de la habitación mientras una enfermera, arrodillada frente a él, lo animaba a salir del círculo de ropa mojada. Rivers la relevó, consiguió que Weston se pusiera un pijama limpio y volviera a la cama. Se quedó con él hasta que se calmó; luego lo dejó en manos de un auxiliar y fue en busca de la hermana Walters. Ésta le entregó su leche con cacao.

–El capitán Manning está fumando. ¿Cree que podría...?

–Sí, claro.

En Craiglockhart los pasillos apestaban a tabaco, y allí el personal se las arreglaba para no fijarse. Aquí, con dos salas llenas de pacientes paralíticos, debía exigirse el cumplimiento de la prohibición de fumar. Rivers llamó a la puerta una vez y entró.

Manning estaba sentado en la cama.

–Hola –dijo, aparentemente sorprendido.

–Sintiéndolo mucho, he de pedirle que apague eso. Dos ascensores. Veinte sillas de ruedas.

–Sí, claro. –Manning aplastó la colilla–. Tonto de mí. No sabía que usted hacía guardia por la noche.

–Sólo cuando hay luna llena.

–Creía que esa teoría de la enfermedad mental había sido refutada.

Rivers sonrió.

–Ya sabe a qué me refiero.

–La hermana Walters dice que le han dado al puente de Vauxhall dos veces. ¿Es verdad?

–Sí. Aunque no debemos preocuparnos cuando lo alcanzan, sino sólo cuando fallan.

–Eso me recuerda la Navidad pasada. ¿Se acuerda de aquella incursión? Yo estaba en casa de Ross; también estaba allí Sassoon, y fue muy divertido porque era la primera incursión que yo vivía, y me proponía comportarme como todo un veterano frío y templado, tranquilizando a los pobres civiles alterados. A la hora de la verdad, por poco me dio un ataque de nervios. El ama de llaves de Ross actuó con más serenidad que yo. A Sassoon le pasó lo mismo. De hecho, recuerdo que dijo: «Tanto alboroto sobre si debía volver o no. Cuando vuelva allí, no serviré para nada».

Se oyó el irregular canto de unas voces.

–Escuche –dijo Manning. Empezó a cantar con ellos, casi en un susurro.

Bombardeados anoche
y bombardeados la noche de antes
y bombardeados seremos esta noche
aunque nunca más nos bombardeen.
Cuando nos bombardean, ay qué miedo tenemos...

–Es la primera vez que oigo eso fuera de Francia. –Una pausa–. Oiga, he estado pensando en lo que me ha dicho... eso de recordar e intentar hablar de ello.

Rivers apoyó la barbilla en las manos y dijo:

–Adelante. –Mientras lo decía, recordó la imitación malvadamente exacta de esa postura que había hecho Prior. «Maldito Prior», pensó.

–¿Sabe esos ataques que tengo? Pues tienden a empezar con una especie

de sueño en estado de vigilia. En realidad no es gran cosa, no es espantoso, es sólo una fila de hombres recorriendo una pasarela con máscaras antigás y capotes. Todo es de un color verde amarillento, el color que se ve a través del visor. Las gachas de costumbre. –Tragó saliva–. Si un hombre resbala y se cae de la pasarela, no siempre es posible sacarlo, y a veces sencillamente se hunde. Las mochilas son muy pesadas y el barro tiene cinco metros de profundidad, ¿entiende? No es un barro normal y corriente. Es como un pantano... absorbe. Cada uno debe agarrarse a la mochila del hombre que tiene delante.

–¿Y dice que ese... ese sueño desencadena el ataque?

–No lo sé. Supongo que sí.

–¿Qué en concreto?

Manning intentó contestar pero al cabo de un momento movió la cabeza en un gesto de negación.

–Si tuviese que elegir la parte peor, ¿cuál sería?

–Veo una mano que sale del barro. Se agarra a la pasarela y... nada más. El resto del cuerpo está debajo.

Un breve silencio.

–Ah, y hay una voz. –Manning tendió la mano hacia los cigarrillos y de pronto se acordó de que no podía fumar–. No sale de nadie. Está... ahí, sin más.

Rivers esperó.

–¿Qué dice?

–«¿Dónde está Scudder?» –Manning sonrió–. Es una vocecilla insidiosa, resabida. «¿Dónde está Scudder?» «¿Dónde está Scudder?».

–¿Usted contesta?

Manning negó con la cabeza.

–No hace falta. La voz ya sabe la respuesta.

Silencio, salvo por el canto de voces, ya apagándose, y luego, a lo lejos, las descargas de los cañones.

–Oiga –dijo Rivers–, si vamos a mi despacho podrá fumar.

Manning se mostró sorprendido.

–¿Ahora?

–¿Por qué no? A menos que piense que puede volver a dormirse.
Manning no contestó. No había necesidad.

–Aquí tiene –dijo Rivers, colocando un cenicero junto al codo de Manning.
La lámpara creaba un círculo de luz en torno al escritorio, un mundo.

–Usted no fuma, ¿verdad? –preguntó Manning mientras encendía un cigarrillo.

–Sólo un puro de vez en cuando.

Manning, cerrando los ojos, aspiró hondo.

–Una de las razones por las que no hablo de eso, aparte de la cobardía –
dijo, sonriente–, es lo inútil que parece.

–¿Por lo imposible que es hacerlo entender a la gente?

–Sí. Incluso detalles relativamente pequeños. Como la sensación que uno
tiene al acceder al Saliente, sobre todo si ha estado allí antes y sabe lo que le
espera. Realmente le dice adiós a todo. Sencillamente avanza paso a paso,
primero un pie, luego otro.

Rivers esperó.

–Es... inconcebible –dijo Manning por fin–. No quiero decir que otro no
pueda concebirlo porque no ha estado allí. Quiero decir que yo mismo no
puedo concebirlo, y he estado allí. No alcanzo a asimilarlo.

–Iba a hablarme de Scudder.

–¿Ah, sí?

Sus miradas se cruzaron.

Manning sonrió.

–Sí, supongo que sí. Era un hombre de mi compañía. Ya sabe, todo esto
se basa en la idea de que si uno tiene el número adecuado de brazos y piernas
y no padece ningún defecto mental, es posible convertirlo en soldado. Bien,
pues, Scudder era la prueba viviente de que eso no es cierto. Era un caso
perdido, y él lo sabía. La noche antes de que nos tocara avanzar posiciones se
emborrachó. Bueno, muchos de ellos se emborracharon, pero él... acabó
como una cuba. No se presentó a la hora de pasar revista, y le formaron
consejo de guerra. Fui a verlo la noche anterior. Lo tenían retenido en un

granero, y nos sentamos a hablar en una bala de paja. Resultó que el año anterior lo habían tratado por trauma de combate. Con electroshocks. Yo no sabía que eso se hacía.

–Pues sí –dijo Rivers–. Se hace.

–Estaba en Messines cuando se detonaron las minas. Por lo visto soñaba con minas y sangre. Y tendía a sacudir la cabeza y emitir ruidos absurdos. Así los describía el médico: «ruidos absurdos». En todo caso, surtió efecto, en cierto modo, eso de los electroshocks. La noche después del tratamiento no soñó con minas. Soñó que estaba otra vez en las trincheras sometido al tratamiento de electroshock. Me quedé con él un par de horas, calculo. –Manning esbozó una sonrisa–. Era un joven de aspecto muy desdichado. Lo menciono por si hay un freudiano doctrinario agazapado bajo su escritorio.

Rivers, en broma, miró debajo de la mesa.

–No-o. Tampoco hay uno detrás.

Manning se echó a reír.

–El caso es que era muy listo. Y no sé si era por esnobismo o... por qué, pero yo había dado por supuesto que no lo era. La verdad no creo que fuese por esnobismo: sencillamente el pobre no daba una. Costaba creer que existiera un cerebro inteligente detrás de todas esas... pifias, pero lo había. –Por un momento adoptó una expresión distante–. A partir de entonces me fijé más en él. Pensaba....

–¿Cuál fue la condena?

–¿En el consejo de guerra? Dos horas de castigo en el campo al día. Cuando todos los demás descansaban... en fin, él limpiaba los avantrenes de las cureñas, cosas así. Yo solía pararme a cruzar unas palabras con él. No creo que le fuera de ayuda, porque así lo distanciaba de los otros hombres, y al final son los otros hombres quienes te mantienen en marcha.

–Continúe. Ha dicho que pensaba...

–Pensaba que era torpe. Y luego, después de esa conversación, lo observé, lo observé en los ejercicios con bayoneta: corría y embestía y... fallaba. Imagínese, el saco es así de grande, y él fallaba. Y de repente caí en la cuenta de que no tenía nada que ver con la torpeza. Scudder era incapaz de desconectar. Era incapaz de... apagar esa parte de él que se preocupaba por el

otro. Estoy casi seguro de que cuando al final consiguió clavar la bayoneta, vio sangrar el saco. Y eso era todo lo contrario de lo que debía ocurrir. Mire, una vez vi a unos hombres... en combate cuerpo a cuerpo, como dicen los manuales... y uno de ellos recitaba al mismo tiempo las instrucciones. «*Embestir*, uno, dos; *girar*, uno, dos; *sacar*, uno, dos...» Matar al pie de la letra, literalmente. Y así tiene que ser. Si un hombre está bien adiestrado, a la hora de la verdad actuará casi como un autómatas. Y Scudder era todo lo contrario de eso. Por alguna razón en él todo se daba del revés. Creo que probablemente a causa de la crisis nerviosa, porque veo que a mí me pasa algo parecido. Por ejemplo, el rojo... el color rojo... sea lo que sea, aunque se trate de una flor o un libro... siempre es sangre.

Rivers se había quedado muy quieto. Esperó.

–Cuando estaba en el frente, podía verme metido en sangre hasta los codos, y me daba igual. Es como si en lugar de eliminarse los sentimientos normales, desaparecieran todas las divisiones. Todo se funde con todo lo demás. No sé si eso tiene sentido.

–Mucho.

Una pausa.

–El caso es que avanzamos. Llovía. No sé por qué me molestó en decirlo: siempre llovía. Diluviaba. Y nos dijeron que nos presentáramos en el cementerio. –Manning se echó a reír, una franca carcajada con todas sus ganas–. Dios mío, pensé, aquí alguien ha desarrollado el sentido del humor. Pero era tal cual: nos alojaron en el cementerio. Y aquello era increíble. Todas las tumbas estaban dañadas por los obuses, y se veía el interior de los panteones, y eso en una zona donde había cadáveres por todas partes. La tarea de recoger y enterrar a los muertos se había dejado de lado. Allí donde uno mirara, había cuerpos y trozos de cuerpos, y sin embargo algunos de los más jóvenes... Scudder era uno de ellos... quedaron fascinados ante aquellos panteones. Te los encontrabas tendidos boca abajo mirando a través de los agujeros, porque los panteones estaban inundados y los ataúdes flotaban por todas partes. Era casi como si esas personas estuvieran realmente muertas, y los cadáveres junto a la carretera no. Del mismo modo que nosotros no estábamos realmente vivos.

»Esa noche hubo fuego de artillería. Tres hombres resultaron heridos. Yo organizaba el transporte en camillas, tarea nada fácil, como imaginará... y justo cuando acababa, Hines se acercó y dijo: «Scudder se ha ido». Sencillamente se había puesto en pie y se había marchado. Los otros pensaron que había ido a la letrina, pero no regresó. Reunimos una partida de búsqueda. Temí que se hubiera caído en uno de los panteones, y recorrimos la zona sigilosamente llamándolo, pero en el fondo supe desde el principio que no era eso lo que le había pasado. Decidí ir a por él. Sí, ya sé, no es lo que debería haber hecho un comandante de compañía, pero tenía un segundo al mando muy apto, y sabía que Scudder no podía andar lejos. Hágase idea, todo estaba preparándose para el ataque, y en la carretera el atasco era absoluto. Tenía la esperanza de alcanzarlo antes de que lo encontrara la policía militar. Le habrían pegado un tiro. Estábamos en una posición muy avanzada y se habría considerado deserción frente al enemigo. Yo seguí adelante a trompicones, como buenamente pude... la verdad es que era casi imposible. Y de pronto lo vi. No había llegado muy lejos. Cuando lo alcancé, ni siquiera me miró. Siguió caminando como si tal cosa. Y yo caminé a su lado e intenté hablarle, y obviamente él no me escuchó. Así que lo aparté de la carretera de un empujón, y resbalamos por un terraplén y quedamos al borde de un cráter. Siempre hay gas residual en el agua. Cuando te acercas, te escuecen los ojos. Él estaba amoratado. E intenté hablarle. Dijo: «Esto es una locura». Y yo contesté: «Sí, lo sé, pero todos tenemos que hacerlo». A continuación me limité a recitar nombres. De hombres de su sección. Y dije: «Ellos tienen que hacerlo. Así sólo conseguirás ponérselo más difícil». Al final se levantó y me siguió, como un cordero.

Manning se movió y cogió otro cigarrillo.

—Nos pusimos en marcha casi nada más volver. Las órdenes incluían palabras como «trincheras» y «posiciones de ataque». No había ninguna trinchera. La posición de ataque era una hilera de estacas con trozos de cinta blanca atada. Llegamos con retraso, y empezaba a clarear. Si no hubiéramos llegado tarde, habríamos pasado de largo ante ellos en la oscuridad. La «línea» era una fila de cráteres abiertos por los obuses, llenos de ese espantoso barro que succionaba. Y uno se agachaba detrás del borde, y...

esperaba. Avanzamos. No había fuego cercano, pero sí ametralladoras justo delante en lo alto de la pendiente. Muchas bajas. Muchas, y sin la menor esperanza de recuperarlas. Los camilleros tardaban un par de horas en recorrer unos cien metros. Así que allí estábamos, agazapados en otra fila de orificios abiertos por los obuses exactamente igual a la primera. Y el caos era absoluto. Cuando remitió un poco, intenté ir a rastras de un agujero a otro. Tardé una hora en recorrer la distancia entre dos agujeros. Y en el otro agujero encontré a cuatro hombres, ninguno de ellos herido, y pensé, gracias a Dios, y de pronto uno de ellos dijo: «¿Dónde está Scudder?» En fin, yo no podía hacer nada al respecto. No podía moverme, el fuego de artillería era muy intenso. Y de pronto hubo un momento de calma, y oímos un grito. Parecía venir de un cráter situado un poco más atrás, no muy lejos, y a rastras fuimos hasta allí y encontramos a Scudder.

»Había resbalado o lo había lanzado una explosión terraplén abajo. Más bien lo segundo, sospecho, porque estaba muy adentro. El barro lo cubría ya hasta el pecho. Intentamos sacarlo, pero ni siquiera formando una fila y tendiéndole un fusil conseguimos llegar a él. Sólo rozaba la culata con las yemas de los dedos, pero tenía las manos resbaladizas por el barro y se le escapaba una y otra vez. Comprendí que si seguíamos intentándolo, alguien más resbalaría y quedaría atrapado. Y Scudder era presa del pánico y... nos suplicaba que hiciéramos algo. Nunca he visto nada parecido a su cara. Y la situación se prolongaba y prolongaba. Y él se hundía cada vez más, pero muy despacio. Supe qué tenía que hacer. Puse a los hombres en fila y dije a Scudder que íbamos a intentarlo otra vez, y mientras él miraba a los otros, yo rodeé sigilosamente el cráter hasta el otro lado y disparé. –Manning cerró los ojos–. Fallé. Y eso fue horrible, porque entonces él supo ya qué ocurría. Disparé de nuevo, y esta vez no fallé.

»Pasamos allí el resto de la noche, en aquel agujero. Todo era muy extraño. Ya me entiende, no creo que ninguno de los hombres hubiera dicho: «No ha hecho bien. Debería haberlo dejado morir lentamente». Y sin embargo nadie quería hablar conmigo. Mantenían las distancias.

Un largo silencio.

–Su madre me escribió al hospital. Para darme las gracias. Al parecer,

Scudder le había escrito y le había dicho que yo lo trataba bien.

–Y así era –dijo Rivers con firmeza.

Manning lo miró y enseguida desvió la vista.

–Nos relevaron a la noche siguiente. Di el parte al cuartel general del batallón y expresaron un profundo malestar. Por lo visto, nos habíamos apartado de la línea. Los cráteres que ocupamos no eran los que nos correspondían. Estaban cenando, ternera y empanada de jamón y vino tinto, y de pronto caí en la cuenta de que no iban a ofrecernos ni una puta copa. Me acompañaba Hines, que apenas se tenía en pie. Así que me incliné sobre la mesa, cogí dos copas, le entregué una a Hines y dije: «Caballeros, por el rey». Y por supuesto todos tuvieron que ponerse en pie. –Se echó a reír–. Y salimos de allí escopeteados antes de que se les ocurriera la manera de presentar cargos contra un oficial por proponer el brindis de la lealtad. Tambaleantes, caminamos por aquella carretera riendo como dos colegiales. Aún reíamos cuando nos alcanzó el obús. A mí me pasó esto. Al pobre Hines... Me arrastré hasta él, y me miró a la cara y dijo: «Estoy bien, mamá». Y murió.

Rivers se revolvió en la silla. Estaba a punto de decir algo cuando oyó clarines en la calle.

–Descorramos las cortinas, ¿le parece? –propuso.

Retiró las tupidas cortinas, y la luz gris del amanecer inundó el despacho. Manning dio un respingo. Se levantó y se reunió con Rivers junto a la ventana, llegando a tiempo de ver un taxi pasar por el otro lado de la plaza. Rivers abrió las ventanas y los trinos de los pájaros llenaron el despacho.

–¿Sabe? –dijo Manning–, cuando Ross me contó que anunciaban el cese del ataque aéreo por medio de boy scouts con clarines que recorrían las calles en taxi, no me lo creí.

Observaron el taxi mientras abandonaba la plaza.

–Antes encontraba entrañables ciertos aspectos del comportamiento inglés. Ahora ya no.

Venía Sarah. Prior, animado ante esa perspectiva, caminaba por Bayswater Road en dirección a la estación de metro. Sólo cuando ya estaba en el vagón, mirando su reflejo en el cristal negro sin verlo, volvió a pensar en Spragge. No lo había visto cara a cara desde aquella noche en el parque, pero más de una vez había sospechado que lo seguía. Lo más probable era que se debiese a su estado de nervios. Se sentía realmente alterado, y aquel calor pegajoso, insufrible, no mejoraba las cosas. Las lagunas en la memoria iban a más tanto en duración como en frecuencia, y lo aterrorizaban.

Como el territorio aún por descubrir en los mapas medievales, dijo Rivers. «En lo ignoto, poned monstruos.» Pero una analogía mejor, por la afinidad con su propia experiencia, era la tierra de nadie. Recordaba haber contemplado un camino allá en Francia. El camino tenía un recodo. Y lo que se hallaba al otro lado del recodo quedaba oculto tras un seto alto. Al otro lado se extendía la tierra de nadie. Y más allá estaban las líneas alemanas, repletas de hombres como él. Hombres que comían, dormían, cagaban, se soplaban los dedos para aliviar el dolor del frío, acercaban la vela, forzaban la vista para releer cartas que ya se sabían de memoria. Eso lo sabía, todos lo sabían. Sólo que era imposible creerlo, porque el camino conducía a un país al que no se podía ir, y esa prohibición significaba únicamente que todo más allá de ese punto era amenazador. Siniestro.

Algo en el aire sin vida del metro propiciaba pensamientos morbosos. Una vez arriba, en la calle, al respirar el aire relativamente fresco con olor a carbón de King's Cross, volvió a animarse. «Por favor, Dios mío –pensó–, nada de lagunas mientras Sarah esté aquí.»

Azorado por la emoción, esperó junto a la barrera. El tren se detuvo, gruñó, resopló, eructó, calló gradualmente con sucesivos murmullos de descontento, y por último se abrieron las puertas a todo lo largo y los pasajeros empezaron a salir. La pura emoción de saber que iba a verla le impidió verla, y por un aterrador momento todas las mujeres en el andén eran Sarah. De repente se le despejó la cabeza, y había allí una sola mujer, que avanzaba derecha hacia él.

La estrechó y, levantándola del suelo, giró con ella en brazos. Cuando por fin la dejó de nuevo, se miraron a los ojos. Él observó su piel amarilla, las profundas ojeras, el contorno de pelo rojizo que no era su color natural, sino efecto de las sustancias químicas con las que trabajaba.

–¿Y bien? –preguntó Sarah.

–Estás guapísima. Pero tú siempre lo estás.

Prior cogió la maleta y guió a Sarah hacia la parada de taxis.

–¿No podemos ir en metro? –preguntó ella, deteniéndolo.

Él pareció sorprenderse.

–Nunca he ido en metro –insistió ella.

Al cabo de un momento se le iluminó el rostro al posar los pies en la escalera descendente. En su excitación, fue incapaz de hablar hasta que, ya en el vagón y después de parar en varias estaciones, empezó a remitir la sensación de novedad que experimentaba al avanzar a toda velocidad en una cápsula iluminada a través de túneles oscuros. Llegado ese punto, se volvió hacia él y dijo:

–Se te ve un poco cansado. ¿Estás bien?

–Es el calor –contestó Prior–. No estoy durmiendo bien.

–Esta noche sí dormirás.

Él sonrió.

–Tenía la esperanza de no dormir en toda la noche.

Pero eso era demasiado directo. Sarah sonrió también pero apartó la mirada.

–¿Cómo está tu madre?

–Igual. La tienda no va muy bien. Hoy día no hay demanda para los objetos de segunda mano.

–¿Y qué hay del Elixir del Doctor Lawson, el Remedio Soberano para las Oclusiones y Obstrucciones Femeninas? Me juego algo a que se vende como rosquillas.

–Uy, qué va. Hoy día las mujeres se apañan con consoladores de tres al cuarto.

–¿Ah, sí? –preguntó Prior inocentemente.

Ella sonrió y al final soltó una carcajada.

–¿Cómo fue el viaje a casa? –preguntó Sarah al cabo de un rato.

–No estuvo mal. Vi a algún que otro viejo amigo.

–¿Le hablaste de mí a tu madre?

Él vaciló.

–No le hablaste –adivinó ella.

–Preparé el terreno.

–Billy, crees que no le caeré bien, ¿verdad?

Prior sabía que no le caería bien. Tenía una clarísima idea de la clase de chica con que su madre quería que se casara: una de esas chicas de piel verde, sin pecho, que llevaban blusas de batista blancas y siempre se acordaban de coger el pañuelo. Abundaban en el ministerio. Lo extraordinario era que él ciertamente las encontraba atractivas, aunque no como él querría. Despertaban los demonios que moraban en él, con la misma certeza que hacer el amor con Sarah los adormecía.

–No es eso –contestó.

–¿Ah, no? –Sarah sonrió, y él se dio cuenta de que a ella en realidad le daba igual–. ¿Y tu padre?

–A él no le cuento nada.

–¿Crees que a él le caería bien?

Prior no se había detenido a pensarlo. En cuanto se lo planteó, supo que a su padre sí le caería bien, y él le caería bien a ella. Sarah no vería con buenos ojos ciertos comportamientos de aquel viejo cabrón, pero haría buenas migas con él. De inmediato la idea de llevarla a casa le atrajo aún menos.

–Habrà tiempo de sobra para eso –dijo.

Cuando bajaba con ella por la escalera del sótano, se avergonzó de los cubos de basura llenos a rebosar y del olor, pero no tenía por qué preocuparse. A Sarah le encantó el piso. Prior comprendió, mientras la llevaba de habitación en habitación, que podía haber sido el doble de oscuro, el doble de sofocante, y ella habría quedado igual de complacida. Durante dos días y dos noches, ésa sería su casa, la casa de ambos, y era eso lo único que importaba.

Sarah concluyó el recorrido sentándose en la cama individual del dormitorio, botando en ella con toda naturalidad para probar el colchón. Luego alzó la vista y descubrió que él la observaba, y una llamarada de rubor se extendió por su cara, desterrando el tono amarillo de la piel. A él se le cortó la respiración. Tragó saliva.

–Si quieres lavarte o bañarte, es esa puerta.

–Sí, yo...

–Voy a por una toalla.

Prior a veces habría deseado no saber cómo se sentía uno cuando lo manoseaban, cuando se le abalanzaban encima antes de estar preparado. Mientras sacaba una toalla del armario de oreo, oyó abrirse la puerta del cuarto de baño y enseguida notó los brazos de Sarah rodearlo y cerrarse en torno a su pecho. Ella hundió la cara entre sus hombros, apoyó la boca contra su columna vertebral.

–¿Sientes esto? –preguntó Sarah, y empezó a gruñir, con un sonido grave, y su aliento hizo vibrar la columna y las hendiduras del pecho de Prior.

Él la apartó con delicadeza.

–Debes de estar cansada.

Ella se rió, y él sintió su risa en los huesos.

–No demasiado cansada.

Sí se dieron un baño, al final. Después, tendidos en la cama, ella le recorrió las costillas con las yemas de los dedos, apoyada en un codo, cubriéndolos a ambos con su pelo.

–¿Sabes qué parte de los hombres me gusta más? –preguntó a la vez que bajaba el dedo.

–¿De los hombres? –Ahuecando las manos en torno a la boca, habló en dirección al pasillo—. ¿George? ¿Albert? ¿Estáis ahí?

Ella sonrió, pero insistió.

–Esta parte. –Deslizó el dedo por la concavidad situada debajo de las costillas y luego vientre abajo.

–¿Ahí?

–Sí.

–¿Eh? ¿Eh? –dijo Prior, empujando la cadera hacia arriba.

–Ah, esa otra.

–¡Cómo que «esa otra»! –Intentó incorporarse, pero desistió cuando ella se desplazó hacia los pies de la cama y se metió su pene flácido en la boca.

Sarah alzó la vista y sonrió.

–Tampoco está mal.

–Mírala, ahora mismo da pena verla.

–No puedes esperar milagros.

Prior cerró los ojos.

–Si sigues haciendo eso puede que consigas uno.

Inclinado sobre ella, observando la boca dilatada, los ojos entornados, la cabeza hacia atrás hasta que la columna vertebral parecía a punto de partirse, recordó otros rostros. Los moribundos tenían ese mismo aspecto.

–¿Qué hacemos? –preguntó él—. ¿Tienes hambre?

–La verdad es que no.

–Podemos ir a Oxford Street. Ver tiendas.

–No muestres tanto entusiasmo.

–O a Kew.

–¿Tú qué quieres hacer?

–Kew, creo. El buen tiempo no durará, y mañana podemos dedicarnos a actividades bajo techo.

–¿Más aún? Vas a agotarme.

–Otras actividades.

–Ah.

Ya en los jardines, pasearon sin rumbo, más interesados el uno en el otro que en las plantas. Conforme avanzaba la tarde, el calor apretó hasta que empezó a verse un resplandor metálico en el cielo, como si se hubiera abierto la puerta de una caldera. Aun así siguieron paseando, acompasando sus andares, y casi no se dieron cuenta cuando sus sombras enlazadas se atenuaron y se desvanecieron sobre la hierba.

Al notar las gotas de lluvia en el rostro, salieron de su ensimismamiento. Aturdidos, miraron alrededor. La lluvia arreció, azotándoles la cabeza y los hombros. En menos tiempo de lo que parecía posible, el cabello de Sarah colgaba en mechones oscuros de color castaño rojizo y las mangas de su blusa eran ya transparentes. Prior miró alrededor en busca de refugio, pero sólo vio unos árboles. Se encaminaron hacia allí y se quedaron debajo, pero ofrecían escasa protección. La lluvia descendía a chorros por los troncos y traspasaba las hojas hasta caer en sus nuca.

Sarah empezaba a tiritar. Prior no sabía dónde estaban. Vio un falso templete griego en un montículo cubierto de hierba, pero estaba expuesto al viento. De sus anteriores visitas recordó la Casa de la Palmera, donde seguro que no haría frío. Ése sería el sitio ideal si conseguía localizarlo. Dedujo dónde se hallaba la entrada principal, y le pareció recordar que desde allí había que doblar a la izquierda.

–Creo que deberíamos echarnos a correr –dijo–. Esto no va a parar.

Corrieron por los charcos, con la cabeza gacha, rodeando Prior a Sarah con el brazo. Riachuelos lodosos, desaguados de los arriates, discurrían por los senderos. Sarah rechazó la guerrera que Prior le ofreció y lo sobrellevó todo dignamente, empapada, con la falda metida entre las piernas, la blusa transparentándose, el pelo desgreñado, la piel resplandeciente, dando unas zancadas que habrían rebasado montañas. Había decidido disfrutarlo, dijo.

El lago era un tumulto de burbujas y círculos en plena explosión, tan turbulento que no reflejaba el cielo negro como la tinta. Corrieron los últimos

metros y entraron en la Casa de la Palmera. Prior sintió un efecto ondulante en la cara y el cuello, e inmediatamente después una desagradable oleada de calor húmedo. Empezó a toser. Sarah se volvió hacia él.

–¿Esto no te sentará mal en el pecho?

–No –contestó, irguiéndose–. De hecho, es idóneo.

Los pasillos estaban abarrotados, tanto que era difícil moverse. Los rodeaba un espeso follaje verde que se elevaba hasta el deslumbrante techo de cristal. Olía a tierra húmeda, al goteo de las hojas en un continuo hilillo de agua, y en algún lugar cantaba un mirlo atrapado. Pero conforme se adentraron en el gentío, fue el olor a humanidad lo que se impuso: ropa húmeda, pelo mojado, piel vaheante.

Prior cogió a Sarah por el brazo y señaló la pasarela en lo alto.

–Vamos, habrá menos gente.

Tuvo la vaga corazonada de que allí arriba también habría más aire, porque a pesar de lo que le había dicho a Sarah, el ambiente le resultaba opresivo. Sarah lo siguió despacio, interesada en ver las plantas. Le tiró del brazo y le señaló una flor con unos estambres extraordinariamente rosados de aspecto fálico.

–¿No es hermosa?

–¿Pensaba que lo tuyo eran los costillares?

–No los costillares. El...

Prior se echó a reír y la atrajo hacia sí. Se hallaban al pie de la escalera de caracol. Ella le deslizó la mano entre las piernas y frotó.

–Podría convertirme.

Él la estrechó más aún, hundiendo la boca en su pelo mojado, dirigiendo la mirada por encima de su cabeza sin fijarla en nada. De pronto registró la presencia de una silueta conocida. La mancha desdibujada cobró forma, y a través de las ramas de una planta alta con agujeros en las hojas vio la cara de Lionel Spragge. Era inconfundible. Se miraron a través del follaje, a una distancia no superior a un metro o dos. De pronto Spragge se dio media vuelta y se abrió paso entre la muchedumbre, que lo engulló.

Sarah alzó la vista.

–¿Qué pasa?

–Vamos arriba.

Prior le cogió la mano y tiró de ella hacia la escalera. Mientras subían, miraba hacia abajo en cada giro, a través de las hojas verdes de la enramada, escrutando las cabezas y los hombros, hasta que por fin ya no parecían personas individuales. A medida que ascendían, el golpeteo de la lluvia en el techo de cristal era más ruidoso. Las ventanas estaban empañadas, y una luz blanca vaporosa y difusa lo bañaba todo. Observó la resplandeciente enramada, y luego los pasillos, buscando los hombros anchos y la cabeza cuadrada de Spragge. Varias veces le pareció distinguirlo mientras Sarah y él recorrían la pasarela, pero en ninguna ocasión llegó a estar del todo seguro. Al principio Sarah emitía exclamaciones al ver las distintas formas y estructuras de las hojas, que eran ciertamente hermosas, como él reconocía tras una expeditiva ojeada. Luego, notándolo ausente, ella fue sumiéndose poco a poco en el silencio.

«Debería haber hablado con él», pensó Prior, aunque no tenía ni idea de qué habría podido decirle. No obstante, el hecho de haberlo eludido, por alguna razón, revestía el encuentro de cierto carácter alucinatorio. Volvió a mirar hacia abajo, y esta vez habría sentido alivio si hubiera visto moverse allí la cabeza cuadrada de Spragge.

Notó que Sarah lo observaba y, en un intento de actuar de manera más natural, frotó el cristal para eliminar la condensación y mirar afuera.

–Oye, creo que para esto lo mismo podríamos largarnos corriendo. – Había empezado a sentirse al descubierto, allí por encima de las hojas, bañado todo por la luz blanca. Abajo, entre la multitud, Spragge sólo tenía que alzar la vista y mirar a través de un hueco entre el follaje para verlo, claramente iluminado bajo la luz blanca de la bóveda.

–Sí, de acuerdo –dijo Sarah.

Parecía desconcertada, pero dispuesta a acceder a cuanto él propusiera. Sin embargo no era tonta, su Sarah. Prior tendría que darle alguna explicación.

Otros habían decidido también salir de allí desaladamente. Unas cuantas mujeres con las faldas pesadas de tan embebidas de agua corrían con movimientos rígidos hacia la verja principal.

–¿Puedes correr? –preguntó Prior.

Un amago de sonrisa.

–¿Y tú?

Buena pregunta. Para cuando llegaron a la estación de metro, él jadeaba más que ella. Con la mano en el costado, recordó las palabras de Spragge: «Estaba detrás de usted en el andén». De pronto no le apeteció coger el metro. No le apeteció estar encerrado.

–Oye, tengo una idea mejor –sugirió–. ¿Por qué no vamos por el río? Si nos bajamos en el puente de Westminster, podemos ver la Abadía.

Cuando llegaron al embarcadero, el barco ya estaba amarrado y empezaba a llenarse. En el último momento, cuando el motor ya palpitaba, subió a bordo una muchedumbre de personas, entre ellas un grupo de colegialas. Prior se levantó y cedió su asiento a una de las profesoras.

–Te traeré un té –susurró a Sarah, y se fue al bar.

Mientras esperaba su turno, el rugido cobró intensidad, el agua del río se agitó, y comenzaron a desplazarse hacia el centro del cauce. Cogió el té, se lo llevó a Sarah e intentó beber el suyo, pero le costaba mantenerse en equilibrio en la cubierta ladeada, así que se apartó de Sarah y fue a colocarse en el umbral de la puerta que comunicaba la zona techada de la cubierta con los bancos al aire libre de la popa. Incluso eso estaba atestado, y de hecho ya casi había parado de llover. De vez en cuando se vislumbraba un sol blanco a través de un tenue velo de nubes.

En el primer banco, un grupo de obreros jubilados londinenses reía y bromeaba por todo, en un intento de poner buena cara al mal tiempo. Un poco más atrás ocupaba el extremo del tercer banco un individuo de hombros anormalmente anchos. Se parecía a Spragge, pero era difícil saber si era él porque llevaba sombrero y no miraba hacia Prior. Éste alargó el cuello para ver el perfil de su cara. Era Spragge. Por fuerza tenía que serlo. Sin embargo no estaba seguro. Percibió algo extraño en cómo evitaba volverse, en cómo evitaba moverse. Avanzando poco a poco junto a la barandilla hacia él, Prior tomó conciencia de la lentitud de sus propios movimientos, como si anduviera a través de una masa de pegamento. Se vio a sí mismo, en su imaginación, aproximarse hasta el hombre, tocarle el hombro, y esperar a que

se volviera, y la cara que se volvía hacia él... era la suya propia. Se sentó, quedándole los ojos a la altura de la barandilla, de la que pendía una hilera de relucientes gotas de lluvia. Alargó el brazo y, con la yema del dedo índice, las destruyó una por una. La incomodidad que sintió al correrle el agua por debajo del puño de la camisa lo devolvió a la realidad. Volvió a mirar. Podría ser Spragge o podría no serlo, pero desde luego no se parecía en nada al propio Prior. La poderosa y brutal mole de la cabeza y los hombros era tan distinta de su propia complexión menuda como podían serlo dos físicos, y sin embargo, cuando se levantó y empezó a avanzar, sintió que observaba la parte de atrás de su propia cabeza. Respirando hondo, contempló a través de los balaustres el río marrón, crecido y sinuoso, obligándose a seguir con la vista ramas y hojas aisladas que flotaban en la superficie, fijándose en las distintas corrientes de agua, que confluían y se separaban, que se ondulaban como músculos bajo la piel. Se aproximaban a otro puente. Se tranquilizó, se acercó al individuo y le tocó el hombro.

Ver el rostro de Spragge fue un alivio. Tanto, que la ira tardó unos segundos en aflorar.

—¿Qué demonios hace aquí?

—Volver a Londres. ¿Y usted?

Parecía sinceramente sorprendido, pero Prior había captado el amago de risa en su voz. Spragge había levantado la voz más de lo necesario, actuando en atención al pequeño público de jubilados, y el público más amplio formado por la gente sentada en los bancos de detrás.

Prior bajó la voz.

—¿Está siguiéndome?

—¿Siguiéndole? —Otra vez a voz en cuello—. ¿Por qué iba yo a hacer eso?

Declamaba como un actor de poca monta en un espectáculo de variedades, tratando de mostrarse ofendido en su inocencia. No transmitía la impresión de alguien que había decidido representar un papel como parte de una posible respuesta a una situación, sino de alguien que no podía *no* representar un papel. Uno tenía la sensación de que ese hombre representaría un papel incluso delante del espejo del baño. De que si uno alguna vez conseguía arrancarle la máscara, detrás no habría cara. Prior sintió una súbita

repugnancia.

–Si está siguiéndome –dijo–, le...

–Sí, ¿qué me hará? –Spragge esperó, como si la respuesta le interesara sinceramente–. ¿Avisará a la policía? ¿Exigirá que me detengan? No es ilegal ir a Kew. –Sonrió–. Una chica guapa –comentó, señalando con el mentón hacia la proa. Y luego se llevó las manos ahuecadas al pecho.

–Como se acerque a ella, le parto el puto cuello.

Spragge se rió, temblándole los carrillos. Le dio una palmada en el pecho a Prior con gesto jovial.

–Tranquilo –dijo.

Prior volvió a sentarse y, tras dirigir sólo un vistazo a los jubilados y una parca sonrisa, contempló el río.

En algo que no se movía, en algo demasiado estable para ser un barco. Unas manos, salpicadas de motas de color violeta y verde, se deslizaban por madera pulida. Y de pronto volvió en sí, y tenía la mirada fija en una ventana compuesta por fragmentos de luz violeta y verde. Buscó a Sarah y no la vio. Presa del pánico, se levantó de un salto y empezó a buscar por la Abadía, apartando a los turistas, dejando un rastro de miradas hostiles.

Por fin la encontró, de pie ante la efigie de un obispo del siglo XVIII, acariciando el terso mármol. Un haz de sol había encontrado los destellos rojizos de su pelo.

Sarah alzó la vista cuando él, sin aliento, se acercó.

–¿Ya has vuelto?

La pregunta era tan pertinente que Prior enmudeció. Por un momento pensó: «lo sabe». Y de inmediato rechazó la idea. Claro que no lo sabía.

Volvieron a casa en taxi. Prior pensó en Spragge, porque le daba miedo pensar en cualquier otra cosa. Lo que lo indignaba era la idea de que Spragge pudiera haber visto aquel nimio acto de intimidad en la Casa de la Palmera cuando Sarah se acercó y le frotó la polla a través de la tela áspera del pantalón. Un buen momento. En la aglomeración de gente mojada, sudorosa, vaheante, estaban solos, y de pronto la cara de Spragge asomó entre las hojas.

¿Lo había visto? Seguramente. Prior era consciente de que experimentaba una sensación de desprotección casi excesiva, de violación incluso, como si lo hubieran visto con el culo al aire en medio del propio acto sexual.

El taxi se sacudía y bamboleaba. Comenzó a aflorar un recuerdo que aparentemente no tenía nada que ver con los sucesos de esa tarde. Enfermo de asma, iba cogido de la mano de su padre. ¿Adónde debían ir? Su padre nunca lo había llevado a ningún sitio, se avergonzaba de aquel canijo que misteriosamente había surgido de sus entrañas. Tal vez su madre estaba enferma. Sí, eso era.

Se habían sentado en un banco en algún sitio, y una mujer le llevó limonada. Limonada de verdad, había dicho su padre con orgullo –pero ¿por qué con orgullo?–, no ese líquido embotellado con gas. También había jalea de lima, con gominolas en forma de bebé en su interior. Mientras él se la comía con remilgo, su padre y la mujer se fueron al piso de arriba. Oía voces procedentes de la ventana abierta situada por encima de su cabeza. «El niño, Harry.» Luego la voz de su padre, pastosa y atropellada. «No te preocupes por él. Si se jala todo eso no tendrá mucho de qué quejarse.»

Jalarse todo eso no fue fácil. Le encantaba la jalea, pero detestaba las gominolas en forma de bebé, sobre todo por la manera en que se las comía la gente: mordisqueaban primero los pies, luego la cara, y después arrancaban la cabeza de un bocado y daban la vuelta al cuerpo decapitado para exhibir la reluciente herida abierta. Se planteó la posibilidad de comerse sólo la jalea y dejarlos, liberándolos de su prisión trémula, pero sabía que eso no podía hacerlo. Aquella jalea se había preparado expresamente para él –no era comida de adultos– y su padre se enfadaría. Así que se obligó a tragárselos, uno por uno, engulléndolos enteros, con la mirada fija en los árboles para no tener que pensar en lo que hacía. Aun así, tuvo arcadas una o dos veces, se le humedecieron los ojos, mientras arriba los pastosos susurros iban y venían y los muelles de la cama chirriaban.

De camino a casa, su padre había dicho, como quien no quiere la cosa: «Mejor que no se le cuentes a mamá». Y luego lo cargó a horcajadas sobre los hombros y así lo llevó hasta casa, calle arriba a la vista de todo el mundo, sus robustas manos en torno a los muslos pálidos y delgados de su hijo. Por

una vez el niño llegó a casa con una sensación triunfal. Y no se lo contó a su madre, pese a que, de pie junto a su lecho de enferma, escuchó a su padre describir una visita al parque. Lo habían invitado a sumarse a la gran conspiración. Incluso a los cinco años reconoció el valor de aquello. No iba a poner en peligro futuras salidas contándoselo a ella.

Esa noche se despertó, afiebrado y pegajoso, sabiendo que iba a vomitar. Empezó a llorar y al cabo de largo rato su padre entró dando tumbos y golpeándose los dedos de los pies antes de encontrar la luz. El niño fijó la mirada en él, aquel hombre enorme, inclinado sobre la cama. De pronto las gominolas en forma de bebé regresaron, saliendo lentamente de su boca – intactas, o casi–, mientras su padre, allí de pie, observaba boquiabierto.

Debió de ser todo un espectáculo, pensó Prior mientras ayudaba a Sarah a apearse del taxi y se volvía para pagar al taxista. Como ver dar a luz a un caballito de mar.

Ya en el piso, encendió el fogón de gas y preparó dos tazones de té fuerte y azucarado mientras Sarah se quitaba la ropa mojada. Volvió envuelta en la bata de él, tiritando. La sentó entre sus rodillas y le secó el pelo con una toalla.

–¿Te acuerdas de eso que decías sobre la parte que más te gustaba? Para mí, es tu pelo –dijo, sintiendo que la lengua, espesa y torpe, se le trababa entre los dientes–. Fue lo primero en que me fijé. Las distintas tonalidades.

–Ya me lo dijiste –contestó ella, volviéndose–. Y no hace falta que lo pintes tan romántico. En realidad estabas preguntándote de qué color lo tenía ahí abajo. ¿O no?

Él sonrió.

–Sí.

Sentados, se tomaron el té.

–¿Qué? ¿Vas a contármelo?

–Sí. –Cogió dos mechones de pelo y les dio un tirón–. Pero es peor de lo que crees. Antes necesito que tú me cuentes a mí qué ha pasado.

–¿Cuándo?

–En el barco.

Ella abrió los ojos de par en par, pero no discutió.

–Le has dejado el asiento a aquella mujer y me has traído un té. Luego te has marchado y te has quedado junto al bar. No he visto qué ha pasado en ese rato, yo miraba la orilla. Entonces ha salido el sol, y unas cuantas niñas han ido a la cubierta y esa mujer ha pensado que convenía ir a vigilarlas. Así que cuando has vuelto, el asiento a mi lado estaba libre. Te he preguntado cuál era el puente bajo el que pasábamos y no has contestado. Me he dado cuenta de que habías entrado en uno de esos estados tuyos, así que te he dejado a tu aire. Luego, cuando hemos desembarcado, el hombre de la Casa de la Palmera esperaba en lo alto de la escalera. Ha dicho algo sobre mí, la verdad es que no he oído qué exactamente, y tú le has dado un puñetazo. Él se ha vuelto contra ti, y tú has levantado el bastón y era evidente que ibas a romperle la crisma, así que ha retrocedido. Ha cruzado el puente, y tú me has agarrado y me has llevado a rastras a la Abadía. Yo repetía una y otra vez «¿Qué pasa?». Como no recibía respuesta, he pensado: a la mierda. Y me he ido a ver cosas por mi cuenta. –Esperó–. ¿Vas a decirme que no recuerdas nada de eso?

–Recuerdo el principio.

–¿No recuerdas haberle pegado?

–No.

–¿Quién es?

–No importa.

–Sí importa.

–No tiene nada que ver contigo.

A Sarah se le demudó el semblante.

Tras apartarse, Prior dijo:

–No, oye, no quería decirlo en ese sentido. –Hundió la cabeza entre las manos–. Si quieres te lo contaré todo sobre él, pero ésa no es la parte importante. Lo importante es que no puedo recordar.

–¿Te ha pasado antes?

–Viene pasándome desde hace, esto... dos meses.

Prior vio que Sarah se sumía en sus cavilaciones, procurando minimizar

la trascendencia de aquello.

–Pero ya perdiste la memoria otra vez, ¿no? O sea, me contaste que cuando volviste de Francia no te acordabas de nada. –Adoptó un tono de censura–. Te has dejado llevar, eso has hecho.

–Oye, necesito que me hables de ello. –Procuró emplear un tono despreocupado–. Eres la primera persona que conoce a ese otro.

–¿«Ese otro»? Pero si ése eres tú, ¿o no?

Prior negó con la cabeza.

–No lo entiendes. –De pronto se levantó y cogió un papel del cajón superior del aparador–. Mira.

Sarah bajó la vista y leyó: «¿Por qué no dejas en paz mis putos puros?»

–Encontré unos puros en mi bolsillo. Los tiré.

–Pero ésta es tu letra.

–Sí. Viendo esto, ¿cómo voy a considerar que ese otro soy yo?

Sarah se quedó pensando por un momento.

–Cuando he dicho que eras tú, no me refería a... lo evidente. Me refería... me refería a que te he reconocido en ese estado. ¿Recuerdas la primera vez que salimos juntos? Aquel día en la playa.

–Sí, cla...

–Bien, pues entonces estabas así. Odiabas a todo el mundo. En el tren se te veía bien, pero en cuanto llegamos a la playa, no sé qué pasó, te distanciaste de mí, y me era imposible acceder a ti. Percibía el odio que desprendías. Era como si todo aquel que no hubiese estado en Francia fuese morralla. Pues así estabas en el barco. Y cuando estás en ese estado de ánimo no hay quien te hable. Simplemente desprecias a todo el mundo. –Vaciló–. Incluso a mí.

–No es un estado de ánimo, Sarah. La gente recuerda los estados de ánimo.

En la cama esa noche, enroscado en torno a ella, le besó la columna, con delicadeza, para no despertarla, desplazando los labios de vértebra en vértebra.

Eran como pasaderas dispuestas en un río para acceder a la cordura.
Pero al cabo de dos días ella se iría.

Sarah se marchó temprano el lunes por la mañana. Se abrazaron junto a la barrera en King's Cross, aspirando efluvios de carbón, y no se dijeron adiós.

Prior trabajó hasta tarde, postergando el momento de enfrentarse al piso vacío. De camino a casa se repitió una y otra vez que no lo pasaría tan mal, al menos no tanto como preveía.

Lo pasó peor.

Vagó de habitación en habitación, buscando huellas de Sarah, intentando convencerse de que un ahuecamiento en el cojín del sofá era el lugar donde ella había apoyado la cabeza. Se sentó y puso allí su propia cabeza, pero eso sólo le proporcionó una perspectiva más dolorosa desde la que observar el vacío de la sala.

«Ya se me pasará», se dijo.

No se le pasó.

Adoptó la costumbre de pasear por las calles de noche con la intención de cansarse lo suficiente para dormir. Londres de noche lo fascinaba. Recorría las aceras mirando los topónimos: Marble Arch, Piccadilly, Charing Cross, Tottenham Court Road. Todos esos lugares habían dado nombre a trincheras. Y poco a poco, mientras recorría las calles de la ciudad nocturna, esa otra ciudad, el laberinto inimaginable, crecía en torno a él, sus paredes de sacos de arena blanquecinos a la luz de una bengala, hasta que algún suceso azaroso,

un papel arrastrado por el viento en la acera, la risa de una muchacha, lo llevaban a tomar conciencia de dónde se hallaba.

Recibió una carta de Sarah y la dejó en la repisa de la chimenea, bajo una figurilla de porcelana: una chica con la ropa agitada por el viento paseando un perro. Allí la vería en cuanto cruzara la puerta.

A menudo, en sus paseos nocturnos, pensaba en Spragge, y cuanto más pensaba en él, más lo desconcertaba. Su aspecto de borracho, sudoroso, desaliñado, inducía a pensar en un vagabundo, un hombre que daba tumbos por la vida, y sin embargo el esfuerzo requerido para vigilar el piso y seguirlo hasta Kew revelaba un considerable grado de persistencia. No tenía sentido.

Una explicación obvia era que trabajaba para Lode, pero esa posibilidad no acababa de convencerlo. El ambiente en la Unidad de Inteligencia era tal que continuamente se confundían las sospechas infundadas con la realidad. Ocurría lo mismo que en un cuadro engañoso que había visto una vez, una ilusión óptica donde una serie de escaleras parecía comunicar las distintas plantas de un edificio. Sólo muy gradualmente cayó en la cuenta de que esa perspectiva no tenía sentido, de que esas complejas escaleras no comunicaban nada con nada.

Su casera, la señora Rollaston, apareció ante su puerta con los brazos ante el pecho en esa postura que adoptan las mujeres cuando se sienten amenazadas.

—He pensado que le gustaría saber que vendrá alguien a ocuparse de los cubos. Ya sé que dije el lunes, pero no encontré a nadie.

Era evidente que eso era la continuación de una conversación.

Prior asintió y sonrió.

No recordaba haber hablado de los cubos en ningún momento con la señora Rollaston.

Tenía que ver a Spragge, pero la dirección en el expediente, tal y como descubrió en una acera arenosa de Whitechapel, barrida por el viento, ya no era la suya. La muchacha exangüe que se asomó desde el sótano, con un bebé lloriqueando en los brazos, dijo que vivía allí desde hacía un año, y que no, no sabía adónde se había marchado el anterior inquilino. Pero tal vez sí lo supiese la casera.

La casera, localizada en la acogedora barra de la taberna del barrio, confirmó que dicho inquilino se llamaba Spragge. Desconocía su actual paradero. ¿Sabía Prior que ésa era la misma taberna donde Mary Kelly había estado bebiendo la noche que el Destripador la mató? Ella había conocido a Mary Kelly tan bien como a su propia hermana... el corazón por un lado, el hígado por otro, los intestinos desparramados en el suelo... *en esa misma silla...*

Prior la invitó a un oporto con limón y la dejó con sus recuerdos. Era extraño, pensó, que perdurara la fascinación por el Destripador y sus tristes *cinco* víctimas cuando media Europa estaba matándose.

Seguía escapándosele el tiempo, no en largos periodos pero sí con frecuencia, quizá cuatro o cinco veces al día. Por la tarde, a menos que fuera a ver a Rivers, se quedaba en casa. Sabía que el piso no le hacía ningún bien, ni física ni mentalmente, pero temía aventurarse a salir porque eso parecía proporcionarle al *otro* más opciones. Era absurdo, naturalmente. El *otro* podía salir cuando quisiera, y salía, aunque a veces el único rastro era el olor a aire fresco en la piel de Prior.

Una mañana Lode lo mandó llamar.

–He pensado que debía anunciarle la buena noticia –dijo Lode–. Ya que hoy día no abundan. Han cogido a MacDowell.

Prior, perplejo, sintió un vahído, pero consiguió mantenerse inexpresivo.

–¿Ah, sí? ¿Cuándo?

–Hace unos días. En Liverpool. En casa de Charles Greaves. También han detenido a Greaves.

–Mmm. Bueno, eso sí es un avance.

–Buena noticia, ¿verdad?

Prior asintió.

–Verá –dijo Lode, observándolo con atención–. Antes creía que yo a usted lo entendía. Creía que sabía de qué pie cojea. –Esperó–. En fin. Volvamos al trabajo.

Prior se preguntó por qué habría interpretado esa tendencia de Lode a toquetearse y acariciarse el bigote como una señal de vulnerabilidad. Ahora ya no se lo parecía.

Pasaba mal las noches. Todavía tomaba somníferos, repitiendo a veces la dosis cuando la primera no surtía efecto. Rivers se lo desaconsejaba encarecidamente, pero él no hacía caso. Tenía que dormir.

Esa noche, profundamente dormido después de la segunda dosis, lo despertaron unos golpes en la puerta. El bromuro se adhería a él como pegamento. Incluso cuando consiguió levantarse de la cama, se sintió físicamente enfermo. Por un momento, mientras se ponía el pantalón y la camisa, pensó que quizá estuviera realmente enfermo. Seguía oyendo los golpes, hasta que de pronto cesaron.

Cabía suponer que quienquiera que fuese se había cansado y se había marchado. Prior se disponía a dejarse caer de nuevo en la cama cuando recordó que había dejado la puerta abierta. Menuda estupidez por su parte. Pero en ese piso sólo así conseguía hacer circular un poco de aire.

No quedaba más remedio: tenía que ir a cerrarla.

El olor a col podrida saturaba el pasillo. No habían limpiado el espacio en torno a los cubos pese a la promesa de la señora Rollaston. Prior avanzó a trompicones a la vez que se subía los tirantes.

La puerta estaba abierta. Asomó la cabeza. El cielo no presentaba el azul normal de una noche veraniega, sino un tono parduzco, como de mantequilla quemada. Volvió a entrar y cerró la puerta.

Cuando pasaba ante la sala de estar, oyó un movimiento.

Lentamente abrió la puerta entornada. Spragge estaba sentado en el sillón con las piernas separadas, imperturbable, sus gruesos dedos relajados sobre los muslos. Alzó la vista con una expresión avergonzada, un tanto estúpida. Avergonzada pero cerril.

–¿Y bien? –dijo–. ¿Para qué quiere verme?

–¿Siempre entra en las casas ajenas sin que lo inviten?

–Me ha parecido oírle decir que pasara. –No se molestó en mentir de modo convincente–. He supuesto que estaba aquí porque he visto la puerta abierta. Ándese con más cuidado. Podrían entrar a robar. –Una mirada alrededor dio a entender que no había nada de valor que llevarse.

Prior estaba furioso. No porque Spragge hubiera entrado sin invitarlo; era algo más profundo que eso, menos racional. Estaba furioso por la manera en que Spragge mantenía los dedos curvados sobre los muslos, unos dedos de aspecto inocente, con esa tonalidad rosada, cérea, propia de las salchichas muy baratas.

–Si quiere me levanto y vuelvo a llamar –dijo Spragge con una mueca burlona.

–Déjelo estar –contestó Prior, y se sentó–. ¿Qué quiere?

–¿Qué quiere usted?

Prior lo miró sin comprender.

–Es usted quien ha estado persiguiéndome a mí.

Spragge estaba borracho. Aunque lo disimulaba bien. Cuando hablaba, sólo se traslucía cierto exceso de precisión, una especie de irascibilidad en ebullición bajo la superficie,

–¿Le apetece una copa? –ofreció Prior.

–Sí, ¿por qué no?

Prior necesitaba tiempo para pensar, para decidir cómo abordar a Spragge. Fue a la cocina, donde guardaba el whisky. El problema era que detestaba a Spragge hasta tal punto que la manipulación necesaria le resultaba desagradable. Uno no manipulaba a la gente como Spragge. La aplastaba.

Llenó una jarra de agua y, en el repentino silencio que se produjo cuando apagó el grifo, oyó un movimiento en la habitación contigua. Un movimiento furtivo, le pareció. Se dirigió hacia la puerta sin pérdida de tiempo.

Spragge retiraba la carta de Sarah de debajo del adorno de la repisa de la chimenea. No, no la retiraba. *La dejaba.*

–¿La ha leído? –Prior irrumpió en la sala. Recordaba lo explícitas que eran las alusiones de Sarah al sexo entre ellos–. ¿La ha leído?

Spragge tragó saliva.

–Es mi trabajo.

–No debería haberlo hecho.

–Bah, por el amor de Dios –dijo Spragge–. ¿Cree que a ella le importaría? La vi en la Casa de la Palmera: prácticamente le sacó la polla del pantalón.

Prior cogió a Spragge por los antebrazos sin apretar apenas y le asestó un testarazo en la cara, percibiendo el satisfactorio contacto de la cabeza contra la nariz de Spragge y el crujido del cartílago. Spragge primero intentó apartarse, luego se desplomó hacia delante, manando sangre a borbotones, resoplando, llevándose inútilmente a la cara una mano temblorosa para restañar la hemorragia.

Prior trató de mantenerlo en pie, como un niño intentando accionar un juguete. Spragge retrocedió tambaleante y cayó contra la lámpara de pie, que, al volcarse, fue a parar encima de él. Se quedó allí tumbado, con los dedos extendidos sobre la nariz rota, y cuando intentó hablar, sólo farfulló.

Asqueado, consigo mismo en igual medida que con Spragge, Prior entró en la cocina, empapó en agua fría un paño y lo escurrió; regresó y se lo entregó a Spragge.

–Tenga, póngase esto.

Con una mueca de dolor y el rostro bañado en lágrimas, Spragge se aplicó el paño húmedo en la cara.

–Rota –consiguió decir.

Con un gesto vago señaló el paño, que estaba embebido de sangre. Prior lo cogió y fue a por otro. Miró el ruedo de grasa acumulada en la cintura de Spragge por encima del pantalón y se planteó propinarle un golpe de bota en los riñones. Pero no pudo, aquel individuo daba lástima. Lanzó el paño a Spragge y se sentó en la silla más cercana, temblando de ira, no apaciguado. Deseaba pelea y sin embargo ahí estaba, yendo de aquí para allá con ridículos paños como una jodida enfermera.

Al cabo de un rato Spragge empezó a llorar. Prior lo miró con estupefacta repulsión y pensó: «Dios mío, esto ya es demasiado».

–Vamos –dijo, y agarró a Spragge por la manga–. Fuera de aquí.

–No puedo andar.

–Le pararé un taxi.

Prior se calzó las botas y las polainas, regresó a la sala de estar y levantó a Spragge a tirones. Spragge se encaminó tambaleante hacia la puerta, medio por su propio pie, medio arrastrado por Prior. «Cabrón», pensó Prior mientras lo empujaba escalera arriba, pero su ira, ya amainando, daba paso a una sensación de soledad.

Avanzaron por la calle a trompicones, Spragge apoyando todo su peso en Prior, como dos borrachos.

–¿Se da cuenta del problema en que me metería si me ven así? –preguntó Prior.

Los dos primeros taxis pasaron de largo. En el aire parduzco el rostro de Spragge se veía sucio pero no tan perceptiblemente ensangrentado como en el piso. Se detuvo, con un ligero balanceo, ajeno al ruido y el calor, a la gente que pasaba, a las caras sudorosas. Era evidente que se recreaba en su amargura, acarreándola de aquí para allá como una copa demasiado llena.

–Lode me ofreció un pasaje a Sudáfrica. ¿lo sabía? Todos los gastos pagados.

–¿Irás?

–Es posible. –Miró alrededor, y la amargura se desbordó–. Aquí todo es una mierda.

Prior recordó que había detalles que necesitaba conocer.

–¿Le indicó Lode que me siguiera?

–Sí.

–¿Me seguía cuando fui a ver a Hettie Roper?

–No, allí no.

O bien Spragge era mejor actor de lo que le había parecido hasta el momento, o bien decía la verdad. Spragge agitó la mano y llamó a gritos:

–¡Taxi!

El taxi se detuvo unos pasos más adelante.

–Necesitaré dinero –dijo.

Prior hundió las manos en los bolsillos del pantalón.

–Tome, aquí tiene.

Spragge se agachó y dijo:

–Marble Arch.

No tenía intención de dar una dirección en presencia de Prior.

–Seguro que sí me siguió –afirmó Prior–. Fue usted quien informó a la policía del paradero de MacDowell.

Spragge alzó la vista desde el interior en penumbra del taxi.

–No fui yo, jefe. –El tono era irónico, indiferente–. Según Lode, fue usted.

En el hospital Empire, Charles Manning observó el tablero de ajedrez y delicadamente, con la yema del índice, derribó el rey negro.

–Tú ganas –dijo–. Una vez más.

Lucas sonrió, y señaló por encima del hombro de Manning a un hombre con uniforme militar que acababa de aparecer en la puerta de la sala.

Manning se levantó. Por un segundo es posible que experimentara un asomo de miedo. Tal vez fuera exagerado llamarlo miedo, pero desde luego Manning no se sintió cómodo pese a que, como de costumbre, lo disimuló y, en una imitación de calma aprendida no sin esfuerzo, se encaminó hacia Prior y le tendió la mano.

–Vaya –dijo–, esto sí es una sorpresa.

–¿Cómo estás?

–Cada vez mejor. Vamos a mi habitación.

Manning charló relajadamente mientras avanzaban por el pasillo.

–Es un tipo increíble. ¿Sabes que no recuerda los nombres de ninguna de las piezas? Pero hay que ver cómo juega.

La habitación de Manning, con un jarrón de rosas en la mesilla de noche y un libro de vivos colores amarillo y rojo boca abajo en la cama, resultaba agradable.

–Un nombre que sin duda conocerás –dijo Manning, y cogió el libro.

Prior leyó el título, *Contraataque*, y el nombre del autor, Siegfried Sassoon.

–Debiste de coincidir con él en Craiglockhart –añadió Manning.

–S-sí. Aunque no sé hasta qué punto eso es un lazo, la verdad. –Prior cerró el libro y lo dejó en la mesilla de noche junto a una fotografía de la mujer y los hijos de Manning, la misma que había sobre el piano de cola en su casa–. Él detestaba aquel sitio.

–¿Ah, sí?

–Sin duda, eso lo dejó muy claro. Y a la gente. Gente con los nervios destrozados, farsantes que simulan enfermedades, degenerados.

–En fin –dijo Manning, señalando una silla a Prior–, de un degenerado nervioso y simulador a otro... ¿cómo estás?

–Bien, creo. Tienen intención de cerrar la Unidad de Inteligencia, así que no sé qué va a pasar.

Manning sonrió.

–¿Querrás quedarte en el ministerio, supongo?

–No tengo especial interés.

–¿Ah, no? Bueno, eso podría ser un poco más complicado. Tengo un amigo en el Ministerio de la Guerra, Charles Moncrieff. No sé si lo conoces. El caso es que una de sus funciones consiste en seleccionar instructores para los batallones de cadetes. Ésa sería una posibilidad, ¿no?

Prior se inclinó.

–Espera un momento. No he venido aquí para lameros el culo ni a ti ni a tu puto amigo del Ministerio de la Guerra. Lo que pretendía decirte, si no tienes inconveniente en escuchar, es que quiero hablar contigo de algo.

–¿De qué?

–De quién. Una mujer, una tal señora Roper. Beattie Roper.

Manning se quedó perplejo.

–¿La señora Roper? ¿La Roper del complot del envenenamiento?

–Sí. –Prior sacó un expediente de su maletín–. Sólo que no es culpable.

Manning cogió el expediente.

–¿Quieres que lo lea?

–Lo he resumido. Sólo te llevará unos minutos.

Manning leyó con total concentración. Al terminar, alzó la vista.

–¿Puedo quedármelo?

–Sí, tengo una copia. También tengo copias de los documentos.

–¿Quieres decir que has hecho copias personales de expedientes del ministerio? –Manning apretó los labios—. Desde luego no te riges por las normas, ¿eh que no?

–Tú tampoco.

–Estamos en el mismo barco, ¿no? –Un tono más duro—. Habría pensado que estábamos exactamente en el mismo barco.

Prior amagó una mirada de soslayo a la fotografía.

–No del todo.

Manning se levantó y se acercó a la ventana. Por un momento permaneció en silencio. Luego se volvió y preguntó:

–¿Por qué? ¿Por qué demonios no has podido venir y decir «Oye, esto me preocupa. ¿Puedes leer el informe?», así sin más? Sí, de acuerdo, tienes la opción de actuar así debido a... No había ninguna necesidad de esto.

Prior de pronto tuvo la escalofriante percepción de que Manning tenía razón.

–Tonterías. Beattie Roper es una mujer de clase obrera salida de una barriada de Salford. Os importa un carajo. No me refiero a ti personalmente... aunque también es así... me refiero a tu clase.

Ahora Manning mostraba interés más que enojo.

–Estás convencido de que la clase es el factor determinante de todo, ¿verdad?

–¿El factor determinante de si a la gente se la toma en serio o no? Sí.

–Pero no es una cuestión de individuos, ¿no crees? De acuerdo, no sé nada de las mujeres de las barriadas de Salford. Ni lo pretendo. Ni quiero. Pero eso no significa que quiera que acaben en la cárcel como consecuencia de un perjurio. Ni ellas ni nadie, dicho sea de paso.

–Oye, ¿podemos dejar de lado la indignación moral? Cuando he aparecido aquí, has dado por supuesto que venía en busca de un trabajo cómodo. Ni siquiera me has dejado acabar la primera frase. ¿De verdad vas a decirme que habrías supuesto lo mismo de una persona de tu propia clase?

–Sí.

–No te creo.

–Pues así es.

–¿Acuden a ti docenas de ellas, supongo, suplicándote un puesto seguro?

–Sí –contestó Manning con expresión sombría.

Prior lo miró.

–Caramba. Qué divertido.

–La verdad es que no.

Guardaron silencio, captando ambos el cambio en el ambiente, sin saber bien ninguno de los dos qué significaba.

–Tienes razón –dijo Manning por fin–. Mi suposición ha sido insultante. Perdona.

En ese momento se abrió la puerta y entró Rivers.

–Charles, yo... –Al ver a Prior se detuvo en seco–. Hola. Disculpe, no sabía que tenía una visita. –Sonrió a Prior–. ¿Espero que no esté cansando a mi paciente?

–Es él quien me está agotando a mí –repuso Prior.

–¿Por qué quería verme? –preguntó Manning.

–Por nada que no pueda esperar –contestó Rivers.

Se marchó y los dejó a solas.

Siguió un breve silencio.

–Yo también lo siento –dijo Prior–. Tienes razón, por supuesto. Los prejuicios de clase no son más admirables por el hecho de dirigirse hacia arriba. –«Pero sí están más justificados, joder», pensó–. ¿Crees que debería enseñar esta documentación al representante parlamentario de esa mujer?

–No, por Dios, ni se te ocurra. En cuanto se rechace la petición en la Cámara, será inapelable. No, hablaré con Eddie Marsh. Sólo que no debes esperar demasiado. O sea, incluso en tu informe queda muy claro que ella daba cobijo a desertores. Eso son dos años de trabajos forzados. Sólo ha cumplido uno.

–No se la acusó de eso.

–No van a soltarla todavía –dijo Manning.

–¿Y qué harán?

–Esperar a que acabe la guerra. Y entonces la soltarán discretamente.

Prior negó con la cabeza.

–No aguantará tanto tiempo.

Esa noche, a las nueve, Prior salió a tomar una copa. Volvió en sí ya de madrugada, mientras intentaba torpemente meter la llave en la cerradura. No guardaba el menor recuerdo de las cinco horas transcurridas en el ínterin.

Rivers se frotó las comisuras de los ojos con un audible chasquido.

–Ése ha sido el más largo, ¿no?

–Sí. Más o menos.

–¿Alguna pista? Quiero decir, ¿estuvo bebiendo?

–Como un cosaco. Todavía me duele la cabeza.

Rivers volvió a ponerse las gafas.

–Uno de los... ¿cómo expresarlo? –Prior respiró hondo—. Uno de los inconvenientes de mi actual situación es que suelo acabar con la resaca de otro. Con excesiva frecuencia, la verdad.

–No «de otro».

Prior desvió la mirada.

–No tiene ni idea de lo desagradable que es examinarse los propios calzoncillos buscando señales de «actividad reciente».

Rivers se miró el dorso de las manos.

–Voy a decir algo que probablemente no le gustará.

El teléfono empezó a sonar en la habitación contigua. Prior sonrió.

–No sólo no me gustará, sino que además voy a tener que esperar para oírlo.

La llamada era del capitán Harris, que telefoneaba para acordar los detalles de un vuelo previsto al día siguiente. Rivers anotó la hora y dedicó un momento a poner en orden sus pensamientos antes de reunirse otra vez con Prior.

Prior, de pie junto a la repisa de la chimenea, miraba una pila de tarjetas postales llegadas del frente. «Bueno, no pasa nada», pensó Rivers al cerrar la puerta. Esas tarjetas postales no contenían información alguna sobre los

remitentes salvo el hecho de que seguían vivos. O lo estaban al menos en el momento de enviarlas.

–Ya ha salido su libro, ¿sabe? –dijo Prior, sosteniendo en alto una de las tarjetas–. Manning tiene un ejemplar.

–Sí.

Rivers se sentó y esperó a que Prior lo imitara.

–Supongo que éste es el verdadero desafío –comentó Prior–. Para usted. Los que vuelven al combate. Deben de ser ésos los que le suscitan ciertas dudas. Me refiero a que todo eso de que hay que afrontar las emociones, reconocer el miedo, permitirse sentir el dolor obviamente... obra maravillas. Eso aquí. –Prior se acercó. Se inclinó hacia él–. Pero ¿y allí? ¿Cree que allí ayuda? ¿O sencillamente así enloquecen más deprisa?

–Nadie ha hecho un seguimiento. El tratamiento con electroshock presenta un índice de recaída muy alto. Cuál es el de mi método, lo ignoro. Como es evidente, los pacientes que se mantienen en contacto son un grupo autoseleccionado, y el testimonio que aportan es anecdótico, y por lo tanto inservible.

–Dios mío, Rivers. Hay que ver lo frío que es usted.

–Me ha planteado una pregunta científica. Ha recibido una respuesta científica.

Prior se sentó.

–Una buena manera de escabullirse.

Rivers se quitó las gafas.

–La verdad es que no pretendo escabullirme de nada. Lo que iba a decir es que, en mi opinión, quizá convendría que se planteara usted ingresar en el hospital. El...

–No, no puede ordenármelo.

–No, eso es verdad. Esperaba que confiara en mí lo suficiente para aceptar mi consejo.

Prior negó con la cabeza.

–Sencillamente no puedo afrontarlo.

Rivers asintió.

–Entonces tendremos que arreglárnoslas con usted en la calle. ¿Está

dispuesto al menos a pedir la baja por enfermedad?

Otro tajante gesto de negación con la cabeza.

–Todavía no.

Prior evitó pensar en el encuentro con Beattie Roper hasta que cruzó el patio de la cárcel. Ella había iniciado otra huelga de hambre, le informó la celadora en medio de un tintineo de llaves. Y había pasado una gripe. No tenía defensas. Había estado toda la semana anterior en la enfermería. La encontraría débil. El médico de la cárcel había querido alimentarla por la fuerza, pero el Ministerio del Interior, en su sabiduría, había decidido que tales métodos no debían utilizarse.

Estaba más delgada de lo que Prior recordaba.

Se detuvo junto a la puerta. Beattie yacía en la cama, y los barrotes de la ventana proyectaban una sombra sobre su cara. La celadora se quedó contra la pared, junto a la puerta cerrada.

–Necesito hablar con ella a solas.

Preveía una discusión, pero la celadora se retiró de inmediato.

–La voz de la autoridad, Billy.

La mucosidad se adhirió a las comisuras de sus labios cuando habló, como si rara vez abriera la boca.

Él se acercó a la cama.

–Me han dicho que has estado enferma.

–La gripe. Todo el mundo la ha pasado.

Él siguió de pie, como si necesitara permiso de Beattie para sentarse. Ella señaló la silla con la cabeza,

–Estoy haciendo lo que puedo –explicó él–. Me temo que no es gran cosa. Esperaba que Mac nos ayudara, pero...

Un movimiento de pecho que acaso fuera risa.

–No desde donde está. Ya sabes adónde lo han enviado, ¿no? A Wandsworth.

–Verás, diste refugio a desertores. Piensan que volverías a hacerlo.

Ella se incorporó con dificultad.

–Y tanto que volvería a hacerlo. Puede que parezca un condenado espantapájaros, pero aquí dentro –se tocó un costado de la cabeza– soy la de siempre.

Al otro lado de la puerta la celadora tosió.

–¿Te acuerdas de un muchacho que se llamaba Brightmore? –preguntó Beattie.

–No.

–Va, sí que te acuerdas.

No se acordaba, pero asintió.

–Un muchacho estupendo. Lo mandaron a Cleethorpes. Un arresto de doce meses. Naturalmente, siguió negándose a obedecer órdenes y por lo tanto le cayeron veintiocho días en aislamiento. ¿Y qué hicieron? Cavaron un hoyo, con el fondo anegado, y allí lo metieron. No podía sentarse, no podía tenderse. No había nada que mirar, excepto las paredes de barro. Alguien se acercó al borde del hoyo y le dijo que sus compañeros habían sido enviados a Francia y fusilados, y si no entraba en vereda, él acabaría igual. Pensó que mentalmente no lo soportaría. Entonces empezó a llover y el hoyo se inundó. Los soldados que montaban guardia se compadecieron tanto de él que lo sacaron y lo dejaron dormir en una tienda de campaña. Y luego, cuando el oficial al mando se enteró, se les cayó el pelo. Al día siguiente él volvía a estar en el hoyo. Si uno de los soldados no le hubiera dado un paquete de tabaco para escribir en él, se habría muerto allí. El caso es que sacaron a escondidas una carta...

–Y a los oficiales responsables les formaron un consejo de guerra. Beattie, en Francia hay un millón de hombres hundidos en el agua hasta la polla. ¿A quién van a formarle consejo de guerra por eso?

–Si de mí dependiera, a todos esos condenados generales que están en Francia, del primero al último. Tú no eres el único a quien le preocupan esos chicos. ¿Por qué crees que hago todo esto si no es por ellos? –Una pausa–. Lo que pretendía decir es que, comparado con un hoyo en la tierra, esto es un puto palacio. Y yo tengo la suerte de estar aquí.

Prior la miró, y vio que el corazón le palpitaba perceptiblemente bajo el fino vestido.

–¿Has visto a Hettie?

–Dos veces. De hecho, tiene que venir hoy. ¿Deduzco que eso debemos agradeceréte a ti?

–No tiene importancia.

–Sí, sí la tiene, Billy. Muchísima. –Vaciló–. Tengo que decirte una cosa... y cuidado, no digo que yo lo crea... pero nuestra Hettie opina que fue demasiada casualidad que a Mac lo descubrieran de esa manera. Piensa... – Beattie movió la cabeza en un gesto de negación–. Piensa que tú les dijiste dónde buscarlo.

–Eso no es verdad.

–No, ya lo sé. No te preocupes, hijo, hablaré con ella.

Prior apoyó la mano en su brazo desnudo y notó el hueso.

–Tengo que irme –anunció.

Se acercó a la puerta y dio unos golpes.

–Ya nos veremos –dijo, y se volvió de espaldas a ella.

Beattie lo miró pero no contestó.

Mientras seguía a la celadora por el patio, apenas era consciente de los macizos muros con sus hileras de ventanas enrejadas. Hettie, con un bolso de red en la mano, se acercaba en compañía de otra celadora, pero Prior no la vio hasta que se hallaron casi a la misma altura. En ese momento la llamó, y ella, de mala gana, se detuvo.

Las celadoras se pararon y observaron.

Hettie se aproximó a él.

–Me sorprende que tengas la desfachatez de dejarte ver por aquí.

Pese a esas palabras, él se inclinó hacia ella en espera de un saludo. Hettie le escupió a la cara.

La celadora la agarró por el brazo. Enjugándose la mejilla lentamente, sin apartar la mirada de Hettie, Prior dijo:

–No pasa nada. Suéltela.

Cada uno con su escolta, siguieron en direcciones opuestas, atravesando la amplia extensión de asfalto como escarabajos. Hettie se volvió antes de que el edificio la engullera y, con una voz quebrada por la desesperación, dijo a gritos:

—¡Cabron! ¿Y qué pasa con Mac?

Fuera, Prior contempló el edificio mientras la fachada blanca y roja se oscurecía bajo la llovizna. El escupitajo parecía arderle en la piel. Levantó la mano para volver a limpiarse la mejilla; luego se volvió y se encaminó rápidamente hacia la estación. Un estribillo resonaba en su cabeza. Con cada roce y chasquido de sus botas en la grava, oía: Los cabrones han ganado. Los cabrones han ganado. Los cabrones...

Tercera parte

Rivers se había reservado la tarde para acabar un informe sobre la instrucción militar para el Consejo de Investigación Médica. Desde hacía días tenía los manuales de instrucción de infantería apilados en su mesa, y pasó la primera hora absorto en ellos antes de volver a la última frase que había escrito.

Muchos de los que salen indemnes de la guerra moderna es gracias a la atonía de su imaginación, pero si la imaginación es activa y poderosa, probablemente sea mucho mejor permitirle que sortee las pruebas y peligros de la guerra en lugar de someterla a un prolongado sistema de represión...

Llamaron a la puerta. El capitán Bolden había agredido a una enfermera. Rivers corrió discretamente por el pasillo, vio que el ascensor estaba en el sótano y optó por la escalera, bajando los peldaños de tres en tres. Encontró a un grupo de enfermeras y dos auxiliares apiñados frente a la puerta de Bolden. Por lo visto se negaba a abrirles. A partir de un rumor de voces indignadas llegó a la conclusión de que Bolden había arrojado un cuchillo a la enfermera Pratt. No era un cuchillo muy afilado, y no la había alcanzado; aun así, no dejaba de ser un cuchillo. Pratt era una de las enfermeras más antiguas y experimentadas de la sala. Por desgracia, había acumulado su experiencia en las salas cerradas bajo llave de los grandes manicomios victorianos, donde en todo altercado entre un miembro del personal y un paciente, el culpable era el paciente de manera automática e indiscutible. Uno lo veía muy claramente desde los dos puntos de vista. Bolden recurría a la violencia a la primera de cambio y con facilidad, pero, claro, había pasado los cuatro últimos años aprendiendo precisamente eso. A la enfermera Pratt se le pedía, por primera vez en sus treinta años de vida laboral, que atendiera a

pacientes tan acostumbrados a dar órdenes como a recibirlas.

Rivers entregó su bastón a un auxiliar y llamó a la puerta.

–¿Puedo pasar?

Un gruñido, no del todo desalentador. Rivers abrió la puerta y entró. Bolden se hallaba de pie junto a la ventana, todavía enfadado, avergonzado, abochornado. Rivers, que era más alto, se sentó, permitiendo así a Bolden quedar por encima de él. Bolden era un hombre muy asustado.

–Veamos, ¿qué ha pasado esta vez?

–Le he dicho que esa ternera era incomible. Ella ha contestado que debería considerarme afortunado por poder comerla.

–¿Y por eso le ha lanzado un cuchillo?

–He fallado, ¿no?

Hablaron durante media hora. Finalmente Rivers se puso en pie para marcharse.

–Le pediré perdón –dijo Bolden.

–Bien, ése sería un buen comienzo. Siempre y cuando no lo irrite su respuesta.

–Yo lo intento –dijo Bolden, mirándolo con expresión ceñuda.

–Ya sé que lo intenta. Y tiene razón en lo de la ternera. Yo tampoco he podido comérmela.

Rivers conversó un momento con la hermana Walters, esperando que ella lograra convencer a la hermana Pratt de que recibiera la disculpa con elegancia, y luego pensó que tampoco estaría de más cruzar unas palabras con Manning, aprovechando que estaba en la sala. Se encaminó hacia la habitación de Manning y de pronto se detuvo, recordando que seguramente Manning estaría en la sala de neurología, donde había entablado una sólida amistad con Lucas y otro par de fanáticos del ajedrez. Manning hacía progresos. Ya casi estaba en condiciones de volver a casa.

En efecto los encontró jugando al ajedrez, abstraídos y en absoluto silencio. Rivers se hallaba ya junto a ellos cuando alzaron la vista.

A Lucas volvía a crecerle el pelo ahora que las secreciones de la herida habían cesado, y una pelusa oscura le cubría el cuero cabelludo blanco. Muy conmovedor. Parecía un polluelo desmañado y fuera de lugar.

–¿Qué? ¿Cómo va? –preguntó Rivers, dirigiéndose a Manning.

–Están dándome una paliza –contestó Manning animadamente–.
Diecinueve a diecisiete a favor de él.

Lucas señaló el tablero.

–Veinte a diecisiete –gorjeó, risueño.

Desde luego dominaba los números, pensó Rivers, sonriente, mientras se alejaba. Más allá, en la misma sala, uno de los auxiliares pacifistas limpiaba a un paciente incontinente en una cama sin biombos. Viggors movía los pies en un continuo movimiento circular involuntario, como si anduviera, y en realidad necesitaba a dos personas para cambiarlo, una para limpiarlo, la otra para sujetarle las piernas. El excremento líquido le manchaba los talones y se extendía por toda la sábana bajera. Martin, el auxiliar, estaba enrojecido y agobiado; Viggors, pálido de rabia y vergüenza.

Rivers se detuvo junto a la cama.

–¿Sabe lo que es un biombo? –preguntó.

Martin alzó la vista.

–Wantage ha dicho que iba a buscarlos.

Wantage fumaba un cigarrillo con toda tranquilidad junto a la puerta de la sala de personal, a todas luces sin la menor prisa por rescatar a un auxiliar objetor de conciencia de una situación inviable. Abrió los ojos de par en par.

–Yo sólo...

–Sé exactamente lo que está haciendo. Quiero biombos alrededor de esa cama. Ahora mismo. Y entre allí a ayudar. –Levantó la voz por encima del hombro al alejarse–. Y apague ese cigarrillo.

Rivers aún temblaba de ira cuando regresó a su escritorio. Se obligó a concentrarse en la frase incompleta.

si la imaginación es activa y poderosa, probablemente sea mucho mejor permitirle que sortee las pruebas y peligros de la guerra en lugar de someterla a un prolongado sistema de represión por el cual la energía enfermiza puede acumularse y formar una especie de arsenal que estallará al producirse una conmoción mental o una enfermedad física.

El estallido de un arsenal se había convertido en un tópico, suponía. Aun así, Bolden lo encarnaba muy bien. El propio Rivers no le iba muy a la zaga.

Llamaron a la puerta.

–No –contestó Rivers–. Sea lo que sea, no.

La señorita Rogers sonrió.

–Ha tenido usted una llamada telefónica mientras estaba en la sala. Respecto a un tal capitán Sassoon.

Rivers se puso en pie.

–¿Qué pasa con él?

–Está en el hospital de la Cruz Roja Americana en Lancaster Gate con una herida en la cabeza, han dicho. ¿Quiere ir a verlo?

–¿Está muy mal?

–No lo sé. No lo han dicho.

En el taxi de camino a Lancaster Gate, Rivers dio vueltas y vueltas a sus propias palabras. «Si la imaginación es activa y poderosa, probablemente sea mucho mejor permitirle que sortee...» Mirando por la ventanilla, movió la cabeza como para despejarse. El consejo ni siquiera parecía apropiado. Él no necesitaba imaginación, por el amor de Dios. Era neurólogo. Conocía exactamente los efectos de la metralla y las balas en el cerebro.

La sala era un espacio amplio con recargadas molduras de escayola y ventanales altos que daban al Hyde Park. Dos de las camas estaban vacías. Las otras las ocupaban hombres con heridas leves, todos razonablemente animados. En el centro de la sala, sobre una mesa, un gramófono reproducía una popular canción de amor: «Tú haces que te quiera».

Una enfermera se acercó atropelladamente a él.

–¿A quién viene a...?

–Al capitán Sassoon.

–Lo han trasladado a una habitación individual. ¿No se lo han dicho? Dos plantas más arriba, sintiéndolo mucho; pero creo que no le permiten recibir...

–Posó la mirada en las insignias del Real Cuerpo Médico del Ejército– ¿Es usted el doctor Rivers?

–Sí.

–Creo que el doctor Saunders lo espera.

El doctor Saunders aguardaba frente a la puerta de su despacho. Era un hombre menudo, de carrillos colgantes, entradas en el pelo rojizo, y unos ojos azules diez años más jóvenes que el resto de su cara.

–Lo han mandado a la sala principal –dijo mientras le estrechaba la mano. Rivers entró en el despacho detrás de él.

–¿Es muy grave?

–¿La herida...? No, en absoluto. De hecho, puedo enseñársela. –Sacó una radiografía de una carpeta que tenía en el escritorio y la sostuvo al trasluz. El cráneo de Sassoon apareció ante ellos–. ¿Lo ve? –Saunders señaló el hueso intacto–. La bala pasó de refilón por aquí. –Señaló el lugar en su propia cabeza–. Lo que tiene es una raya casi perfecta en el cuero cabelludo.

Rivers dejó escapar el aire de los pulmones.

–Un hombre con suerte –comentó con la mayor despreocupación posible.

–Creo que él no piensa lo mismo.

Se sentaron a lados opuestos del escritorio.

–He recibido un mensaje un tanto confuso –dijo Rivers–. No me ha quedado claro si ha sido usted quien me ha pedido que lo vea o...

–He sido yo. Vi su nombre en el historial y pensé que como ya lo ha tratado anteriormente, no le importaría volver a visitarlo. –Saunders vaciló–. Tengo entendido que era un paciente poco común.

Rivers miró su propia firma al final del informe de Craiglockhart.

–Él se había declarado en contra de la guerra. Fue... –Respiró hondo–. Fue oportuno decir que había tenido una crisis nerviosa.

–Oportuno ¿para quién?

–Para el Ministerio de la Guerra. Para sus amigos. En último extremo, para el propio Sassoon.

–¿Y usted lo convenció para que volviera?

–Decidió volver él. ¿Qué problema hay?

–Él... estaba bien cuando llegó. O eso parecía. Hasta que recibió ocho visitas, todas junto a su cama al mismo tiempo. Según las reglas del hospital, sólo puede haber dos. Pero la enfermera de guardia, muy joven, por lo visto no se atrevió a pedirles que se fueran. No volverá a cometer ese error. En todo caso, para cuando por fin se marcharon, él se encontraba en un estado

espantoso. Muy alterado. Y luego pasó una mala noche... todos pasaron una mala noche... y decidimos probar a instalarlo en una habitación individual y suprimir las visitas.

–¿Está deprimido?

–No. Más bien lo contrario. Excitable. No puede parar de hablar. Y ahora no tiene con quién hablar.

Rivers sonrió.

–Tal vez convenga que vaya y le proporcione un oyente.

Pasillos de tupidas alfombras, cuadros con marcos dorados en las paredes. Siguió a Saunders, acordándose de los pasillos de Craiglockhart, oscuros, con corrientes de aire y olor a tabaco. Pero esto otro también era opresivo, en su lujo mullido y mal ventilado. Por una ventana vio un hueco profundo y oscuro entre dos edificios. Había una paloma posada en un alféizar, su pata rosácea y agrietada al borde del abismo.

–Parece que por las tardes tiene algún rato bueno –comentó Saunders–. Puede que esté durmiendo.

Abrió la puerta con sigilo y entró.

Sassoon dormía, pálido y consumido bajo el casquete de vendas.

–¿Quiere que...? –preguntó Saunders, señalando a Sassoon.

–No, no se preocupe. Esperaré.

–Lo dejo en sus manos, pues –dijo Saunders, y se retiró.

Rivers se sentó junto a la cama. En la habitación había otra cama, pero no estaba hecha. En la mesilla de noche vio flores, fruta, chocolate, libros. No tenía intención de despertar a Siegfried, pero poco a poco el rostro inescrutable de éste se vio alterado por el recuerdo de unas voces susurradas. Siegfried se humedeció los labios y un segundo después abrió los ojos. Los fijó en Rivers, y por un momento reflejaron alegría, seguida al instante de temor. Tendió la mano y tocó la manga de Rivers. «Está asegurándose de que soy real –pensó Rivers–. Un gesto muy revelador.»

Sassoon bajó el brazo y le rozó el dorso de la mano. Tragó saliva e hizo ademán de incorporarse.

–Me alegro de verlo –dijo, y le ofreció la mano–. Por un momento he pen... –Se interrumpió–. No le dejarán quedarse –advirtió con una sonrisa de disculpa–. No me dejan ver a nadie.

–Descuide, ya saben que estoy aquí.

–Debe de ser porque usted es médico, supongo –dijo Siegfried, y se recostó otra vez–. No dejaron entrar a lady Ottoline. Oí a la señora Fisher hablar con ella en el pasillo.

Tenía una actitud distinta, pensó Rivers. Estaba locuaz, inquieto, hablaba deprisa, y miraba a Rivers a la cara, cosa que antes casi nunca hacía, y menos al principio de un encuentro. Pero en apariencia razonaba perfectamente, y todos esos cambios se observaban dentro de los límites normales.

–¿Por qué no le dejan ver a nadie?

–Por lo del domingo. Vinieron todos, Robert Ross, Meicklejon, Sitwell... ah, Dios mío, y Eddie Marsh, y todos empezaron a hablar del libro y yo me alteré y... –Se llevó las manos a la frente–. Entré en un estado de efervescencia... y pum. Pasé una mala noche, tuve en vela a todo el mundo, y me metieron aquí.

–¿Y anoche qué tal?

Siegfried hizo una mueca.

–Mal. No puedo dejar de pensar en lo grande que es, la guerra, y lo imposible que es escribir sobre ella, y lo inútil que es la ira, que es una reacción trivial, y no hace, sencillamente no hace la menor justicia a la magnitud de la tragedia; ya me entiende, se pasa uno la vida allí obsesionado con un pequeño sector del frente, o sea, treinta metros de sacos de arena, eso es la guerra, sin hacerse la menor idea de nada más... y ahora en cambio creo que lo veo todo, ejércitos inmensos, bengalas que se elevan, millones de personas, millones, millones.

Rivers esperó.

–¿Dice que lo ve?

–Sí, sí, se despliega ante mí sin más. –Trazó un círculo con los brazos–. Y en cierto modo es maravilloso, pero también es horrendo, y me entra un miedo profundo porque habría que ser Tolstói. –Agarró la mano de Rivers–. Tengo que ver a Ross. En cuanto a los demás, me da igual, pero debe

conseguir que me dejen verlo a él. Tiene muy mal aspecto... ese juicio lamentable, lamentable, lamentable. ¿Sabe que lord Alfred Douglas lo llamó «el cabecilla de todos los sodomitas de Londres»? Pero como lo dijo en el estrado, Robbie no puede demandarlo.

–Mejor así, quizá.

–Y le han pedido que dimita de todas las comisiones a las que pertenece; mejor dicho, él lo propuso, y aceptaron encantados. Tengo que verlo. Aparte, me trae las críticas.

–Son buenas, ¿no? He estado atento a ellas.

–Casi todas.

Rivers sonrió.

–Uno no puede escribir algo polémico y esperar el elogio universal, Siegfried.

–¿Ah, no?

Se echaron a reír, y por un momento todo pareció normal. De pronto a Siegfried se le ensombreció el rostro.

–¿Se puede creer que en Francia, sentados en un refugio subterráneo, charlábamos acerca del juicio? Los periódicos no hablaban de otra cosa. Creo que ése era el único motivo por el que podría haberme alegrado de estar allí. Por el amor de Dios, los alemanes en el Marne, cinco mil prisioneros, y lo único que uno lee en los periódicos es quién se ha acostado con quién y si los están chantajeando. Dios mío.

–Veré qué puedo hacer respecto a Ross.

–¿Cree que a usted le harán caso?

Rivers titubeó.

–Podría ser. –Obviamente Siegfried ignoraba que habían solicitado su presencia como profesional–. ¿Qué tal la cabeza?

Un espasmo de desdén.

–Es un rasguño. No debería haberles permitido que me mandaran de vuelta. «Volveré», fue lo último que dije a mi auxiliar, ¿sabe? «Volveré dentro de tres semanas», le dije a gritos mientras se me llevaban. Y después me dejé corromper.

–¿Corromper? Ésa es una palabra muy severa, ¿no?

–Debería haberme negado a regresar aquí.

–Siegfried, nadie le habría hecho caso. Las lesiones en la cabeza deben tomarse en serio.

–Pero ¿no se da cuenta de lo oportuno que ha sido? ¿Vio mi poema en el *Nation*? «Estuve con los muertos.» Bien, ahí tiene. O más bien, ahí me tiene a mí, como un pájaro posado en la rama más alta, cantando alegremente. ¡Y pum! ¡Uy! Lo siento. Ha errado el tiro.

–Me alegro de que errara.

Una lúgubre mirada de soslayo por parte de Siegfried.

–Yo no.

Silencio.

–Me siento amputado. Éste no es mi sitio. No paro de mirar todo esto... – Abarcó con un gesto la fruta, las flores, los bombones–. Ojalá pudiera hacer un paquete con todo esto y mandárselo a ellos. Sí conseguí mandarles un gramófono. Y después me puse... enfermo.

–Oiga, lo que no me explico es cómo es posible que lo hirieran ahí –dijo Rivers.

–Estaba en tierra de nadie.

–No, quiero decir debajo del casco.

–Me lo había quitado. –Una pausa incómoda–. Habíamos salido a lanzar unas granadas a una ametralladora, dos de nosotros. Verá, estaban pasándose de la raya, la habían acercado demasiado, así que fuimos... –Esbozó una sonrisa–. A reasentar nuestro dominio. El caso es que tiramos las granadas... no creo que alcanzáramos a nadie, con lo que quiero decir que no hubo gritos... y emprendimos el camino de vuelta. Para entonces ya clareaba, y yo estaba muy contento. –Se le iluminó el rostro en una expresión exultante–. Dios mío, Rivers, no se imagina lo contento que estaba. Y me puse en pie y me quité el casco, y me volví de cara a las líneas alemanas. Y entonces recibí el balazo.

Rivers se enfureció de tal modo que supo que tenía que alejarse. Se acercó a la ventana y, sin ver en realidad, miró la calle, las barandillas, el brillo lejano del Serpentine bajo el sol veraniego. Se había engañado a sí mismo, se dijo, queriendo creer que ésa era sólo una crisis más en un

ajetreado día de trabajo. Esa ira lo despojó de toda voluntad de simulación.

–¿Por qué? –preguntó, a la vez que se volvía hacia Siegfried.

–Quería verlos.

–Dirá más bien que quería que lo mataran.

–No.

–Se pone de pie en plena tierra de nadie, por la mañana, al salir el sol, se quita el casco, se vuelve de cara a las líneas alemanas, ¿y me dice que no intentaba que lo mataran?

Siegfried negó con la cabeza.

–Ya se lo he dicho: estaba contento.

Rivers respiró hondo. Se aproximó de nuevo a la cama, predisponiéndose a exhibir una cordialidad profesional.

–¿Estaba contento?

–Sí, estaba contento casi todo el tiempo. Supongo que es sobre todo porque había conseguido desprenderme de la parte de mí que odia todo aquello. –Una leve sonrisa–. Salvo cuando escribía poemas para el *Nation*. Yo estaba... Hay un libro que tiene que leer. Intentaré localizarlo. Dice algo así como que un hombre que decide morir se despide de muchas cosas, y en cierto modo ya está muerto. Pues bien, yo había decidido morir. ¿Qué otra solución había para mí? Pero decidir morir no es lo mismo que intentar que te maten. Aunque el resultado final no sea muy distinto. –Se palpó el vendaje con cuidado–. Debo decir que creía que los francotiradores británicos tenían mejor puntería.

–¿Los francotiradores británicos?

–Sí, ¿no se lo han contado? Mi propio suboficial. Me confundió con el ejército alemán, salió inmediatamente a tierra de nadie gritando «Venga, hijos de puta» y me pegó un tiro. –Se echó a reír–. Dios mío, nunca he visto semejante cara de horror en un hombre.

Rivers se sentó junto a la cama.

–Nunca estará usted más cerca.

–He estado más cerca. Un obús cayó a medio metro de mí. Literalmente. No estalló. –Siegfried de pronto contrajo el rostro, un gesto que Rivers había visto un millar de veces en otros pacientes, desde luego demasiado a menudo

para sorprenderse.

–Los obuses que no estallan no causan trauma de combate, ¿verdad? – preguntó Siegfried.

Rivers se miró las manos.

–Sospecho que ese posiblemente causó no pocos daños.

Siegfried dirigió la mirada hacia la ventana.

–¿Sabe?, pronto harán una incursión, Jowett, y otros cinco o seis, mis hombres, Rivers, mis hombres, hombres que yo instruí, y no estaré allí cuando regresen.

–Ahora no son sus hombres, Siegfried; son los hombres de otro. Tiene que desentenderse.

–No puedo.

Rivers había sido invitado a cenar en casa de los Head, y al llegar encontró ya allí a los Haddon y a Grafton Elliot Smith. No se le presentó ninguna ocasión para conversar en privado con Henry o Ruth hasta el final de la velada, cuando se las ingenió para ser el último en marcharse. No era raro que después de una cena con los Head él se quedara un rato para disfrutar de esa peculiar tendencia de ellos al cotilleo sin malicia, muy consciente de que sus propias debilidades y flaquezas serían diseccionadas en cuanto él se marchara, y sin importarle en absoluto de tan convencido como estaba del afecto que le profesaban.

Aunque esa noche no sentía el menor interés por el cotilleo. En cuanto se quedaron solos, les habló de Siegfried, y mientras lo hacía, fue aclarándose su propia percepción de la situación.

–Excitado, ¿dices? –preguntó Henry.

–Sí.

–¿Maníaco?

–Ah, no, ni mucho menos. Aunque he observado un asomo de... euforia, supongo, una o dos veces, sobre todo cuando hablaba de sus sentimientos inmediatamente anteriores al momento de ser herido. Y por la tarde es cuando está mejor. Por lo visto, pasa mal las noches. Le he prometido que volveré. De hecho, debería estar ya de camino. –Se levantó–. No estoy preocupado. Se pondrá bien.

–¿Lamenta haber vuelto al frente? –preguntó Ruth.

–No lo sé –contestó Rivers–. No se lo he preguntado.

Después de despedir a Rivers, Head volvió al salón y encontró a Ruth

contemplando pensativamente el fuego.

–Ya, era de esperar que no se lo preguntara, ¿no? –dijo ella, alzando la vista.

–Quizá pensara que no tenía mucho sentido –aventuró Henry mientras se sentaba al otro lado del fuego.

Un silencio prolongado y amigable. Estaban ya tan saciados de compañía y conversación que no deseaban hablar mucho más, tan a gusto que no se decidían a marcharse a la cama.

–El año pasado ya me visitó por esta razón, ¿sabías? –dijo Henry–. Vino a ser casi una consulta. Sassoon lo tenía bastante alterado.

–Sí, me acuerdo. Pero no sabía que había hablado contigo de eso.

Head titubeó.

–Creo que de pronto se dio cuenta de que estaba usando... sus aptitudes profesionales, si quieres llamarlo así, para desactivar una situación que no era... médica. Realmente uno no puede hacer nada más si es médico del ejército en tiempos de guerra. Siempre existe la posibilidad de conflicto entre lo que el ejército necesita y lo que necesita el paciente, pero con Sassoon fue... muy intenso. En esencia me limité a decirle que no fuera tonto.

Ruth, sorprendida, soltó una carcajada.

–Pobre Will.

–No, lo dije en serio.

–No lo dudo, pero eso no se lo habrías dicho a un paciente.

–Le dije que Sassoon era capaz de tomar sus propias decisiones, y probablemente su influencia no era tan grande como él pensaba. Me pareció que incurría... no lo sé. No en la vanidad...

–¿En un exceso de celo?

–Para serte sincero, lo consideré un comportamiento neurótico. Pero desde entonces lo he visto con muchos pacientes, y ya no estoy tan seguro. ¿Sabes eso que te pasa con la gente que no has visto durante un tiempo? ¿Esa sensación de desfase? Creo que yo me había quedado desfasado respecto a él. En Escocia le pasó algo. De un modo u otro adquirió un enorme poder sobre hombres jóvenes, quizá sobre la gente en general, pero en especial sobre los hombres jóvenes. Realmente es increíble: harían cualquier cosa por él.

Incluso curarse.

–¿Incluso volver a Francia?

–Sí, creo que sí.

Ruth se encogió un poco de hombros.

–Yo no veo el cambio. Aunque, por otra parte, sospecho que él siempre me ha enseñado un lado de sí un poco distinto. –Sonrió–. Lo aprecio mucho, pero...

–También él te aprecia a ti.

–A veces me pregunto cómo es posible que sintamos mutua simpatía. No sé si me entiendes. Si nos paramos a pensar en cómo empezó la relación... tú yendo a Cambridge todos los fines de semana para que él te clavara agujas en el brazo. Durante nuestro primer año de matrimonio no pasé contigo ni un solo fin de semana entero.

–No exageres. El caso es que congeniasteis.

–¿Crees que todavía piensa que Sassoon volvió al frente por él?

Head vaciló.

–Creo que conoce el alcance de su influencia.

–Mmm –masculló Ruth–. ¿Crees que está enamorado de él?

–Es un paciente.

Ruth sonrió y cabeceó

–Eso no es una respuesta.

Head la miró.

–Sí, lo es. Tiene que serlo.

Siegfried estaba sentado en la cama, sin la chaqueta del pijama, el rostro y el pecho resplandecientes de sudor.

–¿Hace calor, Rivers? –preguntó, como si nunca se hubiese interrumpido su conversación–. ¿O soy yo?

–Un poco.

–Estoy achicharrado. Llevo aquí un rato abrasándome como en un horno.

Rivers se sentó junto a la cama.

–He estado escribiendo a Graves. En verso. ¿Quiere leerlo?

Rivers cogió la libreta y se encontró con una descripción de su propia visita de esa tarde. El dolor fue tan intenso que por un momento tuvo que permanecer inmóvil.

–¿Es así como me ve? –preguntó por fin–. ¿Como alguien que va a obligarlo a volver a Francia hasta que se venga abajo por completo?

–Sí –respondió Sassoon alegremente–. Pero no pasa nada, es lo que quiero. Es usted mi conciencia externa, Rivers, mi confesor. Ahora no puede dejarme tirado, debe obligarme a volver.

Rivers volvió a leer el poema.

–No debería enviar esto.

–¿Por qué no? He tardado una eternidad en escribirlo. Ah, ya sé por qué. Opina que no debería decir todo eso sobre los adorables soldados. Pero es que son adorables. Cree que Graves se escandalizará. Sinceramente, Rivers, eso me trae sin cuidado. Escandalizar a Graves es uno de los pocos placeres que me quedan. Una vez le escribí una carta normal y corriente, sin el menor interés en escandalizarlo, pero cometí el error de hablar con entusiasmo sobre la instrucción en un párrafo y decir en el párrafo siguiente que la guerra era algo horrendo, ¿y con qué me salió? Con un sermón sobre la coherencia... ah, y ciertos reproches patéticos sobre lo impropio de asustar a los amigos haciéndome pasar por loco. Eso tuvo especial gracia. A lo largo de la vida he hecho una sola cosa plenamente coherente, plenamente cuerda: declararme en contra de la guerra. ¿Y quién me detuvo?

«Graves», pensó Rivers. Pero no sólo Graves. Era verdad –ahora lo veía quizá con mayor claridad que en su día– que el significado personal de la declaración de Siegfried, fuera cual fuese el significado público, se derivaba de una lucha por la coherencia, por la unicidad de la identidad, en un hombre cuyas divisiones internas se habían visto peligrosamente acentuadas a causa de la guerra.

–No debe echárselo en cara a Graves. Él hizo lo que...

–No se lo echo en cara, sólo que no estoy preparado para recibir otro de sus sermones. Sobrevivo allí siendo dos personas, a veces incluso consigo ser las dos en una misma noche. Ya sabe, puedo estar sentado con Stiffy y Jowett... Jowett es guapísimo... y ponerme a hablar de que quiero salir a

combatir, y ellos se enardecen y aporrean la mesa y dicen sí, basta ya de instrucción, es hora de pasar a la acción de verdad. Y luego los dejo allí y me voy a mi habitación y pienso en lo jóvenes que son. Diecinueve, Rivers. Diecinueve. Y no tienen ni remota idea de nada. Dios mío, espero que sobrevivan.

De pronto se echó a llorar. Pasándose el dorso de la mano por la boca, se sorbió la nariz y dijo:

–Lo siento.

–No se preocupe.

–Verá, lo que finalmente echó a perder mi actuación de Jekyll y Hyde... no, escuche, esto tiene gracia. Me asignaron un nuevo segundo al mando. Pinto. Una auténtica joya. Pero cuando nos conocimos, él estaba leyendo *Contraataque*, y levantó la vista y dijo: «¿Es usted el mismo Sassoon?» Dios mío, Rivers, menuda pregunta. Pero, naturalmente, contesté que sí. ¿Qué iba a decir? Y sin embargo, verá, creo que fue entonces cuando las cosas empezaron a aclararse. –Un marcado cambio de tono–. Fue entonces cuando me vi cara a cara ante la estupidez de aquello.

Rivers parecía desconcertado.

–¿Aquello?

–Mi patética fórmula para conseguir volver a Francia. –Adoptó un tono afeminado y afectado–. «Yo no vuelvo para matar a gente. Sólo vuelvo para cuidar de unos cuantos hombres.» –Su propia voz–. ¿Por qué no me dio una patada en la cabeza, Rivers? ¿Por qué no acabó con mi sufrimiento?

Rivers se obligó a contestar.

–Porque me daba miedo que si empezaba a pensar en eso, se negara en redondo a volver.

Lo mismo habría sido si no hubiese dicho nada.

–Basta con que lea el manual de instrucción. «Un comandante debe exigir lo imposible y no pensar en salvaguardar la vida de sus hombres. Aquellos que caen deben quedarse atrás y no debe permitirse que sean un obstáculo para alcanzar el objetivo, como tampoco las bajas impiden el asalto.» Ahí tiene. Unidades prescindibles, intercambiables. Eso es lo que pretendía «cuidar» al volver. –Una pausa–. Lo único que quería era verlos superar su

primer turno de servicio, y ni siquiera eso pude hacer.

–Pinto está allí –dijo Rivers con un titubeo.

–Ah, sí, y es bueno. Muy bueno.

El sudor le corría a Siegfried por la cara y el cuello.

–¿Quiere que abra la ventana? –preguntó Rivers.

–Por favor. Siempre la están cerrando, no sé por qué.

Rivers fue a abrir la ventana. Detrás de él, Siegfried dijo:

–Lamento que no le gusten mis adorables soldados.

–No he dicho que no me gustaran. He dicho que usted no debía enviar eso.

–Había uno en particular.

–Jowett –dijo Rivers.

–Escribí un poema sobre Jowett. Y no es que él vaya a enterarse. Estaba dormido. Parecía muerto. –Un silencio–. Es curioso, ¿no? Ese instinto paternal que uno siente hacia alguien, es decir, sinceramente paternal, sin aprovecharse de la situación ni sentir siquiera la tentación de hacerlo. Sin embargo existe esa otra corriente, y no creo que una anule la otra. Creo que es del todo posible que ambas sean sinceras.

–Sí –convino Rivers con la mínima insinuación de ironía–, lo imagino. –Regresó junto a la cama–. ¿Ha dicho que «las cosas empezaron a aclararse»?

–Sí, porque yo siempre había afrontado la situación cerrando los ojos a todo lo relacionado con matar, aislándolo, y de pronto uno se encuentra cara a cara ante el hecho de que no, de que en realidad uno tiene ante sí sólo a una persona, y esa persona es un homicida de teutones potencial. Así nos llamaba nuestro oficial al mando. Aquello tuvo un efecto muy extraño. O sea, salía de patrulla y tal, pero eso siempre lo he hecho, nunca he sido capaz de quedarme sentado en la trinchera. No es por valentía, sencillamente no puedo hacerlo. Pero ahora era distinto, porque no salía a matar ni a poner a prueba mi valor, aunque eso también estaba presente. *Sólo quería ver*. Quería ver el otro lado. Pasaba mucho tiempo mirando por el periscopio. Era un maizal. Tierra de labranza. A veces se veía elevarse una columna de humo desde las líneas alemanas, pero muy a menudo no se veía nada. –Una pausa, y añadió como si tal cosa–: Una vez crucé hasta el otro lado. Bajé a la trinchera y me paseé por

allí, y había cuatro alemanes de pie junto a una ametralladora. Uno de ellos se volvió y me vio.

–¿Qué pasó?

–Nada. Sólo nos miramos. De pronto él decidió que debía decírselo a sus amigos y yo decidí que era hora de marcharme.

Un tenso silencio.

–Supongo que tenía que haberlo matado –dijo Siegfried.

–Con toda seguridad él lo habría matado a usted.

–Él tenía la excusa de la sorpresa. Mire, Rivers, no sirve de nada animar a la gente a conocerse a sí misma y... a afrontar sus emociones, porque allá en el campo de batalla es mejor que no las tengan. Si la gente va a verse obligada a matar, conviene que se la induzca a prever que tiene que hacerlo. Conviene adiestrarla para quedarse indiferente, porque de lo contrario... – Siegfried agarró a Rivers de la mano y se la apretó con tal fuerza que éste contrajo el rostro para disimular el dolor-. Es demasiado cruel.

Rivers llevaba más de una hora con Siegfried y de momento no se había dicho nada que no hubiera podido abordarse igual de bien a otra hora no tan intempestiva. Pero ahora su excitación iba en aumento, hablaba atropelladamente, su mente avanzaba a trompicones tras los pasos de sus ideas, en un desesperado intento de no quedarse a la zaga. Habló de la inmensidad de la guerra, de la imposibilidad de abarcarla toda ella con una sola mente. Una y otra vez hizo alusión a la necesidad de adiestrar a los chicos para matar; desde la más tierna infancia, dijo, debía aleccionárselos para no esperar nada más y nunca nunca debía permitírseles cuestionar lo que les depararía el futuro. Todo eso se mezclaba con su angustia por la incursión en la que iban a participar Jowett y los otros. Habló con tal intensidad y lujo de detalle que a veces era evidente que creía estar en Francia.

No tenía sentido discutirle nada de eso. Rivers necesitó tres horas para tranquilizarlo y conseguir que conciliara el sueño. Incluso después de comprobar que se le acompañaba la respiración, Rivers permaneció sentado junto a la cama, temiendo moverse por no despertarlo al retirar la mano. El largo vello en el dorso del antebrazo de Siegfried reflejaba la luz. Rivers lo miró, tan extenuado que era incapaz de pensar con claridad, recordando los

experimentos que Head y él habían realizado sobre el reflejo pilomotor. A Head se le erizaba el vello cada vez que leía determinado poema. El sagrado estremecimiento, como lo llamaban los alemanes. En el caso de Head lo inducía la poesía; en el caso de Rivers, en más de una ocasión, lo había provocado la belleza de una hipótesis científica, una de esas que combinaban en imprevista armonía hechos muy dispares. Lo que más intrigaba a Rivers era que los seres humanos respondieran a los logros mentales y espirituales más elevados de su cultura con el mismo reflejo que eriza el pelo del lomo en un perro. Lo epicrítico tenía sus raíces en lo protopático, la expresión máxima de la unidad que insistimos en considerar la condición necesaria para la salud perfecta. Aunque sabe Dios por qué lo vemos de ese modo, ya que la mayoría de nosotros sobrevive cultivando las divisiones internas.

Siegfried ya dormía profundamente. Con cautela, Rivers retiró la mano, flexionando los dedos. Había refrescado y Siegfried se había quedado dormido destapado. Rivers fue a cerrar la ventana, y se quedó allí inmóvil por un momento, tratando de ordenar de forma coherente la historia que acababa de oír, pero no le era posible, pese a que en líneas generales era relativamente clara. Siegfried siempre había afrontado la guerra siendo dos personas: por un lado, el pacifista y el poeta antibelicista; por otro, el comandante de compañía eficiente y sanguinario. Esa disociación no podía considerarse patológica, puesto que la experiencia vivida en un estado era accesible al otro. No sólo accesible; era la experiencia del oficial en servicio la que suministraba la materia prima, la munición, por así llamarla, para los poemas. Más importante aún, y quizá más ambiguo, era el hecho de que la experiencia del derramamiento de sangre lo dotaba de autoridad moral para expresar la protesta del pacifista: era la declaración de un soldado. No era de extrañar que la inocente pregunta de Pinto hubiera precipitado una especie de crisis.

Aunque esta vez se habría venido abajo igualmente, pensó Rivers. Había regresado detestando la guerra, volviendo la cara para no ver la realidad de la matanza y la mutilación, y tan pronto como la realidad cayó sobre él, la situación le resultó insoportable. Todo lo cual podría haberse previsto. Había sido previsto.

La noche había transformado la ventana en un espejo negro. Allí flotaba

su cara, y por detrás de ésta, Siegfried y la cama arrugada. Si el intento de disociación de Siegfried había fallado, también había fallado el de Rivers. Resultaba difícil implicarse y mantener la objetividad a la vez, mostrar de manera constante a Siegfried los dos lados de la cara escindida de la medicina. Pero ése era su problema. Siegfried no tenía por qué ser consciente de eso.

Todavía era de noche. Una brisa agitaba los árboles negros en el parque. Se quitó las botas y se encaramó a la otra cama, seguro de que no podría conciliar el sueño, pero pensando que al menos descansaría. Cerró los ojos. Al principio, prosiguió el zumbido de sus pensamientos, casi tan activos como los de Siegfried y no mucho más coherentes. Por alguna razón, esa situación le recordó la época en que dormía en la cubierta de un vapor volandero que viajaba entre las islas de Melanesia. Allí se dormía bajo un espacio techado en la cubierta, en un banco que dejaba marcas verticales en la espalda, rodeado por los otros pasajeros, un conjunto de lo más variopinto. Recordó un trayecto en particular en que uno de sus compañeros era un joven sacerdote anglicano, tan resuelto a observar el sagrado pudor en esas difíciles condiciones que se lavó la mitad inferior del cuerpo por debajo del faldón de la sotana mientras Rivers se desnudaba y pedía a los marineros que baldeaban la cubierta que le echaran cubos de agua por encima.

Su otro compañero en ese viaje era un comerciante que llevaba con satisfacción el nombre de Seamus O'Dowd, pese a no tener el menor rastro de acento irlandés. O'Dowd bebía. En la cantina cargada de humo, después de la cena, exhalando ginebra y podredumbre dental a la cara de Rivers, se vanaglorió de sus hazañas como negrero, ya que en su juventud secuestraba a nativos para llevarlos a trabajar a las plantaciones de Queensland. Ahora simplemente los engañaba. Su proeza más reciente había consistido en convencerlos de que la gran Reina (nadie en el Condominio se atrevía a anunciar a los nativos que Victoria había muerto) encontraba repulsivos sus genitales y no podría dormir plácidamente en su cama de Windsor hasta que se los cubrieran con los calzoncillos largos que Seamus, hallándose más ebrio que de costumbre, había comprado sin querer como parte de un lote.

Se los pusieron en la cabeza, recordó Rivers. Había sido un elemento

característico de la isla ese primer otoño de la guerra: hombres jóvenes desnudos con calzoncillos largos esmeradamente enrollados en la cabeza. Estaban hermosos. Entretanto, en Inglaterra, otros jóvenes se vestían apresuradamente una indumentaria menos favorecedora.

En su duermevela, Rivers recordó los olores de aceite y copra, la desagradable disonancia de ronquidos y silbidos de quienes dormían hacinados en el pequeño espacio techado de la cubierta, la vibración del motor que parecía transmitirse a los dientes, las estrellas meridionales, tan extrañas, radiantes, intensas. No alcanzaba a entender cuál era el origen de esa abrumadora nostalgia. Quizá fuera su propia experiencia con la dualidad lo que formaba el vínculo, ya que ciertamente en los años anteriores a la guerra había experimentado una escisión de la personalidad tan profunda como cualquiera padecida por Siegfried. No se había reducido a llevar dos vidas distintas, dividido entre los profesores de Cambridge por un lado y los misioneros y los cazadores de cabezas de Melanesia por otro, sino que en su caso había sido una persona distinta en cada lugar. Era su identidad melanesia la que prefería, pero sus esfuerzos por integrar esa identidad en su forma de vida inglesa sólo habían generado frustración y sufrimiento. Quizá, contrariamente a lo que solía suponerse, la dualidad era el estado estable, y el intento de integración lo peligroso. Sin duda Siegfried había descubierto eso mismo.

Se acodó en la cama y miró a Siegfried, que dormía de cara a la ventana. Quizá la causa de ese arranque de nostalgia era algo tan poco misterioso como eso, el intento de dormir en una habitación donde se oía la respiración de otra persona. Dormir en la misma habitación que otra persona era algo propio de su identidad melanesia. Eso en Inglaterra sencillamente no ocurría. Pero era relajante, el ritmo ascendente y descendente de la respiración, como las olas al lamer la proa de la embarcación, y gradualmente, a la vez que la luz se filtraba en la oscuridad, lo venció el sueño.

Al despertar, encontró a Siegfried arrodillado junto a su cama. La ventana estaba abierta, la brisa agitaba las cortinas. Un goteo de trinos penetró en la habitación.

Medio abochornado, Siegfried dijo:

–Según parece, anoche dije un montón de tonterías. –Se lo veía aterido y cansado, pero tranquilo–. ¿No tendría fiebre?

Rivers no contestó.

–En cualquier caso, ahora estoy bien. –Tímidamente, tocó la manga a Rivers–. No sé qué haría sin usted.

Al cabo de una semana, Rivers, sentado en su butaca delante de la chimenea, se sentía físicamente cansado de una manera casi sensual. Eso en él era una sensación extraña, ya que la mayoría de los días le producían un agotamiento emocional crispante que desde luego no propiciaba el sueño. Pero había ido en avión, cosa que siempre lo extenuaba físicamente, y había visto a Siegfried mucho más tranquilo y contento que de un tiempo a esa parte, aunque todavía distaba mucho de estar bien.

El misterio era Prior, que había faltado a una cita, cosa insólita en él, y Rivers no sabía bien cómo actuar al respecto. Era poco lo que podía hacer salvo enviar a Prior unas líneas expresándole su voluntad de seguir ayudándolo, pero Prior había insinuado que le preocupaba su grado de dependencia. Si había decidido romper el vínculo, Rivers no podía –ni debía– hacer nada al respecto. A esas alturas ya no se presentaría: llevaba dos horas de retraso.

Rivers empezaba a pensar que sí debía intentar hacer algo cuando llamaron a la puerta y entró la criada.

–Ha venido a verlo un tal señor Prior –anunció con incertidumbre, dada la avanzada hora–. ¿Le digo que...?

–No, no. Pídale que suba.

No se sentía en condiciones para afrontarlo, fuera lo que fuese, pero se abrochó la guerrera y echó una distraída ojeada alrededor en busca de sus botas. Daba la impresión de que Prior subía por la escalera muy deprisa, con un paso ágil y ligero raro en él. En su última visita estaba muy mal del asma. Se había detenido varias veces en el último tramo, y aun así había entrado en

el despacho tan jadeante que apenas podía hablar. La criada debía de haber oído mal el nombre, eso o...

Prior entró en el despacho y se detuvo nada más cruzar la puerta para mirar alrededor.

–¿Se encuentra usted bien? –preguntó Rivers.

–Sí, estupendamente. –Miró el reloj y pareció darse cuenta de que su retraso requería una explicación—. Tenía que verlo.

Rivers le señaló una silla y fue a cerrar la puerta.

–Bien –dijo cuando Prior se acomodó—. Está mucho mejor del pecho.

Prior tomó aire. A modo de prueba. Miró con severidad a Rivers y asintió.

–La última vez que hablamos tenía pendiente una visita a la cárcel –recordó Rivers—. Para ver a la señora Roper. ¿Ha ido?

Prior negaba con la cabeza, aunque no, pensó Rivers, en respuesta a la pregunta. Por fin, con voz en extremo sibilante, dijo:

–No esperaba que usted fingiera.

–Que fingiera ¿qué? –preguntó Rivers. Aguardó y luego, con delicadeza, instó–: ¿Qué estoy fingiendo?

–Que ya nos hemos visto antes.

Rivers cerró los ojos por un momento. Cuando volvió a abrirlos, Prior sonreía.

–Me planteaba decirle: «El doctor Rivers, supongo».

–Si no nos hemos visto antes, ¿de qué me conoce?

–Estoy presente en las sesiones. –Prior abrió las manos—. Estoy presente. Bueno, aceptémoslo, no me queda mucha elección, ¿verdad que no? No entiendo cómo aguanta a ése. Yo no podría. ¿Está seguro de que es buena idea dejarlo salirse con la suya?

–¿Con la suya?

–Comportarse con tanto descaro.

–Los enfermos gozan de ciertas licencias –respondió Rivers irónicamente.

–Ah, y él está enfermo, ¿no? –dijo Prior con toda seriedad—. ¿Sabe qué le digo? Creo sinceramente que está empeorando.

Un largo silencio. Rivers cruzó las manos bajo el mentón.

–¿Cree que sería capaz de decir «yo»?

–Lamentablemente no. No.

El antagonismo era inequívoco. Rivers cayó en la cuenta de que ya había visto esa actitud en Prior antes, durante sus primeras semanas en Craiglockhart. Exactamente la misma. Esa mezcla extraña de afeminamiento y amenaza potencial.

–Verá, en realidad es muy sencillo –prosiguió Prior–. Podemos seguir aquí sentados y mantener una discusión totalmente estéril sobre qué pronombres vamos a utilizar, o podemos conversar. En mi opinión, es más importante conversar.

–Coincido con usted.

–Bien. ¿Le importa que fume?

–Nunca me ha importado, ¿no?

Prior se palpaba los bolsillos de la guerrera.

–Lo mato –dijo con una sonrisa–. Ah, no, aquí están. –Sacó un paquete de puros–. Lo tengo bien aleccionado. Antes me los tiraba.

–¿De qué quiere hablar?

Una amplia sonrisa.

–He pensado que quizá se le ocurriera algo a usted.

–Dice que «está presente en las sesiones». ¿Significa eso que sabe todo lo que sabe él?

–Sí. Pero él no sabe todo lo que sé yo. Aunque la cosa no es... no es tan simple. A veces yo veo cosas que él no ve, incluso cuando está presente.

–¿Cosas que él no advierte?

–Que no quiere advertir. Como, por ejemplo, su odio a Spragge. O sea, tiene razones muy válidas para sentir antipatía por él, pero lo que siente va mucho más allá de eso, y no sabe por qué, pese a que lo tiene ante los ojos. Literalmente. Spragge es como su padre.

–¿Como el suyo propio? ¿Como el padre de Spragge?

–No. Bueno, puede que lo sea. ¿Cómo voy yo a saberlo? Como el padre de Billy. En serio, es un parecido asombroso, y él es incapaz de verlo, así de sencillo. –Prior se quedó callado momentáneamente, desconcertado por ciertas connotaciones en el silencio de Rivers–. ¿Entiende lo que quiero

decir?

–¿El padre de *él*?

–Sí.

–¿De verdad está diciéndome que no es el padre de *usted*?

–Claro que no lo es. ¿Cómo iba a serlo?

–¿Cómo iba a no serlo? En último extremo un cuerpo engendra a otro.
La expresión de Prior se endureció.

–Yo nací hace dos años. En el cráter de un obús en Francia. No tengo padre.

Rivers sintió que necesitaba un tiempo para pensar. Una semana habría sido lo oportuno.

–Conocí al señor Prior en Craiglockhart –dijo.

–Sí, ya lo sé.

–Mencionó que pegaba a Billy. ¿Eso sucedía a menudo?

–No. Por extraño que parezca.

–¿Cómo lo sabe?

–Ya se lo he dicho. Sé todo lo que sabe él.

–¿Tiene acceso a sus recuerdos, pues?

–Sí.

–Y por otro lado tiene sus propios recuerdos.

–Exacto.

–¿Por qué dice «por extraño que parezca»?

Un semblante inexpresivo.

–Ha dicho que era extraño que su padre no le pegara.

–Sólo porque, analizando la relación, cabría pensar que eso era lo lógico. Pero no sucedía. Una vez, mientras sus padres reñían, él bajó de su habitación e intentó interponerse entre ellos, y su padre lo cogió en volandas y lo lanzó al sofá. Sólo que, dado su estado, falló, y Billy, en lugar de acabar en el sofá, fue a dar contra la pared. –Prior se rió–. No volvió a bajar nunca más.

–O sea, se quedaba tendido en la cama y escuchaba.

–No, se levantaba y se sentaba en la escalera.

–¿Qué sentía?

–No se me dan bien los sentimientos, Rivers. Será mejor que eso se lo

pregunte a él.

–¿Significa eso que no sabe usted qué sentía él?

–Ira. Solía hacer este gesto. –Prior se golpeó la palma de una mano con el puño de la otra–. *Cerdo cerdo cerdo cerdo*. Y luego tenía miedo. Supongo que le daba miedo dejarse llevar por la ira y bajar. Así que fijaba la mirada en el barómetro y borraba todo lo demás.

–¿Y después qué ocurría?

–Nada. Él no estaba allí.

–¿Quién estaba allí?

Prior se encogió de hombros.

–No lo sé. Alguien a quien aquello le traía sin cuidado.

–¿No usted?

–No, ya le he dicho que...

–Que nació en el cráter de un obús. –Una pausa–. ¿Puede hablarme de eso?

Un afectado encogimiento de hombros.

–No hay gran cosa que contar. Fue herido. No era grave, pero le dolía. Sabía que tenía que seguir adelante, pero no podía. Así que llegué yo.

Una vez más esa escurridiza impresión de infantilismo.

–¿Cómo es que usted pudo seguir cuando él no podía?

–A mí se me da mejor.

–¿Qué se le da mejor?

–Combatir.

–¿Por qué se le da mejor?

–Bah, por el amor de Dios...

–No, no es una pregunta tonta. Usted no es más alto, no es más fuerte, no es más rápido... ¿Cómo iba a serlo? Tampoco está mejor instruido. ¿Por qué es mejor, pues?

–No tengo miedo.

–Todo el mundo tiene miedo alguna vez.

–Yo no. Y no siento el dolor.

–Entiendo. ¿No sintió la herida, pues?

–No. –Prior miró a Rivers con los ojos entornados–. No se cree una sola

palabra de todo esto, ¿verdad?

Rivers no pudo obligarse a contestar.

–Mire. –Prior dio una intensa calada al puro, hasta que el ascua ardió con un brillo rojo, y acto seguido, casi despreocupadamente, lo apagó en la palma de su mano izquierda. Sonriente, se inclinó hacia Rivers–. No estoy actuando, Rivers. Míreme las pupilas –dijo bajándose el párpado de un ojo.

El olor a piel quemada impregnó el aire del despacho.

–Y ahora puede recuperar a su chico de ojos azules.

Una expresión remota, casi como por efecto de una droga, como una conmoción extrema o el principio de un orgasmo. A continuación, repentinamente, sus facciones se contrajeron en una convulsión de dolor, y Prior, castañeteándole los dientes de manera incontrolada, alzó la mano trémula y la acunó contra el pecho.

–No tengo ningún analgésico –dijo Rivers–. Mejor será que se beba esto.

Prior cogió el coñac y tendió la otra mano para que Rivers acabara de vendársela.

–¿Va a contarme qué ha pasado? –preguntó.

–Se ha quemado usted mismo.

–¿Por qué?

Rivers suspiró.

–Ha sido un gesto teatral que ha acabado mal.

Había decidido no informar a Prior de la pérdida de la sensibilidad normal. Era un síntoma habitual en los trastornos histéricos, pero a Prior saberlo sólo le serviría para reforzar su convicción de que el estado alterno de conciencia era un monstruo con quien él no podía tener nada en común.

–¿Cómo era él? –preguntó Prior.

–¿Cómo era usted? Difícil.

–¿Violento?

–Bueno, sí. Obviamente –respondió Rivers, señalando la quemadura.

–No, me refería a...

–¿Si me ha lanzado un puñetazo? No. –Rivers sonrió–. Lo siento.

–Por como lo dice, parece que es algo que yo querría hacer.

Rivers pensó detenidamente la respuesta.

–Creo que así es –dijo mientras ataba los extremos del vendaje.

–No. ¿Por qué iba yo a desear eso? Todo esto está causando estragos.

–Verá, Billy, lo verdaderamente interesante sobre lo ocurrido esta noche es que usted se ha presentado aquí en ese otro estado. Quiero decir que, aun hallándose en ese otro estado, ha querido acudir a la cita.

–¿Cómo me ha llamado?

–Billy. ¿Le molesta? Yo...

–No, sólo que es la primera vez, ¿lo sabía? Sassoon era Siegfried, Anderson era Ralph. El otro día me fijé en que llamaba Charles a Manning. Yo siempre era «Prior». Y en momentos de exasperación era el «señor Prior».

–Lo siento, yo.... –Dios mío, pensó. Para Prior, eso sólo podía interpretarse como esnobismo. Y tal vez lo fuera. En parte. Aunque había tenido más que ver con su propensión a las insinuaciones burlonas—. No tenía ni idea de que eso lo molestara.

–No, ya, no es usted muy perceptivo, ¿verdad? En todo caso, da igual. – Se puso en pie—. Más vale que me vaya.

–Ahora no puede irse, ya no hay trenes. Además, no está en condiciones de quedarse solo. Será mejor que pase la noche aquí.

Prior vaciló.

–De acuerdo.

–Voy a preparar la cama.

Rivers dejó a Prior acomodado en la habitación y volvió a la suya, diciéndose que, a esa hora avanzada de la noche, sería un error garrafal tratar de evaluar la situación de Prior. Eso tendría que esperar hasta la mañana siguiente. Pero el esfuerzo de *no* pensar en Prior resultó igual de desastroso, porque lo llevó a un estado de semiensoñación, el único estado, salvo la fiebre, en el que gozaba de la facultad de visualización normal. Se agitó y dio vueltas en la cama, casi sin saber dónde se hallaba, mientras flotaban ante él imágenes persistentes. Francia. Cráteres, un barrizal desierto, árboles astillados. En una ocasión despertó y mantuvo la mirada fija en la oscuridad,

pensando con cierto humor que su identificación con los pacientes había llegado a tal punto que ahora soñaba los sueños de ellos en lugar de los suyos propios. Oyó que la campana de la iglesia daba las tres y a continuación se sumió en un duermevela. Aquel era un lugar horrendo. Nada humano podía vivir allí. Nada humano vivía allí. Estaba totalmente solo, hasta que de pronto, con una ondulación en la superficie, un eructo de vapores fétidos, el barro empezó a moverse, a concentrarse, a alzarse y erigirse ante él en forma de hombre. Un hombre que se dio media vuelta y se encaminó a zancadas en dirección a Inglaterra. Intentó avisarlo, eh, no, no es por ahí, y el movimiento de sus propios labios lo medio despertó. Pero volvió a sumirse en el sueño, y de nuevo el barro se concentró en forma de hombre, de un hombre tras otro, cada vez más deprisa, hasta que dio la impresión de que la noche entera estaba poblada de esas criaturas, criaturas compuestas de barro de Flandes y nada más, moviendo sus extremidades grotescas en dirección a su país.

La luz del sol entraba a raudales en la habitación. Rivers se quedó en la cama pensando en el sueño. Al cabo de un rato, empezó a reflexionar sobre lo ocurrido la noche anterior. En el estado de fuga (aunque era más que eso), Prior había afirmado que no sentía dolor ni miedo, que había nacido en el cráter de un obús, que no tenía padre. Ni supuestamente ninguna relación personal con nadie anterior a la fecha de ese nacimiento anormal.

El hecho de no sentir dolor ni miedo en una situación que parecía exigir tanto lo uno como lo otro no era imposible, ni siquiera anormal. Él mismo se había hallado en ese estado, una vez, de camino al estrecho de Torres, cuando padeció una grave quemadura por el sol, tan grave como para ennegrecérsele la piel de las piernas. Estaba tendido en la cubierta de un queche, rodando de un lado a otro mientras las olas rompían contra el barco, víctima de un continuo dolor a causa del contacto del agua salada en las quemaduras, vomitando desvalidamente, incapaz de ponerse en pie o incorporarse siquiera. De repente el queche empezó a garrear y se produjo un peligro inminente de naufragio. A partir de ese instante, Rivers se movió libremente, no vomitó, no sintió dolor ni miedo. Simplemente llevó a cabo con frialdad y serenidad las acciones necesarias para conjurar el peligro, al igual que todos los demás. Cuando desembarcaron, le dolían las piernas atrocemente y de nuevo era

incapaz de caminar. Se lo llevaron de la playa en camilla, y pasó los primeros días atendiendo a los pacientes sentado en su cama de enfermo, yendo y viniendo a rastras entre el paciente y el botiquín. Sonrió para sí, pensando que a Prior le gustaría esa anécdota. Médico, cúrate tú mismo.

Otras personas habían tenido experiencias parecidas. Hombres con piernas rotas se habían echado a correr para huir de un peligro. Pero Prior había creado un estado cuya inmunidad al miedo y el dolor era duradera, condensada, inaccesible a la conciencia normal. Casi como si su mente hubiese creado un doble guerrero, una criatura formada con arcilla de Flandes, como sugería su sueño, y se lo hubiese llevado a casa con él.

Rivers, recordando la noche anterior, pensó que conservaba una impresión muy poderosa. En las palabras y la conducta de Prior había observado un elemento persistente de infantilismo. Había dicho: «Fue herido. No era grave, pero le dolía. Sabía que tenía que seguir adelante, pero no podía. Así que llegué yo». Así que llegué yo. Qué simplicidad. Como si uno hablara con un niño que aún creía en la magia. Y después lo de la escalera. «¿Y luego qué ocurría? Nada. Él no estaba allí.» Era como un niño pequeño que se cree invisible porque ha cerrado los ojos. Y esa extraordinaria declaración: «No tengo padre». Sin duda detrás de la voz adulta se escondía otra, penetrante, aguda, desafiante, que decía: «Ése no es mi papá». En todo caso era un punto de partida. No se le ocurría otro.

Rivers creía que Prior no se presentaría para el desayuno, pero en cuanto se sentó, vio abrirse la puerta y entrar a Prior, alicaído y con cara de dolor.

–¿Cómo ha dormido? –preguntó Rivers.

–Bien. Bueno, he sacado un par de horas.

–He pedido a la chica que nos traiga algo más.

–Da igual, no tengo apetito.

–Al menos tome un café. Le conviene tomar algo.

–Sí, gracias, pero luego debo marcharme.

–Preferiría que se quedara. Durante unos días. Hasta que la situación sea más llevadera.

–Nunca se me ocurriría abusar de su hospitalidad.

–No abusaría de mi hospitalidad.

–De acuerdo –dijo Prior por fin–. Gracias.

Llegó la criada con una segunda bandeja. Rivers vio complacido que Prior devoraba la comida con resuelta concentración a la vez que tomaba a sorbos el café con leche y leía *The Times*.

–Tengo una hora antes de ir al hospital –dijo cuando Prior acabó–. ¿Se siente en condiciones?

Una vez instalados de nuevo en las sillas a cada lado del escritorio, Rivers dijo:

–Me gustaría que nos remontásemos un largo trecho en el tiempo.

Prior asintió. Se lo veía demasiado agotado para eso.

–¿Se acuerda de la casa donde vivía cuando tenía cinco años?

Una leve sonrisa.

–Sí.

–¿Se acuerda de lo alto de la escalera?

–Sí. Eso no es ninguna hazaña, Rivers. La mayoría de la gente se acuerda de esas cosas.

Rivers sonrió.

–Ésa me la merezco, lo reconozco. ¿Y se acuerda de lo que había allí?

–Dormitorios.

–No, me refiero al descansillo.

–Nada, no había... Ah, sí, el barómetro. Exacto. La aguja siempre señalaba tormenta. Por aquel entonces no le veía la gracia a eso.

–¿Se acuerda de algo más con relación a eso?

–No.

–¿Qué hacía cuando su padre llegaba a casa borracho?

–Escondía la cabeza debajo de la sábana.

–¿Nada más?

–Una vez bajé. Me lanzó contra la pared.

–¿Le hizo mucho daño?

–Magulladuras. Él quedó desolado. Lloró.

–¿Y usted nunca más volvió a bajar?

–No. Me sentaba en la escalera, repetía *cerdo cerdo cerdo*. –Hizo ademán de golpearse la palma de la mano con el puño, pero se acordó de la quemadura.

–¿Dónde estaba usted exactamente? ¿Apoyado en la barandilla?

–No, me sentaba en el último peldaño. Si empezaban a gritar, bajaba a rastras un poco más.

–¿Y dónde estaba el barómetro respecto a usted?

–A la izquierda. Espero que esto lleve a alguna parte, Rivers.

–Creo que sí.

–Ese barómetro era un poco como un oso de peluche, supongo. Quiero decir que era un compañero o algo así.

–¿Puede imaginarse a sí mismo allí arriba?

–He dicho que...

–No, tómese su tiempo.

–De acuerdo. –Prior cerró los ojos y luego volvió a abrirlos, desconcertado.

–¿Sí?

–Nada. El barómetro reflejaba la luz. Había una farola... –Señaló vagamente por encima del hombro—. Esto le parecerá un disparate. Yo me metía en el brillo del cristal.

Un largo silencio.

–Cuando las cosas pintaban muy mal. Y yo no quería estar allí.

–¿Qué pasaba después? ¿Volvía a la cama?

–Imagino que sí, claro. Oiga, si lo que insinúa es que esta situación se remonta a aquellos tiempos, se equivoca. Las lagunas empezaron en Francia, mejoraron en Craiglockhart, empezaron otra vez hace unos meses. No tienen nada que ver con aquel condenado barómetro.

Silencio.

–Diga algo, Rivers.

–Yo creo que sí tiene que ver. Creo que cuando era usted muy niño descubrió una manera de afrontar circunstancias muy desagradables. Creo que descubrió cómo ponerse en una especie de trance. Un estado disociado. Y luego en Francia, bajo esa insufrible presión, la redescubrió.

Prior movió la cabeza en un gesto de negación.

–Está usted diciendo que eso no es algo que ocurre, sino algo que yo hago.

–No aposte. –Esperó—. Mire, usted ya sabe cómo son las cosas. La gente pierde el control, rompe a llorar, tiene pesadillas. Se comporta de manera infantil, en muchos sentidos. Lo único que planteo es que, para sobrellevar la situación, redescubrió usted un método que le había servido de niño. Pero que es...

–Me metí en el brillo del cristal.

Rivers se quedó desconcertado.

–Sí, ya lo ha dicho.

–No, en la taberna, la primera vez que me pasó. La primera vez en Inglaterra. Estaba observando la luz del sol en un vaso de cerveza. –Se detuvo a pensar por un momento—. Y estaba muy enfadado porque Jimmy había muerto, y... todo el mundo se lo pasaba bien. Empecé a imaginar que un tanque entraba y los aplastaba. Y supongo que me asusté. Entiéndalo, la escena era muy vívida. Casi como si estuviese ocurriendo. –Una larga pausa—. Usted lo llama autohipnosis.

–Es posible que sea eso. O algo por el estilo.

–Así que si yo fuera capaz de volver a hacerlo y obligarme a recordar, teóricamente podría llenar las lagunas. Todas las lagunas, porque recuperaría todos los recuerdos.

–No sé si eso es lo más acertado.

–Pero teóricamente daría resultado.

–Si fuera usted lo bastante consciente del proceso, sí.

Prior se abstrajo en sus pensamientos.

–¿Consiste sólo en recordar?

–No sé si entiendo lo que quiere decir.

–Si consigo recordar, ¿basta eso para sanar la escisión?

–No, no lo creo. Creo que tiene que haber un momento de... reconocimiento. De aceptación. Tiene que haber un momento en que se mire en el espejo y diga, sí, éste también soy yo.

–Eso podría ser difícil.

–¿Por qué ha de serlo?

Prior contrajo los labios.

–Ciertas partes de mí mismo me resultan francamente inaceptables incluso en los mejores momentos.

Otra vez el sadismo.

–Anoche no vi ni oí nada que me llevara a pensar que algo... horrible podía estar ocurriendo –dijo Rivers.

–Quizá usted no sea su tipo.

–«Señor Prior.»

Una sonrisa desganada.

–De acuerdo.

Rivers se puso en pie.

–Creo que hemos ido todo lo lejos que podemos llegar por ahora. No se pase el día rumiando, ¿quiere? Y no se deprima. Hemos hecho un gran avance. Le será mucho más provechoso tomarse un respiro. Tenga, necesitará esto. –Rivers se acercó a su escritorio, abrió el cajón superior y sacó una llave–. Diré a los criados que tengan prevista su llegada.

Prior despertó con un grito y permaneció tendido a oscuras, sudoroso, desorientado, incapaz de entender por qué el cuadrado gris de la ventana estaba a su derecha, en lugar de frente a la cama, como debería. Llevaba con Rivers más de dos semanas y a veces todavía despertaba por la noche y no recordaba dónde estaba. Unas pisadas sigilosas se acercaron a su puerta.

–¿Está bien? –La voz de Rivers.

–Pase. –Prior encendió la lámpara–. Siento haberlo despertado.

–Ha gritado. No sabía qué pasaba.

–Sí, lo sé. Lo siento.

Se miraron. Prior sonrió.

–Reminiscencias de Craiglockhart.

–Sí –convino Rivers–. Ya hemos pasado por esto con cierta frecuencia.

–Allí estaba usted de guardia. Venga, vuelva a la cama. Necesita descansar.

–¿Podrá volver a dormirse?

–Sí, sí. Estoy bien. –Miró el rostro exhausto de Rivers–. Y desde luego es lo que le conviene hacer a usted. Venga, vuelva a la cama.

Había soñado con Mac, pensó Prior cuando Rivers salió y cerró la puerta. Guardaba un recuerdo difuso, sólo una aglomeración de animales en pleno forcejeo y el olor a sangre. Rivers parecía considerar buena señal que las pesadillas se centraran ahora en la infancia, lejos de la guerra, pero no eran menos aterradoras, y en todo caso aún tenían que ver con la guerra, eso le constaba. Rivers lo inducía a hablar incesantemente de su infancia, en particular de la primera infancia, las peleas entre sus padres, su propio miedo,

las noches que pasaba en lo alto de la escalera, escuchando palabras y golpes que se grababan a fuego en él hasta que ya no lo soportaba, y entonces decidía no estar allí. Todavía no recordaba qué ocurría en las lagunas de la infancia, pese a que ahora sí recordaba que dichas lagunas se producían, aunque sólo cuando era muy pequeño. Una vez, por pura exasperación, preguntó a Rivers cómo le iba con su propia laguna, la oscuridad al final de su propia escalera, pero Rivers se limitó a sonreír y siguió adelante. Uno siempre veía a Rivers como un hombre amable, pero Prior a veces se preguntaba por qué. La palabra «implacable» lo habría descrito mejor.

Sin embargo las pesadillas no trataban de las peleas entre sus padres. Las pesadillas trataban de Mac. Y eso era raro, porque la mayoría de sus recuerdos de Mac eran agradables.

Una superficie de asfalto arenoso. Un edificio bajo con rejas en las ventanas. Olor a natillas y calcetines sudados. La lección de canto el lunes por la mañana, justo después de la asamblea matinal, con Horton patrullando por los pasillos, golpeándose la pernera del pantalón con el bastón, atento a posibles notas desafinadas. Su gusto había degenerado hacia las baladas sentimentales, siendo «The Lost Chord» una de sus preferidas. Era la época en que el señor Hailes inculcaba el terror a la masturbación con sus sermones sobre órganos inflamados y el agotamiento que producía jugar con ellos. Horton se sentaba al piano y cantaba con su masculina voz de barítono:

*Estaba un día sentado al órgano,
exhausto y desasosegado.*

Prior dejó escapar una carcajada de incredulidad, un par de chicos ahogaron risitas y Mac se desternilló. El piano se apagó. Horton se puso en pie, llamó a Mac al frente de la sala y lo invitó a dar a conocer la broma.

—¿Qué? —dijo Horton—. Seguro que a todos nos vendría bien divertirnos un poco.

—No creo que usted lo encontrara gracioso.

Mac recibió una brutal tanda de bastonazos. Prior se libró. Horton también había oído reír a Prior, seguro, pero éste, gracias a las economías y

sacrificios de su madre, siempre iba bien arreglado. Con las camisas planchadas, los zapatos brillantados, tenía todo el aspecto de un chico que podía recibir una beca, y en efecto la recibió, gracias en parte al muy robusto enfoque del padre Mackenzie en cuanto a lo de tocar el órgano. «Cabrón», pensó Prior mientras Horton descargaba el brazo.

Años después, tras presenciar las brutalidades de la guerra de trincheras, todavía pensaba: «Cabrón».

En su día tomó la firme determinación de vengarse, indignado por Mac como nunca lo habría estado por sí mismo.

Horton era un hombre de hábitos regulares. Exactamente veinte minutos antes de sonar el timbre para anunciar el fin del recreo de la hora del almuerzo se lo veía atravesar el patio en dirección al lavabo de profesores. Para él no servía el periódico con el que tenían que apañarse los niños. Un bulto en la pechera de su chaqueta, como una única teta, revelaba el rollo de papel higiénico oculto. Recorría el patio con preciso paso militar, casi inadvertido en medio de los chicos con su vocerío y sus carreras. El humor en el patio era claramente escatológico, pero la puntual cagada de Horton era ya un chiste demasiado antiguo para provocar risas.

Un día a la hora del almuerzo, tras apostar a Mac en un lugar desde donde veía la puerta de entrada del colegio, Prior fue a echar un vistazo. Al día siguiente Mac y él entraron sigilosamente en el lavabo y, ya en uno de los cubículos, echaron el pasador. Prior encendió una cerilla, la acercó a la mecha de una vela, protegió la llama con las dos manos hasta que ardió vivamente y fijó la vela con su propia cera a una base de contrachapado.

Puntualmente, el señor Horton entró. Le sorprendió encontrar el cubículo cerrado.

—¿Señor Barnes?

Prior emitió un gruñido de barítono imitando un inmenso esfuerzo, y Horton no dijo nada más. Ni siquiera con ese gruñido de estreñimiento sintieron la tentación de reír. Las palizas de Horton no eran cosa de risa. Esperaron en silencio, percibiendo el ritmo de sus mutuas respiraciones. Luego, lentamente, Prior dejó la vela flotando en el agua que corría bajo el asiento de la letrina. Éste en realidad era un largo banco, dividido por los

cubículos. La vela parpadeó brevemente pero la llama volvió a alzarse enseguida y continuó ardiendo de manera uniforme. Prior impulsó por el agua oscura la vela en su base de contrachapado, y ésta, meciéndose, avanzó más deprisa de lo que él preveía. Mac retiraba ya el pestillo de la puerta. Atravesaron el patio a todo correr en dirección a un grupo que jugaba a churro, media manga, mangotero (por previo acuerdo) y se arrojaron sobre el montón de chicos en pleno forcejeo.

Detrás de ellos, la llama de la vela y el culo se encontraron. Un aullido de dolor e incredulidad, y enseguida apareció Horton mirando alrededor con ojos desorbitados. Era inútil buscar indicios de culpabilidad. Inspiraba tal terror que la culpabilidad asomaba claramente a todos y cada uno de los doscientos rostros que se volvieron hacia él. Comoquiera que fuese, debía tenerse en cuenta la dignidad. Renqueante, cruzó el patio y nunca más volvió a saberse del asunto.

Cuando Horton se perdió de vista, Prior y Max doblaron discretamente el recodo hacia la zona prohibida junto a la pila de carbón y allí ejecutaron una danza triunfal solemne y del todo silenciosa.

«¿Y por qué me molesto en recordar un incidente así con tanto detalle? – se preguntó Prior—. Porque todo recuerdo de amistad que encuentro es un escudo contra el escupitajo de Hettie en la cara, una manera de decir que por supuesto yo nunca habría hecho una cosa así.» Pero de hecho ahora lo sorprendía haberse sentido tan inocente cuando Beattie le mencionó que Hettie tenía la certeza de que él había traicionado a Mac. «Eso no es verdad», había respondido automáticamente, con total convicción, tal como si pudiera responder de cada minuto de su vida de vigilia. Sólo más tarde, ya en el tren de regreso a Londres, se había visto obligado a aceptar que sí era posible que él hubiera traicionado a Mac. O como mínimo que era imposible negarlo.

Desde entonces había descubierto por mediación de Rivers un detalle que lo horrorizaba. Ahora sabía que en el estado de fuga había negado que su padre fuera su padre. Si estaba dispuesto a negar una cosa así –un elemental hecho biológico, al fin y al cabo–, ¿qué opciones tenían las amistades anteriores a la guerra? Rivers había titubeado perceptiblemente al contarle lo que había dicho su otro estado, y sin embargo la reacción de Prior ante ello

había sido más complicada que un simple rechazo o negación. Afirmar que uno había nacido en el cráter de un obús era afirmar algo de una teatralidad absurda. «Incluso tratándose de mí», pensó Prior mordazmente. Y sin embargo si se le preguntaba a cualquiera que hubiese combatido en Francia si consideraba que seguía siendo la misma persona que era antes de la guerra, la persona que su familia aún recordaba, la abrumadora mayoría... no, la mayoría no, todos, todos ellos, dirían que no. Era sólo una cuestión de grado. Y a veces uno tenía la poderosa sensación de que las únicas lealtades que contaban eran las lealtades forjadas allí. La arcilla de Picardía era un adhesivo poderoso. ¿No podría ser un disolvente igual de poderoso al aplicarla a sus amistades anteriores a la guerra con objetores de conciencia?

No en este estado, se recordó. En este estado se había arriesgado a un consejo de guerra por Beattie, haciendo copias de documentos que incriminaban a Spragge. Pero Beattie era una mujer, y no podía combatir. Acaso su otra identidad fuera menos tolerante con jóvenes fornidos y saludables que destinaban los años de la guerra a obstaculizar el suministro de munición del que dependían otras vidas.

Pero *Mac*, pensó. *Mac*.

Al final se durmió, y despertó al cabo de tres horas, encontrando la habitación iluminada por el sol. Soñoliento, lanzó un vistazo al reloj y luego cogió la bata. Rivers, ya afeitado y del todo vestido, se hallaba sentado ante los restos del desayuno.

—He pensado que era mejor dejarlo dormir —dijo—. Lo siento, pero el café ya está frío.

—¿Ha vuelto a dormirse?

—Sí.

«Viejo embustero», pensó Prior. Bebió el café frío mientras se afeitaba y vestía. Rivers lo esperaba ante el escritorio. Por un momento Prior sintió un arranque de rebeldía, pero entonces miró a Rivers y, viendo lo cansado que estaba, pensó: «Dios mío, si él puede, yo también puedo». Se sentó y, en ese contexto familiar, ante el rostro de Rivers bañado por la luz, se dio cuenta de que había tomado una decisión.

—Voy a ir a ver a *Mac* —anunció.

Silencio.

–La razón por la que no hago avances, progresos, es que... hay hay hay... ¡por Dios! –Eché atrás la cabeza–. Hay una barrera, y creo que tiene que ver con él.

–Averiguar un detalle sobre su conducta en las últimas semanas no cambiará nada.

–Yo creo que quizá sí –afirmó Prior.

Otro largo silencio. Rivers cambió de postura.

–Sí, eso ya lo veo.

–Y aunque entiendo su punto de vista, Rivers, aunque entiendo lo importante que es llegar a la raíz del asunto, lo que yo necesito es estar en pleno funcionamiento ahora mismo. Por alguna razón, dando vueltas y más vueltas a lo sucedido con mis padres, sólo consigo tener la sensación de que voy a ser un neurótico sin remedio de por vida. Tengo la sensación de que nunca seré capaz de hacer nada.

–Ah, yo por eso no me preocuparía –contestó Rivers–. La mitad del trabajo de este mundo lo llevan a cabo neuróticos sin remedio.

Acompañó el comentario con una mirada involuntaria al escritorio. Prior soltó una sonora risotada.

–¿Le gustaría que lo ayudara con algo de eso?

Rivers sonrió.

–Estaba pensando en Darwin.

–Y un cuerno. ¿Por qué no deja que me ocupe yo? –preguntó Prior, señalando la pila de papeles en el escritorio–. Sólo está mecanografiándolo, ¿no? No introduce ningún cambio.

–Es usted muy amable, pero no entendería mi letra. Por eso tengo que pasarlo a máquina yo mismo. Mi secretaria tampoco la entiende.

–Veamos. ¿Me permite? –Prior cogió una hoja–. Rivers, ¿es usted consciente de que esto es el equivalente gráfico a un tartamudeo? Es decir, sea lo que sea lo que no podía usted decir, desde luego no se proponía escribirlo.

Rivers lo señaló con el índice.

–Está usted mejorando.

Prior sonrió. Sin visible esfuerzo, leyó una frase en voz alta:

–«Así pues, un factor frecuente en la aparición de la neurosis de guerra es la necesidad de contener la manifestación de rechazo o la falta de respeto hacia aquellos de rango superior.» No hay esperanza para mí, pues, ¿verdad que no? No entiendo ni por qué se toma la molestia. –Apartó a Rivers de la silla con delicadeza–. Vamos, usted ocúpese de otra cosa.

Rivers cabeceó.

–Eso nunca lo había conseguido nadie, ¿sabe?

–Se me da bien descifrar códigos.

–¿Es una baladronada?

–No, es puro terror.

Cuando Rivers dobló la esquina, vio a un hombre salir de la habitación de Sassoon. Se encontraron cara a cara en el estrecho pasillo y se detuvieron.

–¿Doctor Rivers?

–Sí.

–Robert Ross.

Se dieron la mano. Después de cruzar unos cuantos tópicos sobre el tiempo, Ross dijo:

–No sé si Siegfried le ha comentado algo sobre el futuro.

–Creo que tiene varios planes. Obviamente no está en condiciones de hacer gran cosa por el momento.

–Gosse ha tenido la ocurrencia de que podría ser útil para hacer propaganda de guerra, ¿lo sabía? Por lo visto, Siegfried le contestó que su única cualificación para esa función era que había resultado herido en la cabeza.

Se echaron a reír, unidos en su común afecto por Siegfried, y se despidieron. Rivers se quedó con la impresión de que Ross había querido decirle algo pero había cambiado de idea en el último momento.

Encontró a Siegfried sentado en la cama con una libreta en las rodillas.

–¿Era usted quien hablaba con Ross?

–Sí.

–Se lo ve enfermo, ¿verdad?

Se lo veía más que «enfermo». Se lo veía moribundo.

–Cuesta saberlo cuando no se conoce a una persona.

–La semana que viene no lo veré. Se marcha al campo.

Rivers se sentó junto a la cama.

–He estado intentando escribir a Owen –dijo Sassoon–. ¿Se acuerda de Owen? Un hombre menudo. Solía estar en el comedor del desayuno vendiendo el *Hydra*.

–Sí, ya me acuerdo. Paciente de Brock.

–Pues me envió un poema, y yo lo puse por las nubes y ahora está circulando por ahí... –Siegfried hizo una mueca–. No le gusta a nadie más. Y ahora lo leo otra vez y tampoco yo estoy muy seguro. El hecho es... –dijo, dejando la libreta en la mesilla de noche–. He perdido la capacidad de juzgar. Y no sólo la obra de Owen. Pensaba que yo había escrito un par de cosas buenas, pero, al releerlas, me han parecido impresentables. De hecho, creo que no he escrito nada bueno desde que me marché de Craiglockhart.

–Piensa eso ahora porque está deprimido –dijo Rivers con cautela–. Tómese un descanso.

–¿Estoy deprimido?

–Ya sabe que lo está.

–De todos modos, no veo qué sentido tiene. ¿Qué es un poeta antibelicista si no un poeta que depende de la guerra? Pensaba que muchas cosas eran sencillas, Rivers, y... –Un silencio–. Vino a verme Eddie Marsh. Piensa que puede encontrarme un puesto en el Ministerio de Municionamiento.

–¿Y eso qué le parece?

–No lo sé.

Rivers asintió.

–Bueno, tiene tiempo de sobra.

–Ni siquiera sé si voy a volver a Francia. ¿Voy a volver?

–Haré todo lo que esté en mis manos para impedirlo. No creo que nadie espere que vuelva esta vez.

–Nunca me he arrepentido de haber vuelto, ¿sabe? Ni una sola vez. –Se irguió de repente, rodeándose las rodillas con los brazos–. ¿Sabe qué me

gustaría hacer en realidad? Ir a Sheffield y trabajar en una fábrica.

–¿En una fábrica?

–Sí, ¿por qué no? No quiero pasar el resto de mi vida envuelto en un capullo como lo estaba antes de la guerra. Quiero saber cómo es la gente corriente. Los obreros.

–¿Por qué Sheffield?

–Porque está cerca de donde vive Edward Carpenter.

Silencio.

–¿Por qué no? –quiso saber Siegfried–. ¿Por qué no? He hecho todo lo que los demás querían que hiciera. Todo lo que usted quería que hiciera. Cedí, regresé. ¿Ahora por qué no puedo hacer algo que está bien desde mi punto de vista?

–Porque sigue usted en el ejército.

–Pero usted mismo dice que nadie espera...

–Eso es muy distinto de una licencia definitiva. No veo razón para eso.

–¿Depende de usted?

–Sí.

Rivers se levantó y se acercó a la ventana. Había albergado la esperanza de que esta vez sería capaz de emplear sus aptitudes inequívocamente en beneficio de Siegfried. Y sin embargo se veía en la obligación de poner trabas a otro proyecto descabellado, porque eso era otra protesta, menor, más privada, menos esperanzada que su declaración pública, pero protesta al fin y al cabo.

A sus espaldas, Siegfried dijo:

–Ayer hubo una gran juerga en el parque. Tocarón orquestas.

Rivers se volvió hacia él.

–Claro, no me acordaba. El cuatro de agosto.

–Inauguraron una especie de santuario en honor a los difuntos. O dieron gracias por la guerra. No sé muy bien si lo uno o lo otro. Existe una comisión para los monumentos a los caídos. Una de las comisiones de las que tuvo que dimitir Robbie. No puede admitirse que un sodomita conmemore a los Difuntos Gloriosos. Aun cuando algunos de los Difuntos Gloriosos fueran sodomitas.

–Está muy resentido.

–Y tiene usted razón, no sirve de nada. Con la ira es distinto: uno puede dejarse llevar a lomos de la ira. –Siegfried alzó las manos imitando a un jinete, con los dedos índices extendidos como si sujetara las riendas–. Pero no sé qué se puede hacer con el resentimiento. Nada, probablemente.

Rivers contuvo un suspiro.

–Hay algo que quiero decir. En mi propia defensa, supongo. Si en algún momento usted me hubiera dicho «Soy pacifista, creo que siempre, bajo cualquier circunstancia, está mal matar», yo... yo no habría estado de acuerdo y lo habría obligado a exponer sus argumentos punto por punto, pero al final habría hecho cuanto estuviera a mi alcance para ayudarlo a abandonar el ejército.

–No necesita usted defensa. Ya se lo he dicho: nunca me he arrepentido de haber vuelto.

–Pero tiene que afrontar el hecho de que todavía es militar. –Rivers abrió la boca, bajó la vista para mirar a Siegfried y volvió a cerrarla–. Oiga, sinceramente, no debería estar en la cama en un día como éste. ¿Por qué no se viste? Podemos salir.

Siegfried miró su guerrera colgada detrás de la puerta.

–No, gracias, mejor que no.

–No se ha vestido desde que llegó.

–No quiero deslumbrar a las voluntarias.

–¿Deslumbrar? ¿No está siendo un tanto engreído?

–Es un hecho, Rivers. –Siegfried sonrió–. Una de esas pequeñas ironías de la vida.

Rivers cruzó la habitación, descolgó la guerrera de Siegfried y la echó sobre la cama.

–Vamos, Siegfried, póngasela. No puede pasarse el resto de la vida en pijama.

–Tampoco puedo pasarme el resto de la vida con eso puesto.

–No, pero sí tiene que pasar el resto de la guerra con ella.

Por un momento dio la impresión de que Siegfried se negaría. Luego, lentamente, apartó la sábana y se levantó de la cama. Tenía un aspecto

espantoso. Pálido. Tembloroso. Agotado.

–No hace falta que vayamos muy lejos –dijo Rivers.

Despacio, Sassoon empezó a ponerse el uniforme.

Para Prior, organizar una visita a Mac fue más fácil de lo que preveía. Conservaba papel con membrete del Ministerio de Municionamiento, que se había llevado al vaciar su escritorio. Pero incluso sin eso probablemente, para conseguir una entrevista, le habría bastado con lucir el uniforme y el brazalete de herido y expresar con toda seriedad su deseo de salvar a un viejo amigo de la deshonra del pacifismo.

Mac estaba sentado en su camastro con la cabeza entre las manos.

–Hola, Mac –dijo Prior.

Mac bajó las manos. Ofrecía el aspecto... el aspecto que ofrecen quienes han tenido repetidos encontronazos con los guardias de un centro de prevención.

–De pie –ordenó el guardia.

–No –dijo Prior con aspereza–. Déjenos.

El hombre, aunque pareció desconcertado, obedeció. Fue un alivio cuando salió y la puerta se cerró ruidosamente. Prior había temido que Mac le negara el saludo militar y los guardas se pasaran la siguiente media hora estampándole la cabeza contra la pared.

–Bueno –dijo Prior.

No había silla. Ni cristal en la ventana. Un olor a orina rancia emanaba del cubo, situado donde podía verse desde la puerta. Y a sus espaldas... sí, naturalmente: el ojo.

–Eres la última persona a quien esperaba ver –dijo Mac. Ni su voz ni su actitud eran cordiales, pero tampoco manifestó un rencor ostensible. Quizá, al igual que un soldado, se había acostumbrado a dar y recibir golpes duros e impersonales. Allí no había cabida para las emociones.

–Al menos te han dado una manta.

Mac estaba desnudo bajo la manta y en la celda hacía frío pese a ser verano.

–Para tu visita. La retirarán cuando te vayas.

Prior se sentó en los pies del camastro y miró alrededor.

–Es una de las principales armas –explicó Mac con toda naturalidad–: eso de hacerte desfilar desnudo de aquí para allá. Sobre todo porque no te dan papel para limpiarte, y con esta comida hasta el mismísimo demonio tiene diarreas. –Esperó–. El ojo del culo desempeña un papel importantísimo a la hora de someter a la gente, ¿lo sabías?

–Parece que contigo se han tomado especiales molestias.

–¿Molestias? Para ellos es un placer. A uno en particular –Mac enderezó el antebrazo– se le pone tan tiesa que podrías colgar la toalla en ella.

–¿Eso ya se ha acabado?

–¿Las palizas? Acabarán cuando yo ceda.

Había un uniforme, bien doblado, en el extremo de la cama.

–¿Puedo preguntarte una cosa, Billy? ¿Habláis de la guerra en las trincheras? No me refiero a cosas cotidianas... pásame la munición y tal. Quiero decir: «¿Por qué estamos combatiendo?» «¿Para qué es todo esto?»

–No. Estamos aquí porque estamos aquí.

–Aquí pasa lo mismo.

Prior pareció desconcertado.

–No hay nadie con quien hablar.

Mac sonrió.

–Morse a través de las tuberías. Doy por supuesto que puedo confiar en que no se lo dirás al oficial al mando.

–Claro que puedes.

–¿«Claro que puedo», Billy?

–No fui yo.

Mac sonrió y cabeceó.

–¿Eso has venido a decirme? Para eso, ¿por qué te molestas siquiera en venir? No lo entiendo. ¿Es que sólo quieres ver lo que has conseguido?

Prior abrió la boca para negarlo por segunda vez pero enseguida la cerró.

–Tengo algo para ti –dijo. Se metió la mano en el bolsillo de la guerrera y sacó dos tabletas de chocolate. Vio dilatarse y luego apagarse las pupilas de Mac–. Sí, lo sé. Está contaminado. Lo he tocado yo. –Interponiendo su

cuerpo entre Mac y el ojo de la puerta, le tendió el chocolate—. Pero tienes que sobrevivir.

Mac se situó en línea con Prior para que no lo vieran coger el chocolate.

—Eso es verdad.

—Mejor será que te lo comas. Te registrarán.

—No lo harán. Eso equivaldría a poner en duda tu integridad. La de un oficial y un caballero, nada menos. Aun así, creo que comeré un poco.

Rompió el envoltorio con la uña, partió un trozo y empezó a comer. Movía la boca y la garganta con dificultad. El hambre había convertido el acto de comer en algo tan privado como la masturbación. Prior intentó desviar la mirada, pero no había nada que mirar. Sólo podía dejar vagar la vista por la celda y posarla de nuevo en Mac.

—Nueve pasos en esa dirección. Siete en ésta. Paseo mucho.

—¿Cuánto tiempo te ha caído?

—¿En aislamiento? Noventa días. Si reincido, como es mi intención, vuelta a empezar. Otros noventa.

Prior se miró las manos.

—¿Y sin correo?

—Nada.

Mac consiguió sonreír entre bocado y bocado.

—¿Para qué has venido, Billy?

—Para averiguar qué pensabas.

—¿De ti? Vaya un mierdecilla egocéntrico estás hecho.

—Sí.

—No me lo creí. El sargento de Liverpool me dijo que fuiste tú, mejor dicho, mencionó tu nombre. En ese momento estaba pisándome el escroto, así que, como puedes imaginar, tenía cierta verosimilitud. Aun así, no me lo creí, pero cuanto más lo pensaba, más posible me parecía. —Mac hablaba muy abstraído, y sin embargo casi con indiferencia, como si le trajera sin cuidado si Prior escuchaba o no. Quizá el mero hecho de hablar no fuera más que un modo de salvar el orgullo, de distraer la atención de Prior mientras se desarrollaba la actividad vital de devorar el chocolate—. Y luego pensé, pero si él mismo te lo dijo. ¿Recuerdas que en el cobertizo del ganado te pregunté

qué habrías hecho si hubieras encontrado a un desertor en la trascocina de Hettie? Dijiste: «Lo habría entregado. ¿Qué otra cosa iba a hacer?» Y entonces me acordé de un cuento que me contaron una vez, sobre un hombre que encontró una serpiente medio muerta y la cuidó hasta devolverla a la vida. Le dio de comer, veló por ella. Y al final la soltó. Y cuando al cabo de un tiempo volvieron a encontrarse, la serpiente lo mordió. Y era muy venenosa, él... supo que iba a morir. Y con su último aliento, dijo: «Pero ¿por qué? Yo te salvé, te di de comer, te cuidé. ¿Por qué me has mordido?» Y la serpiente contestó: «Pero tú sabías que yo era una serpiente».

Un largo silencio. Prior por fin se movió.

–Es un buen cuento.

–Es un cuento maravilloso, joder. Sólo...

Prior esperó.

–Sólo ¿qué?

–¿Ahora me dejaré llevar por la gula y me lo comeré todo?

–No te lo pienses dos veces. Es lo que yo haría.

–Quizá te odie mucho menos de lo que tú crees. Tampoco diría que seamos amigos del alma, precisamente; de hecho, si me cruzo contigo después de la guerra, lo más probable es que intente matarte... –Sonrió y cabeceó–. ¿Era todo mentira, lo de querer ayudar a Beattie?

–No, era todo verdad.

–¿Sabes qué me gustaría? Me gustaría que me miraras a los ojos, que emplearas ese postizo acento de colegio privado tuyo y dijeras: sí, informé a la policía de dónde podía encontrarte, y no me avergüenzo. Cumplía con mi deber.

–No puedo.

Mac lo observaba atentamente.

–Entonces no lo entiendo. Creía que por fin habías decidido de qué lado estabas.

–Nunca he tenido ninguna duda al respecto –respondió Prior, señalándose la manga–. Del lado de la gente que lleva esto. Con más o menos orgullo. –Se puso en pie–. No diré que lo lamente.

Mac alzó la vista hacia él.

—No lo hagas. El chocolate es demasiado valioso para devolverlo.

Prior dio unos golpes en la puerta y esperó con impaciencia a que apareciese el guardia. Advirtió que el ojo pintado debía de estar mirándolo a la hebilla del cinturón. Subrepticamente, metió el dedo en el agujero hasta tocar el cristal frío. El ojo de Towers, recordó, en la palma de su mano, estaba caliente.

Apareció el guardia, y Prior, después de lanzar una mirada atrás, lo siguió por la pasarela de hierro y escalera abajo. Tenía todo el día por delante hasta la hora de hablar con Rivers, pero se alegraba de ello. Era mejor sobrellevar a solas la confusión y el dolor iniciales. No dudó ni por un momento que la versión de Mac fuese cierta: Mac no tenía motivo alguno para mentir. Había traicionado a Mac, pese a que el hecho permanecía enterrado en su memoria.

Se acordó de una vez que tendió una mano temblorosa hacia Rivers balbuceando incoherencias sobre el ojo de Towers, de que el recuerdo mismo de tenerlo en su mano se había convertido en un talismán, un recordatorio de dónde residían las lealtades más profundas. Eso seguía siendo así. Y sin embargo no podía justificar lo que le había hecho a Mac. Aun si su otra identidad odiaba a Mac por negarse a combatir, por tratar de detener la producción de las fábricas de munición, era cierto que al organizar un encuentro con Mac en realidad le había proporcionado un salvoconducto, por el bien de Beattie. Incluso dejando de lado la amistad de la infancia, era en el presente cuando se había formulado una promesa, era en el presente cuando se había depositado confianza, era en el presente cuando se había producido la traición. No podía, ni por satisfacer a Mac ni por consolarse a sí mismo, decir: «He cumplido con mi deber». Lo que había ocurrido era en conjunto más turbio, más complejo que eso.

Fuera en el patio se realizaba la instrucción. Voces familiares, las sonoras pisadas y los chirridos de las botas, hileras de cuerpos en formación moviéndose como uno solo. En la primera fila se intentaba «persuadir» a un objetor de conciencia para que participara. Es decir, lo colocaban por la fuerza primero en una posición, luego en otra. «Marcar el paso» consistía en que los guardias situados a ambos lados le asestaban puntapiés en los tobillos. Nadie pretendía siquiera disimular lo que ocurría. Se daba por supuesto, cabía

pensar, que cualquier oficial lo aprobaría.

Prior observó durante un rato y al final apartó la mirada.

Una brisa refrescante, llegada del otro lado del Serpentine, manoseaba las rosas, desprendiendo pétalos rojos y amarillos que se posaban en la tierra seca o se deslizaban por los senderos. Rivers y Sassoon llevaban paseando junto al lago no más de quince minutos, pero Sassoon parecía ya cansado.

–Me he portado muy bien estos últimos días –dijo–. Ya estaba levantado y vestido antes del desayuno.

–Bien.

Una pegajosa luz amarilla caía oblicua entre los árboles y proyectaba sus sombras sobre el agua.

–¿Recuerda que le hablé de Richard Dadd? –preguntó Siegfried de pronto–. ¿El que ahogó a su padre en el Serpentine?

–Sí –contestó Rivers, y esperó. Como Siegfried no habló, preguntó–: ¿Debería yo agarrarme a un árbol?

Siegfried sonrió.

–No, usted no.

Las tumbonas junto al lago estaban vacías, hinchándose sus lonas al viento, pero en una orilla resguardada descansaban al sol los soldados de permiso, sentados o tendidos y entrelazados con sus chicas, los vestidos veraniegos de éstas como salpicones de vivo color en contraste con el caqui de los uniformes. Una mujer uniformada de negro apareció en lo alto de la loma y empezó a descender en diagonal por la pendiente. Mientras avanzaba, como un escarabajo negro moviéndose afanosamente entre la hierba, los amantes fueron separándose, y una chica, cerca del sendero, se tiró nerviosamente del dobladillo de la falda.

–Incluso he estado en la sala común –dijo Siegfried–. ¿Sabe cuál era el tema de conversación? Los cambios que uno nota al volver a casa de permiso y si alguno es para mejor. Y alguien ha dicho: «Sí, cada vez que volvemos, las faldas de las mujeres son más cortas». Me temo que para mí ése no es mucho consuelo.

Rivers contuvo un suspiro. La depresión y la amargura se habían convertido en un estado permanente en Siegfried. Si se lo veía mejor que a su llegada, era sobre todo porque la depresión –siempre y cuando no hubiera llegado al punto del estupor– se disimula más fácilmente que la euforia. En realidad estaba muy enfermo.

–Debo decir que me alegraré de salir de Londres –prosiguió Siegfried–. ¿Ha tenido alguna noticia de ese sanatorio de convalecencia?

–Ah, sí. Hay plaza para usted.

–Es... Perdona, pero ya no me acuerdo de dónde dijo que estaba.

–Coldstream. Cerca de Berwick-on-Tweed.

–¿Eso está cerca de Scarborough? Es que Owen está destinado en Scarborough.

–Bueno, no está cerca, pero seguramente puede ir y volver en un solo día.

–Rivers vaciló–. Hay una cosa, creo, que quizá... no le guste. Primero tendrá que comparecer ante una comisión médica.

–Ya.

Siegfried pareció desconcertado. Ésa no era la primera vez que estaba internado en un hospital: un accidente de equitación durante el periodo de instrucción, fiebre de las trincheras, una herida, «trauma de combate» en Craiglockhart, otra herida. Se conocía el procedimiento del derecho y del revés.

–En Craiglockhart –añadió Rivers.

Un silencio de estupefacción.

–No. ¿Por qué en Craiglockhart?

–Porque es paciente mío. Porque quiero formar parte de la comisión.

Siegfried no podía asimilarlo.

–No puedo volver allí.

–Sintiéndolo mucho, tendrá que volver. Serán sólo unos días, Siegfried.

Siegfried movió la cabeza en un gesto de negación.

–No puedo. No sabe lo que está pidiéndome.

A unos metros de ellos había un banco vacío. Rivers se sentó e indicó a Siegfried que hiciera lo mismo.

–Explíquemelo, pues.

Un silencio durante el que Sassoon forcejeó visiblemente consigo mismo.

–¿Por qué no puede? –instó Rivers con delicadeza.

–Porque significaría que reconozco que soy uno de ellos.

Rivers sintió un destello de ira, pero enseguida lo controló.

–¿Uno de quiénes?

Siegfried permaneció en silencio. Por fin dijo:

–Ya sabe a qué me refiero.

–Sí, me temo que sí. Uno de los degenerados, los farsantes que simulan enfermedades, los chiflados, los cobardes. –Esperó una respuesta, pero Siegfried había vuelto la cabeza–. Verá, Siegfried, a veces... me reprocho haber ejercido demasiada influencia sobre usted. En un momento en que era vulnerable y... quizá necesitaba que lo dejaran en paz para tomar usted su propia decisión. –Rivers cabeceó–. Bueno, eso no volveré a hacerlo. Si sigue pensando así, significa que no he tenido la menor influencia sobre usted. No he conseguido transmitirle nada de nada. Nada de nada. –Contempló el lago. El viento rizaba la superficie, que al ondularse parecía piel de gallina–. Tal vez sea mejor que volvamos.

–Todavía no.

–Debe volver a Craiglockhart. Lo siento, procuraré abreviarlo lo máximo posible, pero tiene que ir.

Siegfried asintió. Estaba sentado con sus grandes manos entrelazadas entre las rodillas.

–De acuerdo. Pero ¿entiende lo que trato de decir? Sé que lo encuentra ofensivo, pero... no es sólo por reconocer que soy uno de ellos ahora; es por reconocer que lo he sido siempre. ¿No se da cuenta?

–Sí, y es absurdo. Un día de éstos le daré una copia de su informe de ingreso. «Ninguna señal física o mental de trastorno nervioso.» Si se atormenta con la idea de que su declaración fue una especie de síntoma, deje

de hacerlo, por Dios. No fue así. Fue una respuesta totalmente válida, cuerda, a la situación en la que todos estamos. –Hizo una pausa–. Errónea, claro.

–Cuando estaba en Francia, pensaba que era una crisis nerviosa. Eso era más fácil que...

–¿Que recordar aquello en lo que usted creía?

–Sí. –Siegfried se miró las manos–. Ahora sólo me siento como si me hubieran tendido una trampa. –Una discreta risa–. No quiero decir usted. Pero así ha sido, ¿no? Se ha cerrado el círculo claramente. En el sentido literal vuelvo a estar en el principio, sólo que peor, porque ahora ése es el lugar que me corresponde.

–Tres días. Se lo prometo.

Siegfried se levantó.

–De acuerdo.

Rivers se quedó sentado por un momento. De buena gana habría dicho: «Si es una trampa, yo también he caído en ella», pero no pudo.

–Vamos –dijo, y se puso de pie–. Regresemos.

Habían limpiado ya la zona bombardeada, advirtió Prior. Habían retirado los escombros, barrido el polvo blanco de las aceras y apuntalado las casas a ambos lados de la brecha. Un viento frío silbaba a través de ese hueco, agitando los árboles, levantando en remolinos la basura depositada en los albañales. El sol se reflejaba en las ventanas de las casas frente a la brecha, convirtiendo el extremo opuesto de la plaza en un muro de fuego.

Prior llegaba temprano a la cita y, para entretenerse, se fijó en aquello que en su anterior visita, mientras caminaba con Charles Manning en la oscuridad primaveral, no había advertido: que muchas de las elegantes casas tenían lúgubres sótanos, como dientes blancos amarillentos en torno a la encía.

Pulsó el timbre de la casa de Manning y se dio media vuelta, previendo cierta espera, pero la puerta se abrió casi de inmediato, y fue el propio Manning quien la abrió, tan deprisa en realidad que debía de andar rondando cerca del recibidor. Podría haber dado una imagen de impaciencia, pero su sonrisa, su actitud en general, crearon una sensación de impulsiva

informalidad.

–Ya he abierto yo –avisó a alguien por encima del hombro, y se apartó para dejar pasar a Prior–. Me alegro de que hayas podido venir. Había pensado esperar a que los dos estuviéramos de vuelta en el trabajo, pero...

–Yo no volveré –se apresuró a decir Prior.

–Ah.

La puerta del salón estaba abierta. Ya no había sábanas para proteger los muebles del polvo.

–Ah, sí, ven a ver –propuso Manning, advirtiendo la dirección de su mirada.

Entraron. Un olor a abrillantador de madera y rosas.

–Encontraste a un albañil, pues –señaló Prior, alzando la vista para mirar la pared en lo alto de la puerta.

–Sí. Debo decir que no inspiraba mucha confianza, pero parece que ha hecho bien las cosas. Por lo que se ve. –Manning dio unas palmadas a la pared–. Tengo la leve sospecha de que el papel pintado también contribuye a sostener el yeso en su sitio.

Inconscientemente, se quedaron observando demasiado tiempo el lugar donde antes estaba la grieta, y por un momento cruzaron una mirada, sin saber qué decir.

–Ven a sentarte –propuso por fin Manning.

En la chimenea, un jarrón con rosas rojas y amarillas ocupaba el lugar donde antes había papel de periódico arrugado salpicado de hollín. Tampoco estaba el espejo: lo habían quitado. Toda la sala había sido redecorada. Eran tantos los cambios que el brocado rígido del sofá lo cogió por sorpresa. Prior contrajo los hombros al recordarlo. Era casi como si el cuerpo tuviera un depósito alternativo de memoria en las terminaciones nerviosas, ya que la sensación de estar tensamente erguido indujo un estado de conciencia sensual. Miró a Manning, y supo que también él revivía el momento.

–¿Te apetece una copa?

Manning se acercó al aparador. Prior, viendo un libro en el suelo boca abajo cerca de un sillón, alargó un brazo y lo recogió. *El rey contra Pemberton Billing*. Era una transcripción completa del juicio. Resultaba

asombroso que Manning leyera aquello. Manning regresó con la bebida.

–¿Está bien? –preguntó Prior, sosteniendo el libro en alto.

–Es fascinante –contestó Manning–. Mientras lo leía, comprendí lo q-q-que está p-p-pasando de verdad. Sencillamente es que la gente se ha saturado de tragedia, ya no tiene capacidad de reacción. Así que ha decidido vivir el resto de la guerra como una farsa.

–No puedo decir que esté preparado para malgastar un buen dinero en esto.

–A mí me ha salido gratis –dijo Manning, y se sentó–. Me lo envió alguien. Alguien «con sus mejores deseos».

Prior enarcó las cejas.

–¿De verdad?

–Pues sí. He recibido varios pequeños... mensajes.

–Vino a vernos el capitán Spencer, ¿lo sabías?

–¿«Nos»?

–A la Unidad de Inteligencia. Creo que alguien debió de decirle que lo primero que le preguntarían en el juicio era si había informado a las autoridades competentes al descubrir la gran conspiración. Así que corrió de un lado a otro de Londres para informar a dichas autoridades. –Prior se rió.

–¿Dio algún nombre?

–Uy, sí, Dios mío. –Prior alzó la vista y captó una fugaz expresión de inquietud–. Pero no el tuyo.

–No, no era eso lo que pensaba; yo no soy tan importante. ¿Y el de Robert Ross?

–Bueno, ése sí.

Manning asintió.

–¿Dices que no vas a volver?

–No hay nada a lo que volver. He ido a ver si tenía algo en el casillero y... aquello era como el *Marie Celeste*. Los expedientes desaparecidos. Lode desaparecido.

–Está...

–Instruyendo a cadetes. En Gales. Muy contento, sin duda.

–¿Por qué? ¿Es galés?

–Era un comentario sarcástico. No creo que esté en absoluto contento. Spragge. No sé si tú...

–¿El informador?

–Exacto. Se ha ido... o se irá, no sé muy bien... a Sudáfrica. Con todos los gastos pagados.

Manning titubeó.

–Creo que... no debes tener la impresión de que nada útil salió de eso. Le enseñé tu informe a Eddie Marsh y... de hecho quedó bastante impresionado. Como yo mismo. Consideró que... la argumentación era muy sólida. Muy eficaz.

–Puede que la argumentación fuera muy sólida, pero eficaz no lo fue, eso desde luego. Ella sigue en la cárcel.

Manning sonrió.

–La cuestión es...

De pronto se abrió la puerta balconera, y un niño mofletudo, parpadeando, se asomó al interior a oscuras.

–¿Papá?

–Ahora no, Robert –dijo Manning, volviéndose–. Díselo a Elsie.

A Manning se le suavizó la expresión mientras observaba al niño cerrar la puerta con cuidado. El placer que le producían su casa y su familia era tan manifiesto que resultaba grosero preguntarse si alguna vez echaba de menos las habitaciones vacías de principios de la primavera, los olores a hollín y yeso desprendido, las pisadas que lo habían seguido escalera arriba hasta la habitación de las criadas.

–El caso es que la capacidad de organizar una colección de datos complicados y presentarlos brevemente es una aptitud muy poco común. Y es eso precisamente lo que buscamos en el ámbito en el que trabajo.

–Que es...

–Sanidad y Seguridad. Para abreviar, estoy ofreciéndote un empleo.

–Ah.

–Posiblemente lo encontrarás digno, creo, porque en esencia consiste en proteger los intereses de los obreros.

Prior no se dio prisa en contestar. Se había resignado, no con total

desgana, a volver a Scarborough y reanudar la vida aburrida e incómoda en un campamento militar en Inglaterra. Al mismo tiempo sabía que el ofrecimiento de Manning era algo por lo que muchos hombres habrían dado un brazo o una pierna, y no sólo en el sentido figurado que solía tener esa expresión.

—¿Está Rivers detrás de esto?

—No.

Prior no sabía hasta qué punto creerlo.

—Te estoy muy agradecido, Charles... no creas que no lo valoro... pero, sintiéndolo mucho, no puedo aceptar.

—¿Por qué no?

—Por Sarah. Es mi novia. Está en el norte. Si me marcho a Scarborough, podré verla a menudo. Y... ése es un factor importante. Y... no sé hasta qué punto quiero un trabajo cómodo.

Manning vaciló.

—Tiene una gran ventaja. Es muy poco probable que te manden de regreso a Francia. Aunque supongo que eso no es muy probable en ningún caso.

—La verdad, no lo sé.

—¿Qué clasificación te han dado?

—A4.

—Eso está muy lejos de lo alto de la lista.

—Previo dictamen de una comisión dentro de dos semanas.

—Rivers no lo permitiría.

—Rivers no tiene nada que ver con eso. Me dieron la clasificación original debido al asma.

—Pero él escribiría a la comisión si se lo pidieras.

—Lo sé. De hecho, creo que Rivers podría hablar con gran elocuencia sobre mi incapacidad para ir a Francia. El caso es que no voy a pedírselo.

—¿Y en realidad cómo estás?

—Mucho mejor.

Manning jugueteó con la copa.

—¿Cuál era el problema exactamente?

Prior sonrió, guardó silencio el tiempo necesario para que Manning se

sintiera abochornado por la indiscreción de la pregunta, y por fin contestó:

–Lapsus de memoria. Lagunas, podríamos llamarlo. Ahora parece que han desaparecido.

–¿Sabes qué hacías durante esas lagunas?

–Sí. –Prior volvió a sonreír–. Nada que no tenga tendencia a hacer.

Manning, cayendo en la cuenta de que su semblante manifestaba una curiosidad casi indecorosa, se apresuró a corregirlo.

–¿Y tú qué? –preguntó Prior.

–Restableciéndome. Fue un trabajo mucho más duro de lo que preveía.

–¿Con Rivers? Uy, te creo.

–Desde luego es un auténtico negrero –convino Manning–. Y no puedes quejarte porque sabes que él se exige aún más a sí mismo.

Una risueña mirada de afecto compartido. A continuación Manning dijo:

–Casi parece que quieras volver.

–Sí, supongo que sí, en cierto modo. Es curioso, ¿no? Y eso a pesar de todo, a pesar de no creer en la guerra y no tener la menor fe en nuestros generales, y demás, parece el único lugar limpio donde estar.

–Sí. Dios mío, es verdad.

Se miraron fijamente, conscientes del profundo entendimiento mutuo existente entre ellos, que en ningún caso podía explicarse por las circunstancias superficiales de su relación.

–Para mí no es una opción, me temo –añadió Manning, estirando una pierna–. Pero entiendo lo que quieres decir.

–¿Crees que estamos locos?

–Los dos hemos pasado por el loquero.

–Más vale que Rivers no te oiga llamarlo así.

–Ni me atrevería. La oferta seguirá en pie durante unos días, piénsalo –dijo Manning, a la vez que dejaba la copa–. No veré a Marsh hasta...

Prior sonrió y negó con la cabeza.

–No. Gracias, pero no.

–¿No crees que puedes llegar a arrepentirte?

Prior se rió.

–Charles, si me envían de vuelta... si, si, si, si... estaré en un refugio

subterráneo y recordaré esta tarde y pensaré: «Pedazo de imbécil».

–Bueno –dijo Manning, y se puso en pie–. Yo lo he intentado.

En el recibidor una criada se acercó con la gorra y el bastón de Prior. Éste la miró: era una mujer ya madura de piel cetrina, más o menos de la edad de su madre, calculó. Fijó la mirada en su uniforme, recordando que había hundido la cara en las sisas y percibido el olor a tristeza y pesadumbre. Manning hablaba, pero él no prestaba atención. Al cabo de un momento se volvió hacia él y dijo:

–Ahora que lo pienso, Spencer sí mencionó otros nombres.

–Gracias, Alice –dijo Manning con delicadeza–. Ya acompañaré yo al señor Prior.

–Winston Churchill y Edward Marsh.

Manning dejó escapar un gañido de sorpresa.

–¿Churchill?

–Sí.

–Entonces ese hombre sí está loco.

–Sí, eso pensé. –Prior se dirigió hacia la puerta y de pronto se detuvo–. Dijo que Churchill y Marsh se pasaron toda una tarde azotándose el trasero mutuamente con una vara trenzada.

–Sí.

–¿Cómo que sí?

– Por entonces Churchill era secretario del Interior.

–Ah, bueno, eso lo explica todo.

–Era una clase nueva de vara. –Manning parecía impaciente–. No conozco los detalles. Hubo cierta polémica al respecto. Creo que algunos decían que era cruel. Así que naturalmente ellos...

–La probaron el uno en el otro.

–Sí. –La expresión de Manning se endureció–. Cumplían con su obligación.

–¿Y a qué conclusión llegaron?

–Creo que los dos pensaron que habían recibido palizas peores en el colegio.

Prior asintió, miró alrededor para asegurarse de que nadie los observaba y

luego pellizcó los carnosos mofletes de Manning.

–Siempre habrá una Inglaterra –dijo, y riéndose, corrió escalera abajo.

Nota de la autora

Puede que sea útil para el lector disponer de un breve resumen de los acontecimientos históricos en los que se basa esta novela, acaecidos en 1917-1918.

La historia de Beattie Roper se inspira vagamente en la «trama del veneno» de 1917. Alice Wheeldon, una vendedora de ropa usada que vivía en una barriada de Derby, fue acusada y condenada bajo el cargo de conspiración para asesinar a Lloyd George, Arthur Henderson y otras personas por envenenamiento. El veneno, en el caso de Lloyd George, debía administrarse por medio de un dardo con la punta impregnada de curare. Las actas del juicio se encuentran en el Registro Público, Chancery Lane, y proporcionan una fascinante visión de las vidas de los pacifistas absolutistas fugitivos y de los agentes del Ministerio de Municionamiento que los espían. La señora Wheeldon fue declarada culpable a partir de las pruebas infundadas suministradas por dichos informantes y condenada a diez años de trabajos forzados pese a su insistencia en que el veneno que había conseguido era para los perros de vigilancia de un centro de prevención. Después de la guerra, fue puesta en libertad, pero debilitada por la dieta de la cárcel, los trabajos forzados y repetidas huelgas de hambre, murió en 1919.

Friends of Alice Wheeldon, de Sheila Rowbotham (Pluto Press, 1986), contiene un artículo útil: «Rebel Networks in the First World War» [«Redes rebeldes en la Primera Guerra Mundial»].

En enero de 1918 el *Imperialist* (más tarde el *Vigilante*), un periódico del que era propietario y director el parlamentario Noel Pemberton Billing, publicó un artículo titulado «Los primeros 47.000». Supuestamente escrito

por el propio Pemberton Billing, en realidad el autor fue un tal capitán Harold Spencer, quien sostenía que, siendo agente del servicio de inteligencia británico, vio y leyó el Libro Negro en el *cabinet noir* de «cierto príncipe alemán».

En abril siguió a dicho artículo un breve párrafo titulado «El culto al clítoris», también atribuido supuestamente a Pemberton Billing y también escrito en realidad por Harold Spencer. Éste indicaba que la lista de asistentes inscritos a las representaciones privadas de la *Salomé* de Oscar Wilde podía contener muchos de esos 47.000 nombres. Maud Allan, que interpretaba el papel de Salomé, demandó a Pemberton Billing por calumnias, ya que el párrafo insinuaba claramente que era lesbiana.

Instruyó la causa el juez Darling. Pemberton Billing asumió su propia defensa. Identificado como uno de los 47.000 en los inicios del proceso, Darling perdió el control de la sala.

El principal testigo de la defensa fue Harold Spencer. Además de dar rienda suelta a su obsesión con las mujeres que tenían clítoris hipertrofiados y enfermos y por lo tanto sólo podían ser satisfechas por elefantes macho, Spencer afirmó que muchos miembros del Gabinete de Guerra de Asquith habían estado en la nómina de los alemanes, que Maud Allan era amante de la esposa de Asquith y agente alemana, que muchos oficiales de alto rango del ejército británico eran alemanes, y que personas con el valor y el patriotismo necesarios para señalar estos hechos habían sido aisladas en islas desiertas donde tenían que subsistir a base de raciones de campaña proporcionadas por medio de submarinos.

Lord Alfred Douglas, otro testigo de la defensa, aprovechó la ocasión para perseverar en su disputa personal con Robert Ross, el devoto amigo y albacea literario de Oscar Wilde, identificándolo como «cabecilla de todos los sodomitas de Londres».

Después de seis días de caos en la sala e histeria en la prensa, Pemberton Billing ganó el caso y fue llevado en hombros entre los vítores de la muchedumbre congregada ante el tribunal penal central

Tiempo después ese mismo año se declaró demente a Harold Spencer.

Robert Ross murió de un fallo cardíaco el 5 de octubre, a los 49 años.

Pemberton Billing desarrolló una distinguida carrera en el Parlamento.

En 1917 Siegfried Sassoon (1886-1967), después de su declaración de protesta contra la guerra, fue convencido por su amigo Robert Graves para que se presentara ante una comisión médica, que dictaminó que padecía una crisis nerviosa y debía ser enviado al hospital militar de Craiglockhart, Edimburgo. Allí quedó bajo los cuidados del doctor W. H. R. Rivers (1864-1922), miembro de la Real Sociedad de Medicina, destacado neurólogo y antropólogo social. En Craiglockhart, Sassoon llegó a la conclusión de que si bien sus opiniones acerca de la guerra no habían cambiado, era no obstante su obligación volver al servicio activo, donde al menos podría compartir el sufrimiento de sus hombres.

Después de un periodo de servicio en Palestina, regresó a Francia el 9 de mayo de 1918. El 13 de julio, volviendo ya tarde de una patrulla, fue herido en el cuero cabelludo por un disparo de fusil de uno de sus propios suboficiales; lo mandaron de vuelta a Inglaterra, al Hospital Americano de Mujeres de la Cruz Roja en Lancaster Gate. El hecho de que Rivers, viéndolo muy enfermo, considerase necesario pasar la noche con él consta en una carta de Katharine Rivers a Ruth Head (cartas inéditas de la familia Rivers, Imperial War Museum).

La entrega al cumplimiento del deber de Winston Churchill y Edward Marsh en su etapa en el Ministerio del Interior se menciona en *Edward Marsh, Patron of the Arts: A Biography*, de Christopher Hassall (Longmans, 1959).

Índice

Primera parte

Segunda parte

Tercera parte

Nota de la autora